

KATE CHOPIN

El despertar

Edición de Eulalia Piñero Gil



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

KATE CHOPIN

El despertar

Edición de Eulalia Piñero Gil

Traducción de Eulalia Piñero Gil

CÁTEDRA

Índice

INTRODUCCIÓN

Las raíces europeas de Kate O’Flaherty
Los efectos de la guerra civil norteamericana
La ecléctica educación francesa
Una vida nueva en Nueva Orleans, 1870-1879
Los años en la aldea Cloutierville, 1879-1884
El inicio de una carrera literaria en Saint Louis
La conexión francesa: Guy de Maupassant y la impronta de la literatura gala
Kate Chopin y la revolución de la nueva mujer norteamericana
La primera colección de relatos: *Bayou Folk*
La segunda colección de relatos: *A Night in Acadie*
El fruto de una vocación y la búsqueda de una voz propia
La polémica recepción de *El despertar*
El redescubrimiento de Kate Chopin
El contexto literario de la literatura de mujeres del XIX y *El despertar*
El despertar y la rebelión de Edna Pontellier
La Venus de Nuevas Orleans o la sublimación del cuerpo de la mujer
La Bovary criolla o la búsqueda del placer
La transformación a través del arte
El mundo simbólico de *El despertar*
Edna Pontellier: Un espíritu solitario ante la dicotomía entre la fantasía y la realidad

ESTA EDICIÓN

BIBLIOGRAFÍA

EL DESPERTAR

I

II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV

XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN

Para Jesús e Irina, ellos son mi despertar.

LAS RAÍCES EUROPEAS DE KATE O'FLAHERTY

La trayectoria vital y literaria de la escritora norteamericana Kate Chopin tiene dos etapas claramente diferenciadas, según los estudiosos de su obra y biografía. Por un lado, la primera a la que corresponde su periodo juvenil en Saint Louis en el seno de una acomodada familia católica de orígenes franco-irlandeses, su matrimonio con Oscar Chopin, un empresario del algodón de Louisiana y el nacimiento de sus seis hijos entre 1871 y 1879. Por otro lado, la segunda etapa se inició con su dedicación plena a la escritura de manera profesional desde 1888 hasta 1904¹, tras el fallecimiento de su marido y su madre.

Catherine O'Flaherty nació en la ciudad de Saint Louis, Misuri, el 8 de febrero de 1850. Era la segunda hija del segundo matrimonio de Thomas O'Flaherty con Eliza Faris que contrajeron nupcias en la iglesia católica de San Francisco Javier en 1844. El padre de Catherine era un emigrante irlandés de Galway que hizo fortuna en la ciudad con la venta de provisiones a aquellos que se aventuraban a la conquista del oeste. Era un hombre hecho a sí mismo a base de esfuerzo y tesón que se convirtió en el paradigma del sueño americano que describe Benjamin Franklin en su autobiografía. En ese entonces, Saint Louis era la puerta y el enclave geográfico fronterizo del medio oeste desde el que los aventureros y exploradores iniciaban su periplo viajero para fraguar la expansión de la joven nación norteamericana hacia los territorios ignotos del mítico oeste.

Por su parte, Eliza Faris, madre de Catherine, aportó el abolengo francés al matrimonio pero su situación económica era precaria. Eliza nació en Charleville, una población en las afueras de Saint Louis, en el seno de una rancia familia criolla de origen francés que se sentía profundamente orgullosa de su herencia europea. Los ancestros de Eliza Faris fueron emigrantes

franceses que llegaron a los Estados Unidos a principios del siglo XVIII. Los primeros años de la vida de Kate, como la llamaban sus familiares, transcurrieron en una casa señorial de dos plantas con porches y columnas en la fachada al estilo sureño y con elementos arquitectónicos franceses que ponían de manifiesto los vínculos europeos. Del mismo modo, la mansión mostraba, de alguna manera, el sincretismo cultural y la prosperidad de la familia O'Flaherty.

A muy temprana edad la pequeña Kate ingresó en el internado de las monjas del Sagrado Corazón en septiembre de 1855, cuando tan solo contaba con cinco años. No se sabe a ciencia cierta los motivos de este extraño episodio que se produjo en un momento en el que los O'Flaherty no tenían problemas aparentemente. La biógrafa más reconocida de la escritora, Emily Toth, ha especulado sobre las posibles razones para esta extraña decisión que otros investigadores no han logrado explicar.² Según Toth, la próspera familia O'Flaherty tenía esclavos en el hogar, como era habitual en sus circunstancias económicas. Las esclavas eran a saber: una mujer de cincuenta años que sería la «mammy» o niñera de Kate, otra mujer de veintitrés años y sus dos hijas mulatas de uno y cuatro años de padre desconocido. Parece ser que era bastante común que los patriarcas del hogar tuvieran relaciones con las esclavas y que de las mismas nacieran niños mulatos que lógicamente tenían rasgos comunes a los hijos nacidos en el matrimonio de los amos. De acuerdo con Toth, Kate era una niña muy curiosa y se dedicaba a preguntar constantemente sobre el sorprendente parecido que mostraba la niña mulata de cuatro años que vivía con ellos, algo que posiblemente sacó de quicio a su padre y aterrizó a su madre. Emily Toth señala que debió de haber serias discusiones en el hogar que llevaron a Thomas O'Flaherty a institucionalizar a la curiosa Kate en el prestigioso internado católico para evitar preguntas y aseveraciones un tanto incómodas para la estabilidad familiar.

El día de todos los santos, fiesta católica que los O'Flaherty celebraban, coincidió con los festejos por el primer tren que circulaba por el puente Gasconade del tramo de la línea férrea que unía Saint Louis con Jefferson City hacia el Pacífico. La inauguración era símbolo de orgullo y de progreso para el estado de Misuri, y fueron invitados los dignatarios y hombres ilustres de la ciudad, entre los que se encontraba Thomas O'Flaherty. Al llegar el tren al

puente, la estructura de madera cedió y los vagones se precipitaron al río. Fallecieron más de treinta personas en este desgraciado accidente que ensombreció la alegría de todos aquellos que consideraban aquel avance en las comunicaciones férreas un paso más del sueño americano. Al poco de morir Thomas, la pequeña Kate abandonó el internado durante dos años. De ahí en adelante la niña viviría en un hogar administrado por su madre Eliza, su abuela y bisabuela que gozaron de una extraordinaria longevidad y se dedicaron a cuidar de Kate y sus hermanos. Así pues, la pequeña creció en el seno de un hogar donde las mujeres eran las dueñas de sus vidas y no había una figura masculina decimonónica que controlara su devenir doméstico. Las voces que conformaron las etapas más importantes en la vida de Kate eran de mujeres, empezando por la de su querida niñera negra «mammy», la de su madre, la de su amada bisabuela, las voces de las monjas francesas del Sagrado Corazón y la de su mejor amiga Kitty Gareshé. Era un mundo eminentemente femenino y plurilingüe en el que se hablaban lenguas como el francés y el inglés, pero también variantes dialectales del francés, como el *patois* de los criollos y otras propias de los esclavos negros.

En la reorganización de la familia O’Flaherty, tras el fallecimiento del padre, la bisabuela de Catherine, Madame Victoria Verdon de Charleville, se encargó personalmente de la educación de su bisnieta durante dos años. Esta dama de cultura francesa era una gran narradora de las historias y relatos de los criollos francófonos³ de su familia y de mujeres valientes e independientes que cambiaron el mundo. La joven Kate escuchaba aquellas historias de ambición, poder, matrimonios mixtos y amor materno en el correcto francés que hablaba su bisabuela. Sin duda, los relatos que seguía con embeleso fueron su primera escuela del arte de la narración. Igualmente, Madame Charleville la introdujo en la música porque parece ser que Kate tenía un don natural para el piano y era capaz de repetir de oído las melodías que escuchaba. La impronta afectiva y educativa de esta polifacética mujer fue fundamental en la educación de la joven, ya que con sus lecciones de vida le enseñó a ser independiente y crítica, aspectos que marcaron la vida y obra de la escritora. Asimismo, la armonía positiva de los afectos que se fraguaron en esta etapa, de claro contexto matrilineal, se ve reflejada en la obra de la escritora donde predominan los fuertes lazos de amistad, respeto y apoyo entre

las distintas generaciones de mujeres.

LOS EFECTOS DE LA GUERRA CIVIL NORTEAMERICANA

Sin embargo, la felicidad del hogar materno contrastaba con los males sociales provocados por los cinco años que duró la guerra civil norteamericana que Kate vivió desde los once a los quince años. El conflicto en el estado fronterizo de Misuri, dividido sobre el espinoso problema de la esclavitud, también provocó la división entre la población sobre la secesión y los O'Flaherty, que tenían esclavos, apoyaron de forma apasionada a la Confederación, como muchos de sus vecinos. A pesar del ímpetu inicial, en julio de 1863 la gran mayoría de los simpatizantes de los confederados habían muerto, huido o desaparecido en los cruentos combates del terrible asedio de Vicksburg. Parece ser que algunos primos rebeldes de Eliza O'Flaherty murieron en esta sangrienta batalla. El avance de las fuerzas unionistas sobre Saint Louis tuvo huellas visibles en la casa de la familia O'Flaherty, que fue invadida por soldados alemanes quienes obligaron a la madre de Kate a izar una bandera de la Unión. No es difícil imaginar la delicada situación por la que atravesó esta familia en la que predominaban las mujeres que hacían todo lo que podían por evitar las agresiones de la soldadesca victoriosa. Meses más tarde, Eliza le escribió a su tío sobre el ultraje que habían sufrido porque el grupo de soldados germanos les daban órdenes a punta de bayoneta que muchas veces ni siquiera entendían. La humillante experiencia y la actitud abusiva de los soldados dejaron a la familia de Kate recuerdos muy amargos. En este sentido, el conflicto fratricida también dejó una huella duradera en los relatos de la escritora, que se centran, lógicamente, en la representación de la pérdida de los seres queridos, la soledad en el campo de batalla, el terror, la violencia y el dolor permanente de las mujeres que lloran a sus muertos: maridos, hijos y hermanos. La guerra fue una dolorosa experiencia para la escritora que, desafortunadamente, la hizo madurar antes de tiempo.

LA ECLÉCTICA EDUCACIÓN FRANCESA

En 1866, un año después del final del conflicto, la joven Kate siguió sus estudios con las monjas católicas del Sagrado Corazón cuyos valores entoncaban con la tradición intelectual de la mujer francesa. El ideario educativo de esta institución se basaba en promover el pensamiento y la conversación inteligentes entre las estudiantes. Si bien, es cierto que, como en cualquier institución religiosa estricta y disciplinada, la rígida rutina estaba marcada por las misas, los rezos y la devoción cristiana. En este singular contexto educativo, tanto Kate como su amiga Kitty Garesché, aprendieron a coser y bordar, escritura, literatura, historia, botánica, jardinería, descubrimientos científicos y la formación del pensamiento y el juicio crítico. La ecléctica educación de las estudiantes incluía la redacción de ensayos literarios y cartas todas las semanas. En una de sus libretas, por ejemplo, hay evidencia de este sistema, ya que Kate tenía que escribir un ensayo sobre Isabel II de España en el que apunta que es una «reina amada por sus súbditos, pero tiene una mala reputación»⁴. Este dato es fundamental en la trayectoria vital de la escritora, puesto que, a pesar de lo que se podía esperar, no fue educada como una joven norteamericana decimonónica. Tradicionalmente lo que se esperaba de las jóvenes en esta época es que contrajeran matrimonio y procreasen muchos vástagos. Es decir, se las educaba en una ideología conservadora de carácter moralista, doméstica y piadosa de la vida. La formación que recibió Kate no estaba orientada hacia la domesticidad, ni hacia las prácticas de sometimiento que se consideraban socialmente aceptables. De hecho, la literatura o los deportes formaron parte de las actividades más queridas tanto de Kate como de su amiga íntima Kitty. Hay que tener en cuenta que Kate vivió en una época en la que en Saint Louis no había casi clubs de mujeres ni movimientos abolicionistas como en las ciudades de la costa este. La realidad es que las mujeres no podían estudiar ni medicina, ni derecho, ni siquiera otras carreras en la Universidad de Saint Louis. Así pues, los pilares educativos que recibió Kate por parte de las monjas del Sagrado Corazón tuvieron, sin duda, una importancia vital en el largo proceso de formación autodidacta que profesó esta ávida lectora y que continuó de forma intensa a partir de los dieciocho años. Los textos que

degustó en sus clases de literatura de los clásicos franceses, españoles e italianos tuvieron un carácter formativo que la escritora reconoció en múltiples ocasiones. La larga lista de obras canónicas de la literatura occidental incluía a Cervantes, Shakespeare, Dante, Corneille, Grimm, Victor Hugo, Molière, Racine, Madame de Staël, Scott, Hogg, Gray, Goethe, Coleridge, Austen, Brontë y Dickens, entre otros muchos que le abrieron las puertas a otras literaturas y textos que desarrollaron su exquisito gusto por las obras clásicas. Asimismo, Kate también tuvo la oportunidad de leer novela norteamericana decimonónica escrita por mujeres, como las novelas populares de Susan Warner.

En 1867, Kate empezó a escribir un diario en el que poco a poco fue desarrollando su pensamiento sobre los textos literarios, sus estudios, la vida y fue esbozando sus primeros poemas y narraciones. De hecho, el día de su graduación en 1868, fue elegida para leer uno de sus textos porque ya destacaba por sus excelentes ensayos. En cuanto a su vida social, parece ser que Kate era considerada una belleza irlandesa entre los jóvenes de Saint Louis, pero, según dicen los que la conocieron, era muy enigmática, poseía un carácter amistoso y mostraba una inteligencia poco habitual. Con todo, no se sentía especialmente atraída por las fiestas ni los bailes de sociedad muy al uso en su época. Cabe constatar en uno de sus diarios cómo Kate ya desarrolló un espíritu crítico hacia la interacción social en los bailes de sociedad, y en una de sus páginas confiesa que «bailo con gente a la que desprecio; me divierto con hombres cuyo único talento está en sus pies, me gano la desaprobación de la gente a la que honro y respeto, y vuelvo a casa al amanecer con mi mente en un estado que nunca deseé»⁵. Desde esta perspectiva, Kate rechazaba todo aquello que le quitara tiempo para leer y escribir, de hecho, tan solo le gustaba asistir a los conciertos que la magnífica actividad musical de Saint Louis ofrecía a la ciudadanía.

UNA NUEVA VIDA EN NUEVA ORLEANS, 1870-1879

A pesar de las pocas simpatías que mostraba por los rituales sociales, lo cierto es que la joven Kate conoció a Oscar Chopin, un joven de origen

criollo, nacido en 1844, en las plantaciones familiares del condado de Natchitoches en el noroeste de Luisiana. La madre de Oscar era una mujer agradable y gentil de Luisiana, y su padre un médico francés que odiaba todo lo norteamericano y que hacía gala de un comportamiento cruel y violento. Oscar creció viendo cómo su padre pegaba brutales palizas a su madre, a quien ayudó en alguna ocasión a escapar. Cuando estalló la guerra civil, el doctor Chopin decidió volver a Francia para evitar que su hijo Oscar tuviera que participar en una contienda con la que, como francés, no se sentía identificado en absoluto. De esta forma, los otros hijos también podían estudiar en su país de origen y beneficiarse de las virtudes del sistema educativo francés. Cuando la familia regresó de París, Oscar tenía un importante bagaje educativo y también social. En poco tiempo parece ser que se hizo muy popular en el ambiente social y entre las jóvenes de Saint Louis. Por otro lado, Oscar se formó en el mundo de la banca en una compañía que pertenecía a la familia de su madre. Se desconoce cómo y dónde se conocieron Kate y Oscar, pero lo cierto es que la pareja se comunicaba en francés y su vida como pareja discurrió en esta lengua. Parece ser que el noviazgo duró poco porque se comprometieron en mayo de 1870 y se casaron en junio de ese mismo año en la iglesia de los Santos Ángeles de Saint Louis. Pasaron tres meses de luna de miel en Francia, Suiza y Alemania. Este período está muy bien documentado, puesto que Kate O'Flaherty Chopin, describió en su diario el periplo europeo con todo lujo de detalle. En especial muestra, según sus biógrafos Toth y Seyersted, su pasión por el arte, la arquitectura y la literatura europeas. Las ciudades natales de Beethoven, Goethe y Coleridge fueron lugares que visitaron con especial interés, y están retratadas en los diarios de Chopin con el preciosismo y el colorido en los detalles que se observa en la ficción de la escritora. En especial, Kate Chopin se sintió libre para caminar sola por las calles europeas, beberse una cerveza y fumar en público, actividades que no se consideraban propias de las mujeres y por ello estaban mal vistas en el caso de las damas de Nueva Orleans. Es curioso que estos aspectos concretos sean primordiales en la caracterización de algunas protagonistas de la ficción de Chopin, tal y como es el caso de Edna Pontellier en *El despertar*. La protagonista de la novela considera vital dar paseos y escapar del bullicio familiar para poder pensar y, lo más importante, aprender

de la observación del mundo.

Cuando los Chopin regresaron a Nueva Orleans, donde establecieron su residencia, Kate estaba convencida de que iba a ser feliz en una ciudad fundamentalmente viva y con una variedad importante de gentes con orígenes criollos, afroamericanos, irlandeses, españoles y de otras nacionalidades que contribuían a un ambiente cosmopolita que atraía a la escritora. La felicidad inicial de la pareja también era fruto del nacimiento del primer hijo, Jean Baptiste, en 1871. En 1872, Oscar Chopin se estableció como intermediario en el comercio del algodón y su actividad comercial prosperó de tal forma que pronto instaló su negocio en la calle Carondelet, que era la zona más comercial y prestigiosa de la ciudad. En otro orden de cosas, el marido de Kate Chopin, también se unió en 1874 al «Primer Regimiento de Luisiana», una rama de la «Liga Ciudadana Blanca» que eran grupos armados que defendían la supremacía blanca durante el período de la reconstrucción de la nación. Estos grupos armados eran un claro recordatorio de la fragilidad del nuevo orden político y racial en el sur, y un síntoma indiscutible de la resistencia que había hacia las políticas de la Unión. Estos grupos se alzaron en armas y pidieron la dimisión del alcalde de Nueva Orleans. En las refriegas con las tropas federales murieron más de veinte hombres y el orden fue reestablecido. Al parecer, el incidente disuadió a Oscar de seguir en esta causa aparentemente perdida.

No se sabe por qué Kate Chopin volvió a Saint Louis para dar a luz a su segundo hijo, Oscar Charles en 1873 y también al tercero, George Francis, en 1874. Tal vez, los viajes a su ciudad natal estaban relacionados con la ayuda que le podía prestar su madre Eliza O'Flaherty en el parto y en el cuidado de los bebés, costumbre muy habitual en el siglo XIX. En todo caso, Kate Chopin estuvo siempre muy unida a su madre durante toda su vida, tal y como describen los diarios y cartas de la escritora. El nacimiento tan seguido de los primeros tres hijos de la pareja fue percibido con profunda satisfacción por parte de Kate. La maternidad era una experiencia gozosa para la escritora, quien no esperó mucho tiempo para tener dos hijos más, esta vez en Nueva Orleans: Frederick en 1876 y Felix Andrew en 1878. La pareja adoraba a sus hijos a quienes dedicaban todo el tiempo libre del que disponían con juegos y otras actividades. El hogar de los Chopin era fundamentalmente feliz. La

escritora también parecía llevar una vida armoniosa con su marido, a quien amaba profundamente. Oscar, por fortuna, no reprodujo los terribles patrones paternos en su matrimonio con Kate. La fuerte identificación con su madre y su propia concienciación contribuyeron a que deseara una vida conyugal agradable. Sin duda, fue un hombre que hizo todo lo posible por conocer a su mujer y satisfacerla en sus necesidades de libertad e independencia, algo poco común en esa época.

La numerosa familia Chopin pasaba los veranos en el paradisíaco enclave natural de Grand Isle, en el golfo de México, porque el clima y las condiciones ambientales eran mucho más saludables que las que se daban en Nueva Orleans en la época estival. Los calores y la tremenda humedad de la ciudad eran un caldo de cultivo favorable para la eclosión de las plagas de mosquitos que transmitían la malaria y la fiebre amarilla. Tan solo en el verano de 1878, más de 4.000 personas murieron de fiebre amarilla en la ciudad sureña. Por lo tanto, el traslado al centro turístico de Grand Isle tenía como fin primordial evitar enfermedades que eran mortales y riesgos innecesarios para la familia. Este paraje veraniego de singular belleza tan conocido por la escritora, se transforma en el lírico escenario del descubrimiento y despertar a una nueva vida de su personaje más famoso, Edna Pontellier, en *El despertar*.

La maternidad ocupaba gran parte del tiempo del que disponía Kate Chopin, los pocos momentos de descanso los pasaba observando a la gente de la ciudad, tomando notas o leyendo sus libros favoritos. Asimismo, cuando tenía ocasión, asistía al teatro y a la ópera. Parece ser que la fortuna hizo que Kate, amante del arte y la música, conociera al pintor francés Edgar Degas en uno de sus largos paseos. El artista pasó cinco meses en Nueva Orleans en 1872 y en sus conversaciones con Chopin, que al parecer tenían un carácter bastante intrascendente y chismoso, el pintor le informó que tenía un vecino un tanto pomposo llamado Léonce cuya mujer no lo amaba. Asimismo, le contó que tenía una amiga parisina que abandonó la pintura y se mudó a las provincias, donde se entristeció y se sentía bastante insatisfecha, se llamaba Edma Pontillon. Curiosamente, de aquella imprevista amistad salieron, veinticinco años más tarde, los dos nombres de los protagonistas principales de *El despertar*: Léonce y Edna Pontellier.

LOS AÑOS EN LA ALDEA DE CLOUTIERVILLE, 1879-1884

Una de las actividades favoritas de Kate Chopin era la correspondencia. La escritora empleaba gran parte de su tiempo libre en escribir cartas a su familia y amigos. De hecho, la correspondencia, género cultivado por muchas escritoras del XIX⁶, era una manera de poner sobre el papel las vivencias familiares y sociales de la escritora. Por otro lado, también le servía para mantener los vínculos familiares desde la distancia y estar informada sobre el devenir de sus seres queridos.

En 1879, la familia Chopin tuvo que abandonar Nueva Orleans por razones económicas y se mudaron al pueblo de Cloutierville, en el noroeste de Luisiana. En efecto, los prósperos negocios algodoneros de Oscar Chopin sufrieron un revés, ya que las pobres cosechas de algodón durante varios años afectaron la cadena productiva y provocaron vaivenes en los precios con resultados catastróficos para la economía familiar. Agobiado por las deudas y con la idea de no perder lo poco que le quedaba, decidió emprender un nuevo negocio de suministros en el condado de Natchitoches donde había nacido.

La realidad es que el cambio era necesario, pero las expectativas que tenía Kate Chopin de un mundo cosmopolita y vibrante se esfumaron por completo. El ámbito rural de Cloutierville lo único que le ofrecía era dos largas filas de casas separadas por una polvorienta carretera y un puñado de vecinos dispuestos a asistir a alguna fiesta privada donde se jugaba a las cartas, se bailaba y se degustaba comida cajún. En medio de la penuria económica que atravesaba la familia en 1879, Kate Chopin dio a luz a su única hija, a la que llamó Lélia en honor de la novela homónima de su admirada escritora francesa George Sand. La vida en Cloutierville no fue fácil para la escritora, quien siempre fue vista como una mujer un tanto exótica en aquellos parajes rurales. Su comportamiento, un poco extravagante para los lugareños, no seguía los parámetros de una mujer que tenía a su cargo seis hijos. No obstante, Kate reivindicaba su derecho a dar paseos a caballo, fumar cigarrillos, leer, caminar o simplemente acercarse a la tienda a ayudar a su marido. Desde luego que la escritora no mostraba la más mínima intención de convertirse en el ángel del hogar, ni de encerrarse para dedicarse íntegramente a las tareas domésticas. A pesar de las críticas recibidas y de que su comportamiento

fuese considerado muy poco adecuado, Chopin se mostraba rebelde, y se reafirmaba en su independencia y en su derecho a no llevar una vida exclusivamente doméstica, tal y como hacía su admirada George Sand. En este sentido, su hija Lélia, también confesó al primer biógrafo Daniel Rankin, que su madre era muy servicial con la comunidad y cuando la gente recurría a ella siempre estaba dispuesta a ayudar⁷. Sin embargo, también era cierto que no frecuentaba las reuniones sociales del pueblo y prefería dedicarse a sus aficiones. Es curioso, por ejemplo, que, según cuentan los que la conocieron en la aldea, a Chopin le gustaba charlar con personas de orígenes raciales mixtos, o con indios, negros e incluso chinos que habían emigrado desde Cuba después de la guerra. Es decir, sentía una gran curiosidad por el diferente, por el otro que no era blanco y que quizás guardaba secretos e historias fascinantes radicalmente distintas a las convencionales. Este interés y su deseo de explorar y conocer a nuevas gentes queda patente en sus novelas y relatos, donde hay una gran galería de personajes con orígenes raciales y sociales diversos.

En el otoño de 1882, Oscar Chopin cayó gravemente enfermo por un ataque de malaria. El condado de Natchitoches, al que pertenece el pueblo de Cloutierville, era una zona muy pantanosa en la que abundaban los llamados *bayous*⁸, hábitats muy propicios para el desarrollo de insectos que transmitían la malaria y la fiebre amarilla, entre otras pandemias provocadas por estas plagas. En pocos meses la enfermedad minó la salud de Oscar, quien finalmente falleció el 10 de diciembre de 1882. La joven viuda tuvo que hacer frente a la realidad de criar sola a seis hijos y a las obligaciones económicas de deudas que ascendían a doce mil dólares. Meses más tarde, Kate Chopin fue nombrada tutora de sus propios hijos, y al mismo tiempo se hizo cargo de la tienda y de las plantaciones de algodón. No había mucho dinero, pero la joven madre supo administrar la hacienda familiar con mucho más acierto del que tuvo su marido en vida.

Kate Chopin era una viuda que suscitaba las suspicacias de las mujeres casadas de Cloutierville. Su falta de apego a los patrones de comportamiento convencionales que se asumían para una mujer casada ya provocaron todo tipo de comentarios por parte del vecindario. Cuando enviudó, su actitud no cambió y la indomable Kate continuó montando a caballo y dando paseos

solitarios, excentricidades que, al parecer, enfurecieron aún más a muchas vecinas.

La soledad de la escritora no duró mucho tiempo, según Emily Toth, quien apunta de manera bastante convincente que Kate Chopin tuvo un romance de dos años con Albert Sampite, un rico y atractivo terrateniente criollo de Cloutierville con fama de donjuán y de consolar a las viudas locales⁹. Obviamente no quedan testimonios escritos de esta supuesta relación amorosa, pero los descendientes de los implicados coinciden en afirmar en distintas épocas que sí tuvieron un idilio. Incluso Marie Sampite, hija de Albert, afirmó en varias ocasiones: «Kate Chopin rompió el matrimonio de mis padres»¹⁰. En cualquier caso, lo que sí se sabe es que Sampite era un hombre casado muy atractivo que tenía fama de mujeriego en el pueblo y también de ser bastante cruel tanto con su mujer como con los esclavos negros. Su vida transcurría entre el juego y la bebida, y le gustaba mucho deambular por Cloutierville. A simple vista, esta relación resulta poco convincente si se tiene en cuenta que Kate Chopin era una mujer indómita y poco amiga de los vínculos afectivos que supusieran subordinación incondicional o sometimiento, tal y como no solo se descubre en su relación con Oscar Chopin, sino en su imaginario literario de dos novelas y más de cien relatos. Por otro lado, también era cierto que Chopin tenía un gran atractivo y era una mujer glamurosa, apasionada y en esos momentos era verdaderamente vulnerable en el plano afectivo. En todo caso, quizás se trató de una relación esporádica de la que tan solo quedan rumores y testimonios verbales que no suponen una rúbrica definitiva sobre lo que realmente aconteció.

EL INICIO DE UNA CARRERA LITERARIA EN SAINT LOUIS

Aun cuando Kate Chopin se esforzó con decisión y ánimo por sacar adelante a su familia y continuar con el negocio heredado, lo cierto es que estaba sola en Luisiana y no contaba con el apoyo efectivo de ningún familiar directo. Por otro lado, en el pueblo de Cloutierville solo había una escuela primaria que ofrecía una formación educativa muy básica. Para la novelista, la educación de sus hijos era una realidad prioritaria para su futuro y era

consciente de que las mejores escuelas públicas de los Estados Unidos estaban en ese momento en Saint Louis. Estas circunstancias hicieron que considerara muy seriamente la posibilidad de volver a Saint Louis con su madre y así lo hizo en 1884, regresando a su ciudad natal.

Así pues, la familia Chopin se reunió con la matriarca Eliza O'Flaherty, la madre que Kate tanto necesitaba en esos momentos en los que deseaba sentirse segura y apoyada por la que fue una figura esencial en su época juvenil. Con cincuenta y seis años y el pelo gris, la abuela Eliza también podía ser un pilar afectivo muy valioso en el crecimiento de los seis vástagos. Sin embargo, la alegría duró muy poco porque en 1885, al año de mudarse a Saint Louis, Eliza O'Flaherty falleció de cáncer. Sin duda, fue un durísimo golpe emocional para Kate Chopin, que estaba «literalmente postrada por el dolor»¹¹ ante una pérdida tan sensible. Su madre había sido apoyo y guía durante los años en que se convirtió ella misma en madre y pasó por varios momentos difíciles. En Saint Louis contaba con otros familiares lejanos, pero no tenía fuertes vínculos afectivos con ellos. Por otro lado, su gran amiga de la adolescencia, Kitty Gareshé, había abrazado los hábitos y residía en Michigan, demasiado lejos como para hacer de paño de lágrimas. De forma inesperada, en un momento fundamental en su trayectoria como escritora, reapareció una figura masculina que tuvo gran influencia en Chopin: el Dr. Frederick Kolbenheyer¹². Ya se conocían antes de la marcha de Chopin a Nueva Orleans y se mantuvieron en contacto por medio de la correspondencia. Este singular ginecólogo ayudó a Chopin en el parto de dos de sus hijos y a su cuarto hijo, Frederick, lo bautizó con el nombre del galeno en reconocimiento a su labor. Los ideales republicanos del médico, a pesar de sus orígenes aristocráticos polacos, le obligaron a abandonar Austria. No se trataba de un médico convencional, era también un pensador bastante radical y su formación filosófica agnóstica hacía de él un magnífico contertulio. Kate Chopin forjó una muy profunda amistad con él en un momento en el que tenía serias dudas sobre su fe católica. De hecho, el doctor le aconsejó que leyera textos de biología y antropología de Darwin, Huxley y Spencer que obviamente dejaron una impronta naturalista en su obra literaria. Por otro lado, el Dr. Kolbenheyer era un auténtico filántropo y ejercía la medicina con un profundo carácter social, atendiendo a los más pobres de Saint Louis. En efecto, este gran amigo de la escritora con el que

conversaba horas y horas sobre literatura y filosofía tuvo una influencia fundamental en el desarrollo de Chopin como escritora, ya que la animaba a que desarrollara el gran talento que poseía y que debía plasmar en la escritura. Además, parece ser que su insistencia en que escribiera tenía un carácter terapéutico para que Chopin encontrara alivio y paz en el vacío y la tristeza en que la habían sumido las pérdidas de sus seres queridos. Quizás en un claro homenaje literario a su querido amigo, Chopin recrea la figura del ginecólogo en el doctor Mandelet de *El despertar*, que da sabios consejos al matrimonio Pontellier.

Con todo, el fallecimiento de su marido y de su madre supuso un cataclismo emocional en el devenir vital de Kate Chopin. Se desató una profunda crisis espiritual en la que tenía la sensación de estar totalmente sola en el mundo y los insondables vericuetos de la vida ya no tenían mucho sentido para ella. En medio de esta encrucijada espiritual, las consecuencias no tardaron en llegar y consideró que lo mejor era renegar de la religión católica porque tan solo encontraba consuelo en la lectura y en las anotaciones que hacía en su diario. Sin duda, a los treinta y ocho años, la vida de Kate Chopin iba a dar un giro trascendental. Decidió crear el primer salón literario de Saint Louis en el que convocaba todos los jueves a escritores, profesores, artistas y celebridades que visitaban la ciudad. En estas reuniones se charlaba sobre arte y literatura de manera vibrante e ingeniosa. Los encuentros se hicieron famosos porque eran el centro de confluencia de todos aquellos que estaban interesados en estos temas. De una forma admirable, Kate Chopin había llevado el estilo francés y la tradición del pensamiento crítico al mismo centro de la ciudad, y quizás de allí surgieron muchos temas que más tarde desarrolló en sus relatos.

El profundo escepticismo intelectual que caracterizó este periodo emocional de Chopin dio paso a un fuerte deseo de crear y publicar que en verdad se convirtió en un aliciente certero en esta nueva etapa de su vida. Fruto de esta búsqueda es su primera publicación, que no fue precisamente literaria. En efecto, Chopin logró publicar una pieza musical titulada «Lilia. Polca» para piano en 1888¹³, obra cuyo título es un claro homenaje a su única hija Lélia. Asimismo, este hecho confirma, una vez más, la importancia que tenía la música en su vida. Se desconocen, sin embargo, las emociones que pudieron inspirar la composición de esta obra, pero sí se sabe que las polcas,

danzas de origen polaco, eran piezas muy populares entre los alemanes y los numerosos norteamericanos de origen alemán que residían en Saint Louis con lo cual se puede inferir que la pieza musical gozaría de cierta popularidad en esa época. Por otro lado, Chopin era una gran melómana y en Saint Louis el Teatro de la Opera Francesa fue el primero en llevar a escena las óperas *Lohengrin* y *Tannhäuser* de Richard Wagner, y quizás la pasión de Chopin por el compositor alemán se iniciara precisamente durante estas representaciones.

En enero de 1889, Chopin publica su primer texto literario, un poema amoroso corto de dos estrofas y titulado «If It Might Be»¹⁴ («Si pudiera ser») en la prestigiosa revista *America*. Sin embargo, la escritora no deseaba dedicarse ni a ser compositora, ni poeta, sino a escribir relatos y novelas. De hecho, durante su carrera literaria, no escribió más de veinte poemas de carácter sentimental en los que principalmente lamentaba la muerte de su marido. Unos meses después logró publicar su primer relato «Más sabia que un Dios» («Wiser than a God»)¹⁵ en la revista *Philadelphia Musical Journal* que, desde luego, marca sus inicios como escritora y la rutina que esta profesión le exigía. Es llamativo que, una vez más, Chopin articule temáticamente su primera publicación con el tema de la música como trasfondo y con una pianista concertista, encarnando los valores de independencia, autonomía e integridad artística y personal. Este relato también marca el paradigma creativo e ideológico de Chopin en muchos otros aspectos al tratarse de una historia protagonizada por la joven artista Paula Von Stolz que vive en una ciudad parecida a Saint Louis y rechaza la oferta de matrimonio de George Brainard, un rico y apuesto pretendiente que la adora. Ella responde ante el estupor del joven, que el matrimonio no forma parte de sus prioridades en la vida¹⁶. Sin duda, la respuesta de la protagonista y su deseo de iniciar una carrera como concertista es un acto de asertividad que muestra independencia y control sobre su propia vida. Finalmente, la pianista hace realidad su sueño y desarrolla una exitosa carrera musical. Tal y como hemos señalado, Chopin va a centrar sus preocupaciones creativas en las circunstancias sociales de la mujer y en sus aspiraciones, pero desde una perspectiva realista y desde el conocimiento directo que ella tenía de la sociedad. Es decir, en una época en la que se estaba proyectando y desarrollando socialmente el proyecto social de «la nueva mujer»

norteamericana, a partir de la premisa básica de redefinir el matrimonio en términos de igualdad, no todas las mujeres gozaban de libertad suficiente como para manifestarse con las sufragistas. En otras palabras, Chopin abogaba por la libertad intelectual y social de las mujeres, pero no cabe duda de que era consciente de la fuerte presión que las tradiciones y los convencionalismos ejercían sobre las mujeres a nivel individual.

Chopin empezó a escribir relatos que reflejaban el «ambiente y el colorido local», es decir, aspectos que constituían la idiosincrasia de la cultura criolla de Luisiana. En estos relatos es muy habitual que aparezcan palabras o expresiones en francés o patois, personajes que reflejan el mundo de las plantaciones, los conflictos raciales y las vivencias biculturales de sus habitantes. Se podría decir que la escritora plasma, de alguna forma, su propia realidad transnacional como mujer bilingüe y bicultural. En efecto, sus personajes más carismáticos viven entre dos culturas y piensan y hablan en dos idiomas, como es el caso de los personajes Robert Lebrun, Alcée Arobin, Mademoiselle Reisz y Madame Ratignolle en *El despertar*. Por otro lado, este tipo de relatos de ambiente y color regional le permitían tratar y desvelar verdades poco convencionales, tal y como hacían las escritoras Mary E. Wilkins Freeman y Sarah Orne Jewett, que escribían relatos de carácter regional, pero con mujeres protagonistas que eran rebeldes y en ocasiones rechazaban el matrimonio y las definiciones sociales masculinas.

LA CONEXIÓN FRANCESA: GUY DE MAUPASSANT Y LA IMPRONTA DE LA LITERATURA GALA

La ascendencia francesa de Chopin, su bilingüismo y biculturalismo, y su temprana inmersión en la cultura francesa criolla de la Luisiana la conectaron directamente con la tradición literaria europea y estableció un diálogo intertextual intenso con este acervo cultural. Asimismo, la novelista interaccionaba con las comunidades de origen francés de Saint Louis, con las que compartía no solo su amor por la literatura francófona, sino sus profundos conocimientos musicales y operísticos¹⁷. A finales de la década de los ochenta, Kate Chopin hizo un descubrimiento que cambiaría definitivamente

sus horizontes literarios. La novelista reconocería que durante su solitaria vida de autodidactismo y de lectura de todo aquello que se publicaba en francés, el encuentro con el escritor coetáneo francés Guy de Maupassant (1850-1893) marcó su imaginario literario. Su despertar artístico empezó con el estudio concienzudo de su obra en 1888 y lo cierto es que su manera de contar historias maravilló a la escritora por su sentido de la realidad, de la vida sin artificios, de la falta de sentimentalismo y el análisis de temas como la soledad, las relaciones de pareja, el suicidio y la muerte con una mirada desprovista de juicios morales convencionales. En efecto, lo que atrajo a Chopin del escritor francés fue la forma directa y sencilla con la que los relatos se acercaban a la sociedad de su época y, sobre todo, a los conflictos del individuo, un modelo que Chopin consideraba valioso para su propio devenir literario. De hecho, un aspecto que le llamaba la atención de forma poderosa era que el escritor francés no perteneciera a la masa, que estuviera al margen de las corrientes literarias y reivindicara ser un gran individualista, algo con lo que ella se identificaba plenamente. Asimismo, y según Chopin, Maupassant había escapado de la tradición y de la autoridad, había seguido un camino de introspección y había mirado la vida con sus propios ojos. Se podría decir que, en esos momentos en los que Chopin buscaba con ahínco modelos literarios en los que apoyarse tanto en el fondo como en la forma, Maupassant se convirtió en un valioso ejemplo a seguir¹⁸.

Kate Chopin es, sin duda, la primera escritora norteamericana que se formó fuera de la trama ideológica protestante anglo-escocesa y de los parámetros de la historia cultural calvinista. Las cualidades estéticas e ideológicas de su obra muestran una sofisticación formal y un cosmopolitismo ajenos a consideraciones de orden moral o de juicios de valor convencionales. La escritora admiraba el realismo y el naturalismo francés, y en este sentido se alejaba de los dictados del escritor norteamericano William Dean Howells y la tradición literaria del realismo refinado que prefería representar aspectos más positivos de la vida, ya que eran considerados más norteamericanos y mucho más provechosos y educativos para la juventud. Ningún escritor norteamericano, según Howells, escribiría novelas como *Madame Bovary* de Flaubert o *Anna Karenina* de Tolstói, en las que se hablaba de temas y de partes del cuerpo a las que nunca se referiría una literatura respetable y

edificante. Las cuestiones consideradas trágicas o inmorales, como el suicidio, la infidelidad o el adulterio, temas que en la literatura europea eran precisamente objeto del interés de los mejores escritores del momento, no encontrarían eco en la literatura norteamericana, salvo en Kate Chopin, quien los trató en un contexto local y con el realismo con el que lo hacían los escritores contemporáneos franceses. Sin duda, la dualidad cultural de la novelista le confería esa visión mucho más internacional, a pesar de que muchos críticos se empeñaran en circunscribirla al ámbito de la literatura regional y colorista.

El conocimiento y devoción por Maupassant llevaron a Chopin a trabajar intensamente en la traducción de ocho relatos de 1892 a 1898. Este periodo coincide con la escritura de su novela *El despertar* y los temas de los relatos: el suicidio, el divorcio, la locura, la soledad, el desencanto y el amor son cuestiones verdaderamente centrales tanto en esta novela como en el resto de su producción literaria. Por lo que se podría afirmar que los relatos de Maupassant constituyen una influencia literaria fundamental tanto en el fondo como en la forma en la citada novela. Desafortunadamente, tan solo llegó a publicar tres de sus cuidadas traducciones: «Suicide», «It» y «Solitude», ya que ofreció una colección de seis relatos del escritor francés que ella tituló *Mad Stories (Historias de la locura)*, a la editorial Houghton Mifflin, pero la empresa declinó la oferta¹⁹. Resulta bastante obvio que tanto «Solitude» como «Suicide» tienen una directa relación con los temas que se exploran en *El despertar*.

Cabe constatar que, a pesar de la admiración que Chopin mostraba por Maupassant, la escritora también muestra diferencias en cuanto a cuestiones como su visión de la vida en aspectos relacionados con el género. Es decir, la novelista coloca en el centro de sus novelas y relatos la experiencia de la mujer y sus tribulaciones, mientras que el escritor francés no mostraba mucho interés por los personajes femeninos, que, en su gran mayoría, aparecen subordinados a los masculinos. Según han señalado algunos críticos, la posición androcéntrica de Maupassant se contrapone claramente a la prevalencia de la mujer como centro gravitatorio de la innovación literaria de los textos chopinianos²⁰.

Si a lo largo de su vida Chopin mantuvo una profunda admiración e interés

por la literatura francesa, para la mayoría de lectores norteamericanos, Guy de Maupassant era demasiado subido de tono. Más aun, las bibliotecas públicas norteamericanas rechazaban sus obras junto a las de Émile Zola y Gustave Flaubert porque las consideraban inmorales.

No cabe duda de que Kate Chopin aplicó su formación y conocimiento de la literatura francesa a sus relatos, en especial, su concepto de la simplicidad, la concisión, la claridad, la lógica, la precisión, la economía de medios y el control de la forma. Pero también su herencia celta está presente en cuestiones fundamentales de su obra como son el finísimo sentido del humor, el calor y la alegría de los irlandeses.

Kate Chopin también admiraba a Émile Zola por su sinceridad y su manera peculiar de retratar la realidad francesa, a pesar de que su reseña sobre *Lourdes* es muy crítica con respecto a lo que ella considera un «sentimentalismo rampante»²¹. La realidad para Chopin se asentaba en una base fundamentalmente cambiante y era caleidoscópica, algo que según la escritora norteamericana la diferenciaba de Zola. En este mismo sentido, Chopin hacía hincapié en la importancia que tenía la búsqueda de la verdad. En otro orden de cosas hay que destacar de igual modo la nada desdeñable influencia de las heroínas de dos escritoras a las que Chopin también admiraba: Madame de Staël y George Sand. Ambas escritoras francesas revolucionaron las formas sociales de la mujer y su percepción como artistas.

Según Thomas Bonner, Chopin también seguía el ideario realista de Flaubert por el cual el realismo empieza por lo más cercano, según el mundo local y es primordial facilitar la geografía, el mapa de dónde transcurren las vidas de los protagonistas. Y eso es precisamente lo que hace Chopin en sus historias y, en especial, en las que tienen lugar en Luisiana²². Sin embargo, la cartografía sureña de Chopin tiene unos personajes protagonistas que en nada se parecen a los de sus coetáneos norteamericanos. Son personajes que buscan su realización personal por medio del trabajo fuera del hogar y de nuevos patrones de coexistencia igualitarios que poco o nada reproducían los valores patriarcales.

A los cuarenta años, Kate Chopin era una mujer sabia y cosmopolita. Según los que la conocían, era muy ingeniosa y tenía un talento especial para entretener a sus visitantes. Su hija Lélia decía que a su madre le gustaba mucho explorar el lado positivo de la vida, pero al mismo tiempo tenía sus momentos de tristeza. No le agradaba hacer juicios morales y reconocía que la vida estaba hecha fundamentalmente de paradojas y que, por tanto, en ocasiones resultaba hermosa, pero al mismo tiempo brutal²³.

Kate Chopin tenía la clara aspiración vital de convertirse en escritora, de manifestar en papel sus vivencias y su mundo creativo de mujer independiente, pero al mismo tiempo deseaba vivir de su trabajo literario. Algo que desafortunadamente nunca consiguió porque la remuneración que obtenía con los derechos de autor fue siempre bastante escasa. No obstante, mantuvo a su familia de los ingresos que le proporcionaban sus tierras y de alguna propiedad que le dejó su marido. A pesar de esta descorazonadora realidad, Chopin se preparó una habitación para escribir, tal y como Virginia Woolf aconsejaría casi tres décadas después en *Una habitación propia* (1929), con un amplio escritorio, una silla Morris²⁴ y una Venus desnuda en la estantería. Los manuscritos que sobreviven demuestran que era una escritora muy meticulosa y revisaba los textos muchas veces antes de enviarlos a las editoriales.

En 1890 publica su primera novela *At Fault*²⁵, costeando la primera edición de su propio bolsillo. La trama de la obra muestra, sin duda, ciertos paralelismos con la vida de Chopin. El personaje principal, Thérèse, es una joven viuda de Luisiana que se tiene que encargar de los negocios de su esposo ya fallecido. La viuda se siente atraída por David, un hombre divorciado del norte. Thérèse es muy católica y le insta a David a que regrese con su ex mujer que es alcohólica. Finalmente, la ex mujer fallece, dejando el camino libre a Thérèse y a David para que se casen. Esta es básicamente la línea argumental de la narración, pero también se desarrollan otras tramas secundarias y reflexiones sobre el amor y la vida de Luisiana. La novela se acerca a temas tan espinosos como el divorcio y el alcoholismo, y hay críticos que no dudan en valorarla como un texto que dramatiza los grandes cambios que la sociedad norteamericana estaba experimentando en cuestiones como la economía, la industrialización del sur, las clases sociales, la raza, el género e

incluso el matrimonio²⁶.

En efecto, una de las transformaciones sociales primordiales que se estaban produciendo en la Norteamérica más progresista era el surgimiento de la nueva mujer²⁷. Factores tan esenciales como la mejora de la educación superior de las norteamericanas y su incipiente acceso a las profesiones tradicionalmente vetadas para ellas, favorecieron el cuestionamiento de los papeles asignados a la mujer y la redefinición de la sexualidad. En definitiva, las nuevas generaciones de mujeres solteras, educadas e independientes económicamente, se cuestionaban de forma clara y abierta la validez de una educación social que promovía el sometimiento de la mujer, sobre todo, en el ámbito de la institución del matrimonio. Cabe constatar del mismo modo que las nuevas mujeres también deseaban cambiar las actitudes sociales y se les podía ver en la ciudad de Nueva York solas, independientes, sin caballeros que las acompañaran y sin llevar el anillo de casadas. En otras palabras, eran mujeres que buscaban su realización fuera de los esquemas tradicionales del hogar²⁸.

Este fenómeno social y literario floreció entre la última década del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX a ambos lados del Atlántico. Entre otras cuestiones primordiales, favorecía el derecho de la mujer a la independencia económica, la libertad política y la priorización de las aspiraciones artísticas frente a las domésticas. Los movimientos feministas que se fundaron por todo el país, como la «Asociación Nacional Norteamericana para el Sufragio de la Mujer», reclamaban como prioridad política el derecho al voto de la mujer y la premisa económica de a igual trabajo igual remuneración. La fuerza de las movilizaciones de mujeres por todo el país culminaría con el reconocimiento del derecho al voto de las ciudadanas norteamericanas en la décimo novena enmienda de la constitución promulgada en 1920.

Por otro lado, la escritora y economista Charlotte Perkins Gilman abogaba por la independencia económica real y la profesionalización de las tareas domésticas como las únicas vías efectivas para lograr la emancipación real de la mujer en la sociedad norteamericana de fin de siglo. Asimismo, y quizás fruto de la tendencia asociacionista de las norteamericanas, las feministas consideraban que la unión de las mujeres con su capacidad de apoyo, de

sostén y de amistad, cooperación y afectividad podía coadyuvar en la creación de redes sociales que pudieran promover la estabilidad económica y psicológica de las mujeres. La búsqueda de lazos afectivos y plataformas de apoyo entre los colectivos femeninos son, lógicamente, el fruto de los parámetros de actuación efectiva que promovía el movimiento de «La Nueva Mujer» y su ideal de mujer del siglo XX. En el ámbito literario norteamericano, el movimiento social tuvo un impacto clarísimo en la obra de escritoras como Kate Chopin, Edith Wharton, Charlotte Perkins Gilman, Alice James, Sui Sin Far, Ellen Glasgow, Willa Cather y Gertrude Stein²⁹, que abanderaban el ideario y lo ponían de manifiesto en los artículos periodísticos, ensayos y relatos que incidían en la necesidad de llevar a cabo cambios sustanciales y en la búsqueda de nuevos papeles sociales para la mujer norteamericana. Sin duda, el activismo de este colectivo tuvo un impacto duradero tanto en el ámbito social como en el político, tal y como demuestran los documentos gráficos y escritos de la época. Asimismo, la presencia de la mujer en distintos foros y sus reivindicaciones fueron la semilla que más adelante germinó en la consecución de los derechos civiles de los años sesenta del siglo XX. Con sus reivindicaciones se ganó mayor presencia en instituciones, empresas y, en general, en el mundo de lo público. En suma, lo que pretendían estas mujeres, al igual que los grupos étnicos, era tener visibilidad social y acceso al poder.

En lo que se refiere al canon de la literatura norteamericana, la nueva mujer cambió radicalmente el panorama y le insufló una vitalidad creativa inusitada. En efecto, las escritoras se acercaban al hecho literario influidas por los patrones realistas del *Bildungsroman* masculino centrados en el determinismo darwiniano del naturalismo que se desarrollaba en la vorágine social de ciudades como Chicago y Nueva York. Sin embargo, y a pesar de la clara influencia de estas corrientes, las escritoras buscaban realidades alternativas donde se desarrollaba la conciencia femenina, sus aspiraciones, su necesidad de contar experiencias de exclusión en el patriarcado de una manera iconoclasta, hablando de la salud, de la identidad de la mujer y cuestionando la tiranía de la medicina tradicional que las sometía a internamientos forzados para controlar la insatisfacción y la desafección por un sistema que las sometía hasta en la ropa que debían usar. Claro ejemplo de esta tiranía es el

espeluznante relato «El empapelado amarillo» (1892) de Charlotte Perkins Gilman que muestra sin tapujos, el internamiento forzoso de una mujer que sufría depresión postparto y a la que su marido-médico obliga a tomar fármacos para inmovilizar su cuerpo y su mente. No solo la encierra en una habitación empapelada de amarillo que repele profundamente a su esposa, sino que a la vez le prohíbe todo tipo de actividad intelectual y creativa. En suma, se trata de un relato que dramatiza, hasta sus últimas consecuencias, la manipulación de la mujer por la ciencia y en el contexto de la institución matrimonial. Al final, la protagonista se vuelve loca, pero hasta ese momento es consciente de que desea seguir leyendo, pintando y relatando su impuesta reclusión. En definitiva, las mujeres que se salían del guión pre-establecido para la mujer autómatas, la que nacía para decorar, y no la que decidía pensar sobre su situación, tenía que pagar un precio muy alto que, en ocasiones, podía incluso acarrearles el ostracismo y la muerte³⁰.

Tal y como hemos señalado, en la nueva ficción de estas escritoras se aborda de forma general y sin tapujos los peligros del matrimonio, la construcción social del género y la explotación social de la mujer. Pero, además, abundaban en temas como la prostitución, la locura, la enfermedad, la creatividad y las utopías en las que las mujeres imaginaban su emancipación sexual, el amor libre, la maternidad en solitario, las familias monomarentales e incluso burdeles donde las mujeres podían pagar por los servicios sexuales de jóvenes atractivos. En este contexto creativo y social, Kate Chopin habla abiertamente en su obra sobre aspectos tan trascendentales de la identidad individual de la mujer como son su propia sexualidad y la necesidad de ganarse un espacio real de desarrollo intelectual y espiritual en la sociedad.

A pesar de que la obra de Chopin se identifica con los valores fundamentales que defendía el movimiento de la nueva mujer, la escritora nunca tuvo un papel relevante como activista. De hecho, no se unió al movimiento de las mujeres a favor del sufragio, ni tampoco perteneció a ninguna comunidad literaria de escritoras. Estos aspectos de su vida nos hablan sobre su independencia y del claro deseo de no pertenecer a ningún grupo organizado, porque, según han señalado sus biógrafos, después de ser miembro de una asociación de mujeres de beneficencia y literatura durante dos años se dio de baja. En otras palabras, parece ser que a Chopin no le

convencían los didactismos, ni las prédicas, ni tampoco las convenciones literarias. Era una creadora independiente, celosa de su privacidad y una gran observadora del comportamiento humano sin necesidad de pertenecer a asociaciones o a grupos organizados de activistas.

LA PRIMERA COLECCIÓN DE RELATOS: «BAYOU FOLK»

En un principio, Kate Chopin enfocó su carrera literaria en el relato por ser este un género literario que le permitía acceder al mundo de la publicación con cierta facilidad. Lo cierto es que, a finales del XIX, el relato daba prestigio en el mundo literario y también reportaba ciertos beneficios económicos inmediatos. Las revistas pagaban muy bien a los escritores porque el público apreciaba mucho la inmediatez del relato y los temas que trataba. Recordemos que en el siglo XIX el género del relato era muy popular en los Estados Unidos y tenía ya una larga y brillante tradición iniciada y cultivada por magníficos escritores, como Charles Brockden Brown, Edgar Allan Poe, Nathaniel Hawthorne, Louisa May Alcott, Alice Cary, Sarah Orne Jewett, Mary Wilkins Freeman y Herman Melville. Los ávidos lectores de Nueva Inglaterra preferían aquellas narraciones que describieran las zonas para ellos desconocidas del sur de Norteamérica, con el componente exótico de zonas muy alejadas para su imaginario y los de carácter realista con protagonistas que representaran a gente común con vidas normales. Para Chopin, el relato era la forma literaria idónea para captar los momentos e instantes significativos de las vidas de la gente corriente que ella había conocido en Luisiana.

La prestigiosa editorial de Boston, Houghton Mifflin, publicó en 1894 *Bayou Folk*³¹, la primera colección de veintitrés relatos de Kate Chopin. La recopilación tuvo una buena acogida, tan significativa que el editor animó a Chopin a que escribiera una novela. Algunos de los críticos alabaron la colección por la delicadeza y el encanto con que la escritora describía la vida de los criollos en la Acadia y la clara influencia que se apreciaba del relato realista de Guy de Maupassant. En efecto, la gran mayoría de los textos están ambientados en el condado de Natchitoches, que tan bien conocía la escritora,

y representan a personajes que luchan por tener una vida mejor en sus comunidades en momentos ciertamente traumáticos en los que la gente intentaba superar el legado de desolación y miseria que había dejado la guerra civil. La pobreza, la ignorancia y la violencia son aspectos que abundan en la vida de estos personajes que, al mismo tiempo, se distinguen por su capacidad de recuperación en unas circunstancias realmente adversas. En especial, y como ha señalado Emily Toth, en esta colección ya se percibe la forma en que Chopin recrea un mundo literario donde muestra una clara inclinación y simpatía hacia las mujeres³². La escritora incluso se adentra en el complejo y delicado mundo de la Norteamérica racial con protagonistas negros que, como en el caso del relato «La Belle Zoraïda», muestran un amor profundo por sus hijos. Precisamente, el tema de la raza y la etnicidad constituyen aspectos centrales en la ficción de Chopin quien desafió con valentía los tópicos, los prejuicios, las normas y los estereotipos raciales de su época³³. Tal vez su sensibilidad como escritora hacia estos temas y su interés por tratarlos de forma abierta provenían de sus propias vivencias infantiles y juveniles de los conflictos raciales en la sociedad en

la que creció. Lo que sí queda diáfano es que en sus relatos coexisten individuos de muchas razas y orígenes sociales que muestran una compleja realidad humana cambiante en la que el ejercicio del poder y la negociación significan tanto o más que las normas sociales. Este es el caso de uno de los relatos más populares y conocidos de la autora, perteneciente a su colección *Bayou Folk*, «El hijo de Desirée». Sin duda, se trata de una narración gótica, sombría e irónica con un sorprendente desenlace. Chopin aborda, sin ningún tipo de sentimentalismo, el espinoso tema de la superioridad racial en la Luisiana criolla. El texto es breve pero intenso y plantea un profundo drama psicológico entre una pareja en términos de sus orígenes raciales. El personaje principal, Armand Aubigny, es un hombre cruel y déspota, exigente e inhumano con sus sirvientes y esclavos de la plantación. Cabe constatar que Kate Chopin retrata y exorciza, de alguna manera, en este personaje la crueldad del Dr. Chopin, el suegro violento y despiadado que tanto hizo sufrir a su marido e indirectamente a ella. En cierto modo, este siniestro personaje recuerda a Mr. Rochester de *Jane Eyre* de Charlotte Brontë y a Ives de Cornault del relato «Kerfol» de Edith Wharton por su inexplicable

crueledad, de carácter arbitrario, que esconde realmente una profunda inferioridad y aflora a la superficie por los sentimientos inconfesables que los protagonistas esconden en su terrible dualidad.

El matrimonio de Aubigny con Desirée Valmondé (cuyos orígenes no están muy claros por ser adoptada) y el nacimiento de su hijo dulcifican en cierta medida su carácter irascible por lo que este cambio hace muy feliz a su esposa. Sin embargo, cuando Aubigny se casó con Desirée obvió los orígenes poco claros de su prometida, a pesar de ser un hombre racista y mostrar una crueldad desorbitada hacia sus esclavos.

La realidad es que el hogar de los Aubigny esconde un secreto simplemente inadmisibile para Armand, quien descubre por casualidad que los orígenes raciales de su mujer no son todo lo blancos que él asumía porque parece ser que es mestiza. Si bien en ningún momento queda claro de dónde saca Armand esta información, lo cierto es que en ese mismo instante cambia de forma radical la visión que tenía de su familia. En consecuencia, Desirée defiende de forma apasionada que es blanca, pero para su esposo la duda que le quita el sueño es que su hijo no sea el fruto de una mujer blanca y eso es simplemente inaceptable. Pese a los denodados intentos de ella por convencerle de lo contrario, Armand invita a ambos a abandonar su plantación. En definitiva, tan solo la sospecha de la idea del cuerpo mestizo e interracial es inaceptable para un hombre que está convencido de la supremacía racial blanca, y asocia todo lo que no se conforma a ese patrón a lo monstruoso, lo inaceptable y lo abyecto.

Pero el relato todavía nos reserva una última vuelta de tuerca que deja al lector totalmente desconcertado. Durante la escena final de este relato psicológico, Armand aparece quemando en una hoguera su correspondencia amorosa con Desirée y la cuna de su hijo. Por casualidad, en el fondo de una vieja caja descubre una carta que su madre le había enviado a su padre y en la que daba gracias a Dios por la bendición del amor de su marido, pero, además, desvelaba que:

Pero, sobre todo, doy gracias a Dios, noche y día, por haber dispuesto nuestras vidas de modo que nuestro querido Armand no sepa nunca que su madre, que le adora, pertenece a la raza maldita con el estigma de la esclavitud³⁴.

El terrible e irónico descubrimiento final de Armand lo pone en una situación inimaginable para el cruel protagonista: el representante despótico de la supremacía blanca hegemónica es mestizo y, por lo tanto, símbolo para él de la monstruosidad racial híbrida. Esta revelación epifánica desvela que la única persona con orígenes negros es él, en tanto en cuanto, la ascendencia racial de su mujer y su hijo no queda del todo clara.

Finalmente, Armand destruye su vida familiar por una realidad que nunca podrá cambiar, por su educación y por sus destructivas creencias racistas. A pesar de que en su plantación el mestizaje era práctica habitual entre los esclavos y otros trabajadores, es incapaz de vivir su realidad racial como un privilegio y no como una terrible maldición. Desafortunadamente, Armand es esclavo de unos prejuicios raciales que le impiden ser feliz como ser humano al no aceptar la enriquecedora realidad del mestizaje racial y cultural.

En este sorprendente relato gótico, el cuerpo racial y la mezcla de sangres, tema central en la cultura sureña, se convierten en el centro de una reflexión cuyas consecuencias terminan mostrando cómo la realidad es siempre caleidoscópica e inestable. En otras palabras, Chopin nos acerca a la precariedad de las asunciones sobre la raza en un contexto donde el mestizaje estaba presente en todas las clases sociales debido, precisamente, a las prácticas sexuales de los dueños de las plantaciones con las esclavas. Algo que Kate Chopin y su familia conocían muy bien porque lo habían vivido en el seno del hogar. En «El hijo de Desirée», la escritora destapa con realidades contundentes los secretos inconfesables del mestizaje en una cultura racista hipócrita que lo único que deseaba era ocultar una realidad contundente. De esta forma, se puede concluir que Chopin abordó en su obra temas tan complejos como el racismo, de manera directa y sin ambages. En muchos de sus relatos explora las relaciones humanas, como la amistad entre personas de distintas razas y orígenes en los relatos «La Belle Zoraïde», «Nég Créol», «Tante Cat'rinette» o en «In Sabine». En estos relatos, los negros son personas fuertes, inteligentes y con una vida afectiva significativa. Las historias de estos protagonistas intentan captar los sufrimientos y los logros en las vidas de los ciudadanos negros y la complejidad de sus vivencias sociales. En definitiva, la escritora buscaba, en sus textos, la verdad caleidoscópica de la vida de los individuos más que su consideración como grupo social y por ello su énfasis

principal era la representación de los deseos, frustraciones, anhelos y condicionamientos a partir de la individuación de los sentimientos.

LA SEGUNDA COLECCIÓN DE RELATOS: «A NIGHT IN ACADIE»

En la evolución narrativa de Kate Chopin se pone de manifiesto un alejamiento gradual y casi imperceptible del mundo de Luisiana y una apertura hacia otros mundos menos centrados en el ambiente local de los criollos. Asimismo, la escritora se adentra en el ámbito más íntimo de los afectos humanos y, de forma más específica, en el universo afectivo de las mujeres y en su proceso de toma de conciencia, tal y como se percibe en su segunda colección de relatos *A Night in Acadie* («Una noche en Acadia») publicada en 1897 por la editorial Way & Williams de Chicago. En esta obra de veintinueve relatos, hay mujeres ya maduras cuyos corazones se abren a nuevas sensaciones y experiencias. Tal es el caso de «Athénaïse» el relato más largo y complejo en cuanto a la estructura formal de la colección. La protagonista, Athénaïse Miché, se siente desgraciada en su matrimonio, a pesar de todas las comodidades y de la buena situación económica de la que goza, no se siente realizada y decide huir de su hogar. A pesar de haber tomado una decisión tan significativa, la joven tampoco sabe lo que quiere exactamente y Cazeau, su esposo, un criollo complaciente pero arrogante, no entiende la actitud impulsiva de su esposa y quiere que vuelva a toda costa. En su nueva morada, Athénaïse conoce a un atractivo periodista llamado Gouvernail, que está dispuesto a convertirse en su amante, pero se da cuenta de que la joven lo que necesita es un confidente, un hermano, que la escuche y la aconseje. Por otra parte, Cazeau le escribe y le confiesa que la quiere, pero que esperará a que vuelva cuando ella esté preparada y segura de lo que hace. La historia termina bien porque Athénaïse descubre que está embarazada y su visión de la vida cambia radicalmente. Asimismo, se da cuenta de que Cazeau es una persona cabal que ha entendido su crisis vital y ha respetado el tiempo que ella necesitaba para ver las cosas desde otro punto de vista.

Este relato al principio da indicios de tener ciertos paralelismos con *El despertar*, pero se desarrolla por cauces que nada tienen que ver con las

circunstancias inestables y el despertar de Edna Pontellier. Al contrario, Athénaïse percibe, por los detalles que le muestra Cazeau, que su marido es un hombre comprensivo que la ama por encima de todas las cosas y que está dispuesto a cambiar todo lo que a ella le resulte desagradable, pero, a la vez, ella misma hace una autocrítica por la que descubre que hay rasgos de su carácter impulsivo y cambiante que quizás debería de modificar. Finalmente, ambos miembros de la pareja son conscientes de que deben cambiar ciertos aspectos de su vida para que la convivencia funcione. Así pues, «Athénaïse» es un ejemplo de relato donde Chopin desarrolla sus ideas sobre los desencuentros en el ámbito de la pareja, pero al mismo tiempo cómo puede haber un despertar de las personas a la realidad y la necesaria toma de conciencia para que las cosas cambien, si es posible, o para iniciar otro rumbo en el camino de la vida.

La colección de relatos, *A Night in Acadie*, recibió reseñas bastante positivas, pero no eran tan entusiásticas como las de *Bayou Folk*. La recepción crítica se centraba, como cabía esperar, en la atmósfera sensual evocada por alguno de los relatos, como apuntaba la publicación *Nation*. Por otra parte, *Critic* tachaba a la escritora de hacer un uso excesivo de un lenguaje demasiado directo para referirse a ciertos temas y mencionaba el relato «Athénaïse» como ejemplo de ese tipo de lenguaje sin ambages que tanto gustaba a la escritora. Comentarios como los precedentes apuntan a ciertas reticencias con la manera en la que Chopin se acercaba a temas que la crítica consideraba tabú y que, de alguna manera, eran un poco escabrosos para la sociedad norteamericana de la época. Al hilo de estas afirmaciones, la escritora mostró en varias ocasiones su rechazo radical a prohibir la literatura que trataba la sexualidad de forma directa, y quizás por ello admiraba tanto a Walt Whitman y su forma tan natural de representar la sensualidad y el erotismo en sus poemarios. Según Chopin, el poeta norteamericano había contribuido de forma activa a la tolerancia literaria en su país.

En general, se podría decir que la respuesta de la crítica continuaba haciendo énfasis en los aspectos más exóticos y coloristas del estado de Luisiana en los relatos de Chopin. De esta forma, la encasillaban fácilmente como una escritora circunscrita a una región concreta del sur de los Estados Unidos que convertía su obra en descriptiva de un ámbito geográfico, más que

en reflexiva y crítica sobre la condición humana.

En todo caso, la carrera literaria de la escritora estaba encauzada como escritora de relatos y después de publicar su segundo volumen, ya gozaba de cierto reconocimiento en este género literario, a pesar de que también tuvo que vivir la experiencia de que algunas editoriales rechazaran su obra. En todo caso, había conseguido entrevistas y reseñas en diarios y revistas importantes como el *St. Louis-Post Dispatch*, *Republic*, *Saint Louis Life*, *New Orleans Time-Democrat* y otros muchos que, *grosso modo*, mostraban las cualidades formales y temáticas de su obra y de su singular personalidad literaria.

EL FRUTO DE UNA VOCACIÓN Y LA BÚSQUEDA DE UNA VOZ PROPIA

Kate Chopin, como apuntan sus biógrafos, fue siempre bastante celosa de su intimidad e insistía permanentemente en mantener al margen su vida privada del contexto público. La reticencia que mostró durante toda su vida a mostrar o exhibir sus vivencias personales se confirma en los pocos documentos personales que dejó. Según su biógrafo, Per Seyersted, tan solo se conservan «un libro de notas, un diario de 1894, una página sobre su amiga de la juventud Kitty Garesché y un puñado de cartas»³⁵. Es curioso que su insistencia en mantener una distancia entre lo privado y lo público no tuviera nada que ver con la percepción que tenía la gente de ella como una mujer alegre, vivaz, entusiasta, participativa en la vida social y con un carácter apasionado.

En 1887 empezó a escribir *El despertar*, convencida de que esta novela iba a ser su mejor obra literaria hasta ese momento. El proceso duró dos largos años en los que Chopin trabajó intensamente y sin dejar de escribir otros relatos, como es el caso de su famoso texto «La tormenta» (1898)³⁶. Como en ocasiones anteriores, Chopin explora en este sucinto relato el re-encuentro amoroso de dos antiguos amantes ahora casados con otras personas, que vuelven a retomar su antigua relación. La tormenta emocional pasa y los amantes vuelven a su vida convencional, pero queda en su intimidad la intensa vivencia de lo verdadero, más allá de las normas sociales, de las asunciones del matrimonio y de la rutina social.

El invierno de 1898 fue uno de los más duros y fríos en Saint Louis y parece ser que la novelista pasó por una depresión. Se desconocen los motivos, pero, quizás, Chopin volvió a revivir una vez más las pérdidas de su madre y su marido. Con todo, la publicación de *El despertar* el 22 de abril de 1899 supuso el logro literario más importante de Kate Chopin y una gran satisfacción personal como creadora. Pero, a pesar de la íntima certeza de que era su obra magna, también tuvo que enfrentarse a los sinsabores de las críticas adversas que recibió por parte de la crítica y de una sociedad que todavía no estaba preparada para asumir las verdades y las reflexiones tan radicales sobre el matrimonio, la sexualidad, la individualidad y el despertar de una profunda necesidad de libertad de la mujer que planteaba esta novela adelantada a su tiempo y pionera en muchos aspectos. En el ámbito económico, la publicación de *El despertar* tampoco le supuso unos beneficios significativos, si se tiene en cuenta que le pagaron 102 dólares en 1899, 40 dólares en 1900 y 3 dólares en 1901 en concepto de derechos de autor³⁷.

Parece ser que la salud de Kate Chopin se resintió después de la publicación de su novela. Durante el verano de 1899, la escritora enfermó nuevamente, pero esta vez se trataba de una dolencia muy seria de la que nunca se recuperaría y que a la postre le dejó serias secuelas que seguro tuvieron mucho que ver en el empeoramiento general de su estado físico. En este sentido, la novelista ya nunca volvió a tener la energía y salud que mostró a lo largo de su vida, puesto que, según sus biógrafos y sus familiares más cercanos, a partir de ese momento, ya nunca volvió a mostrarse con su habitual empuje y determinación para enfrentarse a la vida.

A pesar del declinar en la salud física de la escritora, *El despertar* supuso, sin duda, un cúmulo de satisfacciones personales, pero también un serio quebranto espiritual para Chopin, quien decepcionada y agobiada por la patente incomprensión de la crítica, decidió encerrarse en sí misma y seguir escribiendo los relatos que conformarían su tercer y último volumen que tituló *A Vocation and a Voice* («Una vocación y una voz»). El título de la colección obviamente comenta, de manera contundente, las pautas que habían dirigido su quehacer literario: el fruto de una vocación decidida y la búsqueda de una voz propia. Sin embargo, la madurez y la evolución literarias que se observan en este magnífico volumen de relatos y la consagración que se aprecia de una voz

tan singular e idiosincrásica en las letras norteamericanas, no tuvieron el efecto que se podría haber esperado. Las críticas ciertamente mojigatas y moralistas sobre *El despertar* pesaron mucho más que otros juicios estrictamente literarios y, a consecuencia de todo el revuelo y la animadversión que generó la novela, el editor Herbert S. Stone canceló los planes de publicación de *A Vocation and a Voice* en febrero de 1900³⁸.

Como cabe imaginar, este último y desafortunado episodio causó una gran decepción a la escritora. No se sabe si todo este cúmulo de infortunios profesionales tuvieron una clara incidencia en la salud de Chopin, pero lo cierto es que ella se fue debilitando poco a poco y, ante la intuición de que el final podría estar cercano, redactó un testamento en diciembre de 1902. Era fácil entender que, como madre de familia, su gran preocupación vital fuera no sobrevivir a ninguno de sus seis hijos, de hecho, les dijo: «Espero morirme primero, de tal forma que no os pierda a ninguno de vosotros»³⁹. En este sentido, los últimos años de la escritora no fueron especialmente fáciles, ya que tuvo que pasar por la experiencia del fallecimiento de varios familiares. Su nuera falleció cuando iba a dar a luz su primer hijo y su esposo, Jean Chopin, nunca se recuperó de la gran pena que le ocasionó una pérdida tan dolorosa. De tanta soledad y dolor se tuvo que mudar a vivir con su madre y Kate Chopin hizo lo que pudo para consolarlo. En realidad, la escritora se iba quedando cada vez más sola porque muchos de sus amigos íntimos habían fallecido y la única que quedaba era su amiga de juventud Kitty Garesché a quien visitaba en el convento en el que finalmente se había recluido y que, por fortuna, quedaba cerca de su casa. Lo cierto y así ha sido señalado por Heather Thomas, es que hay pruebas evidentes de que la precaria salud de Chopin fue un claro impedimento para que siguiera manteniendo el ritmo de trabajo de sus años más prolíficos⁴⁰. A pesar de que es difícil saber si la novelista había somatizado los ataques furibundos que recibió su novela *El despertar* y toda la controversia que se desató con la publicación, lo que es indiscutible es que se percibe en las escasas notas que se conservan un claro declinar en cuanto a su actividad literaria de antaño.

En 1904 se celebró la Exposición Internacional de Saint Louis y Kate Chopin compró entradas para este evento donde se podían contemplar los grandes avances tecnológicos de la humanidad de fin de siglo, algo que atraía

enormemente a la escritora. En aquella exposición se mostraban, además, las más diversas y exóticas culturas del mundo en recreaciones fantásticas que intentaban reproducir los espacios naturales de los distintos países. El 20 de agosto visitó la exposición, pero el tiempo era extremadamente húmedo y cálido. La jornada fue tan extenuante para la escritora, que llegó agotada de la intensa experiencia y por la noche sufrió un derrame cerebral devastador del que ya no se recuperó. Tras dos días en el hospital, falleció el 22 de agosto de 1904.

Las noticias y las necrológicas recogieron el óbito con alabanzas y reconocimientos a su extraordinario talento como escritora, en especial, por sus dos colecciones de relatos, pero, curiosamente, no se hacía mención alguna a su novela *El despertar*. Tal vez esta omisión presagiaba el desolador destino del texto, seguido de un profundo silencio y de la duradera exclusión del canon literario en la que, por mucho tiempo, se mantendría esta magnífica obra. A pesar de que Chopin se había alejado de la fe católica hacía más de cinco años, se celebró un entierro y un funeral católicos por expreso deseo de algunos de sus hijos que sí eran creyentes. Fue enterrada, al igual que su marido, en el cementerio católico Calvary en Saint Louis. Junto a su tumba crecía un arbusto de lilas, su flor favorita, que cubría la lápida con una reconfortante sombra⁴¹.

LA POLÉMICA RECEPCIÓN DE «EL DESPERTAR»

La historia de la recepción de la novela *El despertar* no guarda similitud alguna con el reconocimiento y la trayectoria crítica que consiguieron los más de cien relatos que publicó Chopin en la última década del siglo XIX. Muchos de ellos aparecieron en las revistas y publicaciones norteamericanas más prestigiosas del momento y la crítica alabó en general cómo Chopin plasmaba el mundo sureño, sus acentos, su colorido y el tratamiento realista del mundo criollo y de los acadianos. Nada podía presagiar que la novela en la que Chopin había puesto todos sus esfuerzos creativos, no iba a recibir una buena acogida, teniendo en cuenta el prestigio y la reputación que ya había conseguido. En todo caso, y a pesar del turbulento devenir de esta novela, el

caprichoso destino iba a cambiar el sino de su autora muchos años después y a la postre, y por paradojas de la vida, se iba a convertir en un clásico de la literatura norteamericana y en una de las novelas más leídas y apreciadas por el público norteamericano e internacional.

La publicación de *El despertar* en la editorial Herbert Stone & Company de Chicago en 1899 desencadenó, como ya se ha mencionado, una cascada de críticas ciertamente negativas que mostraban, al menos, los condicionamientos y prejuicios morales de los críticos norteamericanos de fin de siglo. Lo que las reseñas ponían de manifiesto era fundamentalmente que había ciertos temas como la sexualidad, la independencia, los deseos y el empoderamiento de la mujer, de los que no se podía hablar con plena libertad. Por todo ello, la novela se estigmatizó rápidamente porque era considerada de dudosa moralidad e incluso peligrosa para los jóvenes norteamericanos.

La manifiesta hostilidad con la que se recibió la novela partía en principio de las implicaciones que tenía la etiqueta con la que se marcó la obra de Kate Chopin como escritora regional o sureña. Es decir, no se concebía que una escritora que había descrito el colorido del paisaje de Luisiana, su riqueza lingüística o las curiosidades biculturales de los criollos acadianos, pudiera escribir una novela que reflexionaba de manera profunda sobre una mujer burguesa que entra en crisis porque no se siente realizada y pone en duda el papel del matrimonio y la maternidad, manifiesta abiertamente su deseo sexual y decide romper con toda la seguridad que le otorgaba su privilegiado estatus social. Sin duda, nadie esperaba una novela tan radical y atrevida en Estados Unidos en ese momento histórico y menos escrita por una mujer.

La primera reseña de *El despertar* apareció un mes antes de que la novela fuera publicada. La encargada de adelantar sus impresiones al público fue Lucy Monroe, una crítica perteneciente al movimiento social de la nueva mujer de Chicago, quien destacaba la audacia y la brillantez con la que la autora manejaba las secuencias y los tiempos de la narración, y cómo Edna Pontellier encarnaba el pensamiento de muchas mujeres de su época. Lógicamente, la breve pero positiva evaluación correspondía a una lectora de la propia editorial que sintetizaba tanto los logros formales como los temáticos de la narración⁴². Sin embargo, las críticas que seguirían a esta evaluación inicial y un tanto interesada, se caracterizan por todo lo contrario, es decir, muestran su

desaprobación al considerar a Edna Pontellier una esposa y madre extraviada. Este es el caso de Frances Porcher de *The Mirror*, quien presenta a la protagonista como una suerte de tigresa que sigue sus instintos y describe la pasión de su protagonista como la de un «monstruo repugnante, cruel y horrible»⁴³. Siguiendo esta línea apreciativa, el *St. Louis Daily Globe-Democrat* considera que la novela «no es saludable porque no enseña lección alguna» a los lectores, estima que el suicidio de Edna es simplemente un acto para librarse de los «demonios que la perseguían», que «el veneno de la pasión había contaminado a Edna» y que la autora lo mejor que podía desear es que «la crítica hiciera pedazos su novela, como si algún otro la hubiera escrito»⁴⁴.

El rosario de críticas inciden de forma unánime y repetitiva en que era una desagradable y repelente historia de sexo y pasión desmesurada: «el sentido de la novela no se puede describir en un lenguaje apto para su publicación»; «Edna se mueve por instintos animales y se entrega al primer hombre que encuentra; se trata de una historia vulgar, mórbida, una Bovary criolla»⁴⁵. En resumen, la mayoría de las reseñas de 1899 consideraban a Edna Pontellier una esposa y madre egoísta que era incapaz de apreciar lo privilegiada que era al tener un marido que le proporcionaba todo lo que su clase social consideraba necesario y que su manera de rebelarse era inapropiada, puesto que lo único que hacía era echarse uno o dos amantes. Asimismo, en muchos casos, Edna Pontellier es acusada de ser insensata, malvada, desagradecida, egoísta, inmoral y hasta tonta. Pero, quizás lo que más indignaba a los críticos es que, a diferencia del trato distante y frío que el narrador emplea para contar la historia de Emma Bovary en *Madame Bovary* (1857), la narradora de *El despertar* muestra una empatía más que notable hacia Edna Pontellier, a lo largo de toda la novela. Es decir, en ningún momento, la escritora muestra un tono reprobatorio o moralista hacia la protagonista, sino un intento de representar sus reflexiones y cuitas de la manera más verosímil y con un cierto tono permanente de comprensión. Por ironías de la vida, la única mujer de finales de siglo que hizo una reseña sobre la novela fue la por entonces joven escritora Willa Cather⁴⁶, quien de forma inesperada, se unió a los críticos que pensaban que Edna Pon-

tellier era una mujer del «tipo Bovary» que equivocadamente «desean la

pasión del amor para satisfacer y gratificar cada necesidad vital»⁴⁷. El análisis simplista de una de las escritoras norteamericanas más famosas del siglo XX culmina con la afirmación de que el verdadero despertar de Edna se produce cuando decide bañarse en el mar para suicidarse, al igual que el de Emma Bovary cuando elige el arsénico para envenenarse. En otras palabras, Cather interpreta el final de Edna Pontellier como si se tratase de un castigo que se autoinflige la protagonista para expiar una culpa que tiene su origen en su comportamiento adulterino. Esta interpretación es totalmente puritana calvinista y sugiere que la obra es un folletín en el que Edna idealiza el amor, y exige a la vida más idilios de los que puede en realidad conseguir para más tarde expiar su culpa por llevar una vida licenciosa. Por supuesto, nada más lejos de la realidad por cuanto esta visión superficial ignora el proceso de introspección por el cual Edna experimenta una profunda transformación hacia el autoconocimiento y, eventualmente, hacia su autonomía personal.

El efecto de las críticas adversas fue muy duradero en el tiempo y demoledor en el presente más inmediato porque, entre otras consecuencias, la novelista ni siquiera tuvo la oportunidad de que las críticas fueran rebatidas o que se creara otro estado de opinión alternativo sobre su novela. Como resultado de esta injusta situación, muy pocos de los escritores coetáneos de Chopin, entre ellos Ellen Glasgow, pudieron entrar en contacto con la obra, ya que la novela desapareció casi de inmediato de las librerías y ni siquiera llegó a formar parte de los fondos permanentes de las bibliotecas públicas o de otras instituciones similares. Otro caso interesante que pone de manifiesto el cortocircuito literario que se produjo con la recepción de la novela, es el del escritor naturalista Theodore Dreiser, quien estaba escribiendo *Sister Carrie* (1900) justo cuando la crítica estaba censurando *El despertar*. Curiosamente, la protagonista de la novela de Dreiser, Carrie Meeber, es también una mujer que lucha por tener una cierta independencia económica y la autonomía necesaria para poder desarrollarse como individuo independiente en la emergente metrópolis de Chicago. De hecho, Carrie Meeber muestra, al igual que Edna Pontellier, una significativa libertad en todo cuanto lo que concierne a sus relaciones amorosas y a su independencia afectiva. Sin embargo, la protagonista ve condicionados sus esfuerzos por triunfar debido a las circunstancias desfavorecedoras de su clase social, la herencia familiar, la

economía y el azar. Sin duda, estos elementos son un claro ejemplo de los postulados naturalistas que defendía su autor.

En resumen, los beneficios del diálogo entre autores coetáneos y, como resultado, la siempre fructífera intertextualidad literaria sufrieron una lamentable interrupción, a todas luces demasiado duradera, que fue superada casi cincuenta años más tarde.

EL REDESCUBRIMIENTO DE KATE CHOPIN

Kate Chopin estaba muy disgustada y enfadada ante la censura generalizada que su novela provocó, pero también recibió muchos apoyos de amigos y conocidos. Parece ser que tan solo en una ocasión se defendió públicamente de los ataques y decidió que debía publicar una respuesta, una suerte de declaración pública que, de forma inequívoca, mostraba un cierto tono irónico hacia los críticos:

Tenía un grupo de personas a mi disposición y pensé que podía ser entretenido ponerlos todos juntos y ver lo que podía ocurrir. Nunca me imaginé que la Sra. Pontellier se iba a meter en un lío tan importante y que finalmente se convertiría en su ruina. Si yo hubiera tenido el más mínimo conocimiento de esto, la hubiera sacado del grupo. Pero cuando me di cuenta de en lo que estaba metida, la obra iba por más de la mitad y entonces ya era demasiado tarde⁴⁸.

Es más que evidente que, aunque el texto tenía cierto carácter de retractación pública y así fue, de hecho, titulado en inglés «Chopin's Retraction», tal y como cabía esperar de la novelista, le da la vuelta al argumento y lo convierte en una defensa con un aire de burla al distanciarse de la autoría de la novela.

En todo caso, la secuela de los juicios desfavorables fue más perdurable de lo que la autora hubiera imaginado y provocó un incomprensible olvido de la novela durante demasiado tiempo. Cabe constatar, una vez más, que en los años treinta del siglo XX, la novela también se volvió a denostar y de nuevo la postergación duró durante varias generaciones hasta que por fortuna fue redescubierta en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, esta vez por estudiosos europeos. La crítica norteamericana, como cabía esperar, fue aún

más conservadora y empezó a valorarla en los años setenta, coincidiendo con el surgimiento del movimiento feminista y de los estudios literarios de la mujer en las universidades norteamericanas. Es llamativo que Chopin haya tenido el mismo recorrido crítico que E. A. Poe, quien terminó siendo descubierto en todo su esplendor por el poeta francés Charles Baudelaire, al igual que el escritor sureño William Faulkner, muy apreciado también por los lectores franceses. En todo caso, la novelista de Misuri sufrió el mismo olvido y menosprecio que otros escritores norteamericanos hasta que, afortunadamente, los estudiosos europeos rescataron su obra muchos años después. Así pues, Chopin también tuvo que pagar un alto precio por la severidad moralista de los críticos que provocaron, como efecto inmediato, la exclusión de la obra de Chopin en su conjunto del canon literario de la época. A pesar de lo mucho que se ha discutido sobre la prohibición generalizada de *El despertar* en las bibliotecas y en otros ámbitos de la vida pública de Saint Louis y de otras ciudades importantes norteamericanas, todavía no ha podido ser totalmente confirmado. Sin embargo, sí se ha comprobado con datos fehacientes que, por ejemplo, una biblioteca pública de Evanston, en el estado de Illinois, quitó de la circulación la novela en 1902 y, en la ciudad de Chicago, un miembro del consejo escolar de un colegio intentó prohibir la novela en 2005, según la biógrafa Emily Toth⁴⁹. Por otra parte, el efecto de los rumores y comentarios sobre la prohibición, quizás intencionados, sí tuvieron el efecto contrario, ya que algunos jóvenes inconformistas de fin de siglo leyeron la novela de manera clandestina.

De cualquier forma, el tortuoso camino que siguió la figura literaria de Kate Chopin tuvo ya un paralelismo previo en el caso de E. A. Poe con Rufus Griswold, poeta, predicador bautista y biógrafo circunstancial que contribuyó, una vez más, a abundar en los tópicos, estereotipos y equívocos sobre el escritor que marginaron su obra y vida. En efecto, treinta y tres años después de la publicación de *El despertar*, el sacerdote Daniel Rankin publicó la primera biografía sobre la autora, *Kate Chopin and Her Creole Stories*, en 1932. No cabe duda de que Rankin admiraba a Chopin y así lo hace al afirmar que era una escritora de indudable genio y originalidad. Incluso califica el relato «El hijo de Desirée» como una de las mejores historias jamás escritas. Asimismo, el biógrafo contó con la inestimable colaboración de los hijos y

nietos de Chopin quienes, por medio de entrevistas, ofrecieron información de primera mano sobre la escritora. Durante los encuentros entre Rankin y la familia de Chopin, el biógrafo obtuvo valiosísimos datos humanos y profesionales que el sacerdote manejó de forma un tanto engañosa, según Lélia, la hija de Chopin. Así pues, el problema fundamental de la primera biografía sobre la novelista era el resultado del punto de vista de un sacerdote católico que aplicaba el dogma de su religión al análisis literario y biográfico de la autora. En consecuencia, el análisis que hizo de *El despertar* fue simplemente desafortunado porque abundó en las críticas moralistas que ya se habían publicado en 1899. No dudó en calificar la novela *El despertar* como un desafortunado error cuya protagonista, Edna Pontellier, era un ser movido por la pasión, egoísta, inquieta y caprichosa que actuaba únicamente movida por el deseo⁵⁰. En síntesis, el crítico consideraba la novela un despropósito en todos los sentidos y desde luego nada recomendable para el público norteamericano. Desafortunadamente, la biografía de Rankin, al ser la primera y venir avalada por las fuentes familiares y otros documentos desaparecidos, tuvo mucha influencia en otros críticos que repitieron hasta la saciedad todos estos juicios de valor, prolongando en el tiempo los innumerables tópicos nefastos sobre *El despertar*.

Habría que esperar más de una década para que, como ya hemos señalado, los críticos europeos descubrieran la importancia y trascendencia de Chopin. Uno de estos primeros estudiosos que fueron capaces de captar la genialidad y vigencia de la obra de la novelista fue el crítico francés Cyrille Arnavon quien, en un ensayo publicado en 1946, contextualiza los textos de la escritora junto a los de escritores naturalistas como Frank Norris y Theodore Dreiser⁵¹. En 1953, el crítico americanista francés cambió de forma definitiva el destino internacional de la obra de Kate Chopin al traducir su novela *El despertar* a su lengua con una introducción en la que re-evaluaba a la escritora en el contexto del realismo norteamericano. Asimismo, Arnavon consideraba a Chopin como una escritora lúcida y sensible al tratar con profundidad y madurez los problemas del sexo y el matrimonio⁵². El efecto que tenía el hecho de discutir la obra de Chopin en el contexto del realismo y el naturalismo era, sencillamente, el reconocimiento de que Chopin pertenecía de forma clara a un *Zeitgeist* concreto y que su obra planteaba un diálogo, a pesar

de todos los impedimentos de la recepción, con la literatura de su época, teniendo en cuenta la problemática desaparición del contexto histórico-literario. Sin duda, incardinar el corpus literario chopiniano en un contexto europeo y en movimientos literarios internacionales tenía un efecto trascendental en el reconocimiento y en las dimensiones que adquirirían su figura y obra más allá de las limitaciones del manido cliché de que era una escritora regional, costumbrista y colorista.

La plétora de prestigiosos críticos que promovieron la recuperación de *El despertar*, siguiendo la línea crítica de Arnavon en los años cincuenta y sesenta, es muy llamativa e incluye nombres tan notables de la crítica literaria norteamericana como Warner Berthoff, Kenneth Eble, Edmund Wilson y Larzer Ziff, entre otros.

Las casualidades de la vida hicieron que Cyrille Arnavon conociera al por aquel entonces estudiante graduado noruego Per Seyersted en la Universidad de Harvard y que suscitara su curiosidad e interés por Chopin. Lo cierto es que Seyersted se quedó fascinado con Chopin y pasó varios años viajando entre Noruega y los Estados Unidos, recogiendo materiales diversos e investigando sobre la biografía y obra de la escritora. Fruto de muchos años de dedicación y de auténtica pasión por Chopin, este estudioso publicó en 1969 la biografía *Kate Chopin: A Critical Biography* y una edición de la obra completa titulada *The Complete Works of Kate Chopin*, ambas bajo el sello editorial de la Louisiana State University Press y con un prólogo del prestigioso crítico norteamericano Edmund Wilson. Esta magnífica contribución en el ámbito biográfico y en el de la reimpresión de la obra de Chopin ha sido reconocida por la crítica especializada como un hito definitivo en la investigación y el redescubrimiento de la escritora. En concreto, la edición de las obras completas de Chopin recogía una esperada reimpresión de *El despertar* cuya última edición había sido en 1906. La obra llevaba sin reimprimirse más de medio siglo y, por lo tanto, varias generaciones de la primera mitad del siglo XX no la habían podido leer. Esta reimpresión significó una celebración a nivel editorial y lo más importante era que volvía a estar en las librerías y bibliotecas de Estados Unidos tras una larga ausencia. Las palabras finales de la biografía literaria dan cuenta de la revisión y de la valoración que hizo este lúcido estudioso noruego que, sin ambages, reconoce

la valiosa contribución de la escritora en el incipiente campo de la literatura de mujeres:

El gran logro de Kate Chopin fue el de abrir nuevos caminos en la literatura norteamericana. Fue la primera escritora en su país en aceptar la pasión como un tema legítimo para ser representado en la literatura de forma clara y directa. Se enfrentó a la tradición y la autoridad con una osadía que casi no podemos imaginar hoy en día; con una honestidad sin huella alguna de sensacionalismo y se comprometió a hablar sobre las verdades de la vida oculta de la mujer. Fue una pionera en el tratamiento sin moralismos de la sexualidad, el divorcio y la necesidad de la mujer de llevar una existencia auténtica. Es, en muchos aspectos, una escritora moderna, particularmente, en su conciencia sobre las complejidades de la verdad y de la libertad. Sin deseos de reformar y sí de entender; con la clara conciencia del rebelde y sin rastro alguno de amargura por la gran incomprensión de la sociedad de su tiempo, Chopin culminó su carrera literaria con logros como *El despertar* y «La tormenta»⁵³.

Asimismo, Seyersted incide en localizar a Chopin como una figura literaria de transición en la literatura moderna, siendo, y quizás esto es lo más importante, un eslabón, en cuanto al clarividente acercamiento al mundo de la mujer, entre George Sand y Simone de Beauvoir. Sobre todo, en lo que concernía a la descripción del poder de la sexualidad, Chopin ya se adelanta a lo que iba a ser el tratamiento de Eros en el siglo XX⁵⁴. Por otro lado, y del mismo modo, el erudito noruego no cesa en su empeño de que el público fuera consciente de la importancia que tiene Chopin no solo como una escritora local o regional del sur, sino su visión internacional y en el diálogo que plantea con muchos otros escritores norteamericanos y europeos.

El colofón al renovado interés por la obra de Chopin se debió a los extraordinarios cambios sociales que se produjeron en los años 60 en los Estados Unidos con el movimiento de los derechos civiles y la reivindicación de los derechos de la mujer que promovieron los movimientos feministas y que, como era de esperar, llegaron a la academia. En las universidades, las académicas mostraron un inusitado interés por redescubrir a escritoras que habían sufrido la censura y el silencio de la crítica, como había sido el caso de Chopin y su obra más señera, *El despertar*. Desde los años setenta se produjo un auténtico despertar en la investigación académica sobre Kate Chopin que culminó con magníficos resultados, como las obras biográficas a

cargo de Emily Toth, quien hasta esta fecha es, sin duda, la autora más citada y reconocida en este campo con sus dos obras, *Kate Chopin* (1990), y su última y excelente biografía, *Unveiling Kate Chopin* publicada en 1999, coincidiendo, en esta ocasión, con la celebración del centenario de la publicación de *El despertar*.

La incansable Emily Toth, que ha dedicado décadas a la investigación sobre Kate Chopin en un ensayo reciente evalúa su contribución al redescubrimiento de la escritora y afirma que en el siglo XXI, Chopin se ha convertido en la quinta autora sobre la que más se ha escrito en el canon literario norteamericano después de Hemingway, Faulkner, Hawthorne y Twain. Incluso ha confirmado que *El despertar* ha sustituido a *Moby-Dick* de Herman Melville en las listas de lecturas obligatorias de las universidades norteamericanas⁵⁵. Hecho que indudablemente pone de manifiesto un cambio tanto en el gusto como en el enfoque metodológico de los profesores y de la recepción del texto por parte de los estudiantes universitarios. Según González Groba, «son precisamente los aspectos que horrorizaron y escandalizaron a los coetáneos de Kate Chopin los que la han convertido en una de las novelas preferidas por alumnos y profesores»⁵⁶. Y, abundando en las palabras del crítico español, se podría incluso decir que en otros países también se ha convertido en uno de los textos más queridos y populares entre los estudiantes⁵⁷ y el público.

De igual forma, cabe hacer mención especial de Bernard Koloski uno de los más prolijos críticos chopinianos que, al igual que Emily Toth, ha dedicado muchas décadas al estudio tanto de *El despertar* como de la numerosa producción de relatos de Chopin. Una de sus obras más citadas está dedicada a la metodología docente sobre *El despertar* y es una magnífica herramienta de acercamientos y tendencias críticas sobre la novela⁵⁸.

Los mejores críticos norteamericanos han dedicado un lugar preferente de su investigación a los relatos de Kate Chopin y a *El despertar*; entre ellos merecen mención especial Harold Bloom, Sandra Gilbert, Nina Baym, Barbara H. Solomon, Margo Culley, Elizabeth Ammons, Elaine Showalter, Elizabeth Fox-Genovese y otros muchos que han confirmado con creces la inclusión de la escritora en el canon literario norteamericano y en un lugar preferente en el ámbito específico de la literatura de mujeres.

EL CONTEXTO LITERARIO DE LA LITERATURA DE MUJERES DEL XIX Y «EL DESPERTAR»

La crítica contemporánea ha destacado en múltiples ocasiones que la obra literaria de Chopin se adelantó a su tiempo. Por ello quizás hubo un desencuentro tan llamativo entre la crítica y la autora de la novela *El despertar* al poco tiempo de publicarse el texto. En todo caso, la recepción de esta novela deja muy claras dos realidades: por un lado, lo desafiante que resulta la obra chopiniana para su época y, por otro, la soledad creativa en la que se generó la obra y en la que fue recibida. Tal vez este desencuentro tiene su origen en que es una obra de transición tanto por el contenido como por la forma. Sin embargo, para entender algunas claves de esta singular novela es preciso leerla en el contexto de la tradición literaria y de las fuentes norteamericanas en las que Chopin bebió, además de su especial conexión cultural con la literatura francesa. Cabe constatar que Kate Chopin se enmarca, literariamente hablando, entre al menos dos generaciones de escritoras que la precedieron y que, sin duda, son sus precursoras y de las que la escritora parte para iniciar su particular devenir literario. Destacan entre ellas las que nacieron a principios del siglo XIX y publicaron su obra a mediados de siglo: Harriet Beecher Stowe, Susan Warner y E.D.E.N. Southworth. La literatura de estas escritoras se centra en el ensalzamiento del vínculo afectivo madre-hija y la amistad entre mujeres. Las fases en que las mujeres aparecen unidas son los momentos vitales del cortejo, el matrimonio, el nacimiento de los hijos, la crianza, la muerte y el duelo. Todo este desarrollo sentimental de las emociones reforzaba la idea de que las mujeres eran fundamentalmente espirituales y muy superiores en los aspectos morales a los hombres. En este sentido, se podría afirmar que en la literatura previa a la Guerra Civil Norteamericana predomina la novela sentimental centrada en el universo doméstico de la mujer que celebra la institución matriarcal e idealiza el vínculo madre-hijo. Sin duda, Kate Chopin creció leyendo este tipo de best-sellers sentimentales como *La cabaña del tío Tom* (1851) de Harriet Beecher Stowe o *El ancho, ancho mundo* (1850) de Susan Warner, una novela que alcanzó tan altas cotas de popularidad como la archifamosa novela de Stowe. En estos relatos se percibe una importante solidaridad femenina que, de alguna

forma, se torna en una especie de crítica solapada a los valores patriarcales.

La segunda generación de escritoras que publica después de la guerra civil norteamericana, como Louisa May Alcott y Elizabeth Stuart Phelps, plantean abiertamente conflictos entre el amor y el trabajo y, de nuevo, las relaciones afectivas entre mujeres. Una de las novelas más famosas de este período es *Mujercitas* (1868) de Louisa May Alcott, que idealiza las relaciones entre mujeres de la misma familia, pero también propone claramente sueños de independencia y de realización personal. Del mismo modo, la novela *La historia de Avis* (1879) de Elizabeth Stuart Phelps desarrolla la historia de una pintora de gran talento que se resiste a casarse, pero cuando el amor la persuade y las responsabilidades domésticas se imponen, relegando su genio artístico, se da cuenta de que su vida ha sido un sacrificio y, en definitiva, un aprendizaje para la siguiente generación.

Tal y como hemos señalado, la herencia literaria de las escritoras decimonónicas norteamericanas que recibió Chopin estaba claramente asentada en el relato de la domesticidad femenina. La novela popular se centró en el desarrollo de personajes que estaban todavía muy ligados al mundo del matrimonio y la maternidad. En el lado opuesto, sin embargo, se situaban los escritores del llamado «Renacimiento Norteamericano» que, como Washington Irving, Nathaniel Hawthorne, Edgar Allan Poe, Herman Melville e incluso Mark Twain, sitúan claramente a sus héroes fuera del mundo doméstico, del matrimonio y de la maternidad. La razón evidente es que la narración femenina doméstica era considerada por los escritores, críticos y lectores como un género eminentemente popular, tal y como pone de manifiesto Katherine Joslin⁵⁹. En este sentido, es curioso que una de las heroínas más famosas del «Renacimiento Norteamericano», Hester Prynne, protagonista de *La letra escarlata* (1850) de Nathaniel Hawthorne, también encuentra su desarrollo personal fuera del matrimonio y del ámbito doméstico. Tal y como Hawthorne articula la historia, Hester Prynne es obligada a abandonar la comunidad puritana y a vivir en el bosque para expiar su culpa de adúltera, pero paradójicamente se convierte en el paradigma de la mujer independiente y hecha a sí misma porque mantiene a su familia de coser para la comunidad que la ha estigmatizado. Este es un claro ejemplo de cómo la comunidad masculina de escritores visualizaba incluso a los personajes femeninos fuera del ámbito

doméstico, que era, desde su perspectiva, mucho más propicio para la independencia y el desarrollo personal.

Cuando Chopin empezó a escribir, tomó como modelos a escritoras de la talla creativa de Sarah Orne Jewett y Mary Wilkins Freeman que ya empezaban a narrar historias donde la mujer está sola, aislada y muestra de forma clara su frustración ante las difíciles encrucijadas que le plantea la vida sobre su papel doméstico y el deseo de desarrollarse fuera del hogar. Ambas escritoras esbozaban estos temas dentro del costumbrismo local y aportando el marco regional y colorista a sus relatos. Las razones que llevan a estas creadoras a desarrollar sus narraciones sobre la problemática de la mujer en un marco de carácter regional con acentos distintos y en un ámbito sociocultural diferente tienen una importancia fundamental porque, de alguna forma, equilibraban el peso del dramatismo de las historias con la información colorista, tal y como señala Sandra Gilbert⁶⁰.

En efecto, para Chopin el mundo sureño y sus peculiaridades culturales le daban la oportunidad de poder abordar temas ciertamente conflictivos, como el divorcio, el adulterio, el amor libre o la sexualidad femenina, en un entorno que también aportaba otra información ciertamente exótica para los lectores. Al mismo tiempo y como escritora de fin de siglo, Chopin bebe de las fuentes literarias y científicas de la nueva mujer que ya no se ocupa de los vínculos femeninos y de las relaciones sentimentales del pasado. La cultura femenina no representa tantos valores positivos porque obviamente estaba orientada a la domesticidad que sometía aún más a la mujer. El escepticismo darwinista y la sofisticación estética constituyen sus máximas estéticas literarias y plantean, como Chopin en *El despertar*, un alejamiento y un rechazo explícito a las convenciones y valores de la literatura sentimental y doméstica norteamericana que la precede. Desde esta perspectiva, el caleidoscópico personaje de Edna Pontellier rechaza poderosamente el mundo doméstico, es huérfana de madre y se niega a asistir a la boda de su hermana, pero, sin embargo, sí muestra una significativa empatía con Mademoiselle Reisz, la pianista independiente y autosuficiente que se dedica en exclusiva a su carrera pianística y docente.

Por otro lado, los valores sociales de la tradición patriarcal encontraron su máximo momento de crisis durante el fin de siglo. Kate Chopin recibió como

herencia literaria del imperio británico las magníficas novelas de Charlotte Brontë, *Jane Eyre* (1847), y la controvertida novela de su hermana Emily Brontë, *Cumbres borrascosas* (1847). Los personajes femeninos de estas novelas con sus deseos de liberación y resistencia fueron, sin duda, un modelo poderoso para la escritora norteamericana que la ayudó a desarrollar la rebeldía, la autoconciencia, el erotismo y la sensualidad de Edna Pontellier.

En suma, *El despertar* es fruto y crisol de su época en tanto en cuanto se desvincula de la tradición de la novela doméstica y sentimental decimonónica, pero, sin embargo, sí tiene una clara influencia de las tendencias de la novela regional y colorista con rasgos de la novela romántica por la temática. Asimismo, está claramente influida por el realismo psicológico de Henry James y Mark Twain que se distinguen por su antirromanticismo y su militancia estética en el realismo. Por otro lado, *El despertar* también muestra un claro declinar hacia el naturalismo de fin de siglo con su enfoque en el determinismo socioeconómico y biológico del ser humano. Toda esta confluencia ideológica de corrientes de pensamiento se materializa en la caracterización de Edna Pontellier y ello hace que sea un personaje ciertamente complejo y con muchos matices. La protagonista tiene un sueño de amor romántico por Robert Lebrun que, en cierto modo, se ve limitado por las obligaciones biológicas de su maternidad y la llamada social a ejercerla. Del mismo modo, los deseos de Edna y la preponderancia de su cuerpo también plantean de forma clara su antirromanticismo en tanto en cuanto lucha porque sus ansias de independencia prevalezcan sobre sus obligaciones como madre y esposa.

Chopin articula en su novela de fin de siglo todas estas confluencias ideológicas centradas en un personaje femenino en el que, además, se discute y celebra la sexualidad femenina, la tensión entre el deseo erótico y las exigencias y tradiciones de las instituciones sociales como el matrimonio y la familia.

EL DESPERTAR Y LA REBELIÓN DE EDNA PONTELLIER

Durante la última conversación que mantiene Edna Pontellier con el Doctor

Mandelet, ella le habla sobre cómo el tiempo pasado le parece un sueño y le confiesa que «Tal vez sea mejor despertarse incluso para sufrir, que ser la víctima de una ilusión toda la vida» (cap. XXXVIII). Este es uno de los momentos clave que preceden el final de la novela, pero es uno de los muchos en los que la protagonista tiene episodios de revelación, de despertar y de epifanía que la llevan a cuestionar su vida y sus circunstancias dentro del matrimonio convencional en el que vive. Durante el largo viaje hacia la emancipación que inicia Edna, su objetivo primordial, al igual que el de los personajes de Maupassant, es el de escapar de la tradición y de la autoridad ejercida por las instituciones sociales en las que vivía. Queda diáfano en la novela que Edna asume con valentía el sufrimiento que conlleva su despertar y su ulterior rebelión, pero también la asunción de que merece la pena enfrentarse a esa realidad antes que vivir en el engaño de la autocomplacencia. No obstante, la narradora de *El despertar* también advierte de las dificultades y los riesgos que entraña la transformación hacia algo nuevo, el cambio de las costumbres y los hábitos vitales:

En resumen, la Sra. Pontellier estaba empezando a darse cuenta de su posición como ser humano en el universo y a reconocer sus relaciones como individuo con el mundo que la rodeaba y con su propio mundo interior. Esto podría parecerse a la pesada carga de sabiduría que descendía sobre el espíritu de una joven de veintiocho años; tal vez más sabiduría de la que el Espíritu Santo está dispuesto a concederle a cualquier mujer.

Pero el principio de algo nuevo, especialmente de una vida, es necesariamente impreciso, confuso, caótico y extremadamente inquietante. ¡Qué pocos de nosotros somos capaces de emerger de ese principio! ¡Cuántos espíritus perecen en el tumulto! (cap. VI).

El despertar de Edna Pontellier es un proceso que se inicia en el primer capítulo de la novela en el que ella pone de manifiesto sus deseos de libertad y realización como individuo al volver de la playa, después de tomar un baño y el sol con su inseparable amigo Robert Lebrun con el que tiene una íntima complicidad. En ese episodio ya se percibe, cómo Edna aparece desvinculada del entorno doméstico y no ejerce con vocación sus deberes maternos, sino que está físicamente situada en la naturaleza, con otro hombre y viviendo sensaciones que se alejan simbólicamente y realmente del espacio físico del hogar.

En este mismo contexto del primer capítulo, su esposo Léonce pone de manifiesto su relación con Edna al tratarla como una propiedad a la que hay que proteger para que no se dañe. Por ese motivo, Léonce se preocupa siempre por el bienestar físico de su mujer, pero nunca entra en profundidad en los aspectos vivenciales cuando habla con ella⁶¹. No le interesa abundar en las causas reales de la incipiente crisis vital por la que atraviesa su mujer y, en consecuencia, ella vive espiritualmente fuera de la institución del matrimonio que su marido defiende a toda costa. En último término, Edna no solo no deseará ser propiedad de su marido, sino que toma la decisión trascendental de ser la dueña absoluta de su destino y no pertenecer a nadie:

Tampoco estaban claros para Edna; pero se desvelaron cuando se sentó durante un rato en silencio. El instinto la había impulsado a dejar de lado la generosidad de su marido al haber cesado su fidelidad. No sabía lo que ocurriría cuando él regresara. Tendría que haber comprensión y explicaciones. Las condiciones se irían pactando; pero ocurriese lo que ocurriese, había decidido no volver a pertenecer a nadie más que a sí misma (cap. XXVI).

Pero tampoco se entrega a Robert Lebrun, a pesar de estar absolutamente enamorada de él cuando éste le propone que sea su esposa. Edna intuye que la propuesta está ligada a un concepto convencional de la pareja que conllevaría las mismas asunciones erróneas de su fallido matrimonio con Léonce. Con absoluta clarividencia y convicción le confiesa a Robert que:

—¡Has sido un chico muy, muy tonto al perder el tiempo en ensoñaciones imposibles cuando imaginabas que el Sr. Pontellier podría dejarme en libertad! Ya no soy una de las posesiones del Sr. Pontellier, para que pudiera disponer o no de mí. Me entrego dónde y a quién yo elijo. Si él dijera: «Aquí la tienes, Robert, llévatela y hazla feliz; es tuya», me reiría de vosotros dos (cap. XXXVI).

Al alejamiento que experimenta Edna en el ámbito de la pareja que la hace sentirse extraña se une otra realidad no menos importante que es la de vivir al margen o a medio camino entre dos formas de vida ciertamente antagónicas: el mundo norteamericano y el criollo, por un lado; y la estricta moralidad puritana y la sensualidad de la liturgia católica, por el otro. Los personajes de origen criollo consideran a Edna un ser diferente por sus orígenes protestantes y ella, de alguna forma, percibe esa realidad que la hace sentir alienada por las peculiaridades de la idiosincrasia cultural criolla y la sensualidad del

entorno que la rodea. Poco a poco, la protagonista va descubriendo que no quiere ser propiedad de nadie en un matrimonio convencional en el que las cuestiones socioeconómicas y los determinantes biológicos de la mujer los vive como un confinamiento asfixiante. La protagonista va descubriendo que solo podrá salir de la prisión del matrimonio con contundentes actos de rebeldía en los que primen sus deseos frente a los de su marido:

Lo escuchó moverse por la habitación y los ruidos indicaban impaciencia e irritación. En otro tiempo ella hubiese acudido a su llamada. Habría cedido a sus deseos por la costumbre, sin un claro sentido de sumisión o de obediencia a sus exigencias, de la misma manera en que sin pensarlo caminamos, nos movemos, nos sentamos o nos ponemos de pie y nos sometemos a la rutina de la vida que nos ha tocado (cap. XI).

En la clara confrontación que mantiene la pareja, Léonce le recrimina que no cuide a sus hijos como hacen las demás madres, que no los atienda porque siempre tiene algo mejor que hacer. Ella defiende que los tiene perfectamente atendidos, pero que también tiene derecho a satisfacer sus propias necesidades como individuo. En este sentido hay que señalar que Léonce Pontellier actúa siempre movido por el beneficio económico frente a cualquier otro planteamiento. Todos sus actos están mediatizados por el impacto que puedan tener sus decisiones y actitudes sociales en su actividad económica. Una de las primeras acciones de rebeldía consciente de Edna es de carácter social al negarse a recibir visitas un día a la semana. Esa era una actividad que llevaban a cabo las damas de la sociedad burguesa y servía, entre otras cosas, para afianzar las relaciones de carácter económico del hogar⁶². Una vez más, Léonce le recrimina que no lleve a cabo esa función que es parte de sus obligaciones como mujer casada y ella le responde que prefiere pasear. En su confrontación permanente Léonce intenta, sobre todo, guardar las apariencias y cuando Edna decide marcharse del hogar conyugal, él lo único que hace es suplicarle que considere, en primer lugar, lo que la gente dirá sobre el asunto (cap. XXXII). Lo único que le queda por hacer a Léonce ante la firme convicción de Edna es poner un anuncio en el periódico en el que informa que los Pontellier van a hacer unas reformas necesarias para la casa. Con este hábil movimiento de distracción, logra salvar las apariencias ante la sociedad, que es lo que realmente le importa.

En otro orden de cosas y entre las múltiples desavenencias conyugales, también se plantea la de carácter religioso, ya que Edna Pontellier proviene de una familia protestante presbiteriana de Kentucky y Léonce, sin embargo, es un criollo católico al que desagrada que el orden y las costumbres se alteren. Sin embargo, Edna, cuando tan solo era una niña, ya había rechazado los rezos y las prácticas de la religión presbiteriana. Así pues, cuando Edna llegó al matrimonio, ya había pasado por la crisis religiosa que, de alguna manera, la liberó de la férrea moral protestante.

Uno de los actos de rebeldía más significativos de la protagonista es el que le plantea a su padre, un coronel de caballería, con el que Edna no parece llevarse muy bien. Durante una acalorada discusión, Edna le confiesa que no tiene intención de asistir a la boda de su hermana Janet porque una boda es, según ella, «el espectáculo más lamentable del mundo» (cap. XXII). El coronel, visiblemente contrariado, le pide ayuda a Léonce, a quien insta a que haga valer su autoridad, pero, una vez más, éste decide no intervenir. Sin embargo, el padre de Edna insiste en que la única manera de tratar a una mujer es precisamente con mano dura. Es en ese momento concreto en el que la narradora de la novela en tono irónico comenta que fueron la coerción y la violencia las que llevaron a la esposa del coronel a la tumba. No cabe duda de que Edna conocía de primera mano las formas y el trato de su padre a su madre y decide no obedecer más las órdenes de un padre autoritario, patriarcal y a todas luces violento. Edna ya no cree ni en bodas, ni en ceremonias convencionales que, de alguna forma, legitiman ciertos comportamientos de la institución, a todas luces vejatorios para las mujeres. Es quizás por eso que ni siquiera quiere participar en un acto social que, en muchos casos, legaliza el sometimiento de la mujer a un contrato que promueve unas relaciones injustas y, en algunos casos, hasta violentas⁶³.

La intensa lucha interior que mantiene la dama de Nueva Orleans por despojarse del lastre de la tradición y la autoridad patriarcal constituye uno de los aspectos más representativos del ideario liberador de la mujer de fin de siglo. En efecto, Edna Pontellier, tal y como su apellido sugiere⁶⁴, se convierte en una figura literaria de transición entre el romanticismo individualista y el realismo, representa una suerte de puente entre la mujer decimonónica y la nueva mujer del siglo XX. En resumen, se trata de un personaje literario que

mira hacia el futuro y al mismo tiempo encarna y anuncia la complejidad de los retos a los que se enfrentó la mujer del siglo pasado. Es por ello que Edna es una figura caleidoscópica con infinitos matices, en ocasiones contradictorios, pero siempre en permanente transformación.

LA VENUS DE NUEVA ORLEANS O LA SUBLIMACIÓN DEL CUERPO DE LA MUJER

Uno de los descubrimientos más prodigiosos que hace la joven Edna Pontellier a sus veintiocho años y a lo largo de su proceso de autoconocimiento es la conciencia de que tiene un cuerpo sensual que desea y experimenta nuevas sensaciones a través de la mirada y del tacto de su propio cuerpo, como si nunca antes lo hubiera visto o tocado. En otras palabras, Edna explora su cuerpo cuando se encuentra consigo misma, en momentos de intensa intimidad y soledad. A lo largo del proceso de despertar de su cuerpo se hace patente que Edna tiene impulsos eróticos hacia Robert Lebrun y Alcée Arobin. En este sentido, Chopin arriesga mucho en *El despertar* al representar sin rodeos el deseo sexual de Edna, un tema tabú a finales del siglo XIX y, por lo tanto, bastante transgresor en un periodo de represión sexual, en especial entre las mujeres de la clase burguesa. La mujer, supuestamente, no tenía deseos sexuales ni podía demostrar que se sentía atraída por el placer erótico. La sexualidad tenía meramente una finalidad reproductora y, a pesar de que Nueva Orleans era una ciudad abierta y cosmopolita, las mujeres blancas no podían verbalizar ni manifestar sus deseos sexuales. Es curioso, porque en el caso de las mujeres negras o mulatas sí se las suponía una vida sexual dado que su origen racial tenía algo de inmoral. Es decir, se asociaba la sexualidad a la raza y aquellas que no eran blancas parece ser que tenían una predisposición natural hacia los placeres de la carne, pero en el contexto de una sociedad racista eran consideradas inmorales e impuras⁶⁵. Así pues, la manifestación abierta de apetencias sexuales no era una actitud propia de una mujer blanca respetable que tenía una serie de obligaciones como las de mostrar pureza, domesticidad, pasividad y obediencia a los códigos morales de la época. Por lo tanto, el despertar sexual de Edna era a todas luces

inmoral, escandaloso y transgresor.

Por otro lado, Edna también experimenta con su cuerpo al presentarse ante los demás, al mostrarse ante sus familiares y amigos perfectamente vestida, realzando su armonioso cuerpo ante la mirada tanto de hombres como de mujeres. Edna está siempre fabulosamente ataviada con vestidos hechos de telas exquisitas con corpiños, polisones, colas, pamelas, etéreos saltos de cama y todos los complementos que hacen de ella una dama de la alta burguesía sureña. Conforme Edna va evolucionando y trabajando en su propia revolución personal, su imagen también cambia, su vestuario va siendo mucho más sencillo y sin tantos artificios. Ya no necesita presentarse ante la sociedad con todos los atuendos externos que ésta valora y considera símbolo de estatus social y de poder. Ahora es ella la que decide que no desea aparentar quien en realidad no es porque lo que más valora es su profunda transformación interior.

En el exótico emplazamiento veraniego de Grand Isle empiezan a sucederse sus despertares. En ese locus seductor rodeada de un espléndido entorno natural, Edna responde poco a poco a todos los estímulos de la naturaleza y de sus amigos a quienes escucha y con los que busca empatía emocional, como en el caso de su amiga criolla Adèle Ratignolle. Después de transformarse física y espiritualmente, Edna decide regresar a Grand Isle al final de la novela, y se desprende finalmente de todo su vestuario y de todo aquello que se había convertido en el símbolo de la suntuosidad de su matrimonio y de su estatus social. Se quita el viejo y descolorido traje de baño, se queda desnuda, desprovista de todo lo cultural y se introduce en el mar, pura como un animal darwiniano⁶⁶. Se rodea totalmente de agua, de ese líquido amniótico primigenio en el que ya ha experimentado previamente un renacer. En el mar seductor empezó a ser ella misma, sintiendo la totalidad de su cuerpo envuelto por el agua que la hizo percibirse plena e independiente por primera vez cuando aprendió a nadar. En ese preciso instante se convierte en una suerte de Afrodita, emergiendo del líquido elemento, cual si fuera una diosa mítica renovada y presta a convertirse en el símbolo del erotismo⁶⁷. Edna se metamorfosea, vuelve a nacer, tal y como Henry David Thoreau y Walt Whitman experimentan su propia transformación liberadora del cuerpo a través del agua que les hace renacer como hombres nuevos a la luz de la

filosofía trascendentalista.

De igual modo, Edna descubre que no desea a Léonce Pontellier, el hombre cuarentón y posesivo con el que está casada. El exitoso bróker criollo y católico de Nueva Orleans, un hombre de firmes convicciones y actitudes autoritarias, expresa su amor a través de regalos más que con afecto, y valora a Edna como un objeto más entre sus valiosas posesiones. En Nueva Orleans, el matrimonio se sustentaba legalmente en el código napoleónico, que definía a la mujer y todo lo que poseía como propiedad del marido. El divorcio no era frecuente y en el estado de Luisiana, en el que predominaba la religión católica, se consideraba un procedimiento algo escandaloso. En este contexto nada propicio para la mujer, Léonce, el esposo autoritario, reprocha constantemente a Edna por no comportarse como una auténtica madre y por desatender sus obligaciones domésticas ligadas a la administración del hogar y el trato con los sirvientes. Asimismo, al darse cuenta de que Edna no está dispuesta a seguir en una relación para ella insatisfactoria, Léonce identifica los problemas de Edna como de carácter ginecológico. Es decir, simplifica la complejidad del problema conyugal en un asunto de carácter estrictamente fisiológico para que el doctor Mandelet pueda intervenir y de esta forma no asumir que él es el principal causante de un matrimonio a todas luces fracasado. Sin embargo, Edna que describe su matrimonio como un accidente, sí asume el final de la relación y está dispuesta a hacer todo lo posible por rebelarse y buscar otro tipo de vida más satisfactorio. En esa búsqueda, descubre que el amor y el sexo no siempre coinciden en el mismo objeto de deseo. Edna se enamora de Robert Lebrun, del que no obtiene la respuesta esperada por cuanto él es incapaz de considerarla como un ser independiente. Las sospechas de Edna de que Lebrun terminará reproduciendo los esquemas convencionales de su marido, le provocan una profunda decepción y la certeza de que tiene que seguir el camino de transformación iniciado sin su compañía.

Cuando Robert decide marchar a México, el caballero criollo de Nueva Orleans, Alcée Arobin, aparece dispuesto a mostrar sus dotes de donjuán para seducir a Edna, quien lleva años de matrimonio sin sentir deseo sexual. Arobin, abogado de profesión, muestra más habilidades como seductor que como profesional. Es más, dedica su vida a actividades vinculadas con el ocio, como las carreras de caballos o las numerosas fiestas a las que es

convocado. Su principal motivación es escoltar y acompañar a Edna a las carreras y a las cenas, y de este modo, estar cerca de ella para poder mostrarle su más absoluta sumisión y devoción a su amada. La cortesía y la sensualidad de la que hace gala Arobin despiertan la pasión sexual en Edna que, desdichada por la inesperada partida de Robert, se entrega a la convincente seducción del caballero sureño. Hasta en tres ocasiones diferentes Edna y Alcée se abandonan al juego amoroso que culmina con escenas sexuales descritas con un lenguaje sugerente y con exquisita delicadeza por Chopin. La apasionada Edna descubre que su cuerpo reacciona ardientemente ante los estímulos de Arobin, quien es hombre de pocas palabras y mucha acción, y finalmente decide, sin ningún tipo de reticencias, escuchar los deseos de su cuerpo:

Era el primer beso en su vida al que su naturaleza había respondido de verdad. Era una antorcha llameante que encendía el deseo (cap. XXVII).

Él no respondió, y continuó acariciándola. No le dio las buenas noches hasta que ella se entregó a la agradable seducción de sus ruegos (cap. XXXI).

Era ya tarde cuando él se marchó. La insistencia de Arobin por verla y estar junto a ella se estaba convirtiendo en algo más que en un capricho pasajero. Él había detectado en ella una sensualidad latente y aletargada que se abría como una flor ardiente y delicada cuando él, con su fina intuición, satisfacía las necesidades propias del carácter de Edna (cap. XXXV).

A lo largo del largo proceso por el cual Edna va experimentando con los deseos de su cuerpo, la celebración de los descubrimientos tiene un papel fundamental. Edna decide festejar su trascendental transformación con la invitación a sus amigos a una opípara cena en el que hasta entonces había sido su hogar. No están ni Léonce, que se encuentra en Nueva York por negocios, ni Robert que se ha marchado inesperadamente a hacer fortuna en México, pero ella decide agasajar a sus amigos y también convidarlos para celebrar su vigésimo noveno cumpleaños. Es una auténtica bacanal de vino y rosas en la que Edna brilla con más luz y erotismo que nunca, es su fiesta, su acto de rebelión, su *coup d'état*, como Arobin lo denomina, es su gran despedida y renacer. Y Edna vuelve a demostrar que los deseos de su cuerpo están por encima de las costumbres o convenciones. En el banquete luculiano abundan la

bebida y las exquisiteces culinarias de las que Edna no se priva a lo largo de la novela. Mientras que la heroína de la novela sentimental alimenta a otros y subsiste con ingestas más bien pobres, Edna Pontellier, mujer de robustas y ebúrneas carnes, sacia su apetito con viandas que incluyen paté, entrecots, pollo, pan crujiente, queso Gruyère, y muchas bebidas como la cerveza, el vino y el champán de los que bebe a placer. Se trata, pues, de una mujer hedonista que cultiva el deseo a todos los niveles y, en el banquete con el que obsequia a sus amigos, se transforma en la poderosa diosa del amor y el arte que convida a sus admiradores a los placeres más exquisitos. La fiesta simboliza, a todas luces, la socialización del cambio de Edna, su presentación pública y su deseo de vivir su despertar no de una forma clandestina, sino todo lo contrario hacer de ello un auténtico festival de los sentidos.

A pesar de la seguridad con la que Edna afronta sus cambios existenciales, también coexisten en ella las dudas, el anhelo y la melancolía de no ser correspondida por Robert, de no lograr fundirse con él en cuerpo y alma. Y es en el penúltimo capítulo de la novela donde se dramatizan precisamente los sentimientos encontrados de Edna y cómo fantasea por compartir con Robert su despertar a la auténtica sexualidad fuera de las limitaciones religiosas y los convencionalismos. Pero, a pesar de su desbocada pasión, se encontrará con la incompreensión de Robert que va por la senda de lo establecido por la sociedad. Edna se da cuenta de que su amado no discurre por su camino, que no ha despertado como ella a una nueva sensualidad y sexualidad. De hecho, su propio despertar espiritual, como demuestra su comportamiento, está inextricablemente unido a su sensualidad. Así pues, Robert no está a la altura de sus expectativas ni de sus deseos porque no ha experimentado el despertar de Edna y, por tanto, el regalo que ella le ofrece, su auténtico renacer, no lo puede asimilar, sencillamente, porque no está preparado para ello:

Cruzó la puerta, pero en vez de entrar, se sentó en el escalón del porche. La noche estaba en calma y en silencio. Toda la desgarradora emoción de las últimas horas parecía desvanecerse, como un atuendo sombrío e incómodo que se tenía que aflojar para poder desprenderse de él. Revivió los momentos previos a la llegada del mensaje de Adèle; sus sentidos se reavivaron al pensar en las palabras de Robert, la presión de sus brazos, y la sensación de sus labios en los de ella. Podía imaginarse que no existía mayor bendición en la tierra que la de poseer al amado. Al manifestarle su amor, Robert ya le había hecho entrega en parte de esa bendición.

Cuando pensaba que lo tenía ahí, al alcance de la mano, esperándola, sentía que se le paralizaba el cuerpo con la ilusión de la espera. Era muy tarde y quizás se habría quedado dormido. Lo despertaría con un beso. Esperaba que estuviese dormido para poder despertar su deseo con caricias (cap. XXXVIII).

En el polo opuesto del hedonismo placentero al que Edna se entrega, se encuentra la experiencia de la maternidad que es percibida de forma antagónica a la libertad que ella ansía. En este sentido, quien encarna los valores auténticos de la maternidad en la novela es Madame Ratignolle que vive por y para sus vástagos. Madre de tres hijos y embarazada del cuarto, Adèle es la típica madre criolla de Luisiana que asume y defiende los valores sureños decimonónicos más conservadores. Es una mujer bella, sensual, franca y muy carnal dedicada en cuerpo y alma a mantener la familia en los valores religiosos centrados en los hijos y el marido. El cuerpo de Adèle es el símbolo de la mujer madre que cada dos años se queda embarazada. Edna describe la vida de su amiga como una existencia sin color que manifiesta una satisfacción ciega en el entorno familiar y sin otras alternativas vitales. Cuando visita a los Ratignolle, Edna reflexiona a posteriori y llega a la conclusión de que no desea asumir el paradigma de la familia feliz, el modelo de hogar centrado en la crianza de la prole y en la búsqueda del bienestar en una rutina doméstica, desde su punto de vista, mediocre:

Edna se sintió deprimida más que aliviada cuando los dejó. La fugaz imagen de la armonía doméstica que había contemplado no le causó pena ni nostalgia. No era ese el tipo de vida que le iba e incluso lo consideraba la viva imagen del hastío y la desesperanza. La movía una suerte de conmiseración por Madame Ratignolle, una cierta piedad por una existencia gris que nunca llevaría a su dueña más allá del bienestar mediocre, en el que en ningún momento la angustia visitaría su espíritu, tampoco probaría el delirio de vivir. Edna se preguntaba de manera imprecisa lo que había querido decir con «el delirio de vivir». La expresión se le había pasado por la cabeza como una impresión extraña e inesperada (cap. XVIII).

En las largas conversaciones que mantiene con su amiga Adèle, Edna incluso llega a confesarle que se sacrificaría por sus hijos, pero que nunca se entregaría a sus hijos en cuerpo y alma. De hecho, Adèle le pide, en numerosas ocasiones, que piense en sus hijos, que se entregue al deber maternal, pero Edna carece de la vocación materna y ha tomado la firme determinación de seguir su camino, a pesar de que hay momentos en que quiere con toda su alma

a sus hijos:

Quería a sus hijos de una manera impulsiva y desigual. A veces, los habría apretado apasionadamente a su corazón; en ocasiones los habría olvidado. El año anterior habían pasado parte del verano con la abuela Pontellier en Iberville. Se sentía segura en lo que concernía a su felicidad y bienestar, y no los echó de menos. Su ausencia fue una especie de alivio, aunque no deseaba admitirlo ni quisiera reconocerlo en su interior. Pareció liberarla de una responsabilidad que había asumido ciegamente y para la cual el Destino no la había dotado (cap. VII).

El fuerte vínculo de amistad que une a Edna con Adèle lleva a esta última a pedirle a su amiga que cuando llegue el momento en que la necesite acuda a su lado. La necesidad a que se refiere es su parto, pero la palabra no se menciona en la narración. De hecho, se utilizan todo tipo de eufemismos, como que Adèle se siente enferma, no se encuentra bien o está indispuesta para evitar mencionar la palabra clave en esta circunstancia. En este sentido, hay que señalar que por el texto es difícil imaginar que se trata de los dolores de parto hasta que la narradora habla de una nueva vida. La escena se convierte en una experiencia muy desagradable para Edna, quien experimenta un *déjà vu* y revive con horror el doloroso trance de sus dos partos:

Edna empezó a sentirse incómoda. La embargaba una difusa sensación de miedo. Sus propias experiencias parecían lejanas, irreales y no las recordaba del todo. Apenas las podía rememorar entre el éxtasis de dolor, el fuerte olor a cloroformo, el aletargamiento que amortiguaba la sensación y, al despertar, el encuentro con una nueva vida pequeñita a la que ella había dado su ser y que se sumaba a la incontable multitud de almas que iban y venían.

Empezó a desear no haber venido; su presencia no era necesaria. Podía haberse inventado un pretexto para quedarse el margen, para irse. Pero Edna no se marchó. Presenció la escena de la tortura con desesperado dolor interior, con el deseo claro y directo de sublevarse en contra de los métodos de la Naturaleza (cap. XXXVII).

La narración del parto se describe desde el punto de vista de la protagonista de ese momento que es Adèle: el sufrimiento físico, el dolor, la angustia y el miedo ante el alumbramiento. Es decir, hay un interés narrativo en el proceso y no en el resultado. De hecho, en ningún momento la narradora informa al lector de que Adèle haya dado a luz, sino que hay un énfasis consciente en la angustia, en el trauma del parto y en la vivencia que su amiga

Edna Pontellier tiene del proceso. Así queda bastante claro que en cualquier otro contexto literario el proceso del alumbramiento quedaría subsumido o ignorado por la llegada al mundo de una nueva vida. Sin embargo, en *El despertar*, la narradora se centra en la madre en el momento del nacimiento más que en la nueva vida que, como dice el texto, pasa a ser uno más de la multitud que asiste al proceso. Esta perspectiva es ciertamente curiosa porque el que tradicionalmente ha sido el protagonista del parto, el neonato, pasa a ser parte de la audiencia asistente al parto sin siquiera haberse producido el nacimiento. En este sentido, hay que señalar que Edna se convierte en copartícipe del parto al revivir el momento con dolor psíquico, tal y como dice el texto, con deseos de sublevarse a la Naturaleza —nótese la mayúscula que emplea la escritora— que, de alguna manera, somete a la mujer a un terrible sufrimiento. La agonía, la insumisión y la crítica que implican estas palabras enlazan claramente con el discurso antideterminista que tiene Edna. Es decir, de alguna forma, hay una resistencia hacia el discurso de las corrientes naturalistas y darwinianas que, desde luego, condenaban a la mujer a la esclavitud biológica.

Una de las múltiples reflexiones fundamentales que se desarrollan en *El despertar*, a través del personaje de Edna, es que la mujer puede controlar su cuerpo y su maternidad y, por lo tanto, tiene el poder de decidir cuándo, cómo y dónde llevar a cabo sus deseos. Y esta escena, desde luego, dramatiza de forma clara y abierta el alumbramiento como un proceso fundamentalmente traumático para la mujer. Una vez más, es el cuerpo de la mujer en el que se centra el proceso y no el resultado. De esta forma, Chopin focaliza el discurso desde la perspectiva de la mujer y no en el vástago, y sitúa la experiencia del parto en el cuerpo de la mujer, en el centro de su discurso vivencial y no en la percepción que del mismo tiene la sociedad.

LA BOVARY CRIOLLA O LA BÚSQUEDA DEL PLACER

Desde las primeras reseñas críticas que se escribieron sobre *El despertar*, se señalaron las concomitancias entre la novela de Chopin y *Madame Bovary* (1857) de Gustave Flaubert. Sin duda, muchas son las similitudes entre las dos

novelas, pero también es cierto que muestran profundas diferencias conceptuales. Se ha especulado mucho sobre si Chopin leyó a Flaubert, pero no hay pruebas fehacientes que lo confirmen fuera de los paralelismos que muestran las dos magistrales novelas. Es probable que Chopin y los miembros de sus reuniones literarias conocieran la novela del escritor francés, pero una vez más hay que señalar que no hay evidencia que así lo demuestre. Lo que sí es evidente, y así lo señala Seyersted⁶⁸, es que ambas narraciones presentan a dos mujeres distanciadas de sus maridos que abandonan el cuidado de sus hijos, tienen amantes, son adúlteras, pierden el sentido de la obligación social y finalmente parece que, como en el caso de Emma, se suicidan. Asimismo, los personajes masculinos muestran también similitudes, tal y como se pone de manifiesto en las figuras de Robert Lebrun y Léon Dupuis y entre Rodolphe Boulanger y Alcée Arobin⁶⁹. Sin embargo, las dos novelas corrieron el mismo destino en cuanto a la recepción. Si en el caso de *El despertar* la crítica fue mojigata y moralista, también se podría decir lo mismo en el caso de la novela de Flaubert, que fue duramente atacada por los gacetilleros parisinos con afirmaciones injustas y miopes. La novela francesa tuvo un gran éxito de público, quizás motivado en buena parte por el escándalo que significó el juicio por obscenidad al que tuvo que enfrentarse su autor⁷⁰.

En *Madame Bovary* aparecen combinadas la rebeldía de la protagonista, la violencia, el melodrama y el sexo. Flaubert pinta de manera magistral la mediocridad de la vida burguesa provinciana, pero Emma sublima una y otra vez la imagen de los afortunados parisinos de la élite, quienes llevan una vida a todas luces encantadora y brillante. La protagonista flaubertiana desea escapar con todas sus fuerzas de la aplastante mediocridad de la vida rural y llevar una vida semejante a la de sus admirados parisinos. Así pues, Emma, según el escritor Vargas Llosa:

quiere gozar, no se resigna a reprimir en sí esa profunda exigencia sensual que Charles no puede satisfacer porque ni sabe que existe, y quiere, además, rodear su vida de elementos superfluos y gratos, la elegancia, el refinamiento, materializar en objetos el apetito de belleza que han hecho brotar en ella su imaginación, su sensibilidad y sus lecturas. Emma quiere conocer otros mundos, otras gentes, no acepta que su vida transcurra hasta el fin dentro del horizonte obtuso de Yonville, y quiere, también, que su existencia sea diversa y exaltante, que en ella figuren la aventura y el riesgo, los gestos teatrales y magníficos de la generosidad y el

sacrificio⁷¹.

En efecto, la protagonista reivindica la realización de sus deseos y el derecho al placer desde las primeras líneas de la novela y, en su desesperada rebelión, no escatima en todo tipo de estrategias, como la mentira o el despilfarro económico para llevar una doble vida, aspectos de su fraudulenta conducta que la diferencian de Edna Pontellier. Esta dualidad hace que Emma desarrolle un inquietante lado oscuro del que carece la heroína de Chopin. Ese aspecto de su convulsa personalidad adquiere sombras de la violencia que impregna la novela con el momento climático de la aciaga escena naturalista del autoenvenenamiento de Emma.

La heroína de Flaubert no hace un ejercicio de búsqueda interior ni de descubrimiento personal como Edna, tan solo aspira y tiene la urgencia de ser diferente de lo que realmente es y, por otro lado, insiste en echar las culpas a los demás de sus propias frustraciones. Sin embargo, Edna representa el polo opuesto, la búsqueda incansable de claridad interior, de la armonía entre su yo interior y su vida social. Edna no tiene que mentir a su marido, sencillamente le plantea sus reivindicaciones y le muestra, con argumentos sinceros y contundentes, su urgente necesidad de cambio. Así pues, cuando explora en el arte de la pintura un camino de realización, lo muestra abiertamente, busca un lugar para instalar su estudio y pinta a sus amigos, hijos y otros miembros de la familia. En cambio, Emma le miente sistemáticamente a su marido y para poder ver a su amante le dice que está en clases de piano. Es decir, ella utiliza el arte como coartada para realizar sus deseos de libertad sexual y la realidad es que no tiene vocación alguna por la música. En el caso de Edna, su gran logro es precisamente llegar a conocerse a sí misma y buscar la libertad y la autorealización artística que tanto ansía, escapando de las trabas y las ataduras sociales y biológicas.

En otro orden de cosas, ambas heroínas son fruto de contextos históricos y sociales radicalmente diferentes. Por un lado, en Edna Pontellier se muestran los valores norteamericanos de independencia, realización individual y la búsqueda de la felicidad que se prefiguran en la Declaración de Independencia. Edna es una mujer hecha a sí misma que no tiene que dilapidar la fortuna ni la hacienda de su marido, porque curiosamente no busca la

felicidad a través de lo material. Como una suerte de mujer hecha a sí misma, busca un trabajo y los medios para tener los ingresos mínimos y de esa forma empezar una nueva vida. De esta manera, decide aplicar los valores del sueño americano por sí misma y busca el progreso social, la regeneración moral y el éxito económico a través de su esfuerzo personal y de los recursos familiares. Por otro lado, Emma Bovary no se plantea de forma auténtica una nueva vida, sino que prefiere coexistir en una peligrosa dualidad destructiva, apariencia-realidad, que la destruye a ella, en primer lugar, y posteriormente a su entorno. Finalmente, hay que destacar la frialdad y el distanciamiento con el que el narrador de *Madame Bovary* pinta a la convulsa Emma, quien aparece retratada en las escenas sexuales con un cierto tono burlón y precario. En el caso de *El despertar*, si bien la narradora evita en todo momento entrar en disquisiciones de carácter moral, hay una clara empatía y una cercanía cálida hacia Edna Pontellier.

En su búsqueda permanente de sensaciones nuevas, la protagonista dispone de una vida ubérrima en cuanto a los placeres que su privilegiado estatus social le ofrece. De hecho, su nombre en hebreo significa placer, deleite y rejuvenecimiento y, en cuanto al origen etimológico de la palabra, deriva de la misma raíz que Edén. Por lo tanto, Edna, cuyo nombre no es casual, encarna la búsqueda del placer, del gozo y de la renovación, pero dentro de un ámbito holístico de transformación y crecimiento personal que muestra la protagonista.

LA TRANSFORMACIÓN A TRAVÉS DEL ARTE

El pintor impresionista Paul Cézanne confesó que no había intentado reproducir la naturaleza en su obra, puesto que el arte no debía imitar a la naturaleza sino expresar las sensaciones provocadas por ella⁷². La influencia de la pintura impresionista en la obra de Chopin ha sido resaltada por algunos críticos, sobre todo, por su capacidad de recrear escenarios con una riqueza de colores y sensualidad que se asemejan a las de las escenas impresionistas. En *El despertar* hay momentos realmente memorables por su preciosista y delicada descripción pictórica, como son las escenas de los bañistas en Grand

Isle, los caminos arenosos entre bancales de camomilas y limoneros, la mesa ceremonial del banquete colorista y sensual que ofrece la protagonista a sus amigos, la descripción de los etéreos y refinados vestidos de gasas y sedas de Edna Pontellier y Madame Ratignolle, los paseos por la playa, las veladas musicales y las excursiones por parajes llenos de luz y color. Es decir, Chopin va desgranando escenarios de una gran riqueza visual y refinamiento, de colores vívidos y juegos de luz que constituyen realmente cuadros impresionistas donde predomina la percepción de las sensaciones provocadas por los escenarios naturales en los que transitan los personajes.

El ambiente de sensualidad que prevalece en la novela es fruto de la influencia y el desarrollo de la pintura impresionista dos o tres décadas antes de la publicación de la obra y del interés de Chopin por las artes plásticas que queda ampliamente desarrollado en *El despertar*. Pero Chopin no solo nos muestra su peculiar versión escrita del impresionismo pictórico, sino que su heroína descubre, durante su despertar, que la pintura es una forma de acercarse al mundo y de desarrollar su creatividad e independencia. El gran descubrimiento se convierte en un aspecto central de su nueva vida fuera de la mansión Pontellier y es, al mismo tiempo, una forma de conseguir una cierta independencia económica y social. Así pues, Edna empieza a mirar todo lo que la rodea con nuevos ojos, e interioriza y transforma lo que ve en una nueva realidad pictórica. De esta forma, está adoptando una visión primigenia del mundo exterior de acuerdo con su recién estrenado ideario de mujer independiente y asertiva. En otras palabras, Edna no solo ha transformado el mundo en una experiencia diferente, sino que, imitando a los artistas impresionistas, decide pintar esa nueva visión y convertirse ella misma en artista del pincel. De este modo, la protagonista, ahora convertida en pintora, enfoca su atención y decide pintar a su amiga Adèle Ratignolle que está embarazada. La modelo femenina se sienta ante la pintora como una suerte de Madonna sensual y allí empieza el desarrollo de una escena memorable en la que Edna se esfuerza por captar la extraordinaria belleza de su amiga, lucha por mejorar y por conseguir una auténtica obra de arte que refleje el esplendor de su querida amiga. Sin embargo, no queda satisfecha con el resultado, a pesar de que la narradora menciona que «el cuadro era en muchos aspectos satisfactorio» (cap. V). Curiosamente, Edna Pontellier no obtiene placer en el

resultado de su actividad creativa sino en el proceso, según ha señalado Deborah Barker⁷³. A lo largo del desarrollo narrativo de la actividad pictórica de Edna, se descubre cómo desea, sobre todas las cosas, tener una vida propia fuera del mundo doméstico y, en este sentido, Chopin como creadora, también se distancia de sus predecesoras que describían a mujeres aisladas social y artísticamente. Incluso en la obra de la escritora contemporánea de Chopin, Charlotte Perkins Gilman, y más concretamente en su relato «El empapelado amarillo» (1892)⁷⁴ se puede observar cómo la escritora recrea la prohibición de escribir, leer y pintar a una mujer que sufría de depresión posparto.

La profesión de pintor era, y quizás sigue siendo, una de las más masculinas por antonomasia entre las artes. Al recrear Chopin a una protagonista que decide realizarse personal y artísticamente en esta profesión, está elaborando un discurso de ruptura con una tradición y proponiendo una visión transgresora sobre los límites impuestos a la mujer por la costumbre y la tradición. De hecho, era en ese momento histórico de entre siglos cuando las mujeres empezaron a reclamar un lugar en el espacio público en profesiones como la medicina, la docencia, la literatura, la música, la abogacía y muchas otras más. Asimismo, Edna confiesa en la novela que desea vender su obra y, de esta forma, se introduce en el mundo económico del intercambio en el que ella es la dueña de su obra, agente de su producción y, como resultado de su independencia, deja de ser el objeto o la propiedad de su marido Léonce. Así pues, Edna no solo aspira a ser libre en todo aquello que concierne al ámbito social, sexual y artístico sino en el económico que lógicamente le abriría las puertas a todos los demás.

La música también tiene un papel relevante en la elaboración narrativa de *El despertar*. Si la novela se inicia, por un lado, con los sonidos chirriantes y atonales del loro y el sinsonte, y, por otro, el molesto ruido mecánico de la máquina de coser de Madame Lebrun, lo cierto es que a partir de ese momento se sucede, como si se tratase de gotas de elixir sonoro, la incorporación acompañada de las melodías musicales que funcionan como comentario metatextual de la narración. La función de la música contribuye de forma clara al despertar de las distintas sensaciones de la protagonista y a modificar de manera significativa el estado emocional de los personajes.

Las piezas musicales que interpretan Mademoiselle Reisz, la Srta. Highcamp y las gemelas Farival en la novela pertenecen al acervo cultural europeo, y las hay más relacionadas con la música popular, como las de Louis Hérold, Franz von Suppé y Michael William Balfe, o las clásicas de Frédéric Chopin, Richard Wagner y Edvard Grieg. Es llamativo que Edna Pontellier también muestre sus conocimientos musicales, en concreto, cuando se sienta al piano de Mademoiselle Reisz e intenta leer la partitura que está en el atril, mientras espera a su amiga. Ello demuestra que Edna no solo tiene una formación como pintora, sino que también posee una sólida educación musical como para leer a primera vista una obra pianística. Así pues, la protagonista no solo demuestra una sensibilidad ante la música como melómana, sino que tiene la formación suficiente para distinguir entre interpretaciones distintas.

Sin duda, el papel que otorga Kate Chopin a la música en la novela es mucho más que el de un mero marco decorativo, en el sentido de que está presente en los momentos memorables de los personajes y también constituye un comentario sobre las actitudes estéticas de la sociedad criolla de Nueva Orleans. Como es sabido, la escritora le daba un papel primordial a la música en la formación de las personas y en el tratamiento de los sentimientos. Chopin, como ya se ha señalado previamente, era una excelente pianista y una gran melómana reconocida, además de haber hecho una única incursión puntual en el mundo de la composición con su «Lilia. Polca» para piano. Esta creación musical de la novelista es una pieza de aire popular, una improvisación que conecta claramente con los *impromptus* de Chopin que interpreta Mademoiselle Reisz en sus conciertos. Y es precisamente la pianista quien representa en la novela la creatividad artística musical. Su singular y enigmática personalidad plantea, de alguna manera, un contrapunto temático a Madame Ratignolle, puesto que, a diferencia de la vida doméstica y maternal en la que se prodiga Adèle, Mademoiselle Reisz tiene una vida profesional plena dedicada a la interpretación y a la enseñanza del piano. La fascinante concertista sobrevive de forma humilde de su arte, pero parece estar satisfecha con su forma de vida. De nuevo, su actividad pianística contrasta con la visión que de la música tiene Adèle Ratignolle, quien también toca el piano, pero lo hace única y exclusivamente para el entretenimiento de su familia y de esa forma crear un ambiente confortable y armonioso en el hogar.

Mademoiselle Reisz, al igual que Edna Pontellier, es uno de los personajes femeninos que tienen voz propia en la novela, y consigue realizarse como artista y mujer con su música. Su vida solitaria de aislamiento no es percibida de forma positiva por los que la rodean porque consideran su comportamiento un tanto excéntrico. La enigmática pianista, que siempre viste de negro, vive en un sencillo apartamento oscuro de acceso intrincado en el que predominan los muebles desvencijados y una decoración que le imprime un ambiente claramente gótico.

En otro orden de cosas, su falta de apego a las convenciones sociales de la maternidad y del matrimonio la convierten en una rara avis a los ojos de todos los que la rodean menos a los de su amiga Edna Pontellier. De hecho, el afecto que sienten las dos protagonistas es recíproco y la pianista es un apoyo fundamental para Edna, ya que comparten la misma filosofía de vida y son conscientes de la fortaleza que tienen que desplegar para luchar contra el orden social. Mademoiselle Reisz le hace saber a su amiga con la metáfora del pájaro que vuela contracorriente, imagen que Edna visualizará poco antes de entrar al mar en su último baño, que debe sobreponerse a las circunstancias:

Bien, por ejemplo, cuando la dejé hoy, me abrazó y me tocó las paletillas para comprobar si mis alas eran fuertes, según dijo. El pájaro que quiere elevarse más allá de la tradición y los prejuicios debe tener alas fuertes. Es un espectáculo triste ver a los débiles, magullados y agotados, revoloteando hacia la tierra (cap. XXVII).

La protagonista de *El despertar* descubre el gran talento y la sensibilidad artística de Mademoiselle Reisz en los conciertos que da en Grand Isle. De hecho, reconoce su gran capacidad de improvisación y de creación, algo que estaba vetado a las pianistas del siglo XIX, que tan solo debían tocar el piano y no dedicarse a tareas creativas. La creación y la improvisación eran aspectos musicales que pertenecían a los hombres, porque la música era, en su esencia, una idea masculina debido a que, según la sociedad del momento, la mujer carecía del intelecto y la capacidad necesaria para su desarrollo.

La sugerente caracterización que desarrolla Chopin de Mademoiselle Reisz, según Doris Davis, no representa a las concertistas del siglo XIX, en tanto en cuanto su actitud ante su profesión, su virtuosismo y su autonomía personal discurren por caminos poco transitados por las pianistas de su época. Es decir, la sociedad decimonónica norteamericana no admitía fácilmente la

idea de una concertista profesional porque no se ajustaba al código de comportamiento que se presumía en estas artistas que debían ser, ante todo, femeninas y no tener muchas aspiraciones de éxito, ni de desarrollar una carrera profesional en un mundo claramente dominado por los hombres. La idea de una consumada pianista que mostrara un virtuosismo en el piano era simplemente una contradicción en términos, era inadmisible para la sociedad⁷⁵. De hecho, en aquellos casos en los que las jóvenes intérpretes mostraban cualidades excepcionales y deseos de iniciar una carrera profesional seria, se las disuadía por todo los medios, como sucedió en el caso de la genial compositora y pianista Fanny Mendelssohn. Por lo tanto, y de forma muy visible, el personaje de Mademoiselle Reisz representa las ideas estéticas chopinianas y, como gran observadora que era la escritora de la sociedad de su época, sus reflexiones sobre el difícil papel que la mujer tenía en el mundo de la música decimonónica.

Edna Pontellier, al contrario que el resto de los veraneantes de Grand Isle, tiene un profundo conocimiento de la música, y lo más importante es que la música, y la vida alternativa de Mademoiselle Reisz ejercen una profunda atracción para ella:

Edna se consideraba una gran melómana. La excelente interpretación de una partitura musical tenía el poder de evocar imágenes en su mente. En ocasiones le gustaba sentarse en la habitación donde Madame Ratignolle tocaba o estudiaba por las mañanas. Edna había dado el título de «Soledad» a una de las piezas que la dama tocaba. Era una breve pieza lastimera de índole menor. El título de la pieza era otro, pero ella la llamaba «Soledad». Cuando la escuchó allí le vino a la mente la imagen de un hombre de pie junto a una roca desierta en la costa. Estaba desnudo y su actitud era de desengaño y resignación mientras miraba un pájaro en la distancia que se alejaba de él (cap. IX).

La novela deja muy claro que la música evoca profundas emociones e imágenes a la protagonista. Es evidente que el mundo de la mujer artista y sus circunstancias afectivas seducen a Edna de una forma muy poderosa, y ese es el papel de Mademoiselle Reisz, quien es una especie de hechicera que conjura con su música un fuerte poder de transformación en Edna. Conoce perfectamente las aspiraciones y motivaciones de Edna y adopta el papel de

*ficelle*⁷⁶, en tanto en cuanto coadyuva y hace de confidente de Edna en todo aquello que concierne a su relación con Robert Lebrun⁷⁷. En efecto, la música de Frédéric Chopin, hábilmente interpretada por las sensibles manos de Reisz, se convierte en un talismán para Edna porque es lo que más efecto tiene en su vulnerable psique. Pero este estado de turbación llega a su clímax emotivo cuando la pianista toca al piano la canción de amor y muerte de Isolda de la ópera *Tristán e Isolda* de Richard Wagner en el capítulo XXI. En ese preciso momento, Edna lee por primera vez una de las cartas de Robert durante su estancia en México y, emocionada, rompe a llorar con la música de fondo.

Edna Pontellier se encuentra en una encrucijada amorosa porque desconoce las razones reales que han llevado a Robert a México, pero lo más inquietante para Edna es que no sabe a ciencia cierta si es correspondida o no en su apasionado amor. Cuando lee las cartas de su amado, escucha la música del compositor polaco que aviva su pasión, su cuerpo tiembla, las lágrimas afloran en sus ojos y hace que las palabras de su enamorado sean más intensas y significativas. Es decir, la música tiene un efecto físico y psicológico incontrolable para Edna y le provoca momentos de visión y de sentimientos de nostalgia y amor.

Al incluir la música de Frédéric Chopin y otros compositores en *El despertar*, la novelista está poniendo de manifiesto el efecto que tiene este arte en Edna, mujer de una gran sensibilidad a flor de piel en quien la pintura y la música ejercen un profundo poder de transformación en su vida. El arte ensalza todo lo dionisiaco que prevalece en el acercamiento y el despertar que experimenta Edna en su vida. Así pues, desde esta perspectiva, Edna es una suerte de instrumento musical que reacciona y resuena ante todo aquello que la estimula. Este aspecto evoca ciertas semejanzas entre Edna Pontellier y Roderick Usher, el protagonista melancólico de «La Casa Usher» de Edgar Allan Poe, que tan solo reacciona ante los estímulos de la música que él mismo interpreta y ante la contemplación de los cuadros que cuelgan en su decadente mansión.

El uso de la música en *El despertar* pone de manifiesto el interés y el conocimiento que Chopin tenía sobre este arte abstracto, y su creencia de que la música era un medio magnífico para conseguir ciertos cambios psíquicos y promover el bienestar en el ser humano. Asimismo, queda patente su

convicción sobre los beneficios de la música como coadyuvante en el ámbito de la transformación psicológica y social del ser humano al ser el lenguaje universal por excelencia⁷⁸.

EL MUNDO SIMBÓLICO DE «EL DESPERTAR»

El despertar es una novela que muestra un vínculo fundamental con la tradición del simbolismo romántico norteamericano de autores canónicos, como Hawthorne, Melville, Emerson, Thoreau, Poe, Beecher Stowe, Dickinson y Whitman. De esta manera, Kate Chopin establece un eslabón muy significativo con la literatura del llamado renacimiento norteamericano del siglo XIX, pero la escritora utiliza el simbolismo y las imágenes de una forma dinámica e ineludiblemente ligada a la recreación estética y psicológica de su personaje principal, Edna Pontellier. Es el simbolismo el que define, de alguna manera, los matices, los límites y peligros del despertar que experimenta la protagonista. En efecto, el estilo narrativo de Chopin en esta novela es fundamentalmente poético, visual, sonoro y sensual, tal y como afirma Joyce Dyer, quien incluso apunta que sin el complejo entramado de símbolos e imágenes, la novela perdería su brillo y profundidad e incluso sería muy complicado entender a Edna Pontellier⁷⁹. El lenguaje de Chopin en *El despertar* se caracteriza por su economía de recursos, pero ello no es óbice para que desarrolle una sensualidad controlada que se basa en el uso de los colores, las texturas, los matices de la luz y las sonoridades que contribuyen a configurar un universo sensorial de un gran preciosismo y belleza.

En el ámbito de las imágenes sonoras, la narración se inicia con la sugerente imagen de un loro enjaulado políglota que repite incansable palabras en francés, en español y en otras lenguas incomprensibles. El loro habita en una cultura multilingüe pero es repetitivo, reproduce una y otra vez lo que escucha a sus amos sin saber realmente lo que dice⁸⁰. Su constante repetir y su sonido chirriante es tan desagradable e insoportable, que el Sr. Pontellier no puede conservar la calma ni proseguir con su apacible lectura en el capítulo primero. Según algunos críticos, el loro enjaulado y amaestrado para el

divertimento del hogar sugiere al mismo tiempo la domesticidad⁸¹. Asimismo, Madame Lebrun la dueña del loro, también tiene un sinsonte enjaulado que es un imitador no de los humanos, pero sí de los cantos de otros pájaros. La imagen de ambos animales enjaulados incide en la repetición mecánica, en el encierro en el que viven, en una existencia donde predominan los desagradables sonidos atonales y preludian de forma clara la situación de Edna en un hogar donde se siente frustrada, repitiendo esquemas sociales con los que no se siente realizada y de los que eventualmente escapará⁸². Por otro lado, tampoco se debe pasar por alto que la imagen del pájaro en una jaula dorada simboliza el confinamiento de la mujer en la escritura de mujeres del siglo XIX. Pero, volviendo al contexto de la novela, de alguna forma, esos pájaros también parodian, con sus interminables retahílas, el discurso monótono y repetitivo que utiliza Lèonce Pontellier con su mujer.

En el ámbito de los ruidos repetitivos y fastidiosos también hay que señalar la escena en el capítulo VIII en la que Robert y su madre Aline Lebrun mantienen una fragmentada conversación a desgana, mientras ella cose en una máquina que hace un ruido muy molesto que retumba en la habitación. Chopin lo describe onomatopéyicamente para resaltar la incomunicación y la lejanía emocional entre ambos personajes. La escena es realmente significativa para poner el énfasis en el carácter dominante de la atractiva viuda que es una mujer independiente y económicamente autónoma, ya que vive de los ingresos que le proporcionan la pensión y las casas de campo en Grand Isle.

De igual mundo, el mundo de las sensaciones olfativas ocupa un lugar preeminente en *El despertar*, al igual que lo visual y lo sonoro. En los paisajes visuales, Chopin introduce, para completar el mapa de las sensaciones, los aromas de los campos, el mar y la tierra, como si se tratase de una experiencia sensual holística:

La gente caminaba en grupos pequeños hacia la playa. Hablaban, reían, y algunos cantaban. Había una banda que tocaba en el hotel Klein y apenas percibían la música, mitigada por la distancia. En el exterior había extraños aromas; una rara mezcla de olor a mar, algas y humedad, a tierra recién arada, mezclada con el intenso perfume de un campo cercano de brotes blancos. Sin embargo, la noche se extendía suavemente sobre el mar y la tierra. No se apreciaba el peso de la noche porque no había sombras. La luz blanca de la luna había descendido sobre el mundo como el misterio y la suavidad del sueño (cap. X).

La narradora incluso se refiere, en ocasiones, a las sensaciones olfativas de Edna cuando se acerca al mundo de los caballos y «revivía la atmósfera de los establos y el olor de la hierba azul que se quedó prendido en su memoria olfativa» (cap. XXV). Para la protagonista, las emociones de su infancia y juventud están ligadas a poderosas sensaciones que rememora una y otra vez en el presente. En el último párrafo de la novela, cuando Edna está luchando por mantenerse a flote, se agrupan en su mente recuerdos sensoriales de la infancia, como las fragancias y «el intenso aroma a almizcle de las clavellinas que impregnaba el aire» (cap. XXXIX). Una vez más, Edna experimenta su pasado y su presente a través de su cuerpo sensible y presto siempre a sentir todas las imágenes que se agrupan en su mente.

En el delicado entramado de imágenes simbólicas de *El despertar*, el mar es a todas luces el más evocativo y el que más claramente entronca con la iconografía romántica norteamericana. La novela se inicia con el matrimonio Pontellier de vacaciones en la zona de playa de Grand Isle en el golfo de México y termina, precisamente en el mismo lugar. Edna acude seducida por «la voz del mar» y su deseo de aprender a nadar resulta ser su gran descubrimiento de adulta. En ese preciso momento, Edna experimenta la alegría de la niña que aprende a andar, el gozo de la que, por primera vez, percibe la independencia del movimiento voluntario, de poder desplazarse de un lugar a otro. De este modo, el encuentro trascendental de Edna con el mar es una experiencia panteísta romántica, es su particular iniciación en la naturaleza. En este medio, Edna experimenta con su libertad sexual y espiritual, tal y como hacen personajes inquietantes de la talla de Ishmael en *Moby-Dick* de Herman Melville, quien inicia su viaje hacia lo desconocido porque en tierra no encontraba respuesta a sus dilemas vitales. Así pues, el mar es para Edna un *locus* ilimitado de libertad y trascendencia, es un ámbito simbólico relacionado con el cuerpo de la mujer porque lo líquido está inequívocamente conectado con su campo semántico: la sangre, la leche, las lágrimas y el líquido amniótico.

En el mar, Edna aprende y descubre que puede nadar un 28 de agosto a los veintiocho años de edad, fechas y números que tampoco se escapan del ámbito simbólico relacionado con los ciclos lunares y los femeninos de la fertilidad. Edna «quería nadar muy lejos, hasta donde ninguna mujer había llegado antes»

(cap. X) y ese acto de nadar es trasunto de su deseo de liberación, pero también en ese mismo momento aparece la imagen de la muerte, la sensación que ella misma describe como «un destello de terror» que la invadió por completo. Este breve, pero angustioso encuentro intuitivo con la muerte es una suerte de preludio, de antesala simbólica, del encuentro final con su deseado mar.

Kate Chopin confesó en alguna ocasión que una de las cosas que más le gustaba en el mundo era pasear, caminar y observar como una experiencia peripatética. Su personaje más carismático, Edna Pontellier, le confiesa a Robert Lebrun su afición por dar paseos y lo mucho que aprendía durante los mismos: «siempre me han dado pena las mujeres a las que no les gusta andar. Se pierden tantas cosas, tantos pequeños detalles de la vida y las mujeres aprendemos tan poco de la vida en general» (cap. XXXVI). La escritora era consciente de que el ámbito doméstico y las tareas relacionadas con el hogar reducían sensiblemente la experiencia vital de las mujeres. Por lo tanto, ella misma promovía la vida fuera del hogar, con sus largos paseos por Nueva Orleans donde se perdía por sus luminosas y ruidosas calles. Y eso mismo hace Edna Pontellier en *El despertar* al buscar rincones donde perderse, donde encontrar nuevas experiencias, reflexionar y observar a la gente. De hecho, en una de sus escapadas solitarias encuentra su pequeño paraíso, un lugar modesto donde perderse para leer, tomar café y ser anónima para poder estar consigo misma. Explorar Nueva Orleans para respirar otros aires no era una actividad considerada muy femenina; el espacio natural de la mujer era el hogar, pero Edna prefería escapar, perderse por las callejuelas de la exótica ciudad, tal y como lo hacía de niña en los espacios abiertos, las praderas de hierba azul, las playas, el mar, las calles de una gran urbe. Edna toma la gran decisión de no ser el ángel del hogar de una mansión hecha a imagen y semejanza de su marido Léonce, donde no se identifica con los objetos ni con la estricta jerarquía que la organiza. Prefiere mudarse a otro espacio mucho más propicio para su renovada vida centrada en su propia transformación espiritual. Su nuevo hogar, el palomar, es humilde, más pequeño, pero acogedor y decorado a su gusto menos ampuloso y burgués. Esa es su morada, la que ella decide que será su nuevo espacio de desarrollo personal, alejado real y simbólicamente de su mundo anterior.

El color es, sin duda, uno de los símbolos más poderosos en *El despertar*. Aparte de recrear el estado anímico de los protagonistas, prefigura su identidad y modo de ver y relacionarse con el mundo. El uso que se hace del blanco en la novela para vestir a Edna con telas etéreas de muselina alude a la transformación permanente de la protagonista. Las otras mujeres del relato, Adèle Ratignolle y Madame Lebrun, como criollas, también visten de blanco. En el contexto de la novela, el blanco es un color veraniego, de espiritualidad que Edna usa a menudo en sus escapadas a la playa. En el polo opuesto del colorido está la misteriosa dama que viste de riguroso negro y que va siempre a la zaga de los enamorados, leyendo su misal y rezando el rosario. Esta dama es la imagen viva del conservadurismo religioso, de la oscuridad y del oscurantismo del que Edna precisamente huye. Para contrarrestar esta imagen, en el banquete de despedida, Edna se viste de dorado, que simboliza su plena realización como persona. Del mismo modo, este color implica el éxito en su transformación y en la toma de decisiones que la ha llevado a abandonar su antiguo estilo de vida.

Finalmente, hay que señalar que la estructura temporal de la novela también tiene un claro componente simbólico, en la medida en que todos los hechos más importantes que ocurren en la narración tienen lugar en la transición entre la tarde y la noche. Es decir, se trata de un período del día liminal y claramente relacionado con la transformación y el cambio al margen de la norma social o racional. Sin duda, esta prevalencia de la noche sobre el día en la novela no es casual y sí obedece a un claro empeño en otorgar al mundo de la noche un carácter de metamorfosis y descubrimiento de todo aquello relacionado con la sensualidad. Para Edna, la noche y la luz lunar son momentos místicos de desarrollo personal, de despertar a nuevas sensaciones y conocimientos, como cuando descubre con gran gozo que puede nadar sola a «la hora mágica, bajo la mística luna» (cap. IX):

No se unió a los demás en sus juegos y divertimentos porque estaba fascinada por el nuevo poder conquistado, y continuó nadando sola. Volvió su rostro hacia el mar para captar la sensación de espacio y soledad que la vasta extensión de agua le transmitía a su imaginación, cuando se encontraba y se fundía con el cielo iluminado de luz de luna. Mientras nadaba parecía que alcanzaba la eternidad para perderse en ella (cap. X).

EDNA PONTELLIER: UN ESPÍRITU SOLITARIO ANTE LA DICOTOMÍA ENTRE LA FANTASÍA Y LA REALIDAD

El título original que Chopin dio al *El despertar* fue «Un espíritu solitario» y el eco del relato «Soledad» de Maupassant que la escritora tradujo impregna toda la novela. El texto del escritor francés es una reflexión sobre el alejamiento insondable que existe entre los seres humanos y, al hilo de estas consideraciones, se cita la famosa frase de Flaubert que dice que todos los seres humanos transitamos por un desierto existencial donde nadie entiende a nadie. El personaje principal del relato sentencia que, a pesar de las delicias del amor, estamos condenados inexorablemente a la soledad. Sin embargo, Chopin decidió cambiarlo, quizás porque la transformación más profunda que experimenta Edna Pontellier es la de su propio autoconocimiento y despertar. No obstante, su metamorfosis implica un proceso de solipsismo que conlleva inexorablemente a la soledad y al doloroso alejamiento de los demás. De este modo, en *El despertar* se desgranar muchos momentos de intenso aislamiento por parte de la protagonista que desembocan en instantes epifánicos de autoconocimiento. El resultado final de su proceso de introspección y duda ontológica es el desencanto ante las promesas de amor de Robert y el inevitable desencuentro de ambos porque cada uno busca cosas distintas en la vida. Al mismo tiempo, Edna se da cuenta de que no está dispuesta a renunciar a su nueva identidad, al despertar de su sensualidad, a las aspiraciones y ensueños que son tan importantes para ella y sin los que no sería un ser humano completo. Es en este momento en el que aparece su gran encrucijada como madre y las consecuencias directas de su despertar que son ni más ni menos la inevitable responsabilidad que tiene ante sus hijos Étienne y Raoul Pontellier. Precisamente cuando está en la orilla dispuesta a iniciar el que será su último baño, ellos aparecen ante ella como «antagonistas», es decir, como una suerte de contrincantes en sus últimos pensamientos. En este sentido, también recuerda en ese instante angustioso lo que le confesó a su buena amiga Adèle Ratignolle: que nunca sacrificaría su ser, su nuevo yo por sus hijos. Y por eso mismo se dirige hacia el mar, porque rechaza frontalmente la asunción de que su marido y sus hijos puedan «poseer su cuerpo y su espíritu» y no desea seguir por la senda de lo establecido por la sociedad que se opone a sus

deseos de evolución permanente.

El reencuentro iniciático de Edna con la inmensidad del mar parece paradójicamente ligado hacia su inexorable final. La protagonista, decepcionada de todo, decide regresar a Grand Isle donde fue tan feliz durante el verano y al mar que fue testigo tanto de sus momentos más íntimos con Robert como de sus progresos al aprender a nadar y ser independiente. Esta vez se trata de un viaje en soledad, de un auténtico encuentro consigo misma, con su yo desnudo y abierto ante la inmensidad liberadora del mar. En ese idílico entorno se desprende de sus vestiduras, símbolo de las pesadas ataduras sociales y entra desnuda en el mar para sentirse en íntima comunión física y espiritual con la naturaleza. La visión final de Edna Pontellier entregada al mar, es una de las más discutidas por parte de la crítica. La buscada ambigüedad con la que Chopin entrega al mar a su protagonista más querida es a todas luces fruto de su mirada caleidoscópica del mundo y de los seres humanos. No es ni un final feliz, ni trágico, ni sabemos a ciencia cierta si Edna quiere realmente suicidarse o encontrarse con el mar y se ahoga porque las fuerzas la desasisten en su deseo de nadar y nadar para fundirse en un abrazo sensual consigo misma. En efecto, este inusitado final ha suscitado muchísimas interpretaciones contradictorias entre sí, pero de alguna forma todas ellas complementarias, siendo, por otro lado, el lógico resultado de la ambigua decisión final de Edna⁸³.

Los lectores del siglo XIX, tal y como señala Elaine Showalter⁸⁴, estaban acostumbrados a la imagen del ahogamiento de la mujer como una suerte de castigo literario y, de hecho, así lo interpretaron algunos críticos de la época que vieron en el supuesto suicidio de Edna el castigo a sus pecados y a su vida inmoral. Asimismo, el suicidio, desde un punto de vista cristiano, es un acto de cobardía e insumisión ante el poder divino. Por lo tanto, el suicidio desde esta perspectiva es un acto regresivo que muestra el vacío interior de la protagonista y un rotundo fracaso porque no logra conseguir sus deseos espurios en la vida real.

La crítica feminista, sin embargo, ha visto en el desenlace de la novela una suerte de momento heroico de autoafirmación y de simbólica resurrección hacia la independencia. En otras palabras, sería una entrega final a Eros que le otorgaría rango de heroína trágica y de grandeza trascendental que no implica

una rendición ante el mundo, sino la imposibilidad de vivir de acuerdo con sus creencias. En este sentido, Ann Heilman abunda en la dicotomía que plantea la novela en el ambiguo final: por un lado, en un sentido realista Edna nada hacia la muerte, pero desde el punto de vista simbólico, su encuentro final con el mar representa un triunfo y una liberación de las estructuras patriarcales del matrimonio, tal y como le sucede a la narradora de «El empapelado amarillo» de Charlotte Perkins Gilman. Físicamente ambas mujeres desaparecen, pero desde el punto de vista espiritual han roto con las ataduras y la opresión a las que estaban sometidas⁸⁵. En todo caso, el final, como ha señalado Cristina Giorcelli, es abierto y circular porque no hay evidencia textual de que Edna se ahogue, sino que está rodeada de símbolos e imágenes de fertilidad e inmortalidad como son el mar, el sol y las abejas. Es una novela circular porque el texto termina en el sensual y prometedor golfo de México donde precisamente se inició. Al mismo tiempo, la crítica italiana incide en que el mensaje final de *El despertar* no está muy claro porque el laberíntico entramado de ambigüedades y dicotomías que predomina en la novela, plantea preguntas sin resolver⁸⁶.

Hay otros análisis que hacen hincapié en el irreconciliable romanticismo que muestran los actos vitales de Edna con el realismo que pone de manifiesto Chopin al dramatizar las tensiones y los límites inevitables que impone la realidad. Desde este sugerente punto de vista, *El despertar*, como novela de fin de siglo, pone de manifiesto el dramático declinar del espíritu romántico frente a la prevalencia del realismo y el naturalismo cuyo ideario lógicamente no tendría en cuenta las aspiraciones individualistas de Edna sino el efecto del imperativo determinista de la sociedad. Así pues, Edna estaría condenada al fracaso, puesto que su rebelión ante el orden social chocaría con las férreas estructuras sociales y el determinismo biológico al que está sometida la mujer.

Lo que sí queda diáfano es que el despertar de Edna como individuo y su crisis existencial coinciden, desde un punto de vista histórico y social, con el nacimiento de la nueva mujer norteamericana. Como consecuencia, la protagonista representa los anhelos y sueños de aquellas mujeres que no se conformaban con ser amas de casa sin deseos ni aspiraciones más allá de las imposiciones domésticas. Sin embargo, Edna vivía en una sociedad antigua plena de supersticiones, convenciones y

prejuicios que no estaba preparada para su transformación finisecular. Ninguno de los personajes de *El despertar*, a excepción de Mademoiselle Reisz, tenían conciencia de los cambios que estaba experimentando la nueva mujer. Así pues, Edna Pontellier, como su creadora, son mujeres adelantadas a su época que se enfrentan a temas tabú, como el deseo sexual y el desarrollo de la mujer como individuo, dispuestas a cambiar el mundo con todas sus fuerzas. Desafortunadamente, ni en la ficción, ni en la realidad se daban las circunstancias favorables para que hubiera habido un reconocimiento real de esta imperiosa necesidad de cambio.

Sin duda, Edna Pontellier no podía vivir tan solo como madre y esposa, necesitaba realizar sus sueños de emancipación sexual, espiritual y de autorealización artística y ahí chocó con el muro insalvable de una sociedad anclada en patrones de comportamiento deterministas para la mujer. En ese momento se produce el fatídico encuentro entre el sueño y la fantasía de Edna, y la contundente realidad social. Su acto final es una suerte de entrega a un mundo que se ha fraguado ella misma, es una vuelta hacia sus orígenes, a la infancia en la que poco a poco se moldeó su personalidad. Es su último encuentro con su soledad existencial, con una paz que anhela encontrar al nadar, con la niña que se enamoró del oficial de caballería, con la voz marcial de su padre y la voz pragmática de la figura materna de su hermana Margaret, con la imagen irónica del perro encadenado, mientras que ella busca incansable la libertad. Sin embargo, también escucha en esos últimos momentos el zumbido de las abejas y percibe el aroma de las clavellinas que nos retrotrae a la naturaleza impávida que sigue su movimiento, su rumbo, pero también a la sexualidad de Edna que es descrita en la novela como una «flor sensible», pero al mismo tiempo también hay ecos del tropo convencional de la flor como elemento femenino y la abeja como el masculino. En el contexto de la novela, se habla, en muchas ocasiones, sobre cómo la mujer no puede escapar a los designios de la naturaleza y de su propia biología. En esta última imagen se mezclan el mundo patriarcal del padre, del novio militar y las fuerzas abrumadoras de la naturaleza, tal y como ha señalado Lynda S. Boren⁸⁷. Quizás este es un comentario de Chopin sobre el determinismo darwiniano que somete a la mujer a los designios de la naturaleza, y le recuerda permanentemente que está hecha para procrear y criar

a la prole. Son imágenes de la naturaleza de las que las mujeres no pueden escapar, Edna misma, ha aprendido que la naturaleza les pone a las mujeres señuelos a los que es casi imposible sustraerse. A pesar de todo, ella lucha incansablemente por su independencia en medio de una crisis personal de la que, sin duda, sale renovada. En este sentido, *El despertar* es una novela sorprendentemente moderna y de permanente actualidad por cuanto se trata de un texto que muestra la capacidad de una mujer de reinventarse, de salir de una sociedad encorsetada y de optar por una nueva vida, a pesar de ser consciente de las dificultades que conlleva un cambio tan radical. Edna intenta en todo momento negociar con lo que su renacer implica, con sus deseos más íntimos y las limitaciones e imperativos de una sociedad que permanentemente coarta su libertad. Es precisamente en el capítulo XXXIX cuando, al acercarse voluptuosa a la llamada de la voz seductora y susurrante del mar, observa cómo un pájaro intenta remontar el vuelo con todas sus fuerzas, pero se precipita irremediabilmente al mar. Esta imagen simbólica es trasunto de la fuerza de sus deseos, pero a la vez de su fragilidad ante lo que no puede controlar.

No cabe duda de que Edna afronta su encrucijada vital con gran sabiduría y valentía. En su último encuentro con el mar, alejada de todo lo que la ataba al mundo: hijos, marido, amantes, amigos y conocidos se enfrenta en completa soledad a su búsqueda interior, a su mundo convertido en paraíso romántico, pero condicionado por sus propias fuerzas, por las de la naturaleza y por su cuerpo que no puede ir más allá de lo que su fortaleza le permite. No es cierto que estemos ante la derrota de la heroína, como han sugerido algunos críticos. Más bien al contrario, la última imagen de Edna es la de una luchadora que nada con todas sus fuerzas y se intenta sobreponer a sus debilidades humanas⁸⁸. La única realidad vital que podía determinar su existencia era precisamente su no deseado encuentro con la muerte y en ese momento los seres humanos somos realmente frágiles por más que intentemos volar y volar, como el pájaro con el ala rota o los pájaros enjaulados de Madame Lebrun. Por desgracia, estamos condicionados por las limitaciones de nuestra propia naturaleza mortal y es ese, precisamente, el encuentro final al que la protagonista no puede sobreponerse.

El simbólico desenlace de la crisis vital de Edna Pontellier está pleno de

luz, energía, verdad y transformación, como su baño iniciático en las aguas del golfo de México. Sin duda, se trata de un renacer, de su vuelta a la prístina inocencia de su infancia en los inmensos prados de hierba azul de Kentucky. A diferencia de la patética y desagradable escena final con la que, de alguna manera, Flaubert condena la vida fútil y engañosa de Emma Bovary, la Venus de Nueva Orleans se dispone a experimentar con su último y gran renacer dionisiaco. Cabe constatar cómo Edna intenta hasta el final nadar contracorriente, probarse a sí misma, pero su naturaleza humana y sus limitaciones reales ahogan sus aspiraciones. Recordemos que, cuando comprueba que puede nadar en el capítulo X, siente que, a pesar de su incipiente dominio de su cuerpo en el agua, hay una última barrera difícil de superar, un umbral que no debería cruzar porque la llevaría a un encuentro no deseado:

Se dio la vuelta y miró hacia la costa, hacia la gente que había dejado allí. No se había alejado mucho; es decir, no lo suficiente para un nadador experimentado. Sin embargo, dada su inexperiencia, la franja de agua que había detrás parecía una barrera que jamás sería capaz de superar.

La repentina imagen de la muerte golpeó su espíritu, y por un instante, la horrorizó y debilitó sus sentidos. Pero, tras un esfuerzo, recuperó sus sorprendentes facultades y se las arregló para llegar a la orilla.

No mencionó a nadie su encuentro con la muerte, ni su fugaz momento de terror, exceptuando el comentario que le hizo a su marido:

—Pensé que iba a perecer allí sola (cap. X).

La última imagen que se nos ofrece de Edna es insondablemente hermosa, cargada de simbolismo transcendentalista de lucha y no de rendición, como así sucede en la novela de Flaubert. Edna no se rinde, al contrario, se muestra más valiente que nunca, más convencida de su sueño de autorealización y, como Ícaro, remonta el vuelo y vuelve a intentarlo una y otra vez en su empeño por sobreponerse a las dificultades. Asimismo, el mar, símbolo del ciclo del nacimiento, la muerte y el renacimiento, evoca, de alguna manera, la mítica imagen fabulosa del ave Fénix⁸⁹ y su poder de resurgir de entre sus cenizas. Y es así como se confirma que, en la poderosa representación de Edna Pontellier, confluye la sinergia de todas las percepciones míticas del

imaginario occidental. La protagonista se consume por el fuego interior de la pasión amorosa y creativa para finalmente resurgir de sus cenizas en múltiples ocasiones. De este modo, en su ansiado encuentro con el mar para superar la infranqueable barrera, se produce, por fin, la purificación total por medio del agua y, como colofón, la insondable inmortalidad simbólica de su espíritu libre y luchador.

[1](#) La crítica Nancy Walker sugiere, entre otros, los dos periodos, así como que Kate Chopin no se planteó una carrera literaria hasta que fallecieron su marido y su madre. Véase *Kate Chopin. A Literary Life*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2001, 1-8.

[2](#) La biografía más extensa y completa hasta el día de hoy sobre Kate Chopin es *Kate Chopin* (1990) de la académica Emily Toth. Tiene una segunda más sucinta, *Unveiling Kate Chopin* (1999), pero igualmente erudita, cuya publicación coincidió con el centenario de la primera edición de *The Awakening* (1899). La primera biografía de la escritora es obra del sacerdote católico Daniel Rankin, *Kate Chopin and Her Creole Stories* (1932), basada en entrevistas a los hijos de Chopin y en algunos documentos que se perdieron. Esta biografía fue muy criticada por los descendientes de la escritora porque, según su opinión, Rankin era un investigador tan poco metódico y tan descuidado que distorsionó la figura de su madre. Los estudiosos de la vida y obra de Chopin la tacharon de inexacta y de circunscribirse exclusivamente a los relatos coloristas del sur. Asimismo, los biógrafos posteriores la han acusado de construir y perpetuar una serie de mitos sobre la novela *El despertar* (1899) y su controvertida recepción, que perjudicaron la proyección ulterior de la obra completa de Kate Chopin. Por último, hay que mencionar la magnífica biografía del estudioso noruego Per Seyersted, *Kate Chopin: a Critical Biography* (1969), que fue pionera en el resurgimiento del interés por la escritora a partir de los años setenta del siglo XX. Sin duda, los estudiosos de Chopin deben a este profesor de la Universidad de Oslo, el inicio de la prolija recuperación para el canon literario norteamericano tanto de la obra como de los aspectos biográficos de esta gran escritora.

[3](#) Los criollos, también denominados acadianos o «cajuns» en inglés, se consideran un grupo étnico, ya que son los descendientes de los exiliados de la Acadia canadiense que se asentaron en Luisiana durante la segunda mitad del siglo XVIII.

[4](#) Así lo expresa su biógrafa, Emily Toth en *Unveiling Kate Chopin*, Jackson, University Press of Mississippi, 1999, 37.

[5](#) Per Seyersted y Emily Toth, eds. *A Kate Chopin Miscellany*, Natchitoches, Northwestern State University Press, 1979, 62.

[6](#) Una de las grandes cultivadoras del género epistolar fue la poeta norteamericana Emily Dickinson quien, no tuvo especial interés en publicar su obra en vida, pero, sin embargo, compartía sus poemas en las cartas con familiares y amigos. Hasta cierto punto, la correspondencia se convirtió en la vía más segura de mostrar la propia creación literaria sin sufrir los estragos de los editores que podían enmendar todo aquello que no considerasen apropiado.

[7](#) Daniel Rankin, *Kate Chopin and Her Creole Stories*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1932, 102.

[8](#) Un «bayou» es una especie de canal pantanoso que abunda en los estados norteamericanos de Luisiana y Misisipí. Son áreas de abundante y variada flora y fauna endémicas de estos parajes húmedos. Asimismo, son zonas infestadas de mosquitos y otros insectos que transmiten enfermedades muy peligrosas para la salud.

[9](#) Emily Toth, *op. cit.*, 95-100.

[10](#) *Ibidem*, 97.

[11](#) *Ibidem*, 102.

[12](#) Per Seyersted señala que el Dr. Kolbenheyer y William Schuyler fueron dos figuras clave en el desarrollo de la Sociedad Filosófica de Saint Louis, fundada en 1866 por alemanes y norteamericanos de origen inglés que deseaban dotar a la ciudad de un centro cultural que promocionase la filosofía y el arte. De hecho, el polifacético William Schuyler era no solo escritor y crítico, sino que también era compositor y un gran promotor de la música de Wagner en Saint Louis. Per Seyersted, *Kate Chopin. A Critical Biography*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1979, 63.

[13](#) Hay una reproducción de la partitura de esta obra musical, junto con otros documentos de la autora, en la compilación miscelánea editada por Emily Toth y Per Seyersted en *Kate Chopin's Private Papers*, Bloomington, Indiana University Press, 1998, 196-199.

[14](#)

If it might be that thou didst need my life;
Now on the instant would I end this strife
'Twixt hope and fear, and glad the end I'd meet
With wonder only, to find death so sweet.

If it might be that thou didst need my love;
To love thee dear, my life's fond work would prove.
All time, to tender watchfulness I'd give;
And count it happiness, indeed, to live.

«If It Might Be», Emily Toth, *Unveiling Kate Chopin*, Jackson, University Press of Mississippi, 1999, 107.

[15](#) El título del relato hace referencia a un proverbio latino que dice que «amar y ser sabio es un poder que ni siquiera se concede a los dioses». Por lo tanto, la protagonista es, según Chopin, más sabia que los dioses.

[16](#) Para un estudio pormenorizado de las mujeres independientes en los relatos de Kate Chopin, es muy recomendable el excelente libro de Allen F. Stein, *Women and Autonomy in Kate Chopin's Short Fiction*, New York, Peter Lang, 2005.

[17](#) Bernard Koloski, «Feeling the Countercurrent», *Awakenings. The Story of Kate Chopin Revival*, Baton Rouge, Louisiana University Press, 2009, 192.

[18](#) Kate Chopin, «Confidences», en *The Complete Works of Kate Chopin*, Per Seyersted (ed.), Baton Rouge, Louisiana State U.P., 2006, 700-702.

[19](#) Para un estudio pormenorizado de las traducciones que hizo Kate Chopin de la literatura francesa, véase la obra de Thomas Bonner, Jr., *The Kate Chopin Companion: With Chopin's Translations from French Fiction*, New York, Greenwood, 1988.

[20](#) Elizabeth Nolan, «The Awakening as Literary Innovation: Chopin, Maupassant and the Evolution of Genre», *The Cambridge Companion to Kate Chopin*, ed. Janet Beer, Cambridge U.P., 2008, 123. Mary Donaldson-Evans, *A Woman's Revenge: The Chronology of Dispossession in Maupassant's Fiction*, Lexington, Ky., French Forum Publishers, 1986, 14-19.

[21](#) Kate Chopin, «Emile Zola's *Lourdes*», en *The Complete Works of Kate Chopin*, Per Seyersted ed., Baton Rouge, Louisiana State U.P., 2006, 697-699.

[22](#) Thomas Bonner, «My Life with Kate Chopin», en *Awakenings. The Story of Kate Chopin Revival*, ed. Bernard Kolosky, Baton Rouge, Louisiana State U.P., 104.

[23](#) Emily Toth, «What we do and don't know about Kate Chopin's life», en *The Cambridge Companion to Kate Chopin*, New York, Cambridge University Press, 2008, 13.

[24](#) Se trata de una silla diseñada por William Morris (1834-1896), escritor, pintor, diseñador e impresor inglés y uno de los más célebres reformistas sociales victorianos. La silla en cuestión es famosa por su comodidad y sus líneas refinadas. Tiene el respaldo y el reposabrazos abatibles. Se trata de un mueble muy apreciado por su confort y diseño elegante.

[25](#) Esta novela no está, de momento, traducida al español, pero el título se podría traducir como *Culpable*.

[26](#) Donna Campbell, «*At Fault. A Reappraisal of Kate Chopin's Other Novel*», *The Cambridge Companion to Kate Chopin*, ed. Janet Beer, Cambridge U.P., 2008, 27-43.

[27](#) El término nueva mujer o «The New Woman» en inglés parece ser que lo utilizó por primera vez la novelista británica Sarah Grand para describir a aquellas mujeres que se sentían insatisfechas con el ideal victoriano de feminidad. Véase la obra de Charlotte J. Rich, *Transcending the New Woman. Multiethnic Narratives in the Progressive Era*, Columbia, University of Missouri Press, 2009, 7.

[28](#) Elaine Showalter, *A Jury of Her Peers. American Women Writers from Anne Bradstreet to Annie Proulx*, London, Virago Press, 2009, 210-240.

[29](#) La colección de relatos seleccionada y traducida por Marta Salís, *Cuando se abrió la puerta. Cuentos de la nueva mujer (1882-1914)* (Barcelona, Alba Editorial, 2008), presenta la obra de una magnífica plétora de escritoras norteamericanas e inglesas de entre siglos. La cuidada selección de relatos de Kate Chopin, Edith Wharton, Charlotte Perkins Gilman, Willa Cather y Virginia Woolf, entre otras, resulta muy recomendable para entender el espíritu de la época y la gran transformación que estaban llevando a cabo en ese momento histórico las mujeres en los países de habla inglesa a ambos lados del Atlántico.

[30](#) Eulalia Piñero Gil, «Charlotte Perkins Gilman's "The Yellow Wallpaper" and "The Giant Wistaria": The American Female Gothic as Popular Frontier Text», A. Ballesteros y L. Mora (eds.), *Popular Texts in English: New Perspectives*, U. de Castilla-La Mancha, 2001, 187-193.

[31](#) Véase la introducción de Bernard Koloski en *Bayou Folk and A Night in Acadie by Kate Chopin*, New York, Penguin Books, 1999, 1-19.

[32](#) Emily Toth, *op. cit.* (2008), 22.

[33](#) Véase Susan Castillo, «Race and Ethnicity in Kate Chopin's Fiction», *The Cambridge Companion to Kate Chopin*, ed. Janet Beer, Cambridge U.P., 2008, 59-71. Bonnie James Shaker, *Coloring Locals. Racial Formation in Kate Chopin's Youth Companion Stories*, Iowa City, University of Iowa Press, 2003.

[34](#) «El hijo de Desirée» en Kate Chopin, *Un asunto indecoroso y otros relatos*, traducción de Olivia de Miguel, Barcelona, Ediciones del Bronce, 31-38.

[35](#) Per Seyersted, *op. cit.*, 71.

[36](#) El relato «La tormenta» o «The Storm» fue escrito en 1898, pero no fue publicado hasta 1969. Hay una traducción al español de este relato en la colección *Un asunto indecoroso y otros relatos de Kate Chopin*, Barcelona, Ediciones del Bronce, 1996, 109-115.

[37](#) Sandra Gilbert, «Introduction. The Second Coming of Aphrodite», en *The Awakening*.

Kate Chopin, New York, Penguin Books, 1984, 9.

[38](#) La colección de relatos fue incluida en la obra recopilatoria de Per Seyersted *The Complete Works of Kate Chopin*, en dos volúmenes, publicada en 1969 por la Louisiana State University Press. En 1991, Emily Toth, preparó una edición dedicada a la última colección de relatos de Kate Chopin titulada *A Vocation and a Voice* de Kate Chopin en la editorial Penguin Books.

[39](#) Emily Toth, *op. cit.*, 1999, 237.

[40](#) Heather Kirk Thomas, «‘What Are the Prospects for the Book?’: Rewriting a Woman’s Life», Lynda S. Boren y Sara deSaussure Davis (eds.), *Kate Chopin Reconsidered. Beyond the Bayou*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1992, 37. En este ensayo, la autora rebate con contundencia la creencia extendida entre los biógrafos de Chopin que relacionan su declinar literario con la controvertida recepción de *El despertar*. Según la estudiosa, fue todo lo contrario porque Chopin siguió escribiendo, a pesar de su delicado estado de salud. Asimismo, tal y como demuestran sus libros de notas, la escritora se mantuvo muy activa en todo lo concerniente a la administración de sus bienes y propiedades, actividad económica que le proporcionaba a ella y a su extensa familia los ingresos necesarios para vivir.

[41](#) Emily Toth, *op. cit.*, 1999, 240.

[42](#) Para una recopilación exhaustiva de las reseñas sobre *El despertar*, véase «Contemporary Reviews», en Kate Chopin, *The Awakening*, ed. Margo Culley, New York, W.W. Norton, 1994, 161-173.

[43](#) Frances Porcher, Kate Chopin’s Novel, *The Mirror* 9 (4 de mayo de 1899), 6.

[44](#) «Notes from Bookland», *St Louis Daily Globe-Democrat* 13 (mayo de 1899), 5.

[45](#) «Contemporary Reviews», en Kate Chopin, *The Awakening*, ed. Margo Culley, New York, W.W. Norton, 1994, 161-173.

[46](#) Willa Cather es la primera escritora, entre otros, que compara *El despertar* con *Madame Bovary* del escritor realista francés Gustave Flaubert (1821-1880). Al hilo de esta comparación, también menciona los paralelismos existentes entre la novela de Chopin y, de forma específica, la similitud que existe entre el final de *El despertar* y el final de *Anna Karenina* (1875-76), del escritor ruso León Tolstói (1828-1910), en el que la protagonista se suicida arrojándose a las vías del tren. Es decir, Cather encuentra concomitancias entre las tres novelas, sobre todo, en el final que escogen las protagonistas para, según ella, expiar su culpa por un comportamiento totalmente inmoral.

[47](#) Willa Cather, «Books and Magazines», *Pittsburgh Leader* (8 de julio de 1899), 6.

[48](#) El texto se tituló en inglés «Chopin's "Retraction". *The Awakening*», *Book News* 17 (julio de 1899), 612.

[49](#) Bernard Koloski, «Kate Chopin: The Critics, the Librarians, and the Scholars», en Earl Yarrington y Mary De Jong (eds.), *Popular Nineteenth-Century American Women Writers and the Literary Marketplace*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, 2007, 471-485.

[50](#) Bernard Koloski, «*The Awakening*. The first 100 years», *The Cambridge Companion to Kate Chopin*, ed. Janet Beer, Cambridge, Cambridge U.P., 2008, 164.

[51](#) Cyrille Arnavon, «Les Débuts du Roman Réaliste Américain et l'Influence Française», en Henri Kerst (ed.), *Romanciers Américains Contemporains*, París, 1953, 9-35.

[52](#) Per Seyersted, *Kate Chopin a Critical Biography*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1979, 189.

[53](#) Per Seyersted, *op. cit.*, 198. La traducción de esta cita y de todas las que aparecen en esta edición crítica son obra de la autora que firma la edición, salvo que se indique lo contrario.

[54](#) Cfr. *Ibidem*, 199.

[55](#) Emily Toth, «My Part in Reviving Kate Chopin», en *Awakenings. The Story of Kate Chopin Revival*, ed. Bernard Kolosky, Baton Rouge, Louisiana State U.P., 2009, 30.

[56](#) Constante González Groba, «Introducción», *The Awakening*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1997, 23.

[57](#) En el caso específico de España y más concretamente entre los estudiantes de Filología Inglesa, *El despertar* es una de las novelas preferidas de los estudiantes de literatura norteamericana que siempre suscita profundos debates en las clases. Aprovecho la ocasión para agradecer a mis estudiantes universitarios sus brillantes reflexiones sobre esta novela a lo largo de los años.

[58](#) Bernard Koloski, *Approaches to Teaching Chopin's The Awakening*, New York, The Modern Association of America, 1988.

[59](#) Katherine Joslin, «Finding the Self at Home: Chopin's *The Awakening* and Cather's *The Professor's House*», Lynda S. Boren y Sara deSaussure Davis (eds.), *Kate Chopin Reconsidered. Beyond the Bayou*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1992, 169.

[60](#) Sandra Gilbert, «Introduction», *The Awakening and Selected Stories*, Harmondsworth, Penguin, 1984, 16.

[61](#) El papel doméstico de la mujer decimonónica era el de administrar el hogar y criar a los hijos. La socióloga y escritora Charlotte Perkins Gilman, ya advertía en su libro *Women and Economics: A Study of the Economic Relations Between Men and Women as a Factor in Social Evolution* (1899) que esta imposición social condenaba a la mujer a un ostracismo permanente y a la imposibilidad de desarrollarse profesionalmente en la esfera pública. Asimismo, a fin de evitar esta realidad alienante para la mujer, propone la profesionalización de las tareas domésticas.

[62](#) Para una pormenorizada descripción de las obligaciones de una esposa norteamericana de clase alta del siglo XIX, véase «An Etiquette/Advice Book Sampler», en Margo Culley (ed.), *The Awakening* de Kate Chopin, New York, W.W. Norton, 1994, 122-130.

[63](#) La autora de esta traducción, edición crítica y notas quiere agradecer el apoyo recibido para esta investigación al proyecto «Escrito en cuerpo de mujer: representaciones de la violencia de género en la literatura, las artes escénicas y audiovisuales anglonorteamericanas desde 1980 hasta nuestros días». Ministerio de Ciencia e Innovación. Gobierno de España (I + D FFI2008-04355-E/FILO).

[64](#) «Pont» es puente en francés.

[65](#) Wendy Martin, «Introduction», en *New Essays on The Awakening*, ed. Wendy Martin, Cambridge, Cambridge U.P., 16.

[66](#) Katherine Joslin, «Kate Chopin on Fashion in a Darwinian World» en *The Cambridge Companion to Kate Chopin*, ed. Janet Beer, Cambridge, Cambridge U.P., 2008, 84.

[67](#) Sandra Gilbert, *op. cit.*, 7-33.

[68](#) Per Seyersted, *op. cit.*, 138-139.

[69](#) *Ibidem*, 138-139.

[70](#) Mario Vargas Llosa, «Prólogo. Una pasión no correspondida», *Madame Bovary*, Gustave Flaubert, Madrid, Alianza Editorial, 2005, 34.

[71](#) Cfr. *Ibidem*, 12-13.

[72](#) Citado en Michael T Gilmore, «Revolt Against Nature: The Problematic Modernism of *The Awakening*». *New Essays on The Awakening*, ed. Wendy Martin, New York, Cambridge U.P., 1988, 63.

[73](#) Deborah E. Barker, «The Awakening of Female Aristy», Lynda S. Boren y Sara deSaussure Davis (eds.), *Kate Chopin Reconsidered. Beyond the Bayou*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1992, 73.

[74](#) Charlotte Perkins Gilman, «El empapelado amarillo», «La wisteria gigante», edición bilingüe, introducción, notas y traducción de Victoria Rosado Castillo, León, Universidad de León.

[75](#) Doris Davis, «The Enigma at the Keyboard: Chopin's Mademoiselle Reisz», *The Mississippi Quarterly* 58.1-2 (invierno de 2004-2005), 89-104.

[76](#) El término *ficelle* lo utiliza el escritor norteamericano Henry James en los prefacios de algunas de sus novelas, como es el caso de *Los embajadores*, a fin de describir a un personaje de ficción cuyo papel de confidente se desarrolla para proveer al lector de la información que el narrador no ofrece.

[77](#) Cristina Giorcelli atribuye, precisamente, los sugerentes papeles de «hechicera» y «*ficelle*» a Mademoiselle Reisz quien, para la estudiosa, ejerce un papel fundamental en la concienciación de Edna y en el desarrollo de la novela. Cristina Giorcelli, «Edna's Wisdom: A Transitional and Numinous Merging», ed. Wendy Martin, *New Essays on The Awakening*, ed. Wendy Martin, Cambridge, Cambridge U.P., 137.

[78](#) Lynda S. Boren, «Taming the Sirens: Self-Possession and the Strategies of Art in Kate Chopin's *The Awakening*», Lynda S. Boren y Sara deSaussure Davis (eds.), *Kate Chopin Reconsidered. Beyond the Bayou*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1992, 189.

[79](#) Joyce Dyer, «Symbolism and Imagery in *The Awakening*», en *Approaches to Teaching Chopin's The Awakening*, ed. Bernard Koloski, New York, The Modern Language Association of America, 1988, 126-131.

[80](#) Kate Chopin confesó en su diario que detestaba los loros, creía que eran animales desagradables, con estúpidos ojos y movimientos torpes y pesados. Asimismo, decía que jamás hubiera tenido un loro en su hogar. *A Kate Chopin Miscellany*, Per Seyersted y Emily Toth (eds.), Baton Rouge, 1979, 171.

[81](#) Wendy Martin, «Introduction», en *New Essays on The Awakening*, ed. Wendy Martin, Cambridge, Cambridge U.P., 1988, 25.

[82](#) Al hilo de este tema, es importante señalar que Kate Chopin escribió, cuando tenía diecinueve años, un brevísimo pero intenso relato titulado «Emancipation: A Life Fable» (1869) («Emancipación: una fábula de vida»). En esta inquietante alegoría, la escritora recrea la historia de un animal que nace y vive enjaulado. Sus necesidades vitales están cubiertas y, por lo tanto, crece fuerte y hermoso. Sin embargo, un día despertó y la puerta de la jaula estaba abierta. Se acercó y contempló el cielo abierto y un mundo que desconocía. Se echó a volar, pero en el mundo abierto sus necesidades no estaban cubiertas, tenía que luchar para satisfacerlas. A pesar de todas las vicisitudes de la vida en libertad, era feliz y deseaba experimentar con todo lo desconocido y empaparse de la variedad de

emociones que se encontraba. La puerta, que se había abierto por accidente, seguía abierta, pero la jaula permaneció vacía para siempre. Sin duda, se trata de una fábula al estilo de las de Esopo por la estructura narrativa y la brevedad. Las evidentes conexiones que existen entre el relato y *El despertar* son muestra de la preocupación de Chopin por la libertad en su sentido más amplio y con todas las consecuencias. Este era, sin duda, uno de sus temas más queridos: la necesidad que tienen algunos seres de libertad, aunque para ello tengan que pagar un precio muy alto. Desde una visión ciertamente pragmática de la vida lo que se puede dilucidar de ambos relatos es que no hay libertad sin sufrimiento. La estudiosa Helen Taylor señala sobre este relato que Chopin desde muy joven se imbuyó del espíritu de la emancipación que necesitaba la mujer para desarrollarse como individuo. Por ello mismo, decidió que la palabra emancipación tenía que estar en el título de su primera obra. Helen Taylor, *Gender, Race, and Region in the Writings of Grace King, Ruth McEnery Stuart, and Kate Chopin*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1989, 157.

[83](#) Para una discusión pormenorizada sobre las interpretaciones de la muerte de Edna Pontellier se sugiere el ensayo de Suzanne Wolkenfeld, «Edna's Suicide: The Problem of the One and the Many», en *The Awakening. Kate Chopin*, ed. Margo Culley, New York, W.W. Norton, 1994, 241-247.

[84](#) Elaine Showalter, «Tradition and the Female Talent: *The Awakening* as a Solitary Book», *New Essays on The Awakening*, ed. Wendy Martin, New York, Cambridge U.P., 1988, 52.

[85](#) Ann Heilman, «The Awakening and New Woman Fiction», *The Cambridge Companion to Kate Chopin*, ed. Janet Beer, Cambridge U.P., 2008, 101.

[86](#) Cristina Giorcelli, «Edna's Wisdom: A Transitional and Numinous Merging», ed. Wendy Martin. *New Essays on The Awakening*, ed. Wendy Martin, Cambridge, Cambridge U.P., 1988, 109-110.

[87](#) Lynda S. Boren, «Taming the Sirens: Self-Possession and the Strategies of Art in Kate Chopin's *The Awakening*», Lynda S. Boren y Sara deSaussure Davis (eds.), *Kate Chopin Reconsidered. Beyond the Bayou*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1992, 181.

[88](#) Lynda S. Boren, entre otras críticas, apuntan a que Edna Pontellier es derrotada en su búsqueda de realización a través del arte. Sin embargo, los actos de la protagonista demuestran precisamente lo contrario, su entrega a la pintura, a la música, a una vida donde la realización y la lucha por conseguir la independencia son una experiencia primordial en su trayectoria vital, *op. cit.*, 182.

[89](#) Durante el desarrollo del personaje de Edna Pontellier, hay muchos momentos en la novela en los que la narradora describe su pasión por Robert o sus encuentros con Arobin como de un intenso fuego interior que la consumía. Es decir, el fuego está asociado a la vehemencia con que Edna vive su renacer amoroso y sexual. Por tanto, en la novela se

alternan las imágenes oximorónicas del fuego interior de la pasión y las del agua como proceso de renacer, renovación y de bautismo existencial.

ESTA EDICIÓN

La presente traducción ha sido realizada expresamente para esta edición por Eulalia Piñero Gil. No se trata de la primera versión al español, puesto que existen una primera del año 1985 y una revisión de la misma del año 2011¹. Sin embargo, sí es la primera traducción que incluye un amplio repertorio de notas aclaratorias sobre cuestiones relativas al entorno cultural y geográfico criollo de los acadianos del estado norteamericano de Luisiana, sobre expresiones del inglés y el francés criollo y, de igual modo, notas que iluminan aspectos del complejo entramado de la intertextualidad literaria chopiniana. En este sentido, la traductora ha intentado por todos los medios preservar la ambigüedad y el simbolismo que permean en el texto original en lengua inglesa, así como la economía de medios y la sutileza descriptiva de la que hace gala la sofisticada pluma de Kate Chopin. La edición utilizada para la traducción es la de la edición crítica autorizada de la editorial Norton de 1994.

Por otro lado, esta traducción al español sí es la primera que incluye un exhaustivo aparato crítico sobre la biografía, el contexto social y la historia literaria de la escritora Kate Chopin. En cuanto a la edición crítica de la novela *El despertar*, se ha pergeñado una cuidada revisión de la historia de la recepción de la novela, además de una detallada pormenorización de las distintas interpretaciones más recientes. Asimismo, se ofrecen al lector nuevas vías interpretativas de una de las novelas más leídas del canon de la literatura norteamericana.

¹ *El despertar*, traducción de Olivia de Miguel, Madrid, Editorial Hiperión, 1986. *El despertar y otros relatos*, traducción de Olivia de Miguel. Barcelona, Alba Editorial, 2011.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Novelas

At Fault, St Louis, Nixon-Jones Pronting Co., 1890.

The Awakening, Chicago, Herbert S. Stone & Co., 1899.

Relatos

Bayou Folk, Boston, Houghton Mifflin, 1894.

A Night in Acadie, Chicago, Way & Williams, 1897.

A Vocation and a Voice, edición, introducción y notas de Emily Toth, New York, Penguin, 1991.

Compilaciones de obras, notas, diarios e información miscelánea

The Complete Works of Kate Chopin, ed. Per Seyersted, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1969.

A Kate Chopin Miscellany, Per Seyersted y Emily Toth (eds.), Natchitoches, Northeastern State University Press, 1979.

Kate Chopin: Portraits, ed. Helen Taylor, London, The Women's Press, 1979.

The Kate Chopin Companion with Chopin's Translations from French Fiction, ed. Thomas Bonner, Jr., New York, Greenwood Press, 1988.

Kate Chopin's Private Papers, Emily Toth, Per Seyersted y Cheyenne Bonell (eds.), Bloomington, Indiana University Press, 1998.

Complete Novels and Stories, ed., Sandra M. Gilbert, New York, The Library of America, 2002.

FUENTES SECUNDARIAS

Biografías

- RANKIN, Daniel S., *Kate Chopin and Her Creole Stories*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1932.
- SEYERSTED, Per, *Kate Chopin: a Critical Biography*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1969.
- TOTH, Emily, *Kate Chopin: A Life of the Author of The Awakening*, New York, William Morrow, 1990.
- TOTH, Emily, *Unveiling Kate Chopin*, Jackson, University Press of Mississippi, 1999.

Bibliografías

- BONNER, Thomas, Jr., «Kate Chopin: an Annotated Bibliography», *Bulletin of Bibliography* 32 (July-September 1975), 101-105.
- «Kate Chopin». Maurice Duke, Jackson R. Bryer y Thomas Inge, eds., *American Women Writers: Bibliographical Essays*, Westport, CT, Greenwood Press, 1983, 47-69.
- SPRINGER, Marlene, *Edith Wharton and Kate Chopin: a Reference Guide*, Boston, G.K. Hall, 1976.
- «Kate Chopin: a Reference Guide Updated», *Resources for American Literary Study* 11 (1981), 25-42.

Crítica

- ARIMA, Hiroko, *Beyond and Alone! The Theme of Isolation in Selected Short Fiction of Kate Chopin, Katherine Anne Porter, and Eudora Welty*, University Press of America, 2006.
- BALLENGER, Grady et al. (eds.), *Perspectives on Kate Chopin: Proceedings from the Kate Chopin International Conference*, Natchitoches, Northwestern State University Press, 1992.

- BEER, Janet (ed.), *The Cambridge Companion to Kate Chopin's The Awakening: A Sourcebook*, London, Routledge, 2008.
- *Kate Chopin, Edith Wharton and Charlotte Perkins Gilman. Studies in Short Fiction*, New York, Palgrave, 2005.
- y Elizabeth Nolan (eds.), *Kate Chopin's The Awakening: A Sourcebook*, London, Routledge, 2004.
- BENFEY, Christopher, *Degas in New Orleans: Encounters in the Creole World of Kate Chopin and George Washington Cable*, Berkeley, University of California Press, 1997.
- BLOOM, Harold (ed.), *Kate Chopin*, New York, Chelsea, 1987.
- BOREN, Lynda S. y Sara deSaussure Davis (eds.), *Kate Chopin Reconsidered: Beyond the Bayou*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1992.
- CULLEY, Margaret (ed.), *The Awakening: An Authoritative Text, Contexts, Criticism*, New York, W.W. Norton, 1976.
- DYER, Joyce, *The Awakening: A Novel of Beginnings*, New York, Twayne, 1993.
- ELFENBEIN, Anna Shannon, *Women on the Color Line: Evolving Stereotypes and the Writings of George Washington Cable, Grace King, Kate Chopin*, Charlottesville, University Press of Virginia.
- EWELL, Barbara C., *Kate Chopin*, New York, Ungar, 1986.
- GALE, Robert L., *Characters and Plots in the Fiction of Kate Chopin*, London, McFarland & Company, 2009.
- GONZÁLEZ GROBA, Constante, «Introducción», *The Awakening*, Kate Chopin, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1997, 11-88.
- *On Their Own Premises: Southern Women Writers and the Homeplace*, Valencia, Universidad de Valencia, 2008.
- HODER-SALMON, Marilyn, *Kate Chopin's The Awakening: Screenplay as Interpretation*, Gainesville, University Press of Florida, 1992.
- IBARROLA, Aitor, «Tenuous Feminism and Unorthodox Naturalism: Kate Chopin's Unlikely Literary Victory at the Close of the 19th Century», *Revista de Estudios Norteamericanos* 6, (1998), 107-132.
- KOLOSKI, Bernard J. (ed.), *Approaches to Teaching Kate Chopin's The Awakening*, New York, Modern Language Association of America, 1988.
- *Kate Chopin: A Study of the Short Fiction*, New York, Twayne, 1996.

- *Awakenings. The Story of Kate Chopin Revival*, Baton Rouge, Louisiana University Press, 2009.
- MARTIN, Wendy (ed.), *New Essays on The Awakening*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
- OSTMAN, Heather (ed.), *Kate Chopin in the Twenty-First Century: New Critical Essays*, New Castle upon Tyne, Cambridge Scholars Publishing, 2008.
- PAPKE, Mary, *Verging on the Abyss: The Social Fiction of Kate Chopin and Edith Wharton*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1990.
- PETRY, Alice Hall (ed.), *Critical Essays on Kate Chopin*, New York, G.K. Hall, 1996.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, José María, «La bibliofarmacia de Kate Chopin o la lectura como intoxicación», *Cuadernos de Investigación Filológica* (2003-2004), 7-28.
- SHAKER, Bonnie James, *Coloring Locals. Racial Formation in Kate Chopin's Youth Companion Stories*, Iowa City, University of Iowa Press, 2003.
- SKAGGS, Peggy, *Kate Chopin*, Boston, Twayne, 1985.
- STEIN, Allen F., *Women and Autonomy in Kate Chopin's Short Fiction*, New York, Peter Lang, 2005.
- TAYLOR, Helen, *Gender, Race, and Region in the Writings of Grace King, Ruth McEnery Stuart, and Kate Chopin*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1989.
- WALKER, Nancy A., *Kate Chopin. A Literary Life*, New York, Palgrave, 2001.

Otras fuentes de información bibliográfica y general sobre Kate Chopin en la red

<http://www.katechopin.org/society.shtml>.

Página web oficial de la Kate Chopin International Society.

Ediciones en español de la obra de Kate Chopin

El despertar, traducción de Olivia de Miguel, Madrid, Editorial Hiperión,

1986.

Un asunto indecoroso y otros relatos, traducción de Olivia de Miguel, Barcelona, Ediciones del Bronce 1996.

Voces proféticas: relatos de escritoras estadounidenses de entresiglos (XIX-XX), selección, traducción y edición crítica de Nieves Alberola Crespo y Carme Manuel Cuenca, Castellón, Editorial Ellago y Publicaciones de la Universitat Jaume I, 2003. (Incluye los relatos «La tormenta», «El hijo de Desirée» y «Una mujer respetable» de Kate Chopin, traducidos por Nieves Alberola Crespo).

Fin de siècle: relatos de mujeres en lengua inglesa, ed. M^a Luisa Venegas, Juan Ignacio Guijarro y M.^a Isabel Porcel, Madrid, Cátedra, 2009. (Incluye el relato «Lilas» de Kate Chopin).

El despertar y otros relatos, traducción de Olivia de Miguel, Barcelona, Alba Editorial, 2011.

EL DESPERTAR

I

UN loro de color verde y amarillo, cuya jaula estaba colgada en el exterior de la puerta, repetía una y otra vez:

*Allez vous-en! Allez vous-en! Sapristi!*¹. ¡Está bien!

Sabía hablar un poquito de español y también otra lengua que nadie entendía, a no ser que fuera el sinsonte que colgaba al otro lado de la puerta y que silbaba sus notas aflautadas al viento con una insistencia enloquecedora.

El Sr. Pontellier, incapaz de leer el periódico con un mínimo de tranquilidad, se levantó con una expresión y un gesto de indignación. Bajó de la galería y cruzó los estrechos «puentes» que conectaban entre sí las casitas de campo de los Lebrun. Había estado sentado delante de la puerta de la casa principal. El loro y el sinsonte eran propiedad de Madame Lebrun y tenían el derecho de hacer todo el ruido que quisieran. El Sr. Pontellier tenía el privilegio de abandonar su compañía cuando dejaran de entretenerlo.

Se detuvo ante la puerta de su casa de campo, que era la cuarta a partir de la casa principal y también la penúltima. Se sentó en una mecedora de mimbre y, una vez más, se centró en la tarea de leer el periódico. Era domingo, pero el periódico era del día anterior. Los periódicos dominicales no habían llegado a Grand Isle². Como ya estaba enterado de los informes de los mercados financieros, le echó un vistazo inquieto a los editoriales y a las noticias que no había tenido tiempo de leer el día anterior, antes de salir de Nueva Orleans.

El Sr. Pontellier usaba gafas. Era un hombre de cuarenta años, de mediana estatura y complexión delgada; se encorvaba un poco. Tenía el pelo castaño y lacio con la raya a un lado. La barba era densa y muy cuidada.

De vez en cuando levantaba la vista del periódico y miraba a su alrededor. Había más ruido que nunca en la casa. Al edificio principal lo llamaban «la casa» para distinguirlo de las otras casas de campo. Los pájaros todavía continuaban silbando y parloteando. Dos jovencitas, las gemelas Farival, estaban tocando al piano un dúo de «Zampa»³. Madame Lebrun estaba muy bulliciosa, dando órdenes en voz alta a un jardinero cuando entraba y de igual modo a una camarera cuando salía. Era una mujer descarada, hermosa, vestida siempre de blanco y con mangas hasta el codo. Sus faldas almidonadas se arrugaban con el ir y venir. Más lejos, delante de una de las casas de campo, una mujer de negro paseaba con recato arriba y abajo, rezando el rosario. Mucha gente de la pensión se había ido a la *Chênrière Caminada* en el lugre⁴ de Beaufort a oír misa. Algunos jóvenes estaban afuera, jugando al croquet debajo de los robles de agua. Los dos niños del Sr. Pontellier, unos pequeños muy robustos, estaban también allí. Una niñera cuarterona⁵ los seguía con un aire distante y meditativo.

El Sr. Pontellier se encendió finalmente un puro y empezó a fumar, de su mano dejó caer el periódico de forma indolente. Fijó la mirada en una sombrilla blanca que estaba avanzando a paso de tortuga desde la playa. La podía ver claramente entre los adustos troncos de los robles de agua y a través del seto amarillo de manzanilla. El golfo se veía lejano, se fundía vagamente con el azul del horizonte. La sombrilla se aproximaba con lentitud. Bajo su cubierta forrada de rosa estaban su mujer, la Sra. Pontellier, y el joven Robert Lebrun. Cuando llegaron a la casa, se sentaron con apariencia de cansancio en el escalón superior del porche, frente a frente y de espaldas a las columnas.

—¡Qué locura! ¡Bañarse a esa hora, con el tremendo calor que hace! —dijo el Sr. Pontellier. Él mismo se había dado un chapuzón al amanecer y ese era el motivo por el que la mañana se le había hecho tan larga.

—Estás tan quemada que no te reconozco —añadió, mirando a su mujer como se mira a una valiosa propiedad que ha sufrido algún desperfecto. Ella levantó sus fuertes y bien formadas manos, las observó con cierta expresión crítica, recogiendo las mangas de muselina por encima de las muñecas. Al mirárselas se acordó de los anillos que le había dado a su marido antes de marcharse a la playa. En silencio se le acercó y él sacó los anillos del bolsillo de su chaleco y los dejó caer en la palma de su mano. Ella los deslizó en sus

dedos; y agarrándose las rodillas miró a Robert y empezó a reír. Los anillos brillaban en sus dedos. Él le correspondió con una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pontellier divertido, mirando vagamente a uno y otro. Era un completa tontería; una aventura en el agua que ambos intentaron relatarle al mismo tiempo. Al contarla no era ni la mitad de divertida. Se dieron cuenta y el Sr. Pontellier también. Bostezó y se desperezó. Después se levantó, diciendo que quizás se pasaría por el hotel Klein para jugar una partida de billar.

—Véngase, Lebrun —le propuso a Robert. Pero Robert admitió con toda franqueza que prefería quedarse donde estaba y charlar con la Sra. Pontellier.

—Bien, Edna, mándale a ocuparse de sus asuntos cuando te aburra —le aconsejó su marido mientras se preparaba para marcharse.

—¡Toma, llévate la sombrilla! —le dijo ofreciéndosela. Aceptó el parasol y lo levantó sobre su cabeza, bajó la escalinata y se marchó.

—¿Vendrás a cenar? —le preguntó su mujer tras él. Se detuvo un momento y se encogió de hombros. Notó que tenía un billete de diez dólares en el bolsillo de su chaleco. No lo sabía; quizás volvería para una cena temprana o tal vez no. Todo dependía de la compañía que encontrara en el Hotel Klein y de la importancia de la partida. No lo mencionó, pero ella lo entendió y reía mientras le decía adiós con la cabeza.

Los dos niños querían seguir a su padre cuando lo vieron marcharse. Los besó y les prometió traerles bombones y cacahuetes.

II

Los ojos de la Sra. Pontellier eran vivos y brillantes, de un castaño amarillento; casi del mismo color que su cabello. Tenía una manera de fijarlos sobre un objeto y de mantenerlos allí, como si estuviera perdida en un laberinto interior de contemplación o de pensamiento.

Sus cejas eran más oscuras que su cabello. Gruesas y casi horizontales resaltaban la profundidad de los ojos. Era más apuesta que hermosa. Su rostro cautivador poseía una cierta franqueza en la expresión y una contradictoria y sutil combinación de facciones. Tenía un porte atractivo.

Robert lió un cigarrillo. Fumaba cigarrillos porque, según decía, no podía costearse los puros. Conservaba un cigarro en el bolsillo que el Sr. Pontellier le había obsequiado, pero lo guardaba para después de cenar.

Este tipo de cosas le parecían adecuadas y naturales en él. El color de su tez era parecido al de su acompañante. La cara bien afeitada hacía que el parecido fuera aún mayor. No había sombra de preocupación en su semblante. Sus ojos recogían y reflejaban la luz y la languidez de un día de verano.

La Sra. Pontellier alcanzó un abanico de hoja de palma que estaba tirado en el porche y se empezó a abanicar mientras Robert lanzaba entre sus labios bocanadas de humo de su cigarrillo. Charlaban sin parar sobre todo lo que les rodeaba; su divertida aventura en el agua —había recuperado su aspecto entretenido; sobre el viento, los árboles, la gente que había ido a *Chênrière*; sobre los niños que jugaban al croquet bajo los robles, y de las gemelas Farival, que ahora tocaban la obertura de «Poeta y aldeano»⁶.

Robert hablaba mucho de sí mismo. Era muy joven y no se le ocurría nada mejor. La Sra. Pontellier hablaba poco de ella misma, por la misma razón. Cada uno estaba interesado en lo que el otro decía. Robert hablaba de su intención de ir a México en otoño, donde la fortuna le esperaba. Siempre estaba planeando ir a México, pero por uno u otro motivo nunca podía ir. Mientras tanto, resistía en un modesto empleo en una empresa comercial de Nueva Orleans donde sus conocimientos de inglés, francés y español le resultaban muy útiles como oficinista y corresponsal.

Estaba pasando sus vacaciones de verano, como siempre, con su madre en Grand Isle. Hacía tiempo, más del que Robert podía recordar, «la casa» había sido un lujo veraniego de los Lebrun. Ahora, flanqueada por más de una docena de casas de campo, siempre ocupadas por distinguidos visitantes del *Quartier Francais*⁷, le permitía a Madame Lebrun mantener una fácil y cómoda existencia que parecía ser un derecho de nacimiento.

La Sra. Pontellier hablaba de la plantación de su padre en Misisipí y de su hogar de juventud en los campos de hierba azul⁸ del viejo Kentucky. Era una mujer norteamericana con ascendencia francesa que parecía haberse diluido. Estaba leyendo una carta de su hermana, que estaba lejos, en el este, y que estaba comprometida para casarse. Robert estaba interesado y quería saber qué tipo de chicas eran las hermanas, cómo era el padre, y cuánto tiempo hacía

que había fallecido la madre.

Cuando la Sra. Pontellier dobló la carta, era ya la hora de vestirse para la cena temprana.

—Veo que Léonce ya no viene —dijo, mirando hacia el lugar por donde su esposo había desaparecido. Robert supuso que no, porque había muchos socios del club de Nueva Orleans en el hotel Klein.

Cuando la Sra. Pontellier lo dejó para entrar en la habitación, el joven bajó la escalinata y se fue, paseando hacia los jugadores de croquet. Durante media hora antes de la cena estuvo entretenido con los pequeños Pontellier que lo adoraban.

III

Eran las once de la noche cuando el Sr. Pontellier regresó del Hotel Klein. Volvía con un humor excelente, estaba exultante y muy dicharachero. Al entrar despertó a su mujer que estaba en la cama y profundamente dormida. Mientras se desnudaba, le hablaba a su mujer y le contaba las anécdotas, las noticias y los chismes que había reunido durante el día. De los bolsillos de los pantalones sacó un puñado de billetes arrugados y un montón de monedas de plata que apiló indiscriminadamente en el escritorio junto con las llaves, la navaja, el pañuelo y todo aquello que había en los bolsillos. Edna estaba vencida por el sueño y le respondía con medias palabras.

Pensó que era descorazonador que su mujer, lo único que daba sentido a su existencia, mostrara muy poco interés por todo lo que a él le concernía, y valorase tan poco su conversación.

El Sr. Pontellier se había olvidado de los bombones y los cacahuets de los niños. No obstante, los quería mucho y fue a la habitación contigua donde dormían para echarles una ojeada y asegurarse de que descansaban a gusto. El resultado de su investigación no fue nada satisfactorio. Movi6 a los jovencitos de un lado a otro de la cama y uno de ellos empezó a dar patadas y a hablar sobre un cesta llena de cangrejos.

El Sr. Pontellier volvió junto a su mujer para decirle que Raoul tenía mucha fiebre y necesitaba que lo atendieran. Después encendió un cigarrillo y se

sentó cerca de la ventana abierta para fumárselo.

La Sra. Pontellier estaba segura de que Raoul no tenía fiebre. Este, cuando se fue a la cama estaba perfectamente bien, dijo ella, y no le había dolido nada en todo el día. El Sr. Pontellier conocía muy bien la sintomatología de la fiebre como para equivocarse. Le aseguró a ella que el niño se estaba consumiendo en la habitación de al lado.

Le reprochó a su mujer su falta de atención y su habitual abandono de los hijos. Si no era tarea de una madre el cuidado de sus hijos, ¿de quién diablos era? Él estaba muy ocupado con sus negocios de la bolsa. No podía estar en los dos sitios a la vez; buscando el sustento de la familia en la calle, y en el hogar, cuidando de que nada malo les ocurriera. Hablaba en un tono monótono e insistente.

La Sra. Pontellier saltó de la cama y se dirigió a la habitación contigua. Regresó pronto y se sentó al borde de la cama, reclinando la cabeza en la almohada. No dijo nada y rehusó contestar las preguntas de su marido. Cuando terminó su cigarrillo se fue a la cama y en medio minuto estaba profundamente dormido.

La Sra. Pontellier estaba totalmente despierta. Se echó a llorar un poco y se secó las lágrimas en la manga de su *peignoir*⁹. Apagó de un soplo la vela que su marido había dejado encendida, se calzó los pies desnudos en un par de chinelas de satén colocadas al pie de la cama y salió al porche. Se sentó en la mecedora y empezó a balancearse suavemente.

Ya era más de medianoche. Las casas de campo estaban completamente a oscuras. Una tenue luz se filtraba desde el corredor de la casa. Nada se escuchaba, excepto el ulular de un viejo búho en lo alto de un roble acuático y la eterna voz del mar que no elevaba el espíritu a esa suave hora y que más bien irrumpía como una lastimera canción de cuna en la noche.

Las lágrimas acudían tan rápidas a los ojos de la Sra. Pontellier que la húmeda manga de su bata ya no le servía para secarlas. Sujetaba el respaldo de la silla con una mano; su amplia manga se le había deslizado casi hasta el hombro del brazo levantado. Volviéndose, ocultó el rostro, empañado y húmedo en la curva del brazo y se fue llorando sin preocuparse por secar su rostro, los ojos y los brazos. No habría podido decir por qué estaba llorando. Experiencias como la anterior eran habituales en su vida de casada. Parecía

que nunca habían tenido tanta importancia como para tenerlas en cuenta, frente a la amabilidad de su marido y el afecto permanente que tácitamente se daba por asumido.

Una opresión indescriptible, que parecía originarse en algún lugar desconocido de su conciencia, invadía todo su ser con una ligera angustia. Era como una sombra, como la bruma atravesando su espíritu veraniego. Era extraño y desconocido; era un estado de ánimo. No estaba sentada allí, reprendiendo a su marido, lamentando su destino que había dirigido sus pasos por el camino que habían seguido. Tan solo estaba dándose una buena llantina. Los mosquitos estaban de enhorabuena a su costa, picándole los firmes y redondos brazos y también los empeines descalzos.

Los hirientes diablillos zumbadores tuvieron éxito al disipar un estado de ánimo que la hubiera podido retener en la oscuridad más de media noche.

A la mañana siguiente, el Sr. Pontellier se levantó temprano para coger el carruaje que lo llevaría al muelle y tomar desde allí el vapor. Regresaba a la ciudad para atender sus negocios y no lo volverían a ver en la Isla hasta el sábado siguiente. Había recuperado la compostura que parecía haber perdido la noche anterior. Estaba ansioso por irse, porque le esperaba una ajetreada semana en la calle Carondelet¹⁰.

El Sr. Pontellier le dio a su mujer la mitad del dinero que había traído del hotel Klein la pasada noche. Le gustaba el dinero, como a la mayoría de las mujeres, y lo aceptó con mucho gusto.

—¡Le compraré un precioso regalo de bodas a mi hermana Janet! — exclamó, mientras alisaba los billetes y los contaba uno por uno.

—Oh, querida, trataremos mucho mejor que todo eso a la hermana Janet — dijo él, riendo, al tiempo que se preparaba para darle un beso de despedida.

Los niños estaban haciendo volteretas, agarrándose a sus piernas e implorando que les trajera muchas cosas. El Sr. Pontellier era el predilecto de todos, y las damas, los señores, los niños, incluso las niñeras, estaban siempre dispuestos para despedirlo. Su mujer, de pie, estaba sonriente y diciéndole adiós con la mano, los niños gritaban, mientras él desaparecía en el viejo carruaje por el camino arenoso.

Pocos días después, una caja llegó desde Nueva Orleans para la Sra. Pontellier. Era de su marido. Estaba llena de exquisiteces y de succulentos

bocados: las mejores frutas, patés, una o dos botellas de gran reserva, deliciosos siropes y bombones en abundancia.

La Sra. Pontellier era siempre muy generosa con el contenido de aquellas cajas. Estaba acostumbrada a recibirlas cuando no se encontraba en casa. Llevó los patés y la fruta al comedor; ofreció bombones a las damas que los escogían con exquisitos y remilgados dedos y cierta glotonería, afirmando todas a la vez que el Sr. Pontellier era el mejor marido del mundo. La Sra. Pontellier se vio obligada a admitir que no conocía a otro mejor.

IV

Habría sido difícil para el Sr. Pontellier definir, a su propia satisfacción o a la de cualquiera, de qué forma su mujer desatendía sus obligaciones hacia sus hijos. Era más una sensación que una percepción, y nunca verbalizaba el sentimiento sin el subsiguiente arrepentimiento y el generoso desagravio.

Si uno de los pequeños Pontellier se caía mientras jugaba, no corría llorando a los brazos de su madre para buscar consuelo; lo más probable es que se levantara, se secara las lágrimas, se quitara la tierra de la boca y continuara jugando. Como niños que eran, se tiraban al suelo en peleas infantiles con puñetazos, agarrones, gritos, que prevalecían sobre los juegos de los otros niños. La niñera cuarterona era considerada un enorme estorbo que solo servía para abrochar las cinturas y los pantalones bombachos, para cepillar el pelo y hacer la raya, ya que parecía que peinarse con la raya en medio era una norma social.

En resumen, la Sra. Pontellier no era una mujer maternal. Ese verano en Grand Isle parecía que predominaban las mujeres maternas. Resultaba fácil reconocerlas porque iban revoloteando con las alas extendidas y protectoras en el caso de que cualquier peligro, real o imaginario, amenazara a su valiosa prole. Eran mujeres que idolatraban a sus hijos, adoraban a sus maridos, y consideraban un sagrado privilegio pasar inadvertidas como individuos y desarrollar alas como los ángeles de la guarda. Algunas resultaban adorables en su papel; una de ellas era la encarnación absoluta del encanto y la gracia femeninas. Si su marido no la adoraba, era un bruto que se merecía morir de

lenta agonía. Se llamaba Adèle Ratignolle. No hay palabras para describirla excepto las tradicionales que han servido muy a menudo para imaginarse a la clásicas heroínas de novela y a la dama soñada. No había nada sutil ni oculto sobre sus encantos; toda su belleza estaba a la vista, ardiente y palpable: el cabello dorado que ni peines ni prendedores podían contener; los ojos azules se asemejaban a zafiros; los labios mohínos, tan rojos que, al mirarlos, recordaban a las cerezas o a alguna otra sabrosa fruta carmesí. Estaba ensanchando un poco, pero no parecía desmerecerla ni un ápice en la gracia de cada paso, postura o gesto. No se podía desear que su níveo cuello fuera más esbelto, ni que sus hermosos brazos fuesen más finos. No existieron manos más exquisitas que las suyas y era un placer contemplarlas cuando enhebraba una aguja o ajustaba su dedal de oro al delgado dedo corazón, mientras cosía los pantalones del pijama o arreglaba un corpiño o un babero.

Madame Ratignolle quería mucho a la Sra. Pontellier y en muchas ocasiones se llevaba la costura e iba a pasar las tardes con ella. Allí se encontraba sentada la tarde en la que llegó la caja de Nueva Orleans. Había tomado posesión de la mecedora y estaba muy ocupada, cosiendo un diminuto par de pantalones del pijama.

Se había llevado el patrón de los pantalones para que la Sra. Pontellier lo cortase —una maravilla de modelo, concebido para cubrir el cuerpo de un bebé tan eficazmente que solo dos pequeños ojos pudieran verse en la prenda, como si se tratase de la de un esquimal. Estaban diseñados para usarlos en invierno, cuando las corrientes traicioneras bajan por las chimeneas y el insidioso frío mortal se cuela por los agujeros de las cerraduras.

La Sra. Pontellier estaba bastante tranquila en lo concerniente a las necesidades materiales de los niños, y no veía ninguna necesidad en anticiparse y coser prendas de invierno para la noche y hacer de ello el tema de las conversaciones veraniegas. Sin embargo, no quería parecer poco amistosa o desinteresada, así que llevó periódicos que desplegó en el suelo de la galería y, bajo la supervisión de Madame Ratignolle, había cortado un patrón de la impenetrable prenda.

Robert estaba allí, sentado como el domingo anterior, y la Sra. Pontellier ocupaba la misma posición que entonces, en el escalón más alto, y apoyada lánguidamente en la columna. Junto a ella tenía la caja de bombones que le

ofrecía de vez en cuando a Madame Ratignolle.

La dama parecía encontrarse perdida a la hora de elegir, pero finalmente se decidió por una barra de turrón al tiempo que se preguntaba si no sería demasiado fuerte y podría hacerle daño. Madame Ratignolle llevaba siete años casada. Cada dos años tenía un niño. En ese momento tenía tres y ya estaba pensando en el cuarto. Siempre estaba hablando sobre su «estado». A pesar de que su «estado» era imperceptible y nadie se habría dado cuenta si ella no hubiera insistido en hacerlo tema de conversación.

Robert comenzó a tranquilizarla, asegurándole que él había conocido a una dama que había sobrevivido con turrón durante cierto tiempo, pero viendo que la Sra. Pontellier cambiaba de color decidió cambiar de tema.

Aunque la Sra. Pontellier se había casado con un criollo¹¹, no se sentía muy cómoda entre ellos. Aquel verano solo había criollos en la casa de los Lebrun. Se conocían todos entre sí y se sentían como una gran familia que mantenía relaciones cordiales. Una característica que los distinguía y que causaba una profunda impresión en la Sra. Pontellier era su absoluta falta de pudor. Al principio, la libertad con la que se expresaban era algo incomprensible para ella, aunque no parecía tener dificultad alguna en aceptarla dado que las mujeres criollas hacían gala de una castidad altiva, innata e inconfundible.

Edna Pontellier no olvidaría nunca el impacto que le produjo escuchar a Madame Ratignolle, narrándole al viejo Monsieur Farival el aterrador relato de unos de sus partos, sin privarse, además, del más mínimo detalle. Se estaba habituando a estos sobresaltos, pero no podía evitar sonrojarse. Más de una vez su llegada había interrumpido los graciosos relatos con los que Robert entretenía a un grupo de mujeres casadas.

Por la casa de huéspedes había circulado un libro. Cuando llegó su turno para leerlo, lo hizo con absoluta fascinación. Sentía la necesidad de leerlo en secreto y en soledad, aunque ninguno de los demás lo había hecho así, ella lo escondía en cuanto escuchaba unos pasos aproximándose. En la mesa se criticaba abiertamente y se discutía con total libertad. La Sra. Pontellier dejó de sentirse asombrada y llegó a la conclusión de que nunca dejaría de sorprenderse.

V

Sentados allí, aquella tarde de verano formaban un grupo simpático: Madame Ratignolle interrumpía a menudo la costura para contar una historia o incidente, gesticulando expresivamente con sus manos perfectas. Robert y la Sra. Pontellier estaban sentados y, como estaban ociosos, intercambiaban, de vez en cuando, algunas palabras, miradas y sonrisas que indicaban un alto grado de intimidad y complicidad.

Robert había vivido a la sombra de Edna durante el último mes. Nadie reparó sobre el asunto. Muchos habían pronosticado, cuando Robert llegó, que se pondría al servicio de la Sra. Pontellier. Cada verano desde los quince años, hacía ahora once, Robert se había encargado de atender con devoción a una hermosa dama o damisela en Grand Isle. En ocasiones era una jovencita, en otras era una viuda; pero muy a menudo se trataba de alguna casada interesante.

Durante dos temporadas consecutivas vivió al amparo de Mademoiselle Duvigné; pero ella falleció entre un verano y otro. Después Robert fingió un profundo desconsuelo y se postró ante los pies de Madame Ratignolle para recoger las migajas de simpatía y consuelo que ella se dignase a ofrecerle.

A la Sra. Pontellier le gustaba sentarse y contemplar a su hermosa compañera, como hubiera hecho con una virgen inmaculada.

—¿Podría alguien percibir la crueldad bajo esa hermosa apariencia? —murmuró Robert—. Sabía que hubo un tiempo en que yo la adoraba y ella se dejaba adorar. Todo el tiempo: «Robert, ven; vete; levántate; siéntate; haz esto; haz aquello; mira si el niño duerme; mi dedal, por favor, que sabe Dios dónde lo dejé. Ven a leerme a Daudet¹² mientras coso».

—¡Por Dios! Jamás tuve que pedirle a usted nada. Siempre estaba a mis pies, como un gato pesado.

—Querrá decir como un perro adorable. Y en cuanto Ratignolle aparecía en escena, entonces sí era como un perro. *Passez! Adieu! Allez vous-en!*¹³.

—Quizás temía que Alphonse se pusiera celoso —intervino Edna con tanta ingenuidad que hizo reír a todos. ¡La mano derecha celosa de la izquierda o el corazón celoso del espíritu! Por eso mismo, el esposo criollo nunca está celoso; con él la pasión enfermiza se ha debilitado por falta de uso.

Mientras tanto, Robert se dirigía a la Sra. Pontellier y le continuaba contando lo que durante un tiempo fue la pasión desesperada que sentía por Madame Ratignolle; sus noches de insomnio, el fuego interior que lo consumía y que hacía salir chispas del mar donde se daba el chapuzón diario. La dama, mientras tanto, seguía cosiendo y sobre la marcha hacía rápidos y despectivos comentarios:

—*Blagueur, farceur, gros bête, va!*¹⁴.

Robert nunca adoptaba aquel tono tragicómico cuando estaba a solas con la Sra. Pontellier. De hecho, ella no sabía cómo interpretarlo; en ese momento era imposible para ella distinguir si era tan solo una broma o iba en serio. Estaba claro que Robert había hablado de amor a Madame Ratignolle, sin pensar que ella lo pudiera tomar en serio. La Sra. Pontellier estaba contenta de que no hubiese adoptado el mismo papel con ella. Habría sido inaceptable y molesto.

La Sra. Pontellier había traído sus bocetos con los que improvisaba de vez en cuando de manera poco profesional. Le gustaba crear. Al hacerlo sentía una satisfacción especial que ninguna otra actividad le proporcionaba.

Desde hacía mucho tiempo había deseado probarse como pintora con Madame Ratignolle. Nunca antes aquella dama le había parecido un tema tan tentador como en aquel momento, sentada como una sensual virgen, con el resplandor del ocaso, ensalzando su espléndido color.

Robert pasó por encima y se sentó en el escalón inferior de modo que pudiera contemplar su trabajo. Manejaba los pinceles con destreza y soltura y ello era reflejo de una aptitud natural más que de un conocimiento prolongado y profundo. Robert seguía su trabajo con cercana atención, exclamando en francés expresiones de reconocimiento que dirigía a Madame Ratignolle.

—*Mais ce n'est pas mal! Elle s'y connait, elle a de la force, oui*¹⁵.

En una ocasión, apoyó suavemente su cabeza en el brazo de la Sra.

Pontellier mientras permanecía atento y absorto. Con idéntica actitud ella lo rechazó. Una vez más repitió la ofensiva. Ella pensaba que se trataba de una falta de consideración por su parte y no había que tolerarlo. No se quejó, pero volvió a rechazarlo, con suavidad, pero con firmeza. Robert no se disculpó.

El retrato no guardaba semejanza con Madame Ratignolle y se mostró muy decepcionada por lo poco que se le parecía. Sin embargo, era un trabajo aceptable y, en muchos aspectos, satisfactorio.

La Sra. Pontellier evidentemente no pensaba lo mismo. Después de examinar el boceto con mirada crítica lo tachó con un brochazo y lo estrujó entre sus manos.

Los pequeños llegaron saltando, seguidos por la niñera a una distancia respetuosa impuesta por ellos. La Sra. Pontellier les hizo llevar las pinturas y otros objetos a la casa. Los quiso detener para charlar con ellos un poco y hacerles unos comentarios jocosos, pero ellos estaban bastante serios. Solo habían venido a investigar el contenido de la caja de bombones. Aceptaron sin protestar lo que su madre les había elegido, mostrando sus manos regordetas como palas con la vana esperanza de que se las llenaran. Después se marcharon.

El sol se ocultaba por el oeste, la brisa suave y aletargante venía del sur cargada del seductor aroma del mar. Los niños, vestidos con sus mejores galas, se reunían para jugar bajo los robles. Sus voces eran agudas y penetrantes.

Madame Ratignolle recogió la costura, colocó el dedal, las tijeras y el hilo todo junto con el ovillo y lo aseguró con un alfiler. Se quejó de mareos. La Sra. Pontellier corrió a buscar el agua de colonia, mientras Robert por su parte movía el abanico con innecesario vigor.

El mareo pasó rápido y la Sra. Pontellier no podía dejar de preguntarse si no sería fruto de su imaginación porque los colores no habían desaparecido ni un momento del rostro de su amiga. Se quedó observando cómo la hermosa mujer bajaba la larga hilera de porches con la gracia y la majestuosidad atribuida a las reinas. Los pequeños corrieron a su encuentro. Dos de ellos se agarraron a sus faldas blancas, ella cogió al tercero que lo llevaba la niñera y con mil expresiones de cariño lo abrazó con cálidos y acogedores brazos. Si bien, todo el mundo sabía que el doctor le había prohibido levantar ni siquiera

un alfiler.

—¿Vas a bañarte? —preguntó Robert a la Sra. Pontellier. No era tanto una pregunta y sí un recordatorio.

—Oh, no —le contestó ella, con tono indeciso—. Estoy cansada; creo que no. —La mirada de Edna deambuló por su rostro hasta el Golfo cuyo sonoro murmullo le llegaba como una súplica amorosa pero imperativa.

—Oh, ¡venga! —insistió él—. No debes perderte el baño. Vamos, el agua debe de estar deliciosa; no te sentará mal. Vamos.

Robert alcanzó el enorme y áspero sombrero de paja que colgaba de una percha en la parte exterior de la puerta y se lo puso en la cabeza. Bajaron la escalinata y se alejaron juntos hacia la playa. El sol se ocultaba por el oeste y la brisa soplaba suave y cálida.

VI

Edna Pontellier no habría podido explicar por qué, si deseaba ir a la playa con Robert, había empezado por negarse y, en segundo lugar, había obedecido a uno de los dos impulsos contradictorios que la impelían.

Una cierta luz estaba empezando a despuntar débilmente en su interior, la luz que muestra el camino y, a la vez, lo prohíbe.

En ese momento preliminar le servía, pero la desconcertaba. La llevaba hacia los sueños, al pensamiento y a la borrosa angustia que la había invadido por la noche, cuando se había abandonado a las lágrimas.

En resumen, la Sra. Pontellier estaba empezando a darse cuenta de su posición como ser humano en el universo y a reconocer sus relaciones como individuo con el mundo que la rodeaba y con su propio mundo interior. Esto podría parecerse a la pesada carga de sabiduría que descendía sobre el espíritu de una joven de veintiocho años; tal vez más sabiduría de la que el Espíritu Santo está dispuesto a concederle a cualquier mujer.

Pero el principio de algo nuevo, especialmente de una vida, es necesariamente impreciso, confuso, caótico y extremadamente inquietante. ¡Qué pocos de nosotros somos capaces de emerger de ese principio! ¡Cuántos espíritus perecen en el tumulto!

La voz del mar es seductora, incesante, susurra, clama, murmura e invita al espíritu hechizado a vagar por los abismos de la soledad; a perderse en los laberintos ensimismados de la contemplación.

La voz del mar habla al espíritu. El contacto del mar es sensual, envuelve el cuerpo en suave e íntimo abrazo.

VII

La Sra. Pontellier no era dada a hacer confidencias, un atributo ajeno a su carácter hasta ahora. Incluso de niña había guardado para sí misma su vida infantil. Muy pronto había aprendido a vivir esa dualidad vital de forma instintiva: la vida externa que se conforma y la interna que cuestiona.

Aquel verano en Grand Isle empezó a desprenderse del manto de discreción que siempre la había cubierto. Debió de haber, seguro que había habido, sutiles y evidentes influencias que, de múltiples maneras, la indujeron a comportarse del modo en que lo hizo; pero la más obvia era la influencia de Adèle Ratignolle. El increíble encanto físico de aquella criolla fue lo que la atrajo en primer lugar, Edna era tremendamente suceptible a la belleza. Después, la mujer tenía un candor que envolvía su existencia, que cualquiera podía percibir y que contrastaba sorprendentemente con la discreción habitual de Edna. Tal vez este aspecto estableció la conexión. ¿Quién puede decir qué metales utilizan los dioses para establecer el vínculo que denominamos empatía, y que también podríamos llamar amor?

Una mañana, las dos mujeres salieron juntas hacia la playa; cogidas del brazo, bajo la enorme sombrilla blanca. Edna había convencido a Madame Ratignolle para que dejara atrás a los niños, si bien no pudo inducirla a que abandonase la diminuta labor de bordado que Adèle había intentado esconder en el fondo de su bolsillo. De manera inexplicable se habían escapado de Robert.

El paseo a la playa no era despreciable, consistía en un largo sendero de arena bordeado a cada lado por una espesa maleza que se adentraba de forma frecuente e inesperada en el camino. Había acres de manzanilla que se extendían a cada lado. Más lejos abundaban las huertas con pequeñas

plantaciones intercaladas de naranjos y limoneros. Los grupos de árboles verde oscuro brillaban al sol desde la lejanía.

Las mujeres tenían una buena estatura, pero Madame Ratignolle tenía un aspecto más de matrona y una figura más femenina. El encanto físico de Edna Pontellier seducía de forma inconsciente. Las líneas de su cuerpo eran alargadas, limpias y simétricas. Era un cuerpo que adoptaba, de vez en cuando, espléndidas posturas que nada tenían que ver con las poses estereotipadas de un figurín. Un observador informal y poco selectivo no se habría vuelto a mirarla al pasar. Sin embargo, con más discernimiento y sensibilidad podría haber reconocido la noble belleza de sus formas y la severa elegancia de su porte y movimiento que hacían de Edna Pontellier una mujer diferente del montón.

Aquella mañana llevaba un fresco vestido de muselina blanca con una franja ondulante de color marrón que iba de arriba abajo; un cuello de lino blanco y el enorme sombrero de paja que colgaba en la parte exterior de la puerta. Llevaba puesto el sombrero de cualquier manera sobre su cabello rubio castaño, ligeramente ondulado, abundante y muy pegado a la cabeza.

Madame Ratignolle, más cuidadosa con su cutis, se había envuelto la cabeza con un velo de gasa. Llevaba guantes de piel de cabritilla con guanteletes que le protegían las muñecas. Iba vestida de blanco níveo con suaves volantes que la favorecían mucho. Los drapeados y tejidos vaporosos que llevaba congeniaban con su espléndida y exuberante belleza, como no lo habrían hecho las prendas de formas más austeras.

A lo largo de la playa había casetas de baño, toscas pero sólidamente construidas, con pequeños porches protectores que daban al agua. Cada caseta tenía dos compartimentos, y cada familia que se alojaba en las casas de los Lebrun tenía la suya equipada con toda la parafernalia fundamental del baño y cualquier otra comodidad que los propietarios pudieran desear. Ninguna de las dos mujeres tenía la intención de bañarse; habían bajado hasta la playa para pasear y estar solas cerca del agua. Los compartimentos de los Pontellier y los Ratignolle estaban juntos, bajo el mismo techo.

La Sra. Pontellier había bajado su llave, tal y como de costumbre. Abrió la puerta de la caseta, entró y salió rápidamente, llevando una esterilla que extendió sobre el suelo del porche y dos almohadones enormes de lino que

colocó contra la fachada del edificio.

Las dos se sentaron a la sombra del porche, la una al lado de la otra, apoyadas en los almohadones, con las piernas extendidas. Madame Ratignolle se quitó el velo, se secó el rostro con un finísimo pañuelo y se refrescó con el abanico que siempre llevaba colgando de algún lugar de su cuerpo, con una larga y estrecha cinta. Edna se desabrochó el cuello y se abrió el vestido a la altura de la garganta. Cogió el abanico de Madame Ratignolle y empezó a abanicar a su compañera y a sí misma. Hacía mucho calor y durante un rato tan solo intercambiaron comentarios sobre el calor, el sol y la luz deslumbrante. Sin embargo, soplabla la brisa; un viento fuerte y racheado que agitaba el agua hasta convertirla en espuma movía las faldas de las dos mujeres y las mantenía ocupadas, ajustando, colocando y asegurando las orquillas y alfileres del sombrero. Un poco más allá había gente, retozando en el agua. A esas horas, no había sonidos humanos en la playa. La mujer de negro estaba leyendo sus oraciones en el porche de una caseta aledaña. Dos jóvenes enamorados intercambiaban sus anhelos amorosos bajo la tienda de campaña de los niños que habían encontrado vacía.

Edna Pontellier echó una ojeada a su alrededor y descansó la mirada en el mar. El día era claro y se alcanzaba a divisar hasta la línea del cielo; había unas pocas nubes blancas suspendidas ociosamente en el horizonte. Se veía una vela latina en dirección a la Isla del Gato, y otras más al sur que parecían inmóviles en la distancia.

—¿En quién piensas, o en qué? —preguntó Adèle a su acompañante cuyo rostro había estado observando con divertida atención, cautivada por la expresión absorta que parecía haber captado y fijado en detalle con cierta quietud escultural.

—En nada —contestó la Sra. Pontellier sobresaltada; inmediatamente añadió—: ¡Qué estúpida! Me parece que es la contestación instintiva que damos a esa pregunta. Veamos —continuó, echando hacia atrás la cabeza y cerrando sus hermosos ojos que brillaban como dos intensos puntos de luz—. Veamos. No era realmente consciente de estar pensando en nada concreto; pero tal vez podría volver sobre mis pensamientos.

—¡Oh, no importa! —rió Madame Ratignolle. No quiero ser tan exigente. Por esta vez te perdono. Hace demasiado calor para pensar y en especial para

pensar en qué se piensa.

—Bueno, lo hago para divertirme —insistió Edna—. Al principio, la visión del agua extendiéndose a lo lejos, aquellas velas inmóviles contra el cielo azul, formaban un cuadro tan exquisito que mi único deseo era sentarme y contemplarlo. El cálido aire, palpitando en mi cara, me hizo recordar, sin que pudiese establecer ninguna relación, un día de verano en Kentucky: un prado inmenso como el océano por el que una niña pequeña paseaba entre la hierba más alta que su cintura. Mientras caminaba, lanzaba los brazos, como si fuera nadando, al tiempo que golpeaba la hierba crecida, como cuando uno se lanza al agua. ¡Ah, ahora veo la relación!

—¿Adónde ibas aquel día en Kentucky, caminado entre la hierba?

—Ahora no lo recuerdo. Estaba caminando en diagonal por un campo enorme. La gorra de sol me impedía ver el paisaje. Solo podía ver una extensión verde ante mí, y sentía como si tuviera la obligación de caminar para siempre sin poder llegar al final. No recuerdo si tenía miedo o estaba contenta, supongo que era divertido. Probablemente era domingo —continuó, riéndose—, y estaba huyendo de las oraciones del oficio religioso presbiteriano que mi padre leía con un espíritu melancólico y que me pone los pelos de punta al recordarlo.

—¿Y has estado huyendo de las oraciones desde entonces, *ma chère*¹⁶? —preguntó Madame Ratignolle divertida.

—¡No, no! —se apresuró a decir Edna—. En aquellos días yo era un poco irreflexiva, tan solo seguía los impulsos engañosos sin cuestionarlos. En el camino contrario, durante un periodo de mi vida, la religión desempeñó un importante papel; a partir de los doce años y hasta... hasta, bueno supongo que hasta ahora, aunque nunca pensé mucho sobre el asunto, me dejé llevar por la costumbre. Pero ¿sabes algo? —interrumpió, volviendo la rápida mirada a Madame Ratignolle e inclinándose hacia adelante un poco para acercar el rostro al de su compañera—. A veces siento que este verano es como si estuviera caminando por aquel prado verde de nuevo; despreocupada, sin pensar, sin rumbo ni guía.

Madame Ratignolle apoyó su mano sobre la de la Sra. Pontellier que estaba al lado de la suya. Viendo que no la retiraba, la apretó firme y cálidamente. Incluso la acarició un poco con cariño, mientras en voz baja murmuraba:

*pauvre chérie*¹⁷.

Al principio el hecho le resultó un tanto confuso a Edna, pero pronto accedió de buena gana a la suave caricia de la criolla. No estaba acostumbrada a exteriorizar los afectos propios ni a que los otros los expresaran. Tanto ella como su hermana Janet habían tenido la desafortunada costumbre de pelearse demasiado. Su hermana mayor, Margaret, tenía aspecto de matrona digna, porque asumió responsabilidades domésticas y maternas desde muy pronto, ya que su madre falleció, siendo ellas muy jóvenes. Margaret no era muy efusiva, al contrario, era muy pragmática. Edna había tenido alguna que otra amiga, pero por casualidad todas parecían del mismo estilo: reservadas. Nunca se dio cuenta de que la discreción de su propio carácter tenía mucho o tal vez todo que ver con este hecho. Su mejor amiga en la escuela había sido una muchacha que tenía unas excepcionales dotes intelectuales y que escribía excelentes ensayos que Edna admiraba e intentaba imitar. Tenían animadas conversaciones sobre los clásicos ingleses y a veces mantenían polémicas sobre política y religión.

Edna solía preguntarse sobre una tendencia que le había provocado cierto malestar interior, a pesar de que nunca la había exteriorizado. Cuando era niña, tal vez cuando atravesaba aquel océano de hierba ondulante, recordaba haberse enamorado apasionadamente de un digno oficial de caballería de mirada triste, que visitaba a su padre en Kentucky. No podía abandonar su presencia cuando él estaba allí, ni quitar los ojos de su rostro, que guardaba cierta semejanza con el de Napoleón, con un rizo de pelo negro que le caía por la frente. Pero el oficial de caballería desapareció imperceptiblemente de su vida.

En otro momento, se sintió atraída por un caballero que visitaba a una dama en la plantación vecina. Fue justo después de que fueran a Misisipí a vivir. El joven estaba comprometido para casarse con la joven dama y a veces llamaban a Margaret para que les acompañara a dar un paseo en una calesa. Edna era una adolescente y la idea de que no significaba nada, nada, nada para el joven comprometido le causaba una dolorosa aflicción. Pero también él desapareció de sus sueños.

Era ya una mujer cuando le llegó lo que ella suponía iba a ser el momento culminante de su destino. Sucedió cuando el rostro y la figura de un actor

dramático empezó a rondarle por la mente y a agitar sus sentidos. La persistencia del enamoramiento le dio un cierto aspecto de autenticidad y la imposibilidad de alcanzarla le daba tonos elevados de gran pasión.

El retrato del actor dramático estaba enmarcado sobre su mesa. Cualquiera podía tener una foto similar sin levantar sospechas o comentarios. (Reflexión un tanto siniestra que a ella le encantaba). En presencia de los demás ella expresaba admiración por sus encantos cuando mostraba su foto y se explayaba sobre la fidelidad del parecido. Cuando estaba sola, a veces la cogía y besaba el frío cristal apasionadamente.

Su matrimonio con Léonce Pontellier fue simplemente un accidente, a este respecto muy parecido al de muchos otros matrimonios que enmascaran los designios del Destino. Lo conoció mientras ella vivía su gran pasión secreta. Él se enamoró como suelen hacerlo los hombres y la cortejaba con tal insistencia, amabilidad y pasión que poco dejó al deseo. A Edna le gustaba; su absoluta entrega la halagaba. Fantaseó que entre ellos había una complicidad de pensamientos y gustos que resultó equivocada. Añadido a esto también estaba la violenta oposición de su padre y su hermana Margaret a que se casara con un católico; no hace falta indagar más en los motivos que la llevaron a aceptar al Sr. Pontellier como su marido.

El colmo de la felicidad hubiera sido casarse con el actor, pero no era su destino en esta vida. Como devota esposa de un hombre que la adoraba, sentía que podía ocupar su lugar en el mundo de la realidad con cierta dignidad, cerrando y dejando atrás para siempre las puertas del reino del romanticismo y los sueños.

Pero poco después de que el actor se hubiera marchado para unirse al oficial de caballería, al joven prometido y a unos cuantos más, Edna se encontró cara a cara con la realidad. Empezó a tomarle cariño a su marido y se daba cuenta con cierto grado de satisfacción inexplicable que no había ni rastro de pasión ni de excesiva y falsa vehemencia que diera vida a su afecto y que, por lo tanto, no había riesgo de ruptura.

Quería a sus hijos de una manera impulsiva y desigual. A veces, los habría apretado apasionadamente a su corazón; en ocasiones, los habría olvidado. El año anterior habían pasado parte del verano con la abuela Pontellier en Iberville. Se sentía segura en lo que concernía a su felicidad y bienestar y no

los echó de menos. Su ausencia fue una especie de alivio, aunque no deseaba admitirlo ni quisiera reconocerlo en su interior. Pareció liberarla de una responsabilidad que había asumido ciegamente y para la cual el Destino no la había dotado.

Edna no le confesó esto a Madame Ratignolle aquel día de verano, sentadas frente al mar. Sin embargo, algo dejó traslucir. Había reclinado su rostro en el hombro de Madame Ratignolle y ruborizada, se sintió extasiada por el sonido de su propia voz y por el infrecuente sabor de la sinceridad. Se sentía embriagada como por el efecto del vino o por el primer hálito de libertad.

Escucharon voces que se aproximaban. Era Robert, rodeado de un tropel de niños, que las buscaba. Los dos pequeños Pontellier estaban con él, y llevaba en brazos a la niña pequeña de Madame Ratignolle. Había también otros niños, y dos niñeras con aspecto desagradable y resignado.

Las mujeres se levantaron enseguida y empezaron a sacudirse la ropa y a relajar los músculos. La Sra. Pontellier metió los almohadones y la esterilla en la caseta. Los niños correteaban hacia el toldo y allí se pusieron en fila, contemplando a los enamorados intrusos que todavía se intercambiaban promesas y suspiros. Se levantaron en silencio como única protesta y se fueron caminando lentamente hacia otro lugar.

Los niños se apoderaron de su tienda y la Sra. Pontellier se reunió con ellos. Madame Ratignolle le rogó a Robert que la acompañara a la casa; se quejaba de dolor en las extremidades y de rigidez en las articulaciones. Se apoyó pesadamente sobre el brazo de Robert mientras caminaba.

VIII

—Hazme un favor, Robert —dijo la hermosa mujer a su lado, tan pronto como ambos iniciaron su lento camino de vuelta a casa. Adèle levantó su rostro hacia él, apoyándose en su brazo, bajo la sombra circular de la sombrilla que él había levantado.

—Considérelo hecho; tantos como desee —le contestó él, bajando la mirada hasta los ojos de Adèle, plenos de amabilidad y suposiciones.

—Solo le pido uno. Que deje en paz a la Sra. Pontellier.

—*Tiens!* —exclamó con una repentina y jovial carcajada—. *Voilà que Madame Ratignolle est jalouse!*¹⁸.

—¡Tonterías! Estoy hablando en serio. Deje a la Sra. Pontellier en paz.

—¿Por qué? —preguntó Robert, poniéndose serio al oír la petición de su acompañante.

—Ella no es de los nuestros; no es como nosotros. Podría cometer el desafortunado error de tomarlo en serio.

La cara de Robert enrojeció de la rabia, se quitó el suave sombrero y empezó a golpearlo con impaciencia contra la pierna mientras caminaba.

—¿Por qué Edna no me toma en serio? —preguntó en tono cortante—. ¿Soy acaso un cómico, un payaso o un pelele? ¿Por qué no iba a hacerlo? ¡Ustedes los criollos me sacan de quicio! ¿Es que siempre me van a considerar el protagonista de un espectáculo de humor? Espero que la Sra. Pontellier me tome en serio. Deseo que sea lo suficientemente inteligente como para ver en mí algo más que un *blagueur*¹⁹. Si pensara que pudiera existir alguna duda...

—¡Oh Robert, ya está bien! —dijo interrumpiendo el acalorado arrebat—. No piensa usted lo que dice. Habla con la poca reflexión que se esperaría de uno de los niños que ahora están jugando ahí abajo en la arena. Si sus atenciones a cualquier mujer casada tuvieran la intención de ser convincentes, no sería el caballero que todos sabemos que es, ni sería digno de relacionarse con las esposas e hijas de la gente que confía en usted.

Madame Ratignolle había hablado con la que ella creía que era la ley de Dios y la de los hombres. El joven se encogió de hombros impaciente.

—¡Bueno! Tampoco es eso —dijo, colocándose con vehemencia el sombrero—. Debería darse cuenta de que esas cuestiones no son del todo halagadoras, como para decírselas a un hombre.

—¿Pero es que toda nuestra relación va a consistir en un intercambio de cumplidos? *Ma foi!*²⁰.

—No es nada agradable que una mujer te diga... —continuó desoyendo sus consejos, pero interrumpiéndose de repente—: aunque, si yo fuera como Arobin, ¿se acuerda de Alcée Arobin y la historia de la mujer del cónsul en Biloxi?

Y le contó la historia de Alcée Arobin y la mujer del cónsul; y otra sobre el tenor de la ópera francesa²¹ que recibía cartas que nunca debieron haber sido

escritas; y otras historias, serias y divertidas, hasta que la Sra. Pontellier, y su posible inclinación a tomar en serio a los jóvenes, quedaron aparentemente olvidadas.

Cuando llegaron a la casa de campo, Madame Ratignolle entró para descansar la hora de reposo que consideraba beneficiosa para su salud. Antes de dejarla, Robert se excusó por la impaciencia —más bien la descortesía— con la que había recibido la bienintencionada advertencia.

—Se equivocó en un detalle, Adèle —dijo con una ligera sonrisa—; no hay ni la más mínima posibilidad de que la Sra. Pontellier me tome en serio. Me debería haber advertido de que no me tomara demasiado en serio a mí mismo. Su consejo debería haber sido más contundente y me hubiera llevado a reflexionar. *Au revoir*²². En fin, parece cansada —añadió, solícito—. ¿Le apetece una taza de caldo? ¿Le preparo un ponche? Permítame combinárselo con unas gotas de angostura.

Ella accedió a la sugerencia del caldo que le parecía reconfortante y apetecible. Robert se dirigió a la cocina, que era un edificio separado del resto de las casas y situada en la parte trasera de las mismas. Él mismo le trajo el caldo de tono pardo dorado en una delicada taza de Sèvres, con una o dos galletas de hojaldre en el plato.

Adèle sacó su blanco brazo desnudo a través de la cortina que protegía la puerta abierta y cogió la taza de manos de Robert. Le dijo que era un buen chico, y realmente lo pensaba. Robert se lo agradeció y emprendió camino de regreso hacia «la casa».

En aquel momento, los enamorados estaban entrando en los terrenos de la pensión. Estaban reclinados uno encima del otro, tal y como los robles acuáticos se curvan con el aire del mar. No tocaban el suelo; caminaban etéreos, tan abstraídos que hubiera dado igual que les hubieran puesto boca abajo. La señora de negro, arrastrándose por detrás de ellos, parecía un poco más pálida y más cansada que de costumbre. No había señales de la Sra. Pontellier ni de los niños. Robert escudriñó el horizonte por si los veía aparecer. Sin duda, estarían fuera hasta la hora de la cena. El joven subió a la habitación de su madre, que estaba situada en la parte alta de la casa; tenía extraños ángulos y un curioso techo inclinado, dos amplias ventanas abuhardilladas que daban al golfo y desde las que se podía ver tan lejos como

el ojo humano pudiera alcanzar. Los muebles de la habitación eran ligeros, frescos y prácticos.

Madame Lebrun estaba muy ocupada con la máquina de coser. Una niñita negra estaba sentada en el suelo y movía el pedal de la máquina con sus manos. La mujer criolla no arriesga su salud, si puede evitarlo.

Robert entró y se sentó en el amplio alféizar de una de las ventanas abuhardilladas. Cogió un libro de su bolsillo y empezó a leerlo con fruición, a juzgar por la precisión y la frecuencia con las que pasaba las páginas. La máquina de coser era un modelo antiguo, lento y pesado que hacía un ruido que retumbaba en la habitación. Durante las pausas, Robert y su madre intercambiaban fragmentos de conversación sin muchas ganas.

—¿Dónde está la Sra. Pontellier?

—En la playa, con los niños.

—Le prometí prestarle el Goncourt²³. No se te olvide bajarlo cuando te vayas; está ahí, en el estante, sobre la mesita.

¡Tracatraca, tracatraca, zas! durante los siguientes cinco u ocho minutos.

—¿Adónde va Víctor con el carruaje?

—¿El carruaje? ¿Víctor?

—Sí, ahí enfrente. Parece que está preparándose para salir a algún lugar.

—Llámallo.

¡Tracatraca, tracatraca!

Robert lanzó un agudo silbido, tan penetrante que se habría podido escuchar en el muelle.

—No mirará hacia arriba.

Madame Lebrun salió corriendo hacia la ventana y llamó a Víctor. Agitó un pañuelo y llamó otra vez. El joven que estaba abajo, subió al vehículo y puso al caballo al galope.

Madame Lebrun volvió a la máquina de coser, roja por la rabia. Víctor era el hijo y el hermano pequeño, un *tête montée*²⁴, con un carácter que invitaba a la violencia y una voluntad férrea.

—Cualquier día de estos estaré lista para llegar a un acuerdo con él y hacerle entrar en razón.

—¡Si tu padre viviera!

¡Tracatraca, tracatraca, zas! Madame Lebrun tenía la firme creencia de que

el devenir del universo y de todas las cosas que lo conforman hubiera sido manifiestamente más inteligente y elevado si Monsieur Lebrun no hubiera sido trasladado a otras esferas durante los primeros años de su matrimonio.

—¿Qué sabes de Montel? Montel era un caballero de mediana edad cuya vana ambición durante los últimos veinte años había sido llenar el vacío que había dejado en el hogar la marcha de Monsieur Lebrun.

¡Tracatraca, tracatraca, zas, tracatraca!

—Tengo una carta suya en algún lugar —dijo, mientras buscaba en el cajón de la máquina de coser y la encontraba en el fondo del costurero—. Dice que te comunique que estará en Veracruz a principio del mes que viene

¡Tracatraca, tracatraca, tracatraca!

—¿Por qué no me lo dijiste antes, madre? Tú ya sabes que yo quería.

¡Tracatraca, tracatraca, tracatraca!

—¿Ves a la Sra. Pontellier emprender el regreso con los niños? Llegará tarde al almuerzo otra vez. Siempre llega al almuerzo en el último momento.

¡Tracatraca, tracatraca!

—¿Adónde vas?

—¿Dónde dijiste que estaba el Goncourt?

IX

Todas las luces del vestíbulo resplandecían; las lámparas estaban al máximo sin que ahumaran los tubos, ni pudieran explotar, y estaban colocadas a intervalos contra la pared, rodeando toda la habitación. Alguien había reunido ramas de limoneros y naranjos que formaban elegantes guirnaldas. El verde oscuro de las ramas sobresalía y brillaba contra las cortinas de muselina blanca que cubrían las ventanas y se hinchaban, agitaban y flotaban a la caprichosa voluntad de la fuerte brisa que soplaba desde el golfo.

Era sábado por la noche, semanas después de la íntima conversación que mantuvieron Robert y Madame Ratignolle de camino a la playa. Había un número poco habitual de esposos, padres y amigos que habían venido para quedarse hasta el domingo; y se lo estaban pasando muy bien con sus familias, con el apoyo material de Madame Lebrun. Las mesas del comedor las habían

colocado en un extremo del vestíbulo, y las sillas estaban colocadas en filas y grupos. Cada una de las familias había aportado e intercambiado chismes domésticos a primeras horas de la tarde. Por lo tanto, ahora había una aparente predisposición a la tranquilidad; a ampliar el círculo de las confidencias y a dar un tono más general a la conversación.

A muchos de los niños se les había permitido quedarse levantados hasta más tarde de su hora habitual de acostarse. Algunos estaban tumbados boca abajo en el suelo, mirando las páginas en color de las revistas de humor que el Sr. Pontellier había traído de la ciudad. A los pequeños Pontellier les permitían hacerlo y de esa forma hacían sentir a los demás su autoridad.

En la reunión se ofrecían entretenimientos como música, baile y uno o dos recitales. No había nada sistemático en el programa, ni nada concertado de antemano, ni ningún tipo de premeditación.

A primeras horas de la tarde, convencieron a las gemelas Farival para que tocaran el piano. Tenían catorce años, y siempre iban vestidas de azul y blanco, los colores de la Santísima Virgen a quien habían sido consagradas en su bautismo. Tocaban un dueto de «Zampa» y, aceptando las peticiones de los presentes, continuaban con la interpretación de la obertura de «El poeta y la aldeana».

—*Allez vous-en! Sapristi!* —gritó el loro desde la puerta. Era el único ser de los presentes con suficiente sinceridad para admitir que no estaba escuchando las graciosas interpretaciones por primera vez aquel verano. El anciano señor Farival, abuelo de las gemelas, se indignó con la interrupción e insistió en que debían retirar al loro y relegarlo a las tinieblas. Víctor Lebrun se opuso; y sus decisiones eran tan inmutables como las del Destino. Afortunadamente, el loro no volvió a interrumpir el entretenimiento de los asistentes, una vez que lanzó, con un impetuoso exabrupto contra las gemelas, toda la malevolencia de su naturaleza.

Más tarde, unos jóvenes hermanos recitaron obras que los asistentes habían escuchado con anterioridad durante las tardes de invierno en las reuniones de la ciudad.

Una pequeña bailó después en el centro de la habitación. La madre la acompañaba al piano y al mismo tiempo la miraba embelesada y con cierto nerviosismo. Lo cierto es que no tenía por qué estar nerviosa. La niña

dominaba la situación. Iba vestida para la ocasión con un tul negro y mallas negras de seda. Llevaba al descubierto su menudo cuello y los brazos. El cabello, artificialmente ondulado, se asemejaba al suave y esponjoso plumaje negro. Sus posturas estaban llenas de gracia y los deditos calzados de negro brillaban y se movían con tal rapidez que resultaban asombrosos.

No había razón alguna para que los asistentes no bailaran. Madame Ratignolle no podía bailar, así que se ofrecía a los demás para tocar el piano. Lo tocaba muy bien y mantenía un tempo de vals excelente que le infundía un aire muy inspirado. Según decía, seguía practicando el piano por sus hijos porque tanto ella como su esposo consideraban que era una manera de alegrar su hogar y de hacerlo atractivo.

Casi todo el mundo bailaba, excepto las gemelas que no se podían separar ni siquiera durante el breve periodo de tiempo en el que una u otra estaba dando vueltas del brazo de algún caballero. Podrían haber bailado juntas, pero no se les ocurrió.

Enviaron a los niños a la cama. Algunos se fueron de buen grado; otros gritaban y protestaban mientras se los llevaban. Les habían dejado quedarse hasta después del helado que marcaba naturalmente el límite de la indulgencia humana.

Habían servido el helado con tarta dorada y plateada²⁵, colocado en bandejas que alternaban los trozos; dos mujeres negras, bajo la supervisión de Víctor, lo habían preparado y enfriado por la tarde en la parte trasera de la cocina. Tuvo un éxito enorme y hubiera sido excelente si hubiera tenido menos vainilla o un poco más de azúcar, si lo hubieran enfriado más y si no le hubieran puesto tanta sal. Víctor estaba orgulloso de su obra e iba recomendándola y pidiendo con insistencia a todo el mundo que lo probara.

La Sra. Pontellier había bailado dos veces con su marido, una vez con Robert y otra con Monsieur Ratignolle que era delgado, alto y oscilaba como una caña al viento cuando bailaba. La Sra. Pontellier salió a la galería y se sentó en el alféizar de una ventana desde donde estaba al tanto de todo lo que sucedía en el salón y podía contemplar el golfo. De allí llegaba un suave resplandor. La luna estaba saliendo y su brillo místico lanzaba, desde la distancia, miles de haces de luz sobre el agua lejana e inquieta.

—¿Te gustaría escuchar tocar el piano a Mademoiselle Reisz? —preguntó

Robert, que salía del porche donde estaba ella. Seguro que Edna quería escuchar a Mademoiselle Reisz tocar, pero temía que sería inútil rogárselo.

—Se lo pediré —dijo él—. Le diré que tú la quieres escuchar. Le gustas y seguro que vendrá. Se dio media vuelta y se apresuró para dirigirse a una de las casas más alejadas, donde Mademoiselle Reisz andaba con pesadez. Estaba sacando y metiendo una silla de su habitación y de vez en cuando se quejaba del llanto de un bebé al que una niñera intentaba dormir en la casa colindante. Era una mujercita desagradable, no era muy joven y había discutido casi con todo el mundo porque tenía un carácter asertivo y una predisposición para pisotear los derechos de los demás. A pesar de ello, Robert conseguía convencerla sin mucha dificultad.

Mademoiselle Reisz entró con él en el salón durante un descanso del baile. Al entrar hizo una extraña e imperiosa reverencia. No era una mujer muy agraciada, tenía el rostro y el cuerpo marchitos y unos ojos resplandecientes. No tenía gusto vistiendo y llevaba sujeto el cabello a un lado con un lazo de encaje negro raído y un ramillete de violetas artificiales.

—Pregunte a la Sra. Pontellier qué le gustaría escucharme tocar —le pidió a Robert. Se sentó completamente quieta ante el piano, sin tocar las teclas, mientras Robert le llevaba el mensaje a Edna que seguía en la ventana. Un ambiente general de sorpresa y de genuina satisfacción invadió a los presentes cuando vieron entrar a la pianista. Todos se colocaron y había un cierto aire de expectación. Edna estaba un poco incómoda por la deferencia que aquella mujercita imperiosa había tenido con ella. No se atrevió a escoger y le rogó a Mademoiselle Reisz que hiciera ella misma la selección.

Edna se consideraba una gran melómana. La excelente interpretación de una partitura musical tenía el poder de evocar imágenes en su mente. En ocasiones le gustaba sentarse en la habitación donde Madame Ratignolle tocaba o estudiaba por las mañanas. Edna había dado el título de «Soledad»²⁶ a una de las piezas que la dama tocaba. Era una breve pieza lastimera de índole menor. El título de la pieza era otro, pero ella la llamaba «Soledad». Cuando la escuchó allí, le vino a la mente la imagen de un hombre de pie junto a una roca desierta en la costa. Estaba desnudo y su actitud era de desengaño y resignación mientras miraba un pájaro en la distancia que se alejaba de él.

Otra pieza le evocó a una delicada joven vestida con traje imperio, que

descendía, con pasos cortos de baile, una larga avenida entre altos setos. En otra ocasión, la pieza le recordaba a niños jugando y, por último, había otra que no le evocaba nada mundano, sino una recatada dama, acariciando un gato.

Los primeros acordes que Mademoiselle Reisz dio en el piano le produjeron un estremecimiento tan intenso que le recorrió la columna vertebral. No era la primera vez que escuchaba tocar a una artista. Tal vez era la primera vez que estaba preparada, tal vez era la primera vez en que su ser estaba dispuesto a dejarse impresionar por una verdad perdurable.

Esperaba que las evocativas escenas en las que solía pensar se acumulasen y resplandecieran en su imaginación. Pero esperó en vano. No vio imágenes de soledad, esperanza, anhelo o desesperación, sino las pasiones que brotaban de su espíritu, lo agitaban y azotaban como las olas que diariamente sacudían su espléndido cuerpo. Temblaba, se ahogaba y las lágrimas la cegaban.

Mademoiselle había terminado. Se levantó y con una altiva reverencia, se marchó sin detenerse para recibir las gracias o los aplausos. Al pasar por la galería, le dio unas palmaditas en el hombro a Edna.

—Bueno, ¿le gustó mi música? —preguntó. La joven, incapaz de responderle, apretó efusivamente la mano de la pianista. Mademoiselle Reisz había percibido su inquietud e incluso sus lágrimas. De nuevo le dio unas palmaditas en el hombro y le dijo—: Usted es la única persona para quien merece la pena tocar. ¿Esos otros? ¡Bah! —y se fue con sigilo y arrastrando los pies, mientras bajaba por la galería hacia su habitación.

Pero estaba equivocada con respecto a «esos otros». Su interpretación había levantado un gran entusiasmo enfervorizado. ¡Qué pasión! ¡Qué artista! ¡Siempre he dicho que nadie podía interpretar a Chopin²⁷ como Mademoiselle Reisz! ¡Y el último preludio! ¡Dios mío! ¡Conmueve a cualquiera!

Se hacía tarde y se percibía una disposición generalizada hacia la desbandada. Sin embargo, alguien, quizás Robert, pensó en un baño a esa hora mágica, bajo la mística luna.

X

En todo caso fue Robert quien lo propuso y no hubo ninguna voz

discrepante. Tampoco hubo ninguno que no estuviera listo para seguirle cuando inició la marcha. Sin embargo, no dirigía la marcha, a pesar de haberla organizado. De hecho, se quedaba rezagado detrás de los enamorados, quienes mostraban una predisposición a entretenerse y mantenerse detrás. Robert caminaba entre ellos sin que él mismo supiera si sus intenciones eran malintencionadas o traviesas.

Los Pontellier y los Ratignolle iban por delante y las mujeres cogidas de los brazos de sus maridos. Edna podía oír la voz de su marido detrás de ellos y en ocasiones escuchaba lo que decía. Se preguntaba por qué no se reunía con ellos. No era propio de él. Últimamente se había mantenido alejado de ella durante días, redoblando su devoción por ella en los días posteriores, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Ella lo echaba de menos en los momentos en los que cualquier pretexto lo mantenía alejado; del mismo modo en el que se echa en falta el sol durante un día nublado, aunque mientras brilla nadie se percate del mismo.

La gente caminaba en grupos pequeños hacia la playa. Hablaban, reían, y algunos cantaban. Había una banda que tocaba en el hotel Klein y apenas percibían la música, mitigada por la distancia. En el exterior había extraños aromas; una rara mezcla de olor a mar, algas y humedad, a tierra recién arada, mezclada con el intenso perfume de un campo cercano de brotes blancos. Sin embargo, la noche se extendía suavemente sobre el mar y la tierra. No se apreciaba el peso de la noche porque no había sombras. La luz blanca de la luna había descendido sobre el mundo como el misterio y la suavidad del sueño.

Muchos de ellos se metieron en el agua como si fuera su medio natural. El mar estaba ahora tranquilo; las olas crecían perezosamente y se fundían unas contra otras y no se rompían hasta alcanzar la playa en pequeñas crestas de espuma que se desenrollaban como serpientes blancas.

Edna había intentado aprender a nadar durante todo el verano. Había recibido consejos de hombres, mujeres e incluso niños. Robert le había dado clases casi todos los días y estaba a punto de abandonar al haberse dado cuenta de la insignificancia de sus esfuerzos. Un miedo incontrolable se apoderaba de ella cuando estaba en el agua, a menos que tuviera una mano cercana que la alcanzara y le diera seguridad.

Pero aquella noche era como la niña pequeña que se tambalea, vacila, se agarra como puede, y de repente se da cuenta de su fuerza y echa andar sola por primera vez con audacia y confianza. Podría haber gritado de alegría. Gritó, de hecho, con alegría cuando con dos brazadas impulsó su cuerpo hacia la superficie del agua.

La invadió una sensación de júbilo, como si una fuerza interior le hubiese dado el control del funcionamiento de su cuerpo y su alma. Sobrevaloró aquella fuerza desafiante y temeraria que había crecido dentro de ella. Quería nadar muy lejos, hasta donde ninguna mujer hubiese llegado antes.

Su inesperado logro era motivo de asombro, elogio y admiración. Todos se congratulaban porque las enseñanzas y consejos habían dado un magnífico resultado.

—¡Qué fácil es! —pensaba Edna—. ¡Si no cuesta nada! —dijo en voz alta—. ¡Cómo no descubrí antes lo fácil que era! ¡Y pensar cuánto tiempo he perdido chapoteando en el agua como un bebé!

No se unió a los demás en sus juegos y divertimentos porque estaba fascinada por el nuevo poder conquistado, y continuó nadando sola.

Volvió su rostro hacia el mar para captar la sensación de espacio y soledad que la vasta extensión de agua le transmitía a su imaginación, cuando se encontraba y se fundía con el cielo iluminado de luz de luna. Mientras nadaba parecía que alcanzaba la eternidad para perderse en ella.

Se dio la vuelta y miró hacia la costa, hacia la gente que había dejado allí. No se había alejado mucho; es decir, no lo suficiente para un nadador experimentado. Sin embargo, dada su inexperiencia, la franja de agua que había detrás parecía una barrera que jamás sería capaz de superar.

La repentina imagen de la muerte golpeó su espíritu y, por un instante, la horrorizó y debilitó sus sentidos. Pero, tras un esfuerzo, recuperó sus sorprendentes facultades y se las arregló para llegar a la orilla.

No mencionó a nadie su encuentro con la muerte, ni su fugaz momento de terror, exceptuando el comentario que le hizo a su marido:

—Pensé que iba a perecer allí sola.

—No estabas tan lejos, querida; yo te estaba vigilando —le dijo él.

Edna se marchó de inmediato a la caseta de baño, se puso la ropa seca y estaba lista para volver a casa antes de que los demás salieran del agua.

Comenzó a caminar sola. Todos la llamaban a gritos. Les hizo gestos de objeción con la mano, continuó su marcha e hizo caso omiso de las sucesivas voces que intentaban detenerla.

—A veces pienso que la Sra. Pontellier es caprichosa —dijo Madame Lebrun, que se estaba divirtiendo muchísimo y temía que la repentina marcha de Edna pudiera poner punto final a su diversión.

—Ya lo sé, a veces lo es, pero no siempre —asintió el Sr. Pontellier.

Edna no había recorrido aún la cuarta parte de la distancia que había hasta su casa cuando Robert la alcanzó.

—¿Crees que pasé miedo? —le preguntó sin ningún atisbo de enfado.

—No, sabía que no tenías miedo.

—Entonces, ¿por qué has venido? ¿Por qué no te has quedado con los demás?

—Ni por un momento se me pasó por la cabeza.

—¿Qué es lo que no pensaste?

—Nada. Pero ¿qué más da?

—Estoy muy cansada —exclamó ella, quejándose.

—Ya lo sé.

—No sabes nada de lo que ocurre. ¿Por qué ibas a saberlo? Jamás en mi vida me sentí tan agotada; sin embargo, no es desagradable. Miles de emociones me han embargado esta noche. No logro entender la mitad de ellas. No me hagas caso; estoy pensando en voz alta. Me pregunto si alguna vez me sentiré tan conmovida como cuando anoche escuché tocar a Mademoiselle Reisz. Me pregunto si alguna otra noche en mi vida volverá a ser como ésta. Es como una noche de ensueño. La gente que me rodea son seres extraños, semihumanos. Debe de haber espíritus ahí fuera esta noche.

—Claro que los hay —susurró Robert—. ¿Sabías que hoy es veintiocho de agosto?

—¿Veintiocho de agosto?

—Sí; el veintiocho de agosto a medianoche y si la luna brilla, la luna debe brillar, un espíritu errante que vaga durante años por estas costas emerge desde el Golfo. Con su visión penetrante, el espíritu busca a algún mortal que sea digno de su compañía, digno de ser elevado hasta el reino celestial. Su búsqueda resulta infructuosa y, descorazonado, se sumerge en el agua. Pero

esta noche encontró a la Sra. Pontellier. Tal vez, él nunca la deje escapar del hechizo. Tal vez, ahora ella no permita a un pobre, y poco valioso terrícola que camine a la sombra de su divina presencia.

—No te burles de mí —dijo Edna, herida por lo que consideraba una ligereza por su parte. Hizo oídos sordos, pero el tono tenía un delicado patetismo que sonaba a reproche. No podía explicárselo, no podía decirle que había captado su estado de ánimo y la había comprendido. No le dijo nada; tan solo le ofreció el brazo, ya que, como había admitido Edna, estaba agotada. Había estado paseando sola con los brazos colgando y arrastrando la falda blanca por todo el camino cubierto por el rocío. Edna le tomó del brazo, pero no se apoyó en él. Dejó caer la mano lánguidamente, como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar, en algún lugar por delante de su cuerpo y ella se estuviese esforzando por adelantarlos.

Robert la ayudó a tumbarse en la hamaca que colgaba de un poste delante de la puerta al tronco de un árbol.

—¿Te quedarás a esperar al Sr. Pontellier aquí afuera? —le preguntó Robert.

—Sí, me quedaré aquí. Buenas noches.

—¿Quieres que te traiga una almohada?

—Hay una por aquí —dijo ella, tanteando, puesto que estaban en la oscuridad.

—Debe estar en el suelo; los niños la habrán dejado tirada por aquí.

—No importa.

Al descubrir la almohada se la puso detrás de la cabeza. Se tumbó en la hamaca y respiró con profundo alivio. No era una mujer altanera ni afectada. No solía tumbarse en la hamaca, pero cuando lo hacía, no daba la impresión de hacerlo con la voluptuosidad del gato, sino que un beneficioso descanso invadía su cuerpo entero.

—¿Podría quedarme contigo hasta que llegue el Sr. Pontellier? —preguntó Robert, sentándose al borde de un escalón y cogiendo una de las cuerdas de la hamaca que estaba sujeta al poste.

—Si quieres, pero, por favor, no muevas la hamaca. ¿Me traes el chal blanco que me dejé sobre el alféizar de la ventana?

—¿Tienes frío?

—No, pero lo tendré pronto.

—¿Pronto? —rió—. ¿Sabes qué hora es? ¿Cuánto tiempo vas a quedarte a aquí?

—No lo sé. ¿Me traerás el chal?

—Desde luego que sí —dijo, levantándose. Se dirigió a la casa, atravesando el césped. Ella observaba cómo su silueta entraba y salía de las franjas de la luz de luna. Era más de medianoche. Todo estaba en silencio. Cuando regresó con el chal, Edna lo cogió y lo mantuvo en su mano. No se lo puso.

—¿Dijiste que podía quedarme hasta que volviera el Sr. Pontellier?

—Dije que podías hacerlo, si así lo deseabas.

Robert se sentó de nuevo, lió un cigarrillo y se lo fumó en silencio. Tampoco habló la Sra. Pontellier. Las palabras no podían ser tan elocuentes como aquellos momentos de silencio, ni más cargadas de significado que aquellos primeros instantes de palpitante deseo.

Cuando escucharon las voces de los bañistas que se aproximaban, Robert se despidió. Edna no le contestó. Robert pensó que estaba dormida. De nuevo, Edna volvió a observar cómo su silueta entraba y salía de las franjas de la luz de luna mientras se alejaba.

XI

—¿Qué haces aquí fuera, Edna? Creí que ya estarías acostada. —dijo su marido, al descubrirla tumbada en la hamaca. Él había paseado con Madame Lebrun y la había dejado en su casa. Su esposa no contestó.

—¿Estás dormida? —preguntó, inclinándose para mirarla de cerca.

—No.

Al fijarse en los ojos de Léonce, los suyos brillaban intensamente, sin señal alguna de sueño.

—¿Sabes que es más de la una? Vamos —y subió los escalones para dirigirse a su habitación—. Edna —llamó el Sr. Pontellier desde el interior, transcurridos unos momentos.

—No me esperes —contestó ella. El asomó la cabeza por la puerta.

—Te enfriarás ahí fuera —dijo él irritado—. ¿Qué tontería es ésta? ¿Por qué no quieres entrar?

—No hace frío. Tengo el chal.

—Los mosquitos te devorarán.

—No hay mosquitos.

Lo escuchó moverse por la habitación y los ruidos indicaban impaciencia e irritación. En otro tiempo, ella hubiese acudido a su llamada. Habría cedido a sus deseos por la costumbre, sin un claro sentido de sumisión o de obediencia a sus exigencias, de la misma manera en que sin pensarlo caminamos, nos movemos, nos sentamos o nos ponemos de pie y nos sometemos a la rutina de la vida que nos ha tocado.

—Edna, querida, ¿entrarás pronto? —preguntó de nuevo, esta vez con un cariñoso tono de súplica.

—No; me voy a quedar aquí fuera.

—Esto ya es una auténtica locura —estalló él—. No puedo permitir que te quedes ahí toda la noche. Debes entrar en casa inmediatamente.

Edna se dio la vuelta y se colocó con más seguridad en la hamaca. Notó que se había puesto furiosa, que su voluntad se rebelaba y resistía. No podía haber hecho otra cosa que negarse y resistir. Se preguntaba si su esposo alguna vez le había hablado de aquella manera, y si se había sometido a sus órdenes. Por supuesto que se había sometido; recordaba haberlo hecho en muchas ocasiones. Pero, sintiendo lo que sentía en aquellos momentos, no sabía por qué ni cómo había cedido.

—Léonce, vete a la cama —dijo Edna—. Quiero quedarme aquí. No deseo entrar ni tengo intención de hacerlo. Y no vuelvas a hablarme de esa manera; no te contestaré.

El Sr. Pontellier se había preparado para acostarse, pero se puso otra prenda encima. Abrió una botella de vino del que guardaba una selecta reserva en un aparador. Bebió una copa de vino y salió hacia la galería para ofrecerle una copa a su mujer. Como a Edna no le apetecía, se acercó al balancín, puso los pies enfundados en unas zapatillas en la barandilla y se dispuso a fumarse un puro. Fumó dos puros y después entró y bebió otra copa de vino. La Sra. Pontellier rehusó otra vez la copa de vino. El Sr. Pontellier, una vez más, se sentó con los pies en alto y después de un rato se fumó algunos puros más.

Edna empezó a sentirse como si se hubiera despertado poco a poco de un sueño delicioso, grotesco e imposible para sentir otra vez la realidad oprimiendo su alma. La necesidad física de dormir empezó a apoderarse de ella. La euforia que había mantenido y elevado su espíritu la dejó impotente y se rindió a las condiciones que la abrumaban en su interior.

La hora más silenciosa de la noche había llegado, la hora que precede al amanecer, cuando el mundo parece contener la respiración. La luna estaba baja y había cambiado de su color plateado al cobrizo en el cielo adormecido. El viejo búho ya no ululaba y los robles acuáticos habían dejado de sollozar mientras doblaban sus cabezas.

Edna se levantó entumecida de estar tumbada e inmóvil en la hamaca. Subió las escaleras tambaleándose y se agarró débilmente al poste antes de entrar a la casa.

—¿Vas a entrar, Léonce? —preguntó, volviendo la cabeza hacia su esposo.

—Sí, querida —contestó, siguiendo con la mirada una bocanada de humo—. Tan pronto como termine el puro.

XII

Durmió unas pocas horas. Eran horas convulsas y atribuladas, perturbadas por sueños intangibles y esquivos que dejaban tan solo una impresión de algo inalcanzable en sus sentidos medio despiertos. Se levantó y se vistió con el frescor de las primeras horas de la mañana. El aire era tonificante y calmó sus sentidos. Sin embargo, no estaba buscando ni el frescor ni la ayuda en ningún lugar, ni dentro ni fuera de ella. Seguía ciegamente cualquier impulso que surgiera, como si hubiera puesto su rumbo en manos ajenas, liberando de esa forma su espíritu de toda responsabilidad.

A estas horas de la mañana, la mayoría de la gente seguía dormida. Solo unos pocos que querían asistir a misa en *Chênrière* se habían levantado. Los enamorados, que ya habían hecho sus planes la noche anterior, se dirigían hacia el muelle. La dama de negro con su misal de terciopelo y pasadores de oro y el rosario de plata de los domingos, les seguía a poca distancia. El anciano Sr. Farival se estaba levantado y estaba dispuesto a hacer cualquier

cosa que se le sugiriera. Se puso su enorme sombrero de paja, tomó su paraguas del perchero del vestíbulo y siguió a la dama de negro, sin llegar a adelantarla.

La muchachita negra que ayudaba a Madame Lebrun con la máquina de coser estaba barriendo las galerías con largos y despistados escobazos. Edna la mandó subir a la casa para que despertase a Robert.

—Dile que voy a *Chênrière*. El barco está preparado; dile que se dé prisa.

Robert se reunió pronto con ella. Ella nunca antes lo había mandado llamar; nunca había preguntado por él. Jamás había dado la impresión de necesitarlo. No parecía ser consciente de haber hecho algo inusual al exigir su presencia. Aparentemente, él tampoco era consciente de que hubiera algo extraordinario en la situación. Sin embargo, su rostro se tiñó de un sereno resplandor cuando la vio.

Se dirigieron juntos a la cocina a beber café. No quedaba tiempo para recibir un servicio esmerado. Se acercaron a la ventana y la cocinera les sirvió un café y un panecillo que tomaron en el alféizar. Edna dijo que estaba bueno, aunque no tenía en mente ni el café ni ninguna otra cosa. Robert le dijo que se había dado cuenta de su falta de previsión.

—¿No era suficiente pensar en ir a *Chênrière* y despertarte? —dijo riendo—. ¿Es que tengo que estar pendiente de todo, como dice Leónce cuando está de mal humor? No lo culpo, no estaría de mal humor si no fuera por mí.

Tomaron un atajo a través de los arenales. En la distancia podían ver una curiosa procesión hacia el muelle: los enamorados, hombro con hombro, subiendo lentamente; la dama de negro, ganándoles terreno; el anciano Sr. Farival, perdiendo terreno pulgada a pulgada y una joven muchacha española, descalza, con un pañuelo rojo en la cabeza y una cesta en el brazo que cerraba la marcha.

Robert conocía a la joven y habló con ella en el barco. Nadie entendía lo que decían. Se llamaba Mariequita. Tenía el rostro redondo, unos hermosos ojos negros y, además, era algo pícara y traviesa. Sus pequeñas manos estaban colocadas sobre el asa de la cesta. Los pies eran anchos, toscos y no intentaba ocultarlos. Edna se los miraba y se dio cuenta de que tenía arena y barro entre los dedos oscuros.

Beaudelet protestó porque Mariequita estaba allí, ocupando demasiado

espacio. En realidad estaba molesto de tener junto a él al anciano Sr. Farival quien se consideraba mejor marinero que él. Sin embargo, no iba a discutir con un anciano como el Sr. Farival y sí lo podía hacer con Mariequita. La joven hizo un gesto de desaprobación, llamando la atención de Robert. A continuación, se puso un poco descarada, moviendo la cabeza arriba y abajo, y poniéndole ojos tiernos a Robert y morritos a Beaudalet.

Los enamorados estaban solos. No veían ni oían nada. La dama de negro estaba contando las cuentas del rosario por tercera vez. El anciano Sr. Farival hablaba sin parar de todo lo que sabía sobre cómo manejar un barco y sobre lo que no sabía Beaudalet sobre el mismo tema.

A Edna le gustaba todo aquello. Miraba a Mariequita de arriba abajo, desde sus feos pies hasta sus hermosos ojos negros y vuelta a empezar.

—¿Por qué me mira ella de esa manera? —le preguntó la joven a Robert.

—Tal vez piensa que eres guapa. ¿Quieres que se lo pregunte?

—No. ¿Es tu novia?

—Es una mujer casada y tiene dos hijos.

—¡Ah, bueno! Francisco se marchó con la mujer de Sylvano, que tenía cuatro hijos. Se llevaron todo el dinero, a un niño y le robaron un bote.

—¡Cállate!

—¿Entiende lo que hablamos?

—¡Que te calles!

—¿Están casados esos dos de ahí, los que se apoyan el uno el otro?

—Por supuesto que no —contestó riendo Robert.

—Por supuesto que no —repitió Mariequita, inclinando y confirmando con la cabeza.

El sol estaba alto y empezaba a picar. A Edna le parecía que la ligera brisa aliviaba el escozor que sentía en los poros del rostro y las manos. Robert sostenía la sombrilla sobre ella.

Avanzaban cortando el agua, las velas se hinchaban tensas, rebosantes, llenas de viento. El anciano Sr. Farival se reía burlonamente de algo mientras observaba las velas y Beaudalet increpaba al anciano en voz baja.

Navegando por la bahía hacia *Chênrière Caminada*, Edna sintió como si se estuviera liberando de un anclaje que la hubiera tenido amarrada y cuyas cadenas se hubieran soltado; como si la noche anterior aquel espíritu místico,

ya en el exterior, las hubiera roto, dejándola libre para elegir algún lugar donde la llevara la deriva de las velas. Robert le hablaba sin parar; ya no prestaba atención a Mariequita. La muchacha tenía camarones en su cesta de bambú, cubiertos con musgo español.²⁸ Movía el musgo con impaciencia y refunfuñaba de mal humor.

—¿Vamos a Grande Terre²⁹ mañana? —dijo Robert en voz baja.

—¿Y qué haremos allí?

—Subiremos la colina hasta el antiguo fuerte y desde allí observaremos cómo serpentean las culebras doradas y los lagartos, tomando el sol.

Edna dirigió la mirada hacia Grande Terre y pensó que allí le gustaría estar a solas con Robert al sol, escuchando el rugido del océano y observando cómo se movían los viscosos lagartos por las ruinas del antiguo fuerte.

—Al día siguiente, o al otro, podemos navegar hasta Bayou Brulow³⁰ —continuó diciendo.

—¿Qué haremos allí?

—Cualquier cosa —echar el cebo y pescar.

—No, volveremos a Grande Terre. Dejaremos a los peces en paz.

—Iremos adonde tú quieras —dijo él—. Le diré a Tonie que venga para que me ayude a arreglar mi barca. No necesitamos ni a Beaufort ni a nadie. ¿Tienes miedo de ir en piragua?

—¡Oh, no!

—Entonces, un día por la noche, cuando la luna brille, te llevaré en piragua. Quizás el espíritu del golfo te susurre en cuál de estas islas se encuentran escondidos los tesoros; y hasta te guíe hasta el mismo lugar donde se encuentran.

—Sí, y nos haremos ricos en un día —dijo Edna riéndose—. Te lo daré todo: el oro pirata y hasta el último objeto del tesoro que podamos desenterrar. Creo que sabrías cómo gastártelo. El oro pirata no es ni para acumularlo ni para gastarlo, es para derrocharlo y lanzarlo a los cuatro vientos por el placer de contemplar cómo vuelan los objetos dorados.

—Lo compartiremos y lo esparciremos —dijo él, sonrojándose.

Subieron todos juntos a la pequeña y pintoresca iglesia gótica de Nuestra Señora de Lourdes que, pintada de marrón y amarillo, relucía con el sol.

Solo Beaufort permaneció detrás, arreglando el barco. Mariequita se

marchó con su cesta de camarones, lanzando a Robert una mirada infantil de reproche y malhumor por el rabillo del ojo.

XIII

Una sensación de opresión y somnolencia invadió a Edna durante la misa. Le empezó a doler la cabeza y las luces del altar oscilaban ante sus ojos. En otra ocasión habría hecho un esfuerzo por recuperar la compostura, pero su único pensamiento era abandonar la sofocante atmósfera de la iglesia y salir al aire libre. Al levantarse, pisó a Robert y se disculpó en voz baja. El anciano Sr. Farival, nervioso y curioso se puso de pie, pero al ver que Robert seguía a la Sra. Pontellier se volvió a sentar. Le susurró una pregunta de preocupación a la dama de negro, que no se percató de su presencia ni le contestó, tan solo mantuvo los ojos clavados en las páginas de su misal de terciopelo.

—Me siento mareada y a punto de desmayarme —dijo Edna, poniéndose las manos en la cabeza y quitándose instintivamente el sombrero de paja de la frente—. No habría podido quedarme durante la misa.

Estaban fuera, a la sombra de la iglesia. Robert la colmaba de atenciones.

—En primer lugar, ha sido una insensatez entrar y quedarnos. Vámonos a casa de Madame Antonie; allí podrás descansar.

La cogió del brazo y la sacó de allí, mirándola continuamente a la cara con preocupación.

¡Qué tranquilo estaba todo: no se oía nada más que la voz del mar, susurrando entre las cañas que crecían en las charcas de agua salada! La extensa línea de casitas deterioradas por el clima estaban enclavadas pacíficamente entre los naranjos. Edna pensó que siempre debía haber sido el día del Señor en aquella somnolienta y humilde isla. Se detuvieron a pedir agua, apoyándose en una cerca irregular hecha de desechos del mar. Una joven acadiana³¹ de rostro afable estaba sacando agua de una cisterna que no era más que una boya oxidada con una abertura en un lado y hundida en la tierra. El agua que la joven les ofreció en un cubo de hojalata no estaba fría para beberla, pero refrescó su acalorado rostro y la reanimó bastante.

La cabaña de Madame Antoine estaba al final del pueblo. Les dio la

bienvenida con la habitual hospitalidad autóctona, tal y como si hubiera abierto la puerta para que entrase la luz del sol. Estaba gorda y caminaba con torpeza y pesadez. No sabía hablar inglés, pero cuando Robert le hizo entender que la dama que lo acompañaba estaba enferma y necesitaba descansar, hizo todo lo posible porque Edna se sintiese a gusto y puso a su disposición todas las comodidades.

El lugar estaba inmaculadamente limpio y la enorme cama con dosel, blanca como la nieve, invitaba al reposo. Estaba colocada en una pequeña habitación lateral que daba a un estrecho terreno de hierba con un cobertizo en el que había una barca inutilizada con la quilla hacia arriba.

Madame Antoine no había ido a misa. Su hijo Tonie sí; pero ella suponía que regresaría pronto, así que invitó a Robert a que se sentara y lo esperara. Sin embargo, salió y se sentó a fumar. Madame Antoine se afanaba en la gran habitación de delante, haciendo preparativos para la cena. Estaba asando salmonetes sobre unas pocas brasas al rojo vivo en la enorme chimenea.

Edna se quedó sola en la pequeña habitación contigua, se aflojó la ropa y se desnudó casi por completo. Se lavó la cara, el cuello y los brazos en la palangana que había entre las ventanas. Se quitó los zapatos y las medias, y se estiró en el mismísimo centro de la gran cama blanca. ¡Qué sensación de placer se sentía al descansar en una cama ajena tan pintoresca, con el dulce olor a laurel del campo que desprendían las sábanas y el colchón! Estiró sus robustos miembros que estaban un poco doloridos. Recorrió con los dedos su cabellera suelta durante un rato. Contempló sus brazos redondos, mientras los mantenía estirados y los masajeó uno después del otro, observándolos de cerca, como si hubiera visto por primera vez la firme calidad y textura de su carne. Cruzó las manos suavemente por encima de la cabeza y así se quedó dormida.

Al principio durmió ligeramente, medio despierta y adormilada pero atenta a lo que sucedía a su alrededor. Podía escuchar cómo Madame Antoine se movía con paso fatigado mientras caminaba de un lado para otro sobre el piso de arena. Unos pollos cloqueaban al otro lado de las ventanas, escarbando trocitos de grava en la hierba. Más tarde escuchó las voces de Robert y Tonie hablando bajo el cobertizo. No se movió. Incluso los párpados descansaban entumecidos y pesados sobre los ojos somnolientos. Las voces continuaron; la

de Tonie, lenta, con acento acadiano, la de Robert con un francés rápido, suave y fluido. Edna entendía el francés con cierta dificultad a menos que se dirigieran a ella, y las voces eran solo parte de otros sonidos apagados y adormilados que acunaban sus sentidos.

Cuando Edna se despertó tenía la sensación de que había dormido mucho y profundamente. Las voces se acallaron bajo el cobertizo. Los pasos de Madame Antoine ya no se escuchaban en la habitación contigua. Incluso los pollos se habían marchado a otro lugar a cloquear y a escarbar. Había corrido la mosquitera sobre ella; la anciana había entrado mientras dormía y la había bajado. Edna se levantó despacio de la cama y al mirar entre las cortinas de la ventana, vio por los rayos inclinados del sol que la tarde estaba avanzada. Robert estaba fuera, bajo el cobertizo, a la sombra, apoyado contra la quilla inclinada de la barca que estaba boca abajo. Estaba leyendo un libro y Tonie ya se había marchado. Edna se preguntaba qué había sido del resto de la gente. Mientras se lavaba de pie en la pequeña palangana que había entre las ventanas, lo miró a hurtadillas dos o tres veces.

Madame Antoine había dejado unas ásperas y limpias toallas en una silla y le había puesto una caja de *poudre de riz*³² al alcance de la mano. Edna se empolvó la nariz y las mejillas, mientras se miraba de cerca en el espejito que colgaba de la pared sobre la palangana y que distorsionaba la imagen. Tenía los ojos brillantes, completamente abiertos y su rostro resplandecía.

Cuando terminó su aseo, se dirigió hacia la habitación contigua. Tenía mucha hambre y allí no había nadie. Sin embargo, había una mesa con mantel colocada contra la pared que tenía una crujiente barra de pan de centeno y una botella de vino al lado del plato. Edna le dio un mordisco a la barra de pan de centeno, partiéndola con sus blancos y fuertes dientes. Se echó un poco de vino en la copa y se lo bebió. Después, se marchó al exterior sin hacer ruido, y cogió una naranja de una rama baja y se la tiró a Robert, que no sabía que estuviera despierta y levantada.

Al verla, se le iluminó el rostro y fue a reunirse con ella bajo el naranjo.

—¿Cuántos años he dormido? —preguntó Edna—. Parece como si toda la isla hubiese cambiado. Una nueva raza de seres debe de haber surgido, dejándonos a ti y a mí como reliquias del pasado. ¿Cuántos años hace que murieron Madame Antoine y Tonie? ¿Cuándo desapareció de la tierra nuestra

gente de Grand Isle?

Robert le arregló con familiaridad un volante sobre el hombro.

—Precisamente has dormido cien años. Me quedé aquí para vigilar tu sueño profundo; y durante cien años he estado bajo el cobertizo, leyendo un libro. El único mal que no pude evitar fue que se me secara el ave que puse a asar.

—Incluso si se hubiera puesto dura como una piedra me la comería —dijo Edna, entrando con él en la casa—. Ahora en serio, ¿qué ha pasado con el Sr. Farival y los demás?

—Se marcharon hace horas. Cuando se enteraron de que estabas durmiendo, pensaron que era mejor no despertarte. De todas formas, no les habría dejado. ¿Para qué, si no estaba yo aquí?

—Me pregunto si Léonce estará intranquilo —especuló Edna, sentándose a la mesa.

—Por supuesto que no. Sabe que estás conmigo —contestó Robert, mientras se afanaba entre las cacerolas y cubría los platos que se habían dejado en el hogar.

—¿Dónde están Madame Antoine y su hijo? —preguntó Edna.

—Han ido al oficio de las vísperas y creo que a visitar a algunos amigos. Te voy a llevar en el barco de Tonie cuando estés lista para marchar.

Robert removi6 el rescoldo hasta que el ave asada empezó a chisporrotear de nuevo. Sirvió a Edna el ágape en abundancia y café en repetidas ocasiones que compartió con ella. Madame Antoine no había cocinado más que los salmonetes, pero mientras Edna dormía, Robert había buscado comida por toda la isla. Había satisfecho su apetito como un niño y estaba comprobando el apetito con el que Edna devoraba la comida que él le había proporcionado.

—¿Nos marchamos ya? —preguntó ella, después de terminar la copa de vino y de recoger las migas de la crujiente barra de pan.

—El sol no está tan bajo como estará dentro de un par de horas —contestó él.

—El sol habrá desaparecido en dos horas.

—Pues, que desaparezca. ¡A quién le importa!

Esperaron un buen rato bajo los naranjos hasta que Madame Antonine regresó, jadeante y balanceándose como un pato, ofreciendo mil excusas para

justificar su ausencia. Tonie no se había atrevido a volver. Era tímido y no se atrevía a mirar cara a cara a ninguna mujer, excepto a su madre.

Era muy agradable quedarse bajo los naranjos, mientras el sol se ocultaba poco a poco por el oeste con flamígeras tonalidades cobrizas y doradas. Las sombras se alargaban y reptaban por la hierba, como grotescos monstruos furtivos.

Edna y Robert se sentaron en el suelo; es decir, él se tumbó en el suelo junto a ella y, de vez en cuando, jugueteaba con el dobladillo de su vestido de muselina.

Madame Antonie sentó su voluminoso cuerpo, ancho y rechoncho en un banco al lado de la puerta. Había estado charlando toda la tarde y se había quedado sin aliento para seguir contando historias.

¡Y qué historias les había contado! Tan solo un par de veces en su vida había abandonado *Chênrière Caminada* y por un brevísimo espacio de tiempo. Se había pasado el tiempo recorriendo la isla y recogiendo leyendas de los piratas de Barataria³³ y el mar. La noche se les echó encima y la luna los iluminó. Edna podía escuchar las voces susurrantes de los muertos y el chasquido amortiguado del oro.

Cuando Robert y ella subieron al bote de Tonie, con su roja vela latina, los espectros de la niebla merodeaban entre las sombras y los cañaverales; y en el agua había barcos fantasmas que, a toda prisa, se ponían a cubierto.

XIV

Madame Ratignolle dijo que el joven Étienne se había portado muy mal, mientras lo ponía en manos de su madre. No quería irse a la cama y había montado una escena, lo que la había obligado a encargarse de tranquilizarlo todo lo mejor que pudo. Raoul llevaba dos horas en la cama, durmiendo.

El más pequeño llevaba un largo pijama blanco que se le enredaba entre las piernas mientras Madame Ratignolle lo llevaba de la mano. Con su puño regordete se frotaba los ojos que se le cerraban de cansancio y mal humor. Edna lo cogió en sus brazos, se sentó en la mecedora, le hizo mimos y lo acarició, diciéndole toda clase de ternuras para tranquilizarlo y que se

durmiera.

No eran más de las nueve de la noche y tan solo los niños se habían ido a la cama.

Léonce se había inquietado bastante al principio, según había comentado Madame Ratignolle, y había querido acercarse a *Chênrière*, pero el anciano Sr. Farival le había asegurado que su esposa estaba cansada y somnolienta, y que Tonie la devolvería sana y salva un poco más tarde. De este modo, logró disuadirlo para que no cruzara la bahía. Había ido al Hotel Klein, buscando a un comerciante de algodón para tratar unos asuntos sobre acciones, existencias, bonos, valores y otras cuestiones que Madame Ratignolle no recordaba. Léonce dijo que no tardaría mucho. Ella comentó que el calor la agobiaba. Llevaba un frasco de sales y un enorme abanico. Madame Ratignolle no se iba a quedar con Edna porque Monsieur Ratignolle estaba solo y aquello era lo que más detestaba sobre todas las cosas.

Cuando Étienne se durmió, Edna lo llevó a la habitación trasera, Robert levantó la mosquitera para que ella pudiera colocar al niño con comodidad en su cama. La niñera cuarterona se había esfumado. Cuando salieron de la casa, Robert le dio las buenas noches a Edna.

—¿Te has dado cuenta, Robert, de que llevamos juntos todo el día, desde por la mañana temprano? —dijo Edna al despedirse.

—Todo, menos los cien años que estuviste durmiendo. Buenas noches.

Robert le estrechó la mano y se fue en dirección a la playa. No se reunió con los demás y paseó hacia el Golfo.

Edna se quedó fuera, esperando el regreso de su marido. No tenía ganas de dormir, ni de entrar; tampoco le apetecía sentarse con los Ratignolle o unirse a Madame Lebrun y a un grupo cuyas animadas voces le llegaban como si estuvieran conversando ante su casa. Dejó que su mente vagara por las vivencias de Grand Isle y trató de descubrir si este verano había sido distinto a todos los otros veranos de su vida. Solo podía darse cuenta de que su ser, su ser actual, era de algún modo distinto al anterior. No se podía imaginar que era ella la que miraba con ojos distintos y que había descubierto algo nuevo en su interior que cambiaba el mundo que la rodeaba.

Se preguntaba por qué Robert se había marchado y la había dejado. No se le ocurrió pensar que podía estar cansado de estar con ella todo el día. Ella no

lo estaba y sentía que él tampoco lo estaba. Edna lamentaba que él se hubiera marchado. Le resultaba mucho más natural que se hubiera quedado cuando ella no le había pedido expresamente que la dejara.

Mientras Edna esperaba a su marido, cantaba una cancioncilla en voz baja que Robert le había entonado mientras cruzaban la bahía. Empezaba diciendo: «*Ah, si tu savais*» y cada verso terminaba con «*si tu savais*»³⁴.

La voz de Robert no era pretenciosa. Era muy musical y natural. La voz, las notas, el estribillo entero rondaban su memoria.

XV

Cuando una noche Edna entró en el comedor, un poco tarde, como era habitual en ella, tenía lugar una conversación más animada que de costumbre. Un grupo estaba hablando a la vez, pero la voz de Víctor sobresalía incluso por encima de la de su madre. Edna había regresado tarde de su baño, se había vestido apresuradamente y estaba acalorada. El delicado vestido blanco realzaba su cabeza, como si hubiera florecido de forma exótica y espléndida. Se sentó en la mesa entre el anciano Sr. Farival y Madame Ratignolle.

Edna había ocupado su sitio en el comedor e iba a empezar a tomar la sopa, cuando varias personas le informaron a la vez de que Robert se iba a México. Dejó la cuchara y miró perpleja a su alrededor. Robert le había estado leyendo por la mañana y no había mencionado la palabra México. No lo había visto por la tarde, pero había oído decir a alguien que estaba en la casa, arriba, con su madre. No le dio importancia, si bien le sorprendió que no la acompañara por la tarde cuando se bajó a la playa.

Edna lo miró cuando se sentó al lado de Madame Lebrun, que presidía la mesa. El rostro de Edna era la imagen de la perplejidad que en ningún momento intentó ocultar. Robert levantó las cejas con el pretexto de esbozar una sonrisa cuando le devolvió la mirada. Estaba violento e incómodo.

—¿Cuándo se va? —preguntó Edna a todo el mundo, como si Robert no estuviera allí para responder por sí mismo.

—¡Esta noche! ¡Esta misma tarde! ¡Hay que ver! ¡Qué le habrá llevado a hacerlo! —fueron algunas de las respuestas que ella recibió pronunciadas en

francés e inglés.

—¡Imposible! —dijo Edna—. ¿Cómo puede alguien irse de Grand Isle a México de la noche a la mañana, como si se fuera al Hotel Klein, o al muelle, o a la playa?

—Ya comenté hace tiempo que me iba a marchar a México. Lo he estado repitiendo durante años —gritó Robert, con tono irritado y nervioso, como un hombre que se defiende de un enjambre de avispas.

Madame Lebrun dio en la mesa con el mango del cuchillo.

—Por favor, dejad que Robert explique adonde va y por qué se marcha esta noche —exclamó—. La verdad es que esta mesa se parece cada día más a Bedlam³⁵ con todo el mundo hablando a la vez. A veces, y que Dios me perdone, desearía que Víctor perdiera el habla.

Víctor se rió sarcástico, a la vez que daba las gracias a su madre por su sacrílego deseo del que no veía el beneficio para nadie, excepto que le permitiría hablar con más libertad.

El anciano Sr. Farival pensaba que cuando Víctor era niño, deberían haberlo llevado a la mitad del océano y allí dejar que se ahogara. Víctor, por su parte, pensaba que era más lógico disponer de los ancianos para ese mismo propósito por hacerse universalmente odiosos. Madame Lebrun se puso un poco histérica y Robert recriminó a su hermano con dureza.

—No hay nada más que explicar, madre —dijo.

Aunque, sin embargo, explicó, mirando a Edna principalmente, solo podría reunirme con el caballero con el que tenía que encontrarme en Veracruz si tomaba tal o cual vapor que partía de Nueva Orleans en tal día; que Beaufort salía con su lugre de verduras aquella noche, lo que le daba la oportunidad de llegar a la ciudad y coger el barco a tiempo.

—¿Pero cuándo decidiste todo esto? —preguntó el Sr. Farival.

—Esta tarde —contestó Robert un poco molesto.

—¿A qué hora de esta tarde? —insistió el anciano caballero, con obstinada determinación, tal y como se interroga a un criminal en los tribunales.

—A las cuatro de la tarde, Sr. Farival —contestó Robert, levantando la voz con un tono altanero que a Edna le pareció un tanto teatral.

Edna se había obligado a tomar la sopa y en ese momento estaba picando con el tenedor los trocitos de hojaldre del *court bouillon*³⁶.

Los enamorados aprovechaban la conversación sobre México para susurrarse sus asuntos, que, con razón, consideraban de su exclusiva incumbencia. En una ocasión, a la señora de negro le habían regalado un par de rosarios de artesanía mexicana con indulgencias, pero nunca había sido capaz de discernir si las indulgencias iban más allá de la frontera de México. El padre Fochel, de la catedral, había intentado explicárselo, pero no lo había hecho a su entera satisfacción. Y le rogó a Robert que se interesara por el asunto y averiguase, si era posible, si ella tenía derecho a las indulgencias que acompañaban a los curiosísimos rosarios mexicanos.

Madame Ratignolle esperaba que Robert extremara las precauciones en su trato con los mexicanos, a quienes consideraba traicioneros, vengativos y sin escrúpulos. Confiaba en no cometer ninguna injusticia, condenándolos como raza. Había conocido tan solo a un mexicano en persona que vendía unos excelentes tamales y en el que instintivamente había confiado por su modo tan dulce de hablar. Un día fue arrestado por apuñalar a su mujer. Nunca supo si le habían colgado o no.

Víctor estaba divertidísimo e intentaba contar una anécdota sobre una chica mexicana que un invierno servía chocolate en un restaurante en la calle Dauphine. Nadie le prestaba atención, excepto el anciano Sr. Farival, que se desternillaba de risa con una historia tan divertida.

Edna se preguntaba si todos se habían vuelto locos al hablar y gritar de aquella manera. Ella no tenía nada que decir sobre México, ni los mexicanos.

—¿A qué hora te marchas? —preguntó Edna a Robert.

—A las diez —le respondió—. Beaufort quiere esperar a que salga la luna.

—¿Estás preparado para marcharte?

—Casi listo. Solo tengo que coger una bolsa de mano y empacaré el baúl en la ciudad.

Robert se volvió a responder algunas preguntas de su madre y Edna, al terminar el café, se retiró de la mesa.

Ella se fue directamente a su habitación. La casa de campo estaba cerrada y, al entrar, el ambiente estaba cargado. Pero no le importaba; había muchas otras cosas que llamaban su atención en el interior. Empezó por poner en pie y ordenar el toallero, mientras lo hacía, se quejaba de la negligencia de la

criada que estaba en la habitación contigua, acostando a los niños. Recogió las ropas que colgaban en los respaldos de las sillas y las puso una por una donde correspondía: en el armario o en los cajones de la cómoda. Se cambió y se puso un vestido más amplio y cómodo. Se arregló el cabello, peinándolo y cepillándose con una inusual energía. Después entró en la habitación y ayudó a la criada a acostar a los niños.

Estaban muy juguetones y con ganas de charlar, cualquier cosa menos acostarse y dormirse. Edna envió a la criada a cenar y le dijo que no hacía falta que volviera. Entonces se sentó y les contó a los niños un cuento. En vez de calmarlos, los puso aun más nerviosos porque estaban especulando sobre el final del cuento que su madre les propuso terminar la noche siguiente.

La muchachita negra entró a decir que a Madame Lebrun le gustaría que la Sra. Pontellier fuera a pasar un rato con ellos a la casa hasta que el Sr. Robert se fuera. Edna mandó a decirle que ya se había desvestido y que no se encontraba bien, pero que quizás se acercaría a la casa más tarde. Empezó a vestirse otra vez y llegó a quitarse el *peignoir*³⁷; pero otra vez cambió de opinión y volvió a ponérselo. Salió y se sentó delante de la puerta. Estaba acalorada e irritable, se abanicó durante un rato con energía. Madame Ratignolle bajó a investigar lo que ocurría.

—Todo el ruido y la confusión en la mesa me ha disgustado —le contestó Edna—. Y lo que es más, odio las impresiones y las sorpresas. ¡La idea de la marcha de Robert de forma súbita y drástica! ¡Como si fuera un asunto de vida o muerte! Sin haberme dicho ni una palabra al respecto, a pesar de haber pasado toda la mañana conmigo.

—Sí —asintió Madame Ratignolle—. Creo que ha demostrado muy poca consideración hacia nosotros y en especial hacia ti. No me hubiera sorprendido nada en cualquiera de los otros. Los Lebrun son melodramáticos. Sin embargo, nunca hubiese esperado nada similar de Robert. ¿Vas a bajar? Vamos, querida, no sería muy agradable por tu parte.

—No —dijo Edna, resentida—. No me voy a tomar la molestia de volverme a vestir. No me apetece.

—No hace falta que te vistas; estás muy bien; ponte el cinturón. ¡Mira cómo voy yo!

—No —insistió Edna—. Pero ve tú. Madame Lebrun se podría ofender si

las dos nos quedamos aquí.

Madame Ratignolle le dio un beso de buenas noches y se marchó. Lo cierto era que estaba deseosa de unirse a la animada conversación del grupo sobre México y los mexicanos que todavía continuaba.

Un rato después, apareció Robert, que llevaba su bolsa de mano.

—¿No te encuentras bien? —preguntó.

—Sí. ¿Te marchas ya?

Robert encendió una cerilla y miró el reloj.

—Dentro de veinte minutos —dijo.

El repentino y breve destello de la cerilla acentuó la oscuridad durante un momento. Se sentó en un taburete que los niños habían dejado en el porche.

—Coge una silla —dijo Edna.

—Esto me sirve —contestó Robert. Se colocó el sombrero y con los nervios se lo volvió a quitar, se secó la cara con el pañuelo y se quejó del calor.

—Coge el abanico —dijo Edna, ofreciéndoselo.

—Oh, no. Gracias. No sirve de nada; en algún momento hay que dejar de abanicarse y luego se siente uno más incómodo.

—Esa es una de las ridiculeces que siempre dicen los hombres. Nunca he escuchado hablar a ninguno de forma diferente sobre el hecho de abanicarse. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Tal vez para siempre. No lo sé. Depende de muchas cosas.

—Bueno, en el caso de que no sea para siempre, ¿cuánto tiempo sería?

—No lo sé.

—Todo esto me parece simplemente absurdo y fuera de lugar. No me gusta. No entiendo los motivos para tanto misterio y silencio; y tampoco el hecho de no decirme nada esta mañana.

Robert permaneció en silencio y ni siquiera se defendió. Tan solo dijo pasado un rato:

—No te separes de mí de mal humor. Nunca antes perdiste la paciencia conmigo.

—No quiero separarme de mal humor —dijo ella—. Pero ¿no lo entiendes? Me he acostumbrado a verte, a tenerte conmigo todo el tiempo, y tu modo de actuar muestra poco afecto, incluso desconsideración. Ni siquiera te has

disculpado. ¿Por qué? Yo planeaba seguir juntos, pensaba lo agradable que hubiera sido verte en la ciudad el próximo invierno.

—Yo también —le soltó él—. Tal vez sea ese el... —De repente, se levantó y le tendió la mano—. Adiós, mi querida Sra. Pontellier; adiós. Espero que... Espero que no me olvides del todo.

Ella le agarró la mano, intentando retenerlo.

—Escríbeme cuando llegues. ¿Lo harás, Robert? —suplicó Edna.

—Lo haré. Gracias. Adiós.

¡Qué extraño es todo esto en Robert! Cualquier conocido hubiera contestado ante esa petición algo más efusivo que «lo haré. Gracias. Adiós».

Robert ya se había despedido de la gente de la casa, puesto que bajó la escalera y fue a reunirse con Beaudet, que estaba fuera con un remo al hombro, esperándolo. Se alejaron hacia la oscuridad. Edna solo podía escuchar la voz de Beaudet. Robert, aparentemente, no había cruzado ni siquiera un saludo con su acompañante.

Edna mordía compulsivamente el pañuelo, intentando contener y esconder, para sí misma e incluso ante un extraño, la emoción que la angustiaba y la desgarraba por dentro. Se le saltaron las lágrimas.

Por primera vez, reconoció de nuevo los síntomas del enamoramiento que había sentido de manea incipiente cuando era una niña, en los primeros años de la adolescencia y más tarde cuando era ya una joven. Ni la evocación del pasado alivió la realidad, ni tampoco mitigó la emoción conmovedora con indicios o promesas de inestabilidad. El pasado no significaba nada para ella, no le ofrecía ninguna lección que estuviera dispuesta a aprender. El futuro era un misterio que nunca se había atrevido a interpretar. Solo el presente era significativo; le pertenecía, para torturarla, como lo estaba haciendo en ese momento con la penetrante convicción de que había perdido todo lo que poseía, de que se le había negado lo que su nuevo ser apasionado y despierto pedía.

XVI

—¿Echa mucho de menos a su amigo? —le preguntó Mademoiselle Reisz,

una mañana, mientras subía lentamente detrás de Edna, que había salido de su casa de camino a la playa. Había pasado gran parte de su tiempo en el agua desde que, por fin, había adquirido el arte de nadar. La estancia en Grand Isle se acercaba a su final, Edna sentía que ya no podría dedicar mucho tiempo a los entretenimientos que le proporcionaban los únicos momentos de placer que conocía. Cuando Mademoiselle Reisz llegó, le tocó el hombro y se dirigió a ella, a Edna le pareció como si aquella mujer hubiera dado eco al pensamiento que ella tenía de forma constante en su mente; o mejor dicho, al sentimiento que parecía poseerla sin cesar.

Con la partida de Robert se había ido el color, el brillo y el sentido de todo. Sus condiciones de vida no habían cambiado, pero ahora toda su existencia estaba apagada como un vestido descolorido que ya no merece la pena ponerse. Lo buscaba por todas partes, en todos aquellos a los que inducía a hablar de él. Subía a la habitación de Madame Lebrun por las mañanas, enfrentándose al ruido de la vieja máquina de coser. Allí se sentaba a charlar a intervalos como Robert había hecho. Contemplaba las pinturas y fotografías que colgaban de la pared y descubría en alguna esquina un antiguo álbum familiar que examinaba con muchísimo interés, pidiendo a Madame Lebrun que le aclarase de quiénes eran aquellos rostros y las personas que aparecían en las páginas.

Había una foto de Madame Lebrun con Robert de bebé, sentado en su regazo; era un niño de cara redonda con el puño en la boca. Tan solo los ojos de aquel bebé evocaban al hombre. Y en esa otra foto con cinco años en la que llevaba una falda escocesa, el pelo con largos bucles y un látigo en la mano. Edna se rió. Y también al ver el retrato de sus primeros pantalones largos; mientras que otra le interesó porque se la tomaron cuando se iba a la universidad; estaba delgado, con el rostro alargado, con la mirada arrobada por la ambición y los grandes propósitos. Sin embargo, no había una foto reciente, ninguna que se le pareciese al Robert que se había marchado hacía cinco días, dejando un páramo desierto tras él.

—¡Oh, Robert dejó de hacerse fotos cuando tuvo que pagárselas él mismo! Decía que quería hacer un uso más inteligente del dinero —aclaró Madame Lebrun. Tenía una carta de Robert escrita antes de partir hacia Nueva Orleans. Edna deseaba ver la carta, y Madame Lebrun le dijo que la buscara por la

mesa, en el vestidor, o tal vez en la repisa de la chimenea. La carta estaba en la librería. Edna sentía una gran atracción e interés por aquel sobre: su tamaño, su forma, el matasellos, la caligrafía. Examinó cada detalle exterior antes de abrirlo. Había unas pocas líneas, diciendo que abandonaba la ciudad aquella tarde, que había empacado el baúl sin problema, que estaba bien y que mandaba todo su cariño y le rogaba que hiciera extensivos sus recuerdos afectuosos a todos los demás. No había ningún mensaje especial para Edna, excepto una postdata diciendo que si la Sra. Pontellier deseaba terminar el libro que le había estado leyendo, su madre lo encontraría en su habitación, entre otros libros que había en la mesa. Edna sintió unos celos tremendos porque él le había escrito a su madre en vez de a ella.

Todos parecían dar por sentado que Edna lo echaba de menos. Incluso su marido, cuando llegó el sábado siguiente, después de marcharse Robert, lamentó que se hubiese ido.

—¿Cómo te las arreglas sin él, Edna? —le preguntó.

—Todo resulta muy aburrido sin él —admitió ella. El Sr. Pontellier había visto a Robert en la ciudad, y Edna le hizo una docena de preguntas o más. ¿Dónde se habían visto? Por la mañana, en la calle Carondelet. Habían entrado en un bar, habían tomado una copa y se habían fumado un puro juntos. ¿De qué habían hablado? Principalmente de sus proyectos en México que el Sr. Pontellier consideraba muy prometedores. ¿Qué aspecto tenía? ¿Serio, alegre o cómo? Bastante animado y totalmente dedicado a su viaje, algo que el Sr. Pontellier encontraba totalmente natural en un joven que buscaba fortuna y aventura en un país desconocido y exótico.

Edna, impaciente, daba golpecitos con el pie y se preguntaba por qué los niños insistían en jugar al sol cuando debían estar bajo los árboles. Bajó y se los llevó fuera del sol, regañando a la criada cuarterona por su falta de cuidado con los niños.

No le parecía en absoluto chocante haber convertido a Robert en el centro de la conversación ni hacer que su marido hablara de él. El sentimiento que albergaba hacia Robert no se parecía, en modo alguno, al que ella había sentido por su marido, ni a nada que hubiera sentido o que esperara sentir en el futuro. Toda su vida había estado acostumbrada a esconder pensamientos y emociones que no se había atrevido a verbalizar. Nunca se habían convertido

en fuente de polémica. Le pertenecían, eran suyos y tenía la firme convicción de que tenía derecho a mantenerlos para sí misma. En una ocasión, Edna le había dicho a Madame Ratignolle que nunca se sacrificaría por sus hijos, ni por nadie. A aquella confesión le siguió una acalorada discusión; las dos mujeres parecían no entenderse o no estar hablando el mismo idioma. Edna intentó apaciguar a su amiga y explicárselo.

—Renunciaría a lo accesorio. Daría mi dinero, daría la vida por mis hijos, pero nunca me daría a mí misma. No puedo explicarlo con más claridad; es tan solo algo que estoy empezando a comprender, que estoy descubriendo en mi interior.

—No sé a lo que tú llamas esencial, o qué quieres decir con accesorio —dijo Madame Ratignolle, alegremente—. Pero una mujer que daría su vida por sus hijos no podría hacer más, según dice la Biblia. Estoy segura de que no podría hacer más.

—¡Oh, sí que podría! —rió Edna.

No le sorprendió la pregunta de Mademoiselle Reisz aquella mañana en la que esa señora la seguía a la playa, le tocó en el hombro y le preguntó si no echaba de menos a su joven amigo.

—Oh, es usted, Mademoiselle, buenos días. Por supuesto que echo de menos a Robert. ¿Va a darse un baño?

—¿Y por qué iba a bañarme a final de temporada cuando no he tocado el agua en todo el verano? —contestó la mujer en tono desagradable.

—Le ruego que me perdone —se disculpó Edna con algo de vergüenza, porque debería haber recordado que Mademoiselle Reisz tenía miedo al agua y había dado lugar a comentarios jocosos. Algunos pensaban que era porque llevaba pelo postizo o que tenía miedo a que las violetas se le mojaran, mientras que otros lo atribuían a una aversión natural al agua que tendría algo que ver con el temperamento artístico. Mademoiselle ofreció a Edna unos chocolates en una bolsa de papel que sacó del bolsillo para demostrarle que no le guardaba ningún rencor. Consumía chocolate de forma habitual por sus cualidades nutritivas; se decía que era muy alimenticio en cantidades pequeñas. La salvaban de morir de inanición, puesto que la comida de Madame Lebrun era absolutamente insufrible y nadie, salvo una mujer tan atrevida, podría ofrecer aquella comida y encima cobrarla.

—Debe de sentirse muy sola sin su hijo —dijo Edna, queriendo cambiar de tema—. Y, además, su hijo preferido. Ha tenido que ser muy duro dejarlo marchar.

Mademoiselle se rió con malicia.

—¡Su hijo preferido! ¡Vaya! ¿Quién le habrá podido contar semejante historia? Aline Lebrun vive para Víctor, y solo para Víctor. Lo ha malcriado hasta convertirlo en la criatura inútil que es. Lo adora y besa el suelo que pisa. Robert, en cierto modo, está muy bien porque aporta todo el dinero que gana a la familia, y reserva para él una mínima parte. ¡Así que el hijo preferido! Yo también echo de menos al pobre muchacho, querida. Me gustaría verlo y escucharlo por aquí. Él es el único Lebrun que merece la pena. Suele venir a verme en la ciudad. Me gusta tocar para él. ¡Ese Víctor! La horca sería demasiado buena para él. Es un milagro que Robert no lo haya matado a golpes hace mucho tiempo.

—Creía que tenía una gran paciencia con su hermano —confesó Edna, contenta de estar hablando sobre Robert, sin importarle lo que se dijera.

—¡Oh, le dio una buena paliza hace uno o dos años! —dijo Mademoiselle—. Fue a causa de una muchacha española sobre la que Víctor se creía con algún derecho. Un día se encontró a Robert hablando con la muchacha, caminado con ella, bañándose juntos o llevándole la cesta, no recuerdo exactamente qué hacían, el caso es que se puso a insultar y a ofender de tal modo, que Robert le dio una paliza allí mismo que lo mantuvo a raya durante una temporada. Ya va siendo hora de que reciba otra.

—¿Se llamaba Mariequita? —preguntó Edna.

—Sí, Mariequita, eso es, Mariequita. Lo había olvidado. Oh, esa Mariequita es una pícara y vaya que sí lo es.

Edna bajó la vista y se preguntó cómo podía haber estado escuchando tanto tiempo las maledicciones de Mademoiselle Reisz. Por alguna razón se sentía deprimida, casi desgraciada. No había venido con la intención de meterse en el agua, pero se había puesto el traje de baño y había dejado a Mademoiselle sola, sentada bajo la sombra del toldo de los niños. A medida que la temporada avanzaba, el agua se estaba poniendo cada vez más fría. Edna se zambulló y nadó con tal desenfreno que se emocionó y la llenó de vigor. Permaneció un rato largo en el agua con la esperanza de que Mademoiselle

Reisz no la esperara.

Pero Mademoiselle la esperó. Estuvo muy amable durante el camino de vuelta y se deshizo en elogios sobre el aspecto de Edna en traje de baño. Habló de música. Esperaba que Edna fuera a verla en la ciudad y le escribió la dirección con un lápiz en un trozo de tarjeta que encontró en el bolsillo.

—¿Cuándo se marcha? —le preguntó Edna.

—El próximo lunes. ¿Y usted?

—La semana que viene —contestó Edna. Y añadió—: ha sido un verano agradable, ¿verdad, Mademoiselle?

—Bueno —asintió Mademoiselle Reisz, encogiéndose de hombros—. Bastante bueno, si no hubiera sido por los mosquitos y las gemelas Farival.

XVII

Los Pontellier eran dueños de una casa encantadora en la calle Esplanade³⁸ de Nueva Orleans. Era una enorme casa de campo de dos alturas con una amplia terraza delantera cuyas redondas y acanaladas columnas sostenían el techo inclinado. La casa estaba pintada de un blanco deslumbrante; las contraventanas o celosías eran verdes. En el jardín, que estaba perfectamente arreglado, había flores y plantas de todas las clases que florecen en el sur de Luisiana. De puertas adentro, el mobiliario era acorde con el gusto convencional. Las alfombras y moquetas más suaves cubrían los suelos; cortinajes ricos y de buen gusto colgaban de las puertas y ventanas. Había cuadros en las paredes que habían sido escogidos con criterio y juicio. El vidrio tallado, la plata, los gruesos damasquinados, que a diario aparecían sobre la mesa, eran la envidia de muchas mujeres cuyos maridos eran menos generosos que el Sr. Pontellier.

Al Sr. Pontellier le gustaba pasear por su casa y examinar el mobiliario y los detalles para comprobar que nada estaba fuera de lugar. Valoraba en gran medida sus posesiones, principalmente porque le pertenecían y de ello se derivaba el genuino placer de contemplar un cuadro, una estatua, una cortina de encaje valioso, o de cualquier otro objeto que hubiese comprado y colocado entre sus dioses domésticos.

Los martes por la tarde³⁹ —el martes era el día de visitas de la Sra. Pontellier— había un flujo permanente de visitantes: mujeres que venían en carruaje, tranvía o andando cuando el aire era suave y si la distancia así lo permitía. Un muchacho mulato claro, vestido con traje y con una diminuta bandeja de plata para las tarjetas, las recibía. Una doncella, con cofia, ofrecía a las visitas licores, café o chocolate, según el gusto de cada uno. La Sra. Pontellier, ataviada con un precioso vestido de recepción, permanecía en el salón toda la tarde, recibiendo a las visitas. Algunas veces, al atardecer, los caballeros acudían acompañados de sus esposas.

Este era el programa que la Sra. Pontellier había seguido religiosamente desde su boda, seis años antes. Algunas noches durante la semana, ella y su marido asistían a la ópera o, a veces, al teatro.

El Sr. Pontellier se iba de su hogar por las mañanas entre las nueve y las diez, y en raras ocasiones volvía antes de las seis y media o las siete de la tarde para la cena, que se servía a las siete y media.

A las pocas semanas de regresar de Grand Isle, él y su esposa se sentaron a la mesa un martes por la noche. Estaban solos. Los niños se habían ido a la cama: se podían escuchar los correteos de sus pies descalzos, escapándose, a la vez que se oía la voz de la criada que los seguía y les suplicaba con suaves reprimendas y ruegos. La Sra. Pontellier no llevaba puesto su habitual vestido de recepción de los martes; vestía uno sencillo de estar por casa. El Sr. Pontellier, que era muy observador para esas cuestiones, se dio cuenta mientras se servía la sopa. Después le pasó la sopera al mozo que esperaba.

—¿Estás cansada Edna? ¿A quién recibiste? ¿Muchas visitas? —preguntó. Probó la sopa y la sazonó con pimienta, sal, mostaza y todo lo que encontró a su alcance.

—Hubo muchísimas —contestó Edna, que estaba tomando la sopa con evidente satisfacción—. Encontré sus tarjetas cuando volví a casa. Estuve fuera.

—¿Fuera? —exclamó su marido, con un auténtico tono de consternación mientras colocaba la vinagrera y la miraba a través de las gafas—. ¿Por qué? ¿Qué te ha llevado a salir un martes? ¿Qué tenías que hacer?

—Nada. Simplemente me apetecía salir y salí.

—Bueno, espero que te hayas excusado de forma satisfactoria —dijo su

marido, algo más apaciguado, mientras añadía una pizca de cayena a la sopa.

—No, no me excusé. Le dije a Joe que dijera que había salido, eso fue todo.

—¿Por qué, querida? Creía que entenderías que la gente no hace ese tipo de cosas; tenemos que observar *les convenances*⁴⁰ si queremos seguir adelante y no quedarnos atrás en la procesión. Si sentías que tenías que salir esta tarde, deberías haber dado alguna explicación convincente sobre tu ausencia.

—Esta sopa está realmente incomedible; es el colmo que esta mujer todavía no haya aprendido a hacer una sopa decente. Cualquier lugar en el pueblo sirve una sopa mejor que esta. ¿Estuvo la Sra. Belthrop aquí?

—Joe, trae la bandeja de las tarjetas. No recuerdo quién vino.

El muchacho se retiró y, pasado un momento, volvió con la bandejita de plata que estaba cubierta por las tarjetas de visita de las damas. Se la tendió a la Sra. Pontellier.

—Dásela al Sr. Pontellier —dijo Edna.

Joe le ofreció la bandeja al Sr. Pontellier y se llevó la sopa. El Sr. Pontellier buscó entre los nombres de las visitas de su esposa y, mientras leía algunos en voz alta, hacía comentarios.

—«Las señoritas Delasidas». Esta mañana trabajé mucho con su padre en mercados de futuros. Unas chicas encantadoras; ya va siendo hora de que se casen. «La Sra. Belthrop». Te diré lo que pasa, Edna; no puedes permitirte hacerle un desaire a la Sra. Belthrop. ¿Por qué? Pues porque Belthrop puede comprarnos y vendernos, y vendernos unas diez veces. Su negocio vale mucho para mí, una suma redonda. Estaría bien que le escribieras una nota. «La Sra. de James Highcamp». ¡Bah! Cuanto menos tengas que ver con la Sra. Highcamp mejor. «Madame Laforcé». Vino desde Carrolton, demasiado, pobre mujer. «La Sra. Wiggs», «la Sra. Eleanor Boltons». Puso las tarjetas a un lado.

—¡Dios mío! —exclamó Edna, que estaba echando chispas—. ¿Por qué te tomas todo esto tan en serio y le das tanta importancia?

—Yo no le doy tanta importancia. Pero son precisamente estas nimiedades las que hay que tomarse en consideración. Estas cosas cuentan.

El pescado estaba chamuscado. El Sr. Pontellier no lo había tocado. Edna dijo que no le importaba el ligero gusto a chamuscado. El asado tampoco

estaba a gusto del Sr. Pontellier al igual que como le sirvieron las verduras.

—Me parece que gastamos dinero suficiente en esta casa como para que se nos ofrezca al menos una comida al día que un hombre pueda comer sin menoscabo de su dignidad.

—Antes pensabas que la cocinera era un tesoro —contestó Edna con indiferencia.

—Quizás así era cuando llegó, pero las cocineras no son más que seres humanos a los que hay que cuidar, como a cualquier otra persona a la que se contrata. Imagínate si yo no estuviera al tanto de los empleados de mi oficina, si les dejara hacer lo que se les ocurriese; pronto me montarían un buen lío a mí y en mi negocio.

—¿Adónde vas? —preguntó Edna al ver que su esposo se levantó de la mesa sin haber probado bocado excepto unas cucharadas de aquella sopa más que sazonada.

—Me voy a cenar al club. Buenas noches.

Se dirigió hacia el vestíbulo, cogió el sombrero, el bastón y se marchó.

Edna estaba habituada a estas escenas. La hacían muy infeliz. En ocasiones anteriores se le habían quitado completamente las ganas de cenar. A veces se había ido a la cocina a echar una reprimenda tardía a la cocinera. En una ocasión se fue a su habitación a estudiar un libro de cocina durante toda la noche para elaborar un menú semanal, lo que le dejó una sensación de frustración, porque después de todo no había conseguido nada que mereciera la pena.

Pero aquella noche Edna se empeñó en terminar de cenar sola. Tenía el rostro enrojecido y los ojos inflamados con un fuego interior que los encendía. Después de terminar la cena, se fue a su habitación y dio instrucciones al mozo para que informara a cualquier visita de que estaba indispuesta.

Era una habitación grande, hermosa, suntuosa y colorista con la luz suave que la doncella había dispuesto. Entró y permaneció de pie junto a la ventana abierta y contempló el intrincado laberinto del jardín. Todo el misterio y el embrujo de la noche parecían haberse reunido allí entre los perfumes y los oscuros y tortuosos contornos de las flores y el follaje. Edna se buscaba y se encontraba entre la dulce penumbra que armonizaba con su estado de ánimo. Pero no eran voces de consuelo las que le llegaban de la oscuridad del cielo y

las estrellas. Eran burlonas y se escuchaban cantos lastimeros, sin promesas, desprovistos de esperanza. Entró de nuevo a la habitación y empezó a recorrerla de aquí para allá sin detenerse, sin descanso. Llevaba en las manos un pañuelo fino que rasgó en tiras y con ellas hizo una bola que lanzó. Cuando paró, se quitó el anillo de casada y lo lanzó a la alfombra. Cuando lo vio en el suelo, lo pisó con el tacón con la intención de romperlo. Pero el pequeño tacón de la bota no pudo deformarlo, ni siquiera hacer un rasguño en el pequeño aro reluciente.

Con pasión desatada agarró un jarrón de cristal de la mesa y lo lanzó contra las losetas de la chimenea. Quería destruir algo. Deseaba escuchar el estrépito y el estruendo.

Una doncella, alarmada por el ruido del cristal roto, entró en la habitación para averiguar lo que pasaba.

—Un jarrón se cayó de la chimenea —dijo Edna—. No te preocupes; déjalo hasta mañana.

—Oh, pero podía clavarse un cristal en el pie, señora —insistió la joven, recogiendo los pedazos del jarrón roto que estaban esparcidos por la alfombra—. Y aquí está su anillo, señora, debajo de la silla.

Edna extendió la mano, cogió el anillo y lo deslizó en su dedo.

XVIII

A la mañana siguiente, el Sr. Pontellier, a punto de salir para la oficina, le preguntó a Edna si quería reunirse con él en la ciudad y mirar algunos muebles nuevos para la biblioteca.

—No creo que necesitemos muebles nuevos, Léonce. No compremos nada más; eres demasiado derrochador. No me puedo creer que nunca hayas pensado en ahorrar o en guardar para el futuro.

—El método de hacerse rico es hacer dinero, mi querida Edna, no ahorrarlo —dijo. Lamentó que no le apeteciera ir con él a elegir muebles. Se despidió con un beso y le dijo que no tenía buen aspecto y que debía cuidarse. Estaba pálida y demasiado callada, algo inusual en ella.

Permaneció de pie en la galería delantera, mientras él abandonaba la casa y

cogió un ramillete de jazmín que crecía en el enrejado cercano. Aspiró el aroma de los brotes y se los apretó contra la pechera de su vestido blanco de mañana. Los niños estaban arrastrando por el banco un pequeño «vagón expreso» lleno de palos y bloques. La criada los seguía con rápidos pasitos, fingiendo animación y presteza para la ocasión. Una vendedora de fruta pregonaba su mercancía por la calle.

Edna miraba de frente con expresión ensimismada en el rostro. No sentía interés alguno por nada salvo por ella misma. La calle, los niños, la vendedora de fruta, las flores que crecían bajo sus ojos, todo formaba parte de un mundo ajeno que, de repente, se había vuelto hostil.

Volvió a entrar en la casa. Había pensado hablar con la cocinera respecto a los errores garrafales de la noche anterior, pero el Sr. Pontellier le había ahorrado esa desagradable misión para la que estaba muy poco dotada. Los argumentos del Sr. Pontellier eran normalmente convincentes con aquellos a los que daba empleo. Se marchó de casa con la sensación de que él y Edna se sentarían a comer aquella noche, y tal vez las noches sucesivas, con una cena que mereciera ese nombre.

Edna se pasó una o dos horas, mirando algunos de sus antiguos bocetos. Podía reconocer las imperfecciones y defectos que saltaban a la vista. Intentó trabajar un poco, pero se dio cuenta de que no estaba de humor. Finalmente, reunió unos pocos bocetos, los que consideraba menos deshonrosos, y se los llevó un poco más tarde, después de arreglarse. Estaba guapa y distinguida con su vestido de calle. El bronceado del mar había desaparecido de su rostro y la frente estaba suave, nacarada, y brillante bajo la abundante cabellera de color castaño dorado. Tenía unas cuantas pecas en el rostro, un lunar oscuro debajo del labio y otro en la sien, medio oculto por el cabello.

Mientras Edna caminaba por la calle estaba pensando en Robert. Todavía estaba bajo el hechizo del enamoramiento. Había intentado olvidarlo y se daba cuenta de lo inútil que era recordarlo. Pero pensar en él se había convertido en una obsesión que la presionaba. No se trataba de que volviera a los detalles de sus primeros encuentros o de que recordara de manera especial su personalidad; era su ser, su existencia, lo que dominaba su pensamiento que, a veces, se desvanecía como si se fundiera con la bruma del olvido, para reavivarse otra vez con una intensidad tal que la llenaba de un incomprensible

deseo.

Edna estaba de camino hacia la casa de Madame Ratignolle. Su amistad íntima había empezado en Grand Isle y no había disminuido, puesto que se habían visto con cierta frecuencia desde que habían regresado a la ciudad. Los Ratignolle no vivían lejos de la casa de Edna, estaban en la esquina de una calle lateral, donde Monsieur Ratignolle era dueño de una farmacia que gozaba de una próspera y estable clientela. Su padre había llevado el negocio antes que él, y Monsieur Ratignolle gozaba del reconocimiento de la comunidad y tenía una envidiable reputación por su integridad y mente clarividente. Su familia vivía encima de la farmacia en unos espaciosos apartamentos a los que se accedía por una entrada lateral de la *porte cochère*⁴¹. Había algo que Edna consideraba muy francés, muy extranjero sobre su manera de vivir. En el enorme y agradable salón, que ocupaba todo el ancho de la casa, los Ratignolle entretenían a sus amigos una vez cada quince días con una velada musical y, de vez en cuando, también se jugaba a las cartas. Había un amigo que tocaba el violonchelo. Otro llevaba la flauta y otro el violín, mientras que otros cantaban y había algunos que tocaban el piano con distintos niveles de agilidad y gusto. Las veladas musicales de los Ratignolle eran muy conocidas y se consideraba un auténtico privilegio ser invitado.

Edna encontró a su amiga entretenida con la organización de la ropa que le habían llevado de la lavandería. La condujeron ante su amiga sin ninguna presentación y, al verla, Madame Ratignolle dejó lo que estaba haciendo.

—Cité podría hacer esto tan bien como yo; en realidad es su trabajo —explicó a Edna, quien se disculpó por interrumpirla. Llamó a una muchacha negra a la que dio instrucciones en francés para que tuviera mucho cuidado en comprobar la lista que le había dado. En concreto, le dijo que se fijara si habían devuelto un pañuelo de lino fino de Monsieur Ratignolle que se había perdido la semana anterior; y que se asegurase de separar las prendas que precisaran arreglo o zurcido.

Después, le pasó el brazo por la cintura y la llevó al salón que estaba en la parte delantera de la casa. Allí se estaba fresco y había un dulce perfume a rosas, ya que estaban colocadas en jarrones al pie de la chimenea.

Madame Ratignolle estaba más bella que nunca en su hogar, llevaba un salto de cama que dejaba sus brazos casi completamente al descubierto y

mostraba las turbadoras y magníficas curvas de su cuello blanco.

—Tal vez sea capaz de pintarte un retrato algún día —dijo Edna con una sonrisa cuando estaban sentadas. Sacó el rollo de dibujos y empezó a desplegarlos—. Creo que debería volver a trabajar. Siento como si tuviera la necesidad de hacer algo. ¿Qué te parecen? ¿Crees que merece la pena retomarlo y seguir estudiando? Podría trabajar durante un tiempo con Laidpore.

Sabía que la opinión de Madame Ratignolle en ese tema tenía poco valor; que ella todavía no se había decidido del todo, pero, sin embargo, estaba convencida. Buscaba palabras de elogio y ánimo que la ayudaran a emprender con energía esta aventura.

—¡Tienes un enorme talento, querida!

—¡Tonterías! —protestó Edna, muy complacida.

—Enorme, te lo digo yo —insistió Madame Ratignolle, examinando los bocetos uno por uno, muy de cerca; los sostenía a un brazo de distancia y movía la cabeza a un lado—. Sin duda, a este campesino bávaro merece la pena ponerle un marco. ¡Y esta cesta de manzanas! Nunca había visto algo tan real. Cualquiera sentiría la tentación de alargar la mano y coger una.

Edna no podía controlar un sentimiento que bordeaba la autocomplacencia ante las alabanzas de su amiga, aun cuando se daba cuenta, como así ocurría, de que merecía la pena. Guardó algunos de los bocetos y le dio el resto a Madame Ratignolle, quien agradecía el regalo más allá de su valor y orgullosa mostró los cuadros a su marido cuando volvió de la farmacia para almorzar un poco más tarde.

Monsieur Ratignolle era uno de esos hombres de los que se dice que son la sal de la tierra. Su alegría no tenía límites y rivalizaba con su buen corazón, su bondad y su sentido común. Él y su mujer hablaban inglés con un acento y una parsimonia muy poco inglesas. El marido de Edna hablaba inglés sin ningún tipo de acento. Los Ratignolle se entendían perfectamente. Si alguna vez se había logrado la fusión entre dos seres humanos en uno, sin lugar a dudas habían sido ellos.

Cuando se sentó a la mesa con ellos pensó: «Mejor es la comida de legumbres...»⁴², aunque no le llevó mucho tiempo descubrir que no se trataba de legumbres, sino de un delicioso ágape, una sencilla cena, satisfactoria en

todos los aspectos.

Monsieur Ratignolle estaba encantado de verla, aunque consideraba que tenía peor aspecto que en Grand Isle y le aconsejó que tomara un tónico. Hablaba mucho de distintos temas: política, noticias de la ciudad y algún que otro chisme del vecindario. Hablaba con tanta animación y fervor que le daba una importancia exagerada a cada sílaba que pronunciaba. Su esposa estaba muy interesada en todo aquello que él decía, tanto es así que dejaba el tenedor para escuchar mejor e intervenir en la conversación, quitándole las palabras de la boca.

Edna se sintió deprimida más que aliviada cuando los dejó. La fugaz imagen de la armonía doméstica que había contemplado no le causó pena ni nostalgia. No era ese el tipo de vida que le iba e incluso lo consideraba la viva imagen del hastío y la desesperanza. Le movía una suerte de conmiseración por Madame Ratignolle, una cierta piedad por una existencia gris que nunca llevaría a su dueña más allá del bienestar mediocre, en el que en ningún momento la angustia visitaría su espíritu, tampoco probaría el delirio de vivir. Edna se preguntaba de manera imprecisa lo que había querido decir con «el delirio de vivir». La expresión se le había pasado por la cabeza como una impresión extraña e inesperada.

XIX

Edna no podía dejar de pensar que haber pisoteado su anillo de bodas y estampado el jarrón de cristal contra las losetas de la chimenea habían sido actos completamente absurdos e infantiles. No tuvo más arrebatos que la llevaran a cometer actos fútiles. Empezó a actuar tal y como deseaba y a sentir como quería. Dejó de organizar las reuniones de los martes y tampoco devolvía las visitas a los que habían ido a verla. No hizo esfuerzos inútiles por llevar su hogar *en bonne menagère*⁴³; iba y venía cuando le apetecía y, mientras fuera posible, se abandonaba a cualquier capricho pasajero.

El Sr. Pontellier había sido un esposo cortés en la medida en que había encontrado una sumisión tácita en su esposa. Pero la nueva e inesperada conducta de Edna lo había dejado completamente perplejo. Le había

impactado. Por otro lado, su absoluto desprecio por sus obligaciones como esposa lo ponían furioso. Cuando el Sr. Pontellier era descortés, Edna se ponía insolente. Ella había tomado la decisión de no dar jamás un paso atrás.

—Me parece una auténtica locura que una mujer al mando de un hogar y madre de dos hijos se pase todo el día en un estudio, en vez de emplear ese tiempo en procurar el bienestar de su familia.

—Me apetece pintar —respondió Edna—. Quizás no me apetezca siempre.

—¡Entonces, en nombre de Dios, pinta! Pero no dejes que la familia se vaya al diablo. Ahí tienes a Madame Ratignolle: sigue con su música y no deja que todo lo demás sea un caos. Y ella es mejor músico que tú pintora.

—Ni ella es músico, ni yo soy pintora. Y no es por la pintura por lo que yo me despreocupo por lo demás.

—¿Por qué es entonces?

—¡Ah!, no lo sé. ¡Déjame en paz; me molestas!

El Sr. Pontellier se preguntaba a veces si su mujer no estaría un poco trastornada. Comprobaba de forma clara que no era ella. Es decir, no se daba cuenta de que Edna se estaba convirtiendo en ella misma y que diariamente se desprendía del yo ficticio que asumimos como si fuera un atuendo que nos ponemos ante del mundo.

Su marido la dejaba sola, tal y como le pedía, y se iba a la oficina. Edna se iba al estudio, una luminosa habitación en la parte alta de la casa. Trabajaba con gran energía e interés sin conseguir nada en concreto que la satisficiera lo más mínimo. Durante un tiempo tuvo a toda la casa involucrada al servicio del arte. Los niños incluso posaban para ella. Al principio lo consideraban divertido, pero pronto aquella distracción perdió su atractivo cuando descubrieron que no era un juego preparado para su entretenimiento. La criada cuarterona se sentaba durante horas ante la paleta de Edna, paciente como una salvaje, mientras la doncella se encargaba de los niños y al salón no se le quitaba el polvo. Pero la doncella también ocupó su lugar como modelo cuando Edna descubrió que la espalda y los hombros de la joven tenían formas clásicas y que su melena suelta sin la cofia era una fuente de inspiración. Mientras Edna trabajaba, a veces tarareaba en voz baja la cancioncilla «*¡Ah, si tu savais!*».

Le traía recuerdos. Podía escuchar de nuevo cómo se mecía el agua y el

batir de la vela. Veía el destello de la luna en la bahía, y podía sentir las suaves y racheadas sacudidas del cálido viento del sur. Una sutil corriente de deseo le atravesó el cuerpo, debilitando su control y abrasando sus ojos.

Había días en los que estaba muy feliz sin saber por qué. Era feliz de estar viva y respirando, cuando todo su ser parecía ser uno con la luz solar, el color, los olores, la calidez exuberante de un maravilloso día del sur. Le gustaba vagar sola por lugares extraños y desconocidos. En ocasiones descubría rincones soleados ideales para soñar. Y le encantaba imaginar y estar sola sin que nadie la molestara.

También había días en los que se sentía infeliz, no sabía por qué, cuando no le parecía que mereciese la pena estar alegre o triste, estar viva o muerta; cuando la vida le parecía un pandemonio grotesco y la humanidad, gusanos luchando ciegamente hacia su inevitable aniquilación. En esos días no podía trabajar, ni tejer las fantasías que aceleraban sus latidos y calentaban su sangre.

XX

Durante uno de aquellos estados de ánimo buscó a Mademoiselle Reisz. No se le había olvidado la desagradable impresión que le dejó durante su último encuentro; sin embargo, sentía el deseo de verla, sobre todo, para escucharla tocar el piano. Por la tarde temprano emprendió la búsqueda de la pianista. Desafortunadamente había descolocado o perdido la tarjeta de Mademoiselle Reisz y buscó su dirección en la guía de la ciudad; encontró que la mujer vivía en la calle Bienville, a cierta distancia de ella. La guía que cayó en sus manos era de hacía un año y cuando llegó a la dirección, Edna se encontró con que la casa estaba ocupada por una respetable familia mulata que alquilaba *chambres garnies*⁴⁴. Llevaban viviendo allí seis meses y no sabía absolutamente nada de la tal Mademoiselle Reisz. De hecho, no sabían nada de ninguno de sus vecinos; y le aseguraron a Edna que sus inquilinos eran personas de la más alta distinción. Edna no se detuvo a discutir con Madame Pouponne sobre las diferencias de clase y se apresuró hacia la tienda de ultramarinos más cercana en la que seguro había dejado su dirección al dueño.

Éste le informó que la conocía mucho mejor de lo que habría deseado. Lo cierto es que no quería saber nada de ella, ni deseaba contacto alguno con la mujer más desagradable e impopular que había vivido en la calle Bienville. Dio gracias al cielo de que hubiera dejado el vecindario y también se mostró agradecido por desconocer su paradero.

El deseo de ver a Mademoiselle Reisz se incrementó por diez en la medida en que las dificultades imprevisibles para encontrarla habían frustrado la búsqueda de Edna. Se preguntaba quién podría darle la información que buscaba cuando se le ocurrió que Madame Lebrun era la persona apropiada para hacerlo. Sabía que era inútil preguntarle a Madame Ratignolle, ya que mantenía una cierta distancia con la pianista y prefería no saber nada de ella. En alguna ocasión, había sido igual de categórica que el tendero de la esquina al expresarse sobre el asunto.

Edna sabía que Madame Lebrun había regresado a la ciudad porque estaban a mediados de noviembre. Y también sabía dónde vivían los Lebrun, en la calle Charles.

La casa desde el exterior se parecía a una prisión, con rejas que eran una suerte de reliquia del antiguo régimen y que a nadie se le había ocurrido quitarlas. A un lado había una valla alta que cerraba el jardín. El portón de la entrada que daba a la calle estaba cerrado con llave. Edna tocó la campana por la cancela que daba al jardín y esperó en la acera hasta que la hicieron pasar.

Víctor le abrió la cancela. Una mujer negra que se secaba las manos en el delantal, le pisaba los talones. Antes de verlos, Edna los escuchó discutir: la mujer, caso raro, reclamaba su derecho a que se le permitiera cumplir con sus deberes, uno de ellos era contestar a la campana.

Víctor, sorprendido y encantado a la vez de ver a la Sra. Pontellier, no intentó ocultar ni su asombro ni su alegría. Era un atractivo joven de diecinueve años, de cejas oscuras, muy parecido a su madre, pero con una energía diez veces mayor que la de ella. Dio órdenes a la mujer negra para que informara al instante a Madame Lebrun de que la Sra. Pontellier la quería ver. La mujer, refunfuñando, se negó a cumplir con su obligación porque no se le había permitido hacerla por completo y continuó quitando las malas hierbas del jardín. Con lo cual, Víctor la reprendió con una retahíla de insultos que,

debido a la rapidez y a la incoherencia, eran del todo inteligibles para Edna. Comoquiera que fuese, la reprimenda resultó tan efectiva que la mujer soltó la azada, y entró farfullando en la casa.

Edna no deseaba entrar. Había un ambiente muy agradable en el porche lateral donde había unas sillas, un sofá de mimbre y una mesita. Se sentó porque estaba cansada de la larga caminata y empezó a mecerse suavemente, mientras arreglaba los pliegues de su sombrilla de seda. Víctor acercó su silla. Le explicó de inmediato que el comportamiento ofensivo de la mujer negra era debido a su deficiente educación y que no iba a ser él quien se encargase de meterla en cintura. Había llegado de la isla la mañana anterior y esperaba volver al día siguiente. Se quedaba todo el invierno en la isla; vivía allí, mantenía el lugar en orden y preparaba las cosas para los veraneantes.

Pero como un hombre necesita relajarse de vez en cuando, le contaba a la Sra. Pontellier que, muy a menudo y con cualquier pretexto, hacía escapadas a la ciudad. ¡Dios mío! ¡Sin embargo, la noche anterior había sido una de esas...! No quería que su madre lo supiera y empezó a hablar en voz baja. Le brillaba el rostro con los recuerdos. Por supuesto, ni se le pasó por la cabeza contarle todo a la Sra. Pontellier, puesto que, como mujer, no lo comprendería. Pero todo empezó cuando una chica lo estaba espiando detrás de las persianas y le sonrió mientras pasaba. ¡Era una preciosidad! Él, por supuesto, le devolvió la sonrisa y subió para hablar con ella. La Sra. Pontellier no conocía a Víctor, si suponía que iba a dejar pasar una oportunidad semejante. Muy a su pesar, el muchacho la divertía. La mirada de Edna revelaba su interés o entretenimiento. El muchacho se mostraba cada vez más atrevido y la Sra. Pontellier en poco tiempo podría haber escuchado alguna historia subida de tono, si no hubiera sido por la oportuna aparición de Madame Lebrun.

La dama estaba vestida de blanco, siguiendo su costumbre de verano. Sus ojos le transmitieron una efusiva bienvenida. ¿No le apetecería a la Sra. Pontellier entrar en la casa? ¿Tomaría un refresco? ¿Por qué no había venido antes? ¿Cómo estaban el querido Sr. Pontellier y sus encantadores niños? ¿Había visto alguna vez la Sra. Pontellier un mes de noviembre tan caluroso? Víctor fue a reclinarse en el sofá de mimbre, detrás de la silla de su madre, desde donde podía ver el rostro de Edna. Mientras hablaba con ella, le había cogido la sombrilla de las manos, la levantaba y jugueteaba con ella tendido

de espaldas. Cuando Madame Lebrun empezó a quejarse de que la vuelta a la ciudad era muy aburrida; de la poca gente que veía, de que incluso cuando Víctor regresó de la isla para uno o dos días estaba muy ocupado. Entonces el muchacho le hizo muecas a Edna y le guiñó un ojo con picardía. En cierto modo, Edna se sintió como cómplice de un delito, e intentó parecer seria y con una actitud de reproche.

Le comentaron a Edna que tan solo habían recibido dos breves cartas de Robert. Víctor comentó que no merecía la pena entrar a buscarlas, pero su madre insistió en que entrara a buscarlas. Él recordaba lo que decían y cuando lo pusieron a prueba, las recitó de un tirón con gran soltura.

Una de las cartas estaba escrita desde Veracruz y la otra desde la ciudad de México. Se había reunido con Montel, que estaba haciendo todo lo que podía para ayudarle a prosperar. Hasta ese momento la situación económica no había mejorado respecto a la que tenía en Nueva Orleans, pero las perspectivas eran sustancialmente mejores. Contaba cosas sobre la ciudad de México, los edificios, la gente y sus costumbres y las condiciones de vida que había encontrado allí. Enviaba todo su cariño a la familia y también un cheque para su madre, a la que pedía que le diera recuerdos a sus amigos de su parte. Edna sabía que si hubiera habido un mensaje para ella, lo habría recibido. El estado de abatimiento con el que había salido de su casa empezó a invadirla de nuevo y recordó que deseaba encontrar a Mademoiselle Reisz.

Madame Lebrun sabía dónde vivía Mademoiselle Reisz. Le dio a Edna su dirección, lamentando que no se quedara a pasar el resto de la tarde e instándola a que dejara la visita a Mademoiselle Reisz para otro día. Ya era demasiado tarde.

Víctor la acompañó hasta la acera, abrió la sombrilla y la sostuvo mientras la acompañaba hacia el coche. Le rogó que lo que le había contado aquella tarde lo mantuviera en la más estricta confidencialidad. Edna se rió y bromeó con él un poco, aunque se dio cuenta de que era un poco tarde para haberse mostrado seria y reservada.

—¡Qué guapa estaba la Sra. Pontellier! —le dijo Madame Lebrun a su hijo.

—¡Deslumbrante! —confesó él—. El ambiente de la ciudad le ha sentado muy bien. No parece la misma mujer.

XXI

La gente comentaba que la razón por la que Mademoiselle Reisz siempre elegía apartamentos en la parte alta de las casas era porque quería evitar a los mendigos, los vendedores ambulantes y las visitas inoportunas. La pequeña habitación delantera tenía muchas ventanas; la mayoría estaban sucias, pero casi siempre estaban abiertas y no se notaba mucho. Con mucha frecuencia, el humo y el hollín se colaban en la habitación, pero al mismo tiempo también entraban toda la luz y el aire del exterior. Desde las ventanas se podían ver la creciente del río, los mástiles de los barcos y las grandes chimeneas de los buques de vapor del Misisipí. Un magnífico piano llenaba el apartamento. En la habitación contigua dormía ella, y en la tercera y última tenía una cocina de petróleo donde preparaba la comida cuando no le apetecía bajar al restaurante más cercano. Comía allí mismo y tenía sus pertenencias en un antiguo y extraño aparador sucio y desvencijado por más de cien años de uso.

Cuando Edna llamó a la puerta de Mademoiselle Reisz, la descubrió al lado de la ventana atareada en arreglar o remendar unas viejas polainas de lana color ciruela. La pequeña pianista se rió con ganas cuando vio a Edna. Cuando se reía, su rostro y todos los músculos del cuerpo se contorsionaban. Parecía una mujer muy hogareña, estaba de pie y le daba la luz de la tarde. Todavía llevaba aquel encaje raído con el ramillete de violetas artificiales a un lado de la cabeza.

—De modo que, por fin, se acordó de mí. Me decía a mí misma: «¡Bah, no vendrá nunca!».

—¿Deseaba usted que viniera? —preguntó Edna con una sonrisa.

—No lo he pensado mucho —respondió Mademoiselle.

Las dos se habían sentado en un pequeño y viejo sofá lleno de bultos que estaba contra la pared.

—Sin embargo, me alegro de que haya venido. Tengo el agua hirviendo en la cocina y estaba a punto de hacerme un café. Tomará una taza conmigo. ¿Y cómo está *la belle dame*? ¡Siempre tan bella! ¡Siempre tan saludable! ¡Siempre tan contenta!

Tomó la mano de Edna entre sus dedos fuertes y musculosos, la sostenía sin apretarla y sin calidez, e interpretando una suerte de tema musical en la palma

y el dorso.

—Sí —prosiguió—, a veces pensaba: nunca vendrá. Lo prometió, como suelen hacerlo las damas de la alta sociedad, casi por compromiso; pero no vendrá. Porque realmente yo creo que no le gusto, Sra. Pontellier.

—No sé si me gusta o no —contestó Edna, bajando un poco la vista para mirar de forma socarrona a la pequeña mujer.

El candor de la confesión de la Sra. Pontellier le agradó enormemente a Mademoiselle Reisz quien expresó su gratitud al dirigirse a la cocina de petróleo para recompensar a su invitada con la prometida taza de café. El café y las galletas que lo acompañaban resultaron del agrado de Edna quien había declinado el refrigerio que le ofreció Madame Lebrun y ahora empezaba a sentir hambre. Mademoiselle colocó la bandeja en una mesita que tenía a mano y se sentó de nuevo en el sofá desvencijado y lleno de bultos.

—He recibido una carta de su amigo —observó, mientras echaba un poco de leche en la taza de Edna y se la ofrecía.

—¿De mi amigo?

—Sí, de su amigo Robert. Me escribió desde la ciudad de México.

—¿Le escribió a usted? —repitió Edna, con asombro, removiendo el café distraída.

—Sí, a mí, ¿por qué no? No deje que se le enfríe el café; bébaselo. Aunque la carta bien podría habérsela enviado a usted porque no había más que la Sra. Pontellier desde el principio hasta el final.

—Déjeme verla —le rogó la joven.

—No. Una carta solo concierne al que la escribe y a la persona a la que va dirigida.

—¿No acaba de decirme que se refiere a mí desde el principio hasta el final?

—Habla sobre usted, pero no va dirigida a usted. «¿Ha visto a la Sra. Pontellier? ¿Qué aspecto tiene?», me pregunta. «Como dice la Sra. Pontellier», o «como la Sra. Pontellier dijo en una ocasión». «Si la Sra. Pontellier la visitara, toque para ella mi Impromptu favorito de Chopin⁴⁵. Lo escuché aquí hace uno o dos días, pero no se puede comparar con el que usted toca. Me gustaría saber qué efecto produce en Edna». Y así continuó como si supusiera que frecuentamos los mismos círculos sociales.

—Déjeme ver la carta.

—Ah, no.

—¿Le ha contestado?

—No.

—Déjeme ver la carta.

—No, y otra vez no.

—Entonces toque el Impromptu para mí.

—Se está haciendo tarde. ¿A qué hora tiene que estar de vuelta en casa?

—La hora no me importa. Su pregunta me parece un poco inoportuna.

Toque el Impromptu.

—Pero no me ha contado nada de usted. ¿A qué se dedica?

—¡Pinto! —dijo Edna riendo—. Me estoy transformando en artista. ¡No lo olvide!

—¡Oh, artista! Tiene usted muchas pretensiones, Madame.

—¿Por qué pretensiones? ¿No cree que pueda llegar a convertirme en artista?

—No la conozco lo suficiente como para contestarle. No conozco ni su talento ni su carácter. Pero ser artista abarca muchas cosas; uno tiene que estar dotado de muchas cualidades únicas que no se adquieren por medio del esfuerzo personal. Y, además, para triunfar, el artista tiene que tener un espíritu valiente.

—¿Qué quiere decir con espíritu valiente?

—Muy valiente. Un espíritu luchador. El espíritu que es atrevido y desafiante.

—Enséñeme la carta y toque para mí el Impromptu. Ya ve que soy perseverante. ¿Acaso esta cualidad no cuenta en el arte?

—Cuenta para una anciana loca a la que usted ha cautivado —contestó Mademoiselle con una sonrisa forzada.

La carta estaba allí, a mano, en el cajón de la mesita en la que Edna había dejado la taza de café. Mademoiselle abrió el cajón y sacó la carta que estaba encima del montón. La puso en manos de Edna y, sin más comentarios, se levantó y se dirigió al piano.

Mademoiselle tocaba un suave interludio. Era una improvisación. Se sentó al piano un poco baja y las líneas de su cuerpo marcaban curvas y ángulos sin

gracia que le daban una apariencia de deformidad. De forma gradual y casi imperceptible, el interludio se mezcló con los suaves acordes iniciales en tono menor del Impromptu de Chopin.

Edna no supo distinguir entre el final y el principio del Impromptu. Se sentó en la esquina del sofá a leer la carta de Robert rodeada por una tenue luz. Mademoiselle había pasado suavemente de Chopin a la estremecedora música de amor de la canción de Isolda⁴⁶, para volver de nuevo al Impromptu con su conmovedora y dolorosa añoranza.

Las sombras se hacían más profundas en la pequeña habitación. La música era extraña y fantástica; turbulenta, insistente, lastimera y suave como una súplica. Las sombras se hicieron aún más profundas. La música llenaba la habitación, flotaba en la noche, sobre las azoteas y la creciente del río, perdiéndose en el silencio de las capas altas del aire.

Edna sollozaba, como había llorado una noche en Grand Isle, cuando unas voces extrañas la despertaron. Se levantó inquieta y con la intención de marcharse.

—¿Puedo venir alguna otra vez, Mademoiselle? —preguntó en el umbral.

—Venga siempre que le apetezca. Tenga cuidado; las escaleras y los descansillos están oscuros. No tropiece.

Mademoiselle volvió a entrar y encendió una vela. La carta de Robert estaba en el suelo. Se inclinó y la recogió. Estaba arrugada y húmeda por las lágrimas. Mademoiselle alisó la carta, la metió en el sobre y volvió a colocarla en el cajón de la mesa.

XXII

Una mañana, de camino hacia la ciudad, el Sr. Pontellier hizo una parada en la casa de su viejo amigo y médico de la familia, el doctor Mandelet. El doctor estaba casi retirado y dormido en los laureles, como dice el refrán. Gozaba de una buena reputación, más por sus conocimientos que por sus habilidades. Era requerido para todo tipo de consultas, pero la práctica activa de la medicina la ejercían sus asistentes y colegas más jóvenes. Todavía había familias a las que atendía puesto que estaban unidos por lazos de amistad. Los

Pontellier estaban entre ellas.

El Sr. Pontellier encontró al doctor, leyendo junto a la ventana abierta de su estudio. La casa estaba alejada de la calle, en el centro de un agradable jardín, de modo que se respiraba paz y tranquilidad junto a la ventana del estudio del anciano caballero. Era un gran lector. Cuando el Sr. Pontellier entró, lo miró con desaprobación, por encima de las gafas, preguntándose quién había cometido la temeridad de molestarlo a esa hora de la mañana.

—¡Ah, Pontellier! Espero que usted no esté enfermo. Pase y siéntese. ¿Qué le trae por aquí esta mañana?

Era bastante corpulento, con mucho pelo gris y unos ojillos azules a los que la edad les había robado el brillo, pero no su perspicacia.

—¡Oh, yo nunca estoy enfermo, doctor! Ya sabe que estoy hecho un roble, provengo de la vieja raza criolla de los Pontelliers que poco a poco se van secando y al final se los lleva el viento. Vengo a hacerle una consulta, bueno, no una consulta precisamente, sino a hablarle sobre Edna. No sé lo que le sucede.

—¿La Sra. Pontellier no se encuentra bien? —preguntó muy extrañado el doctor—. Lo digo porque la vi, creo que hace una semana, caminando por la calle Canal y era la imagen viva de la salud, al menos a mí así me lo pareció.

—Sí, sí, tiene buen aspecto —dijo el Sr. Pontellier, inclinándose hacia adelante y dándole vueltas al bastón que tenía entre las manos—; pero no actúa con normalidad. Está muy rara, es como si no fuera ella misma. Yo no consigo entenderla, pensé que quizás podría ayudarme.

—¿Cómo se comporta? —preguntó el doctor.

—Bueno, no es fácil de explicar —dijo el Sr. Pontellier, recostándose en la silla—. Está dejando que toda la intendencia de la casa se vaya al diablo.

—Bueno, bueno; no todas las mujeres son así, mi querido Pontellier. Hay que tener en cuenta...

—Ya lo sé; ya le he dicho que no podía explicárselo. Su actitud hacia mí, hacia todo el mundo ha cambiado. Ya sabe que tengo mucho genio, pero no quiero discutir o ser grosero con las mujeres y especialmente con mi esposa. Sin embargo, estoy abocado a ello porque siento como si tuviera diez mil diablos dentro de mí cuando me vuelvo loco. Me está haciendo la vida imposible —continuó diciendo muy alterado—. Algo se le ha metido en la

cabeza relacionado con los eternos derechos de la mujer; y ya me entiende, nos vemos todas las mañanas en la mesa de desayuno.

El anciano levantó sus espesas cejas, sacó el grueso labio inferior y dio golpecitos con las almohadilladas yemas de los dedos en los brazos de la silla.

—¿Qué le ha hecho usted, Sr. Pontellier?

—¿Qué le he hecho yo? *Parbleu!*⁴⁷.

—¿Ha estado —preguntó el doctor, con una sonrisa, ha estado relacionada con algún círculo de mujeres pseudointelectuales, seres superiores de altísima espiritualidad? Mi esposa me ha hablado de ellas.

—Ese es el problema —interrumpió el Sr. Pontellier—; porque no se ha relacionado con ninguna de ellas. Ha dejado las reuniones de los martes en casa, ha abandonado todas sus amistades y se dedica a recorrer la ciudad, deprimida en los tranvías, y regresa a casa de noche. Ya le dije que está rara. No me gusta; estoy un poco preocupado.

El doctor percibía algo nuevo.

—¿Hay algo hereditario? —preguntó con seriedad—. ¿Hay algo que destacar en sus antecedentes familiares?

—¡Por supuesto que no! Procede de un antiguo y sano linaje presbiteriano de Kentucky. El anciano caballero, su padre, he oído, solía expiar sus pecados diarios en las devociones de los domingos. Me consta que sus caballos de carreras dieron buena cuenta de las mejores tierras de cultivo que yo he visto en Kentucky. Margaret, conoce a Margaret, es presbiteriana en estado puro. Y la más joven es una especie de arpía. Por cierto, se casa dentro de dos semanas.

—Mande a su esposa a la boda —dijo el doctor, atisbando una solución—. Deje que pase una temporada con su familia. Le sentará bien.

—Eso es lo que quisiera que hiciera. No irá a la boda. Dice que las bodas son uno de los espectáculos más lamentables que hay en el mundo. ¡Encantadora frase de una esposa hacia su marido! —exclamó el Sr. Pontellier muy airado al recordarla.

—Pontellier —dijo el doctor, tras un instante de reflexión—; deje a su esposa tranquila durante una temporada. No la moleste y no la deje que lo moleste a usted. Las mujeres, mi querido amigo, son organismos muy

peculiares y delicados. Una mujer tan sensible y tan organizada como la Sra. Pontellier resulta todavía especialmente singular. Se necesitaría un psicólogo muy inspirado para tratarlas con éxito. Cuando tipos normales y corrientes como usted y yo intentamos entender esas idiosincrasias siempre metemos la pata. La mayoría de las mujeres son caprichosas y de actitud cambiante. Debe de ser un capricho pasajero debido a causas que ni usted ni yo seríamos capaces de desentrañar. Pero felizmente se le acabará pasando, sobre todo, si usted la deja tranquila. Dígale que venga a verme.

—No puedo hacer eso. No encontraría motivo alguno para convencerla —objetó el Sr. Pontellier.

—Entonces, me pasaré yo a verla —dijo el doctor—. Me dejaré caer alguna noche a cenar, *en bon ami*⁴⁸.

—¡Hágalo, por supuesto! —insistió el Sr. Pontellier—. ¿Qué día vendrá? ¿Le parece bien el jueves? ¿Vendrá el jueves? —preguntó, levantándose para marcharse.

—Muy bien, el jueves. Mi esposa puede que tenga algún compromiso para el jueves, pero en tal caso, ya le avisaría. En caso contrario iré.

El Sr. Pontellier se volvió antes de salir y dijo:

—Pronto haré un viaje de negocios a Nueva York. Tengo un asunto importante entre manos y quiero estar en el lugar adecuado para manejar los hilos y llevar la iniciativa. Podemos meterlo en el negocio si usted accede —dijo con una sonrisa.

—No, se lo agradezco, mi querido amigo —contestó el doctor—. Yo les dejo esas aventuras a los jóvenes que tienen todavía el ímpetu de la vida en la venas.

—Lo que quería decir —continuó el Sr. Pontellier, con la mano en el pomo—, es que puedo estar ausente durante bastante tiempo. ¿Me aconseja que me lleve a Edna?

—Por supuesto, si ella desea acompañarlo. Si no, es mejor que se quede. No le lleve la contraria. Ya se le pasará el mal humor, créame. Puede que tarde uno, dos o tres meses, posiblemente más, pero se le pasará. Tenga paciencia.

—Adiós, pues, *à jeudi*⁴⁹ —dijo el Sr. Pontellier al salir.

Al doctor le habría gustado preguntar durante la conversación: «¿Hay algún

hombre de por medio?». Pero conocía muy bien a aquel criollo como para cometer un error tan garrafal.

No reanudó la lectura de inmediato, se sentó un rato y contempló meditabundo el jardín.

XXIII

El padre de Edna estaba en la ciudad y llevaba unos días con ellos. Edna no tenía profundos vínculos afectivos con él, pero compartían ciertas aficiones y, cuando estaban juntos, había cordialidad entre ellos. Su llegada supuso una especie de bienvenida un poco molesta; parecía como si las emociones de Edna hubieran tomado una nueva dirección.

Había venido a comprar un regalo de bodas para su hija Janet y un traje para él que le diera un aspecto digno en el enlace matrimonial. El Sr. Pontellier había elegido ya el regalo de boda porque todos los que tenían alguna relación con él confiaban en su buen gusto para estas cuestiones. Su asesoramiento en cuestión de vestimenta —asunto que plantea en ocasiones serios problemas— fue de inestimable valor para su suegro. Sin embargo, el anciano caballero llevaba varios días en manos de Edna y en su compañía ella se estaba familiarizando con un nuevo mundo de sensaciones. Su padre había sido coronel en el ejército de la Confederación y todavía conservaba la graduación y con ésta el porte militar que siempre lo había caracterizado. El cabello y el bigote eran blancos y sedosos, atributos que destacaban el tosco bronceado del rostro. Era alto y delgado y usaba abrigos acolchados lo que le daba una amplitud de hombros y pecho. Edna y su padre tenían un aspecto muy distinguido cuando iban juntos. Durante sus paseos llamaban mucho la atención. A su llegada, lo primero que hizo Edna fue llevarlo a su estudio y empezó a hacerle un dibujo. Su padre tomó el asunto muy en serio. El talento de su hija no le habría sorprendido, si hubiera sido incluso diez veces mayor. Estaba convencido de que les había legado la semilla del talento a todas sus hijas. A ellas les tocaba, con su propio esfuerzo, desarrollarlo.

Ante el lápiz de Edna se sentó recto e inmutable, tal y como se había enfrentado en el pasado a la boca de los cañones. Le molestaba la presencia

de los niños que se le quedaban mirando boquiabiertos, sorprendidos al verlo posar tan recto en el luminoso estudio de su madre. Cuando se acercaban, les hacía un gesto expresivo con el pie para que se marcharan porque no quería perturbar las líneas de su rostro, de sus brazos y de sus rígidos hombros.

Edna, deseosa de entretenerlo, invitó a Mademoiselle Reisz para que lo conociera y tocara el piano, pero Mademoiselle declinó la invitación. Así que decidieron ir a la velada musical de los Ratignolle. Monsieur y Madame Ratignolle recibieron al coronel de maravilla, lo trataron como el invitado de honor y lo invitaron de inmediato a cenar con ellos el domingo siguiente, o cualquier otro día que él eligiera. Madame coqueteaba con él de la forma más encantadora e ingenua, con miradas, gestos y abundancia de halagos, con lo cual, la anciana cabeza del coronel, se sentía treinta años más joven sobre sus hombros acolchados. Edna se maravillaba de todo aquello, pero era incapaz de comprenderlo. Ella carecía casi totalmente de coquetería.

Había uno o dos hombres a los que había observado durante la velada musical, pero nunca habría coqueteado con ellos para atraer su atención, ni hubiera utilizado ninguna artimaña femenina o felina para dirigirse hacia ellos. La personalidad de aquellos hombres la atraía de forma agradable. Su fantasía los eligió y estaba encantada por ello, cuando en un intermedio de la música, se les presentó la ocasión de acercarse y hablarle a Edna. A menudo, cuando estaba en la calle, las miradas de los ojos extraños habían perdurado en su memoria y, a veces, le habían producido cierto desasosiego.

El Sr. Pontellier no había asistido a las veladas musicales. Las consideraba burguesas y encontraba más diversión en el club. A Madame Ratignolle le había dicho que la música de sus veladas era demasiado compleja para su escaso nivel de comprensión. Sus excusas la halagaron, pero no le gustaba mucho el club del Sr. Pontellier y era lo suficientemente sincera como para decírselo a Edna.

—Es una pena que el Sr. Pontellier no se quede más en casa por las noches. Creo que si así fuera estarían más..., bueno, si me permite decirlo, más unidos.

—¡Oh, no, por Dios! —dijo Edna, sin expresión alguna en la mirada—. ¿Qué iba a hacer yo si se quedara en casa? No tendríamos nada que decirnos.

Tampoco tenía mucho que decirle a su padre, pero él no le llevaba la contraria. Edna descubrió que le resultaba interesante, aunque su interés no

duraría mucho. Por primera vez en su vida había sentido que lo conocía de verdad. Él la mantenía ocupada y Edna intentaba complacer sus deseos y necesidades. Le divertía hacerlo. No iba a permitir ni a los sirvientes ni a los niños hacer lo que ella podía hacer por él. Su marido se dio cuenta y pensó que era la expresión de un vínculo filial muy profundo que jamás había sospechado.

El coronel bebía bastantes ponches a lo largo del día y, sin embargo, no le producían ningún efecto. Era un experto en inventarse mezclas con bebidas fuertes. Incluso inventó algunas a las que había dado nombres fantásticos y para cuya elaboración había utilizado distintos ingredientes que Edna se encargaba de suministrarle.

Cuando el doctor Mandelet cenó con los Pontellier el jueves, no pudo detectar ni rastro del estado patológico del que le había hablado su marido. Edna estaba muy animada y, en cierto modo, radiante. Ella y su padre habían estado en las carreras y sus mentes estaban todavía ocupadas con los acontecimientos de la tarde y la conversación giraba en torno a lo que había sucedido en las pistas. El doctor no se había mantenido al tanto sobre el mundo de la hípica. Tenía algunos recuerdos sobre lo que él llamaba las carreras de los viejos tiempos, cuando las cuadras de Lecompte estaban en pleno apogeo. Recurría a sus memorias para no ser excluido de la conversación o parecer alejado del espíritu de la modernidad. Pero no logró imponerse al coronel, ni tan siquiera pudo impresionarlo con su falso conocimiento de antaño. Edna había jugado con su padre en la última apuesta y consiguieron estupendos resultados. Además, habían conocido a gente que al coronel le había parecido encantadora. La Sra. de Mortimer Merriman y la señora de James Highcamp, que estaban con Alcée Arobin, se les habían unido y les habían hecho pasar gratos momentos que el coronel recordaba entusiasmado.

El Sr. Pontellier no se sentía especialmente atraído por las carreras de caballos e incluso las desaconsejaba como pasatiempo, en especial, cuando se acordaba de cómo había acabado la granja de hierba azul de Kentucky. Intentó por todos los medios expresar su desaprobación personal y solo consiguió provocar la ira y el rechazo de su suegro. Tuvieron una acalorada discusión en la que Edna abanderó la causa de su padre y el doctor permaneció neutral.

Observaba atentamente a su anfitriona con la mirada protegida por sus pobladas cejas, y se daba cuenta del cambio sutil que se había producido en la Edna apática que había conocido y que ahora era un ser palpitante y lleno de vida. Su discurso era cálido y enérgico. No había contención ni en su mirada ni en su gesto. Le recordaba a un bello y elegante animal que se desperezaba al sol.

La cena fue excelente. El clarete estaba fresco y el champán frío y, con la influencia beneficiosa de los vapores del alcohol, la desagradable discusión se desvaneció casi por completo.

El Sr. Pontellier se puso nostálgico. Contó algunas experiencias divertidas de la plantación, recuerdos del viejo Iberville y de su juventud cuando cazaba zarigüeyas con sus amigos de color; vareaban los árboles de pacana, disparaban a los pájaros piñoneros, vagabundeaban por los campos y enredaban por pura holgazanería.

El coronel, que tenía muy poco sentido del humor y de la oportunidad, se refirió a un episodio de aquellos días oscuros y amargos en los que había protagonizado un papel importante como personaje fundamental. Tampoco estaba el doctor muy contento con su elección cuando contaba la vieja historia, pero siempre nueva y curiosa sobre el declinar del amor de una mujer que buscaba nuevas y extrañas vías tan solo para regresar a su origen legítimo después de días de intenso desasosiego. Era uno de los muchos testimonios humanos que le habían sido revelados durante su larga carrera como médico. El relato no pareció impresionar a Edna de manera especial. De hecho, tenía una historia que contar sobre una mujer que una noche huyó con su amante en una piragua y nunca jamás regresaron. Parece que se perdieron en las islas Baratarias y nadie había vuelto a saber nada de ellos, ni encontrado pista alguna hasta el día de hoy. Era una pura fantasía. Dijo que Madame Antonine se la había contado. Pero también eso era una invención. Tal vez fue un sueño que había tenido. Pero todas y cada una de las apasionadas palabras les parecieron verdaderas a aquellos que las escucharon. Podían sentir el cálido aliento de la noche sureña; escuchar la piragua deslizándose sobre el agua iluminada por la luz de luna; el batir de las alas de los pájaros, elevándose entre los cañaverales de las charcas de agua salada; y veían los rostros pálidos y unidos de los enamorados, embelesados, ajenos a la desmemoria y

moviéndose hacia lo desconocido.

Aquella noche el champán estaba frío y sus sutiles vapores obraron maravillas en la memoria de Edna.

Afuera, lejos del resplandor del fuego y de la suave lámpara, la noche estaba fresca y nublada. El doctor se echó la capa pasada de moda por el pecho, mientras caminaba hacia su hogar en la oscuridad. Conocía a sus semejantes mejor que cualquier ser humano; sabía que la vida interior raramente se desvela a los no iniciados. Lamentaba haber aceptado la invitación del Sr. Pontellier. Se estaba haciendo viejo y empezaba a necesitar descanso y sosiego para el espíritu. No deseaba cargar con los secretos de otras vidas.

—Espero que no sea Arobin —murmuró para sí, mientras caminaba—. Ruego al cielo que no sea Alcée Arobin.

XXIV

Edna y su padre tuvieron una acalorada y casi violenta disputa debida a la negativa de Edna a asistir a la boda de su hermana. El Sr. Pontellier decidió no intervenir, ni imponer su influencia, ni su autoridad. Seguía el consejo del doctor Mandelet y la dejaba actuar tal y como ella deseaba. El coronel le reprochó a su hija su falta de respeto y afecto filial, su falta de amor fraternal y de consideración femenina. Sus argumentos eran forzados y poco convincentes. Dudaba que Janet fuera a aceptar esas excusas, teniendo en cuenta que Edna no las había presentado. Asimismo, dudaba que Janet le volviera a hablar y estaba seguro de que Margaret tampoco lo haría.

Edna se alegró de librarse de su padre cuando éste decidió, por fin, marcharse con sus ropas y regalos de boda, con sus hombreras, su lectura de la Biblia, sus ponches y sus pesados juramentos.

El Sr. Pontellier lo siguió de cerca. Tenía la intención de hacer una parada en la boda de camino a Nueva York e intentar por medio del afecto y del dinero compensar, en alguna medida, el comportamiento incomprensible de Edna.

—Eres demasiado indulgente, Léonce; más que demasiado —afirmó el

coronel—. Lo que es pertinente en estos casos es la autoridad y la imposición. La única manera de manejar a una esposa es con mano dura. Te lo digo yo.

El coronel quizás no era consciente de que su violencia había llevado a su mujer a la tumba. El Sr. Pontellier tenía la leve sospecha de que así había sido, pero a esas alturas no consideró oportuno mencionarlo.

Edna no se sentía tan aliviada con la marcha de su marido como con la partida de su padre. Conforme se acercaba el día en el que se iba por una larga temporada, se iba poniendo tierna y cariñosa al recordar lo detallista que había sido con ella y las constantes muestras de cariño apasionado. Ella también se mostraba solícita en cuanto a su salud y bienestar. Estaba ocupada con su ropa, pensando en la ropa interior de abrigo al igual que hubiera hecho Madame Ratignolle en circunstancias parecidas. Se echó a llorar cuando se marchó, llamándolo querido, amigo del alma, y le decía que estaba convencida de que se sentiría sola muy pronto y de que acabaría reuniéndose con él en Nueva York.

Sin embargo, después de todo, cuando al fin se encontró sola sintió que una paz resplandeciente la invadía. Incluso los niños también se habían marchado. La anciana Madame Pontellier había venido para llevárselos a Iberville con la niñera. La anciana no se atrevió a decir que temía que los niños no estuviesen bien atendidos durante la ausencia de Léonce; apenas se atrevía a pensarlo. Estaba deseando tenerlos junto a ella y había puesto un grandísimo empeño en ello. No quería que fuesen «niños de asfalto» totalmente, siempre decía que se los dejasen por un tiempo. Quería que conocieran el campo, con sus arroyuelos y prados, con sus bosques y su libertad tan magnífica para los jóvenes. Deseaba que conocieran la vida que había vivido su padre y la que tanto había amado cuando era un niño.

Al quedarse sola, Edna respiró muy aliviada. Experimentó una sensación desconocida, pero maravillosa. Se paseó por toda la casa, de una habitación a otra, como si hubiese sido la primera vez que la veía. Iba probando las sillas y los sillones, como si nunca se hubiera sentado en ellos. Deambuló por el exterior de la casa, comprobando que las ventanas y las persianas estuvieran bien cerradas y en orden. Las flores eran como nuevas amistades; se acercó a ellas con confianza y se sintió a gusto en su compañía. Los caminos del jardín estaban mojados y Edna llamó a la criada para que le llevara las sandalias de

goma. Y allí se quedó agachándose para cavar alrededor de las plantas, arreglándolas y recogiendo las hojas secas. El perrito de los niños se le acercó, estorbando e interponiéndose en su camino. Lo regañó, se rió y jugó con él. El jardín olía muy bien y estaba muy hermoso con la luz de la tarde. Edna recogió todas las flores de colores vivos que pudo encontrar y las metió junto con el perrito en la casa.

Incluso la cocina tenía un aspecto diferente que nunca antes había percibido. Entró y dio instrucciones a la cocinera para que le dijera al carnicero que trajera menos carne, que tan solo necesitarían la mitad de las cantidades habituales de pan, leche y ultramarinos. También avisó a la cocinera de que estaría muy ocupada durante la ausencia del Sr. Pontellier y le rogó que asumiera el control y la administración de la despensa.

Aquella noche, Edna cenó sola. En el centro de la mesa, los candelabros dispuestos con pocas velas, daban toda la luz necesaria. Más allá del círculo en el que estaba sentada, el enorme comedor tenía un aspecto oscuro y solemne. La cocinera, dispuesta a dar lo mejor de sí, sirvió una cena deliciosa: un sabroso solomillo asado en su punto. El vino estaba exquisito y justo el *marron glacé*⁵⁰ era lo que le apetecía a Edna. Además, resultaba tan agradable cenar vestida con un cómodo salto de cama.

Se puso un poco sentimental al acordarse de Léonce y los niños, y se preguntó qué estarían haciendo. Mientras daba al perrito unos exquisitos pedazos de carne, le hablaba de Étienne y Raoul de forma un tanto íntima. El perro estaba que no cabía de gozo y asombro ante tantos agasajos, y mostró su agradecimiento con unos alegres ladridos y movimientos vivarachos.

Después de cenar, Edna se sentó en la biblioteca y estuvo leyendo a Emerson⁵¹ hasta que el sueño la venció. Se dio cuenta de que tenía muy abandonada la lectura y se propuso empezar de nuevo con sus estudios, ahora que podía disponer de tiempo para hacer lo que quisiera.

Después de un baño refrescante, Edna se fue a la cama. Al acurrucarse cómodamente bajo el edredón, la invadió una sensación de descanso que hasta entonces no había experimentado.

Edna no podía trabajar cuando el tiempo estaba gris y nublado. Necesitaba el sol para suavizar y atemperar su estado de ánimo. Había alcanzado una fase en la que ya no titubeaba porque, cuando estaba de humor, trabajaba con facilidad y pulso firme. Como carecía de ambición y no luchaba por conseguir algo en concreto, el trabajo la satisfacía por sí mismo.

En los días lluviosos o melancólicos, Edna salía a la calle y buscaba a los amigos que había hecho en Grand Isle. O bien se quedaba en casa y cultivaba un estado de ánimo al que se estaba acostumbrando para su propia comodidad y paz interior. No estaba desesperada, pero parecía como si la vida se le estuviera escapando, dejando sus expectativas vitales frustradas e insatisfechas. Y, sin embargo, había días en los que hacía caso a las promesas propias de su juventud, pero al mismo tiempo se dejaba seducir y engañar por esas esperanzas.

Edna fue en varias ocasiones a las carreras. Alcée Arobin y la Sra. Highcamp la recogieron, una tarde resplandeciente, en el carruaje de Arobin. La Sra. Highcamp era una mujer de mundo, pero sencilla e inteligente. Rondaba los cuarenta años, de complexión delgada, alta y rubia, su comportamiento no llamaba la atención y poseía unos penetrantes ojos azules. Tenía una hija que le servía de pretexto para cultivar la compañía de los jóvenes de moda. Alcée Arobin era uno de ellos. Era habitual en las carreras, la ópera y los clubs en boga. Normalmente tenía una sonrisa en los ojos que casi siempre despertaba un sentimiento recíproco de alegría en todo aquel que lo miraba o escuchaba su voz de buen talante. Era una persona tranquila y, a veces, un poco insolente. Tenía un magnífico porte y un rostro agradable, pero carecía de profundidad de pensamiento y de sentimiento. Su vestimenta era la habitual en alguien que seguía la moda.

Empezó a sentir una admiración exagerada por Edna desde que la conoció en las carreras con su padre. Ya había coincidido con ella en otras ocasiones, pero le pareció inalcanzable hasta aquel día. Fue a instancias de Alcée que la Sra. Highcamp la llamó para que fuera con ellos al club de hockey a presenciar la carrera más importante de la temporada.

Puede que alguno de los hombres que trabajaban en las pistas supiera más de caballos de carreras que Edna, pero ninguno la superaba. Se sentó entre los dos acompañantes, como quien tiene la autoridad suficiente para tomar la

palabra. Se reía ante las pretensiones de Arobin y deploraba la ignorancia de la Sra. Highcamp. Los caballos de carreras eran como amigos íntimos, relacionados con su infancia. Revivía la atmósfera de los establos y el olor de la hierba azul del prado que se quedó prendido en su memoria olfativa. No se daba cuenta de que estaba hablando como su padre mientras pasaban ante ellos los caballos castrados, acicalados para la ocasión. Apostó muy fuerte y la fortuna le sonrió. La fiebre del juego le inflamaba las mejillas y los ojos y se le metía por la sangre y el cerebro como una droga. La gente volvía la cabeza para mirarla, y más de uno prestaba atención a sus palabras, con la esperanza de asegurar el esquivo pero siempre deseado pronóstico. Arobin se contagió del entusiasmo que lo atraía como un imán a Edna. La Sra. Highcamp permaneció inmóvil, como de costumbre, con su mirada indiferente y sus cejas subidas.

Edna se quedó a cenar en casa de la Sra. Highcamp ante la insistencia de que fue objeto. Arobin también se quedó y despidió el carruaje.

La cena fue tranquila, sin mucho interés, a pesar de los intentos de Arobin por animar el ambiente. La Sra. Highcamp lamentó la ausencia de su hija en las carreras e intentó transmitirle lo que se había perdido al ir a la lectura sobre Dante⁵², en vez de acompañarlos. La muchacha, que sostenía una hoja de geranio con la nariz, no dijo nada, pero estaba al tanto y no se comprometía con nada. El Sr. Highcamp era un hombre sencillo y calvo que solo hablaba cuando se veía obligado a ello y permanecía indiferente a todo. La Sra. Highcamp mostraba una delicada cortesía y consideración hacia su esposo. En la mesa, se dirigía a él casi todo el tiempo. Se sentaron en la biblioteca después de la cena y leyeron juntos los periódicos vespertinos bajo la luz de la lámpara de techo mientras los jóvenes se pasaban al salón contiguo para charlar.

La Srta. Highcamp tocó una selección de obras de Grieg⁵³ al piano. Parecía como si tan solo hubiera captado toda la frialdad del compositor y no su poesía. Mientras Edna escuchaba, no podía dejar de preguntarse si es que había perdido el gusto por la música.

Cuando llegó la hora de marcharse a casa, el Sr. Highcamp se ofreció a regañadientes a acompañarla, mientras se miraba las zapatillas con cierta indiscreción. Fue Arobin quien la llevó a casa. El camino en coche fue largo y

era ya tarde cuando llegaron a la calle Esplanade. Arobin pidió permiso para entrar un segundo y encender un cigarrillo porque se le habían terminado las cerillas. Llenó la caja, pero no encendió el cigarrillo hasta que la dejó, después de que ella le hubiese expresado su deseo de acompañarle de nuevo a las carreras.

Edna no estaba cansada ni tenía sueño. Tenía hambre otra vez, puesto que la cena de los Highcamp había sido excelente, pero un poco escasa. Hurgando en la despensa, encontró unas lonchas de queso Gruyère y unas galletas. Abrió también una botella de cerveza que encontró en la fresquera. Edna se sentía muy inquieta y nerviosa. Tarareaba una melodía agradable mientras atizaba las brasas de leña de la chimenea y se comía una galleta.

Deseaba que ocurriese algo, cualquier cosa; no sabía qué. Lamentaba no haberle propuesto a Arobin que se quedara media hora más para charlar sobre los caballos con ella. Contó el dinero que había ganado, pero no tenía nada más que hacer y se fue a la cama; estuvo dando vueltas durante horas con una especie de agitación exasperante.

A mitad de la noche recordó que se le había olvidado escribir la carta habitual a su esposo, y decidió hacerlo al día siguiente para contarle la tarde en el club de hockey. Permaneció completamente despierta, componiendo una carta que en nada se iba a parecer a la que escribió al día siguiente. Cuando la doncella la despertó por la mañana, Edna estaba soñando con el Sr. Highcamp, que tocaba el piano en la entrada de una tienda de música en la calle Canal, mientras que su esposa subía al coche con Alcée Arobin y le decía:

—¡Lástima de tanto talento desperdiciado! Pero me tengo que ir.

Días después, cuando Alcée Arobin vino en su carruaje a buscar a Edna, la Sra. Highcamp no estaba con él. Alcée dijo que la iba a recoger, pero ella no estaba en casa, puesto que no había sido avisada de que iba a pasar a recogerla. La hija estaba a punto de marcharse para asistir a una reunión de un grupo de la Sociedad de la Tradición Popular y lamentaba no poder acompañarlos. Arobin parecía desconcertado y le preguntó a Edna si había alguien a quien quisiera invitar.

Edna consideró que no valía la pena ir a buscar a alguna de las elegantes amistades de las que ella misma se había alejado. Pensó en Madame Ratignolle, pero sabía que su bella amiga no abandonaba su hogar excepto

para dar un lánguido paseo con su marido alrededor de la manzana y al anochecer. Mademoiselle Reisz se hubiera reído de esa proposición. Madame Lebrun hubiera disfrutado con la salida, pero por alguna razón, Edna no quería. Así que ella y Arobin se fueron solos.

La tarde fue intensa e interesante para Edna. El entusiasmo volvió a su ser como una fiebre intermitente. La conversación entre ellos se tornó familiar y confidencial. No le costaba trabajo intimar con Arobin. Su forma de ser invitaba a la confianza fácilmente. Cuando conocía a una atractiva y encantadora mujer, intentaba ignorar la fase preliminar de la amistad.

Arobin se quedó a cenar con Edna. Permaneció sentado junto al fuego. Rieron y charlaron; y antes de despedirse, le estaba contando a Edna cuán diferente podría haber sido su vida si se hubieran conocido unos años antes. Con ingenua franqueza le confesó lo travieso e indisciplinado que había sido de niño e impulsivamente se remangó el puño para enseñarle la cicatriz que tenía en la muñeca debido a la herida de un sable durante un duelo en París cuando tenía diecinueve años. Edna le tocó la mano mientras examinaba la cicatriz roja de la cara interna de su blanca muñeca. Un rápido impulso, como un espasmo, le impidió que los dedos se cerraran como una especie de garra sobre la mano de Arobin. Sintió la presión de sus afiladas uñas en la carne de la palma.

Edna se levantó apresuradamente y se dirigió hacia la repisa de la chimenea.

—La visión de una herida o una cicatriz siempre me impresiona y me pone enferma —dijo—, no debería haberla mirado.

—Le ruego que me perdone —le suplicó él, siguiéndola—; nunca se me ocurrió que pudiera ser repulsiva.

Se quedó de pie junto a ella y el descaro de su mirada ahuyentó la antigua identidad evanescente, pero, sin embargo, despertó toda su sensualidad. Había suficientes indicios en su rostro como para coger su mano y retenerla, mientras se demoraba, dándole las buenas noches.

—¿Irá de nuevo a las carreras? —preguntó él.

—No —dijo ella—. Ya he tenido bastantes carreras. No quiero perder todo el dinero que he ganado y, además, tengo que aprovechar cuando el día es luminoso para trabajar, en lugar de...

—Sí, trabaje; es lo mejor. Me prometió que me mostraría su trabajo. ¿Qué día puedo subir al estudio? ¿Mañana?

—No.

—¿Pasado mañana?

—No, no.

—Oh, por favor, ¡no me rechace! Sé bastante de estos temas. La podría ayudar con un par de sugerencias.

—No, buenas noches. ¿Por qué no se va después de dar las buenas noches? No me gusta usted —continuó diciendo en tono alto y acalorado, intentando retirar la mano. Notaba que sus palabras mostraban una falta de dignidad y sinceridad, y que él se daba cuenta.

—Siento no gustarle. Lamento haberla ofendido. ¿En qué la he podido ofender? ¿Qué he hecho? ¿No puede perdonarme?

Se inclinó y apretó los labios sobre la mano de Edna, como si no deseara retirarlos jamás.

—Sr. Arobin —se quejó ella—, estoy muy disgustada por los nervios de esta tarde; no soy yo misma. Mi estado de ánimo le ha podido inducir a error de algún modo. Le ruego, por favor, que se marche.

Hablaba en un tono monótono y aburrido. Arobin cogió el sombrero de la mesa y alejó su mirada de la de ella, dirigiéndola hacia el fuego mortecino. Durante unos minutos se hizo un silencio impresionante.

—Su estado de ánimo no me ha confundido, Sra. Pontellier —dijo finalmente—. Han sido mis propios sentimientos. No he podido evitarlo. Cuando estoy cerca de usted, ¿cómo podría evitarlo? Por favor, no piense en ello, no se moleste. Ya ve, me voy cuando me lo pide. Si desea que me aleje, así lo haré. Si me pide que regrese, yo... ¿Me dejaría volver?

Le lanzó una mirada suplicante a la que Edna no respondió. El estado de ánimo de Alcée Arobin era tan auténtico que a menudo se engañaba a sí mismo.

A Edna no le importaba si su comportamiento era sincero o no. Cuando estaba sola miraba mecánicamente el dorso de la mano que él había besado con tanto afecto. Después, inclinó la cabeza sobre la repisa de la chimenea. Sentía como cuando una mujer, en un momento de pasión, se deja llevar hacia un acto de infidelidad, y se da cuenta del significado del acto sin ser

totalmente consciente de su fascinación. ¿Qué pensaría él? La idea se le pasó por la cabeza.

No se refería a su marido. Estaba pensando en Robert Lebrun. Su marido le parecía ahora alguien con el que se había casado sin amor, como una excusa.

Encendió una vela y subió a su habitación. Alcée Arobin no significaba absolutamente nada para ella. Aunque su presencia, sus modales, la calidez de sus miradas y, sobre todo, el contacto de sus labios sobre su mano habían tenido en ella el efecto de un narcótico.

Tuvo un sueño lánguido entremezclado con imágenes evanescentes.

XXVI

Alcée Arobin le escribió una elaborada nota de disculpa, palpitante de sinceridad. Edna se avergonzó porque con la distancia y la tranquilidad del momento le parecía absurdo que se hubiese tomado todo aquello tan en serio y a la tremenda. Se sentía segura de que el significado del incidente tenía que ver con su propia timidez. Si ignoraba la nota, le daría demasiada importancia a un asunto trivial. Si le contestaba en tono serio, le daría la impresión de que en un determinado momento se había dejado llevar por su influencia. Después de todo, no era para tanto que a una le besaran la mano. Edna se tomó como una provocación el hecho de que él le escribiera la nota de disculpa. Le contestó en tono ligero y bromeando, como creía que se merecía, y le dijo que le encantaría que la viera trabajar cuando deseara y sus negocios se lo permitieran.

Él le respondió de inmediato, presentándose en su casa con toda su encantadora inocencia. Y desde entonces apenas pasaba un día en el que Edna no lo viera o lo recordara. Era prolífico en pretextos. Su actitud llegó a ser de amistosa sumisión ciega y de adoración tácita. Estaba listo en cualquier momento para someterse al carácter de Edna que siempre era tan amable como distante. Llegó a acostumbrarse a él. Se convirtieron en amigos íntimos, al principio casi de forma imperceptible, pero más tarde a pasos agigantados. A veces él hablaba de una manera que al principio la desconcertaba e incluso la ruborizaba y que poco a poco empezó a gustarle, despertando el animal que se

movía impaciente en su interior.

No había nada que pudiera calmar tanto la confusión de Edna como una visita a Mademoiselle Reisz. Era entonces en presencia de aquella personalidad tan desagradable para Edna, cuando con su arte sagrado parecía alcanzar su espíritu y liberarlo.

Una tarde nublada, de atmósfera pesada, Edna subió las escaleras hasta el apartamento que la pianista tenía en la azotea. Sus ropas estaban empapadas por la humedad. El frío le recorrió el cuerpo cuando entró en la habitación. Mademoiselle estaba atizando el fuego de la estufa herrumbrosa que humeaba un poco y que apenas calentaba la habitación. Estaba intentando calentar un cazo con chocolate en la estufa. Cuando Edna entró en la habitación le pareció sombría y deprimente. Un busto de Beethoven⁵⁴, cubierto por una capa de polvo, la miraba con el ceño fruncido desde la repisa de la chimenea.

—¡Oh, aquí llega la luz del sol! —exclamó Mademoiselle, levantándose de delante de la estufa donde estaba arrodillada—. Ahora se calentará y habrá luz suficiente; ya puedo dejar el fuego solo.

Cerró la puerta de la estufa, dando un portazo y se acercó para ayudar a Edna a quitarse el impermeable que estaba empapado.

—Tiene usted frío y se la ve abatida. El chocolate estará caliente muy pronto. ¿Preferiría una copa de brandy? Apenas he tocado la botella que me trajo para el catarro.

Mademoiselle llevaba un trozo de franela alrededor del cuello; la tortícolis le obligaba a llevar la cabeza inclinada.

—Tomaré un poco de brandy —dijo Edna, tiritando mientras se quitaba los guantes y los chanclos de goma. Bebió el licor del vaso como hubiera hecho un hombre. Después, echándose en el incómodo sofá, dijo—: Mademoiselle, me voy a mudar de mi casa en la calle Esplanade.

—¡Oh! —exclamó la pianista, ni sorprendida, ni especialmente interesada. Nada parecía sorprenderla en exceso. Estaba tratando de ajustarse el ramillete de violetas que se le había soltado del pasador que le sujetaba el pelo. Edna la hizo agacharse hasta el sofá y cogió una horquilla de su cabello para poder poner en su sitio las raídas flores artificiales.

—¿No le sorprende?

—No mucho. ¿Adónde va a ir? ¿A Nueva York? ¿A Iberville? ¿A casa de

su padre en Misisipí? ¿Adónde?

—Sólo a dos pasos —dijo Edna, riendo—, a una casita de cuatro habitaciones a la vuelta de la esquina. Cada vez que paso por delante, me parece tan acogedora, tan tranquila y tentadora; y se alquila. Estoy cansada de ocuparme de una casa tan grande. Nunca me pareció mía, no la sentía como mi hogar. Es muy complicado. Tengo que mantener al servicio y estoy cansada de ocuparme de tantos sirvientes.

—Ese no es el motivo real, *ma belle*. A mí no es necesario que me engañe. Yo no conozco las auténticas razones, pero no me ha dicho la verdad.

Edna no protestó, ni hizo intento alguno de justificarse.

—La casa y el dinero que la mantiene no son míos. ¿No son ésas razones suficientes?

—Son de su marido —contestó Mademoiselle, encogiéndose de hombros y subiendo maliciosamente las cejas.

—Oh, ya veo que no hay manera de engañarla. Bueno, déjeme que le diga la verdad: es un capricho. Tengo un poco de dinero mío, de la herencia de mi madre que mi padre me envía con cuentagotas. Gané una suma importante de dinero este invierno en las carreras y además estoy empezando a vender mis dibujos. Laidpore cada vez está más entusiasmado con mi trabajo; dice que gana en fuerza e individualidad. Yo eso no lo puedo juzgar, pero siento que he ganado en seguridad y confianza. Sin embargo, como ya le he dicho, he vendido bastante a través de Laidpore. Puedo vivir en la casita con poco o casi nada. La anciana Célestine, que trabaja de vez en cuando para mí, dice que se quedará conmigo y me ayudará. Sé que me gustará vivir allí para sentirme libre e independiente.

—¿Qué dice su marido?

—No se lo he dicho todavía. Acabo de reflexionar al respecto esta mañana. Estoy segura de que usted considerará que estoy loca, no hay duda. Quizás usted también lo piense.

Mademoiselle movió la cabeza lentamente.

—Aún no tengo claros cuáles son sus motivos —dijo.

Tampoco estaban claros para Edna; pero se desvelaron cuando se sentó durante un rato en silencio. El instinto la había impulsado a dejar de lado la generosidad de su marido al haber cesado su fidelidad. No sabía lo que

ocurriría cuando él regresara. Tendría que haber comprensión y explicaciones. Las condiciones se irían pactando; pero ocurriese lo que ocurriese, había decidido no volver a pertenecer a nadie más que a sí misma.

—Daré una gran cena antes de marcharme de la casa antigua —exclamó Edna—. Tiene que venir, Mademoiselle. Le serviré todo lo que le apetezca de comer y beber. Cantaremos, reiremos y seremos felices por esa vez —y lanzó un suspiro que provenía desde lo más hondo de su ser.

Si Mademoiselle hubiese recibido una carta de Robert durante el intervalo entre las visitas de Edna, se la habría dado sin que se la hubiese pedido. Después, se habría sentado a tocar el piano adonde su estado de ánimo la hubiese llevado, mientras la joven leía la carta.

La pequeña estufa hacía un estruendo tremendo; estaba al rojo vivo y el chocolate en el cazo chisporroteaba al hervir. Edna se acercó y abrió la puerta de la estufa y Mademoiselle, levantándose, cogió una carta de debajo del busto de Beethoven y se la entregó a Edna.

—¡Otra! ¡Tan pronto! —exclamó con los ojos llenos de entusiasmo—. Dígame, Mademoiselle: ¿sabe él que leo sus cartas?

—¡En absoluto! Si lo supiera, se enfadaría, y nunca me volvería a escribir. ¿Le escribe a usted? Ni una línea. ¿Le envía algún mensaje? Ni una palabra. Eso es porque la ama. ¡Pobre tonta! Y está intentando olvidarla, porque usted no es libre para escucharlo ni para pertenecerle.

—Entonces, ¿por qué me enseña usted sus cartas?

—¿No me suplicó que lo hiciera? ¿Acaso puedo yo negarle algo? Oh, no, no puede usted engañarme.

Mademoiselle se acercó a su amado instrumento y empezó a tocar. Edna no leyó la carta de inmediato. Se sentó con ella en la mano, mientras la música penetraba todo su ser como un resplandor, reconfortando e iluminando los espacios oscuros de su espíritu. La predisponía a la alegría y el júbilo.

—Oh —exclamó, dejando caer la carta al suelo—. ¿Por qué no me lo dijo? —se dirigió a Mademoiselle, cogiéndole las manos del teclado—. ¡Oh, cruel, malvada! ¿Por qué no me lo dijo?

—¿Qué él venía? No es una gran noticia, *ma foi* [55](#). Me pregunto cómo no ha venido hace tiempo.

—Pero ¿cuándo, cuándo? —gritó Edna, impaciente—. No dice cuándo.

—Dice «muy pronto». Usted sabe tanto como yo. Todo está en la carta.

—¿Pero por qué? ¿Por qué vuelve? Oh, si supiera... —y recogió la carta del suelo y recorrió las páginas de arriba abajo, buscando la razón que no encontró.

—Si yo fuera joven y estuviera enamorada de un hombre —dijo Mademoiselle, girando en su taburete y apretando sus manos musculosas entre las rodillas, mientras miraba a Edna, que estaba sentada en el suelo, sosteniendo la carta—, me parece que tendría que tener un *grand esprit* ⁵⁶; un hombre con grandes aspiraciones y posibilidades de alcanzarlas; alguien lo suficientemente sobresaliente como para atraer la atención de sus semejantes. Me parece que si fuera joven y estuviera enamorada, nunca consideraría merecedor de mi devoción a un hombre mediocre.

—Ahora es usted quien está mintiendo y tratando de engañarme, Mademoiselle; o tal vez es que jamás ha estado usted enamorada y no sabe lo que es. ¿Por qué —continuó Edna, cogiéndose las rodillas y levantando la cara para mirar el rostro retorcido de Mademoiselle— supone usted que una mujer sabe por qué está enamorada? ¿Lo elige? ¿O tal vez se dice a sí misma, adelante? Aquí hay un distinguido hombre de estado con posibilidades de ser presidente; voy a enamorarme de él. O voy a poner mi corazón en este músico cuya fama corre de boca en boca. O en este hombre de negocios que controla los mercados financieros del mundo.

—Me está malinterpretando intencionadamente, *ma reine* ⁵⁷. ¿Está enamorada de Robert?

—Sí —dijo Edna. Era la primera vez que lo había admitido y el rubor le cubrió el rostro, llenándolo de manchitas rojas.

—¿Por qué —preguntó su amiga—, ¿por qué le ama si no debería hacerlo?

Edna se arrastró de rodillas hacia Mademoiselle Reisz con dos movimientos. La pianista le cogió el rostro ruborizado entre sus manos.

—¿Por qué? Porque tiene el pelo castaño y separado de la sien; porque abre y cierra los ojos y tiene la nariz algo desdibujada; porque tiene dos labios y la mandíbula cuadrada y el dedo meñique que no puede estirar por haber jugado al béisbol demasiado en su juventud. Porque...

—En resumen, porque sí —rió Mademoiselle—. ¿Qué hará usted cuando él regrese?

—¿Hacer? Nada, excepto sentirme contenta y feliz de estar viva.

Ya estaba contenta y feliz de estar viva con pensar en su vuelta. El cielo oscuro y amenazador que la había deprimido horas antes, ahora parecía tonificante y estimulante mientras, de regreso a casa, chapoteaba en los charcos de la calle.

Paró en una pastelería y pidió una caja enorme de bombones para los niños en Iberville. Metió una tarjeta en la caja en la que escribió un tierno mensaje y mandó un montón de besos.

Antes de la cena, por la tarde, Edna le escribió una carta encantadora a su marido, contándole su intención de mudarse por un tiempo a la casita situada a la vuelta de la esquina y de dar una cena de despedida antes de marcharse, lamentando que él no estuviera allí para participar y ayudarla con el menú y los invitados. La carta era brillante y rebosaba alegría.

XXVII

—¿Qué le pasa? —preguntó Arobin aquella tarde—. No la había visto nunca de tan buen humor.

Edna estaba cansada y se había tumbado en el sofá, frente al fuego.

—¿No sabe que el meteorólogo ha dicho que veremos el sol muy pronto?

—Bueno, eso debería ser razón suficiente para estar contenta —aceptó él—. Y, por cierto, usted no me daría otra aunque me sentara aquí a implorárselo durante toda la noche.

Se sentó cerca de ella en un taburete, y mientras hablaba, tocaba con los dedos el cabello que caía sobre la frente de Edna. A ella le gustaba el tacto de los dedos en su cabello, y cerraba los ojos con gran placer.

—Uno de estos días —dijo Edna—, voy a serenarme durante un rato para poder pensar e intentar averiguar qué clase de mujer soy, porque sinceramente no lo sé. Según los códigos de comportamiento que conozco, soy un ejemplar de mi sexo diabólicamente malvado. Pero de alguna manera no logro convencerme de que lo soy. Debo pensar sobre ello.

—No lo haga. ¿De qué serviría? ¿Por qué tiene que preocuparse de pensar en ello cuando yo mismo le puedo decir qué tipo de mujer es?

Los dedos de Arobin se deslizaban de vez en cuando por las suaves y cálidas mejillas y por su firme barbilla, que estaba un poquito llena y con incipiente papada.

—¡Oh, sí! Me dirá que soy adorable; y un montón de palabras encantadoras. ¡Ahórrese el esfuerzo!

—No, no le diré nada de eso, aunque mentiría si no lo hiciese.

—¿Conoce a Mademoiselle Reisz? —preguntó Edna, como sin darle importancia.

—¿La pianista? La conozco de vista. La he escuchado tocar el piano.

—A veces dice cosas raras, medio en broma. En un principio uno no se percata, pero después lo que dice da que pensar.

—¿Por ejemplo?

—Bien, por ejemplo, cuando la dejé hoy, me abrazó y me tocó las paletillas para comprobar si mis alas eran fuertes, según dijo. El pájaro que quiere elevarse más allá de la tradición y los prejuicios debe tener alas fuertes. Es un espectáculo triste ver a los débiles, magullados y agotados, revoloteando hacia la tierra.

—¿Adónde querría usted volar?

—No pienso en vuelos extraordinarios. Sólo la entiendo a medias.

—He oído decir que Mademoiselle está un poco trastornada —dijo Arobin.

—A mí me parece que está maravillosamente lúcida —contestó Edna.

—Me han dicho que es extremadamente desagradable y antipática. ¿Por qué se ha puesto a hablar de ella en el preciso momento en el que yo quería hablar sobre usted?

—Bueno, hable de mí, si es lo que desea —exclamó Edna, apretando las manos detrás de la cabeza—; pero déjeme pensar en otra cosa mientras lo hace.

—Estoy celoso de sus pensamientos esta noche. La hacen estar un poco más amable que de costumbre, pero en cierta manera siento, como si estuviera deambulando, como si no estuviese aquí conmigo.

Ella lo miró sonriente. Los ojos de Alcée estaban muy cerca. Se inclinó sobre el sofá, pasando el brazo delante de ella, mientras la otra mano descansaba sobre su cabello. Continuaron mirándose a los ojos en silencio.

Cuando se acercó a ella la besó y ella le sujetó la cabeza, manteniendo sus labios unidos a los de él.

Era el primer beso en su vida al que su naturaleza había respondido de verdad. Era una antorcha llameante que encendía el deseo.

XXVIII

Edna lloró un poco aquella noche cuando Arobin la dejó. Era tan solo una de las múltiples emociones que la embargaban. Tenía una abrumadora sensación de irresponsabilidad. Estaba impactada por una situación inesperada e inusual. La asaltaban los reproches de su marido, observándola desde el mundo externo que la rodeaba y que él le había proporcionado para su existencia. Los reproches de Robert se hacían más palpables en el súbito amor que se había despertado en Edna que era aún más sofocante e intenso. Sobre todo había entendimiento. Sentía como si un velo hubiera caído ante sus ojos, permitiéndole mirar y comprender el significado de la vida, ese monstruo hecho de belleza y brutalidad. Sin embargo, entre los sentimientos contradictorios que la asaltaban no había ni vergüenza, ni remordimiento. Sentía la punzada del dolor porque no había sido el beso del amor el que la había encendido, porque no era el amor el que había ofrecido esta copa de vida a sus labios.

XXIX

Sin esperar una respuesta de su marido respecto a su opinión o deseos sobre el asunto, Edna se apresuró para tener todo listo, dejar su hogar en la calle Esplanade y mudarse a la casita a la vuelta de la manzana. Una ansiedad febril la acompañaba en todos los movimientos que hacía en esa dirección. No había ni un momento de calma, ni respiro entre el pensamiento y la acción. A primeras horas de la mañana, después del encuentro con Arobin, Edna se dispuso a asegurar su nueva morada y a darse prisa en los preparativos para

ocuparla. Dentro del recinto de su hogar, se sentía como el que se interna y permanece en la entrada de algún templo prohibido en el que miles de voces, casi inaudibles, le piden que abandone el lugar.

Todo lo que le pertenecía en la casa, aquello que había adquirido al margen de la generosidad de su marido, lo trasladó a la otra casa, empleando sus propios recursos para reponer lo que le faltaba.

Arobin la encontró arremangada, trabajando en compañía de una doncella cuando la visitó por la tarde. Estaba espléndida, enérgica y jamás había estado más atractiva que con aquel viejo vestido azul con un pañuelo rojo de seda, anudado al azar alrededor de la cabeza para proteger el cabello del polvo. Estaba subida en lo alto de una escalera, descolgando un cuadro de la pared cuando él entró. Había encontrado la puerta principal abierta y después de llamar se decidió a entrar sin más preámbulos.

—¡Bájese! —dijo—. ¿Quiere matarse?

Edna lo recibió sin mucho interés y parecía absorta en sus ocupaciones.

Si Arobin creía que la iba a encontrar triste, con reproches o entregada a las lágrimas sentimentales, se iba a llevar una gran sorpresa.

Sin duda, estaba preparado para cualquier contingencia, listo para enfrentarse a cualquiera de las actitudes previas que Edna había adoptado, adaptándose de forma fácil y natural a la situación a la que tuviese que hacer frente.

—Por favor, bájese —insistió, sosteniendo la escalera y mirándola hacia arriba.

—No —contestó ella—. A Ellen le da miedo subirse. Joe está trabajando en el «palomar» (así lo llama Ellen, por lo pequeño que es y porque parece un palomar), y alguien lo tiene que hacer.

Arobin se quitó el abrigo y comentó que estaba preparado y dispuesto a probar suerte en su lugar. Ellen le trajo una de sus gorras para el polvo y aunque hacía esfuerzos por controlarse, se retorcía de risa al ver cómo se la ponía de forma grotesca ante el espejo. Ni siquiera Edna podía evitar sonreír cuando le pidió que se la atase. Así fue como él tomó el relevo y subió a la escalera para descolgar los cuadros, las cortinas y quitar los adornos, bajo la dirección de Edna. Cuando Arobin terminó, se quitó la gorra y salió a lavarse las manos.

Edna estaba sentada en el taburete, cepillando con despreocupación los flecos de un plumero sobre una alfombra, cuando él volvió a entrar.

—¿Hay algo más que me permita hacer? —preguntó.

—Ya está todo —contestó ella—. Ellen puede arreglárselas con el resto.

Edna mantuvo ocupada a la joven con la limpieza del salón porque no deseaba quedarse a solas con Arobin.

—¿Qué hay de la cena? —preguntó él—. ¿El gran acontecimiento, el *coup d'état*⁵⁸?

—Será pasado mañana. Pero ¿por qué lo llama usted *coup d'état*? Será estupendo. Sacaré todo lo mejor: la cristalería, los objetos de plata y oro, la porcelana de Sèvres, flores, música y nadaremos en champán. Las facturas se las dejaré que las pague Léonce. Me pregunto qué dirá cuando las vea.

—¿Y me pregunta por qué lo llamo un *coup d'état*?

Arobin se había puesto su abrigo y de pie ante ella, le preguntó si la corbata estaba derecha. Ella le respondió que sí, que la tenía justo alineada con el cuello.

—¿Cuándo irá al palomar, como dice Ellen?

—Pasado mañana, después de cenar. Dormiré allí.

—Ellen, ¿tendría la amabilidad de traerme un vaso de agua? —preguntó Arobin—. El polvo de las cortinas, discúlpeme por mencionarlo, me ha irritado la garganta.

—Mientras Ellen trae el agua —dijo Edna, levantándose—, le acompañaré para despedirlo. Tengo que librarme de toda esta suciedad y tengo un millón de cosas que hacer y en las que pensar.

—¿Cuándo la volveré a ver? —preguntó Arobin, tratando de retenerla, ya que la doncella había salido de la habitación.

—En la cena, por supuesto. Está usted invitado.

—¿Y no podría ser antes? ¿Esta noche, mañana por la mañana, mañana al mediodía o por la noche? ¿O pasado mañana por la mañana o al mediodía? ¿No se da cuenta, sin que tenga que decírselo, que me parece una eternidad?

Ella había seguido hasta el recibidor al pie de la escalera y se quedó mirándola, mientras ella subía con el rostro vuelto hacia él.

—Ni un instante antes —dijo Edna. Pero se rió y lo miró de tal forma que le dio el suficiente valor como para esperar y convertir en tortura la espera.

XXX

Aunque Edna había hablado de la cena como un gran acontecimiento, se trataba en realidad de una pequeña reunión con un grupo selecto de invitados escogidos con criterio. Había calculado alrededor de doce sentados en la mesa de caoba, teniendo en cuenta que Madame Ratignolle estaría indispuesta y no podría asistir, y que Madame Lebrun, enviaría mil disculpas en el último momento. Así que solo serían diez que, después de todo, era un número agradable y cómodo.

Entre los invitados estaba la Sra. Merriman, una hermosa mujer menuda de treinta años y llena de vida; su marido, un tipo jovial, corto de entendederas, se reía con las ocurrencias de los demás y esto le hacía ser muy popular. Les acompañaba la Sra. Highcamp. Por supuesto, estaban Alcée Arobin y Mademoiselle Reisz que habían aceptado ir. Edna le había enviado un ramillete de violetas naturales con arreglos de encaje para el cabello. Monsieur Ratignolle presentó las excusas de su mujer por su ausencia. Víctor Lebrun, que daba la casualidad que estaba en la ciudad entregado al descanso, aceptó la invitación de inmediato. Estaba también una tal Srta. Mayblunt, que ya no era una adolescente y miraba el mundo con unos anteojos y gran curiosidad. Se decía que era una intelectual; del mismo modo, se sospechaba que escribía con un *nom de guerre*⁵⁹. La acompañaba un caballero que se llamaba Gouvernail, relacionado con uno de los periódicos de tirada diaria y del que nada en especial se podía comentar, excepto que era cortés y parecía tranquilo e inofensivo. Edna hacía el número diez. A las ocho y media se sentaron a la mesa, con Arobin y Monsieur Ratignolle a cada lado de la anfitriona.

La Sra. Highcamp se sentó entre Arobin y Víctor Lebrun. Después estaban la Sra. Merriman, el Sr. Gouvernail, la Srta. Mayblunt, el Sr. Merriman y Mademoiselle Reisz junto al Sr. Ratignolle.

El aspecto de la mesa era simplemente maravilloso: el mantel de satén amarillo pálido con franjas de encaje le daba un efecto fastuoso a la mesa. Las velas ardían suavemente en los candelabros de bronce macizo con tonos de seda amarilla; abundaban las perfumadas rosas amarillas y rojas. Tal y como Edna había anunciado, desplegó los diversos objetos de plata y oro, y la

cristalería, que resplandecía como las joyas que llevaban las señoras.

Había descartado para la ocasión las habituales sillas rígidas de comedor, sustituyéndolas por otras más cómodas y lujosas que había logrado reunir por toda la casa. A Mademoiselle Reisz, que era menuda, le habían colocado unos cojines, como a los niños que, a veces, se sientan a la mesa sobre objetos grandes para elevarlos.

—¿Es nuevo, Edna? —exclamó la Srta. Mayblunt, con los anteojos dirigidos hacia un deslumbrante racimo de diamantes que brillaba en el cabello de Edna, justo sobre la mitad de la frente.

—Bastante nuevo. De hecho, es un regalo de mi marido que me llegó esta misma mañana desde Nueva York. Tengo que admitir que hoy es mi cumpleaños y hago veintinueve. Cuando llegue el momento, espero que beban a mi salud. Entre tanto, les pediré que empiecen con este cóctel «creado»... ¿Se puede decir «creado»? —dijo, apelando a Miss Mayblunt—. Pues fue «creado» por mi padre en honor de la boda de mi hermana Janet.

Ante cada invitado había un vasito que brillaba como un granate.

—Entonces, después de todo —habló Arobin—, no estaría mal si empezáramos por brindar a la salud del coronel con el cóctel que él elaboró y por el cumpleaños de la mujer más encantadora: la hija que él creó.

La risa del Sr. Merriman ante esta ocurrencia fue un arrebato tan genuino y contagioso, que hizo que la cena empezara con un espíritu que en ningún momento decayó.

La Srta. Mayblunt rogó que no le permitieran tocar su cóctel para poder contemplarlo. ¡El color era maravilloso! No se podía comparar a nada que hubiera visto antes, y los destellos granates que emitía eran tan raros como indescritibles. Declaró que el coronel era un artista y lo reafirmó.

Monsieur Ratignolle estaba dispuesto a tomarse las cosas en serio: el plato principal, los entremeses, el servicio, la decoración, incluso la gente. Miró con detenimiento la palometa que le habían servido y le preguntó a Arobin si él tenía algo que ver con el caballero del mismo nombre que formaba parte del bufete de abogados Laitner & Arobin. El joven admitió que Laitner era un amigo muy querido al que le permitía que su nombre decorara los membretes de la firma y apareciese en las placas que adornaban la calle Perdido.

—Hay tanta gente curiosa y tal abundancia de instituciones —dijo Arobin

—, que hoy en día uno se ve obligado, y también por comodidad, a asumir una ocupación aunque no se tenga.

Monsieur Ratignolle se le quedó mirando fijamente y se volvió para preguntar a Mademoiselle Reisz si ella consideraba que los conciertos de la sinfónica habían sido mejores que los del invierno anterior. Mademoiselle Reisz le contestó a Monsieur Ratignolle en francés, lo que Edna consideró un poco descortés por su parte y más aún en aquellas circunstancias, pero era algo habitual en ella. Mademoiselle solo decía cosas desagradables de los conciertos de la sinfónica y comentarios insultantes sobre todos los músicos de Nueva Orleans, como individuos y en su conjunto. Todo su interés parecía centrado en las exquisiteces colocadas ante ella.

El Sr. Merriman dijo que el comentario del Sr. Arobin sobre la gente curiosa le recordaba a un hombre de Waco que había conocido en el Hotel St. Charles; pero como las historias del Sr. Merriman eran siempre flojas y carentes de interés, su mujer en raras ocasiones permitía que las terminase. Le interrumpió para preguntarle si se acordaba del nombre del autor del libro que había comprado la semana anterior para enviárselo a un amigo en Ginebra. Estaba hablando de libros con el Sr. Gouvernail e intentaba que diera su opinión sobre los temas literarios de actualidad. Su marido contó la historia del hombre de Waco a la Srta. Mayblunt en un aparte y ella fingió que le había parecido muy divertida y extremadamente ingeniosa.

La Sra. Highcamp seguía con languidez y poco interés al invitado de la izquierda, Víctor Lebrun, quien desplegaba una cálida e impetuosa locuacidad. Ella no dejó de prestarle toda su atención desde que se sentó a la mesa, y cuando él se dirigió a la Sra. Merriman, que era más guapa y vivaz que la Sra. Highcamp, esperó con indiferencia alguna oportunidad para captar su atención. De vez en cuando, sonaba la música de las mandolinas lo suficientemente alejada como para ser una agradable compañía más que una molestia para la conversación. Fuera se escuchaba el suave y monótono salpicar de una fuente; el sonido penetraba en la habitación, con un fuerte olor a jazmines que entraba por las ventanas abiertas.

El brillo dorado del vestido de satén de Edna se esparcía en suntuosos pliegues a ambos lados de ella. Llevaba un encaje suave que le caía alrededor de los hombros. Era del color de su piel, sin el brillo ni los infinitos matices

que se pueden descubrir a flor de piel. Había algo en su actitud, en todo su aspecto, cuando reclinaba la cabeza hacia el respaldo de la silla y extendía sus brazos, que recordaba a una dama regia: la que gobierna, contempla y permanece sola.

Pero sentada allí entre sus invitados, sentía que la invadía el antiguo hastío; la desesperación que tantas veces se apoderaba de ella y que se convertía en una obsesión, como algo extraño, independiente de su voluntad. Se anunciaba como una suerte de aliento frío, de lamentos que parecían provenir de una inmensa caverna. Le sobrevénia una profunda añoranza que siempre evocaba, en su visión espiritual, la presencia del amado, apoderándose de ella de inmediato la sensación de lo inalcanzable.

El tiempo pasaba, mientras un sentimiento de buena camaradería recorría el círculo, como un hilo místico que mantenía unidas a aquellas personas con bromas y risas. Monsieur Ratignolle fue el primero que rompió el agradable encanto. A las diez en punto se excusó. Madame Ratignolle lo estaba esperando en casa. Ella estaba *bien souffrante*⁶⁰, llena de oscuros temores que solo la presencia de su esposo podía aliviar.

Mademoiselle Reisz se levantó con Monsieur Ratignolle, quien se ofreció a escoltarla hasta el carruaje. Mademoiselle había cenado bien; había probado los magníficos y deliciosos vinos que probablemente se le habían subido a la cabeza cuando se inclinó para saludar a todos los presentes al retirarse de la mesa. Besó a Edna en el hombro y le susurró: «*Bon nuit, ma reine; soyez sage*»⁶¹. Se había desconcertado al levantarse o más bien al descender de los cojines, y Monsieur Ratignolle la tomó galantemente del brazo y la condujo hacia la salida.

La Sra. Highcamp estaba tejiendo una guirnalda de rosas amarillas y rojas. Cuando la terminó, la colocó suavemente sobre los rizos negros de Víctor que estaba reclinado en la lujosa silla y sostenía una copa de champán a contraluz.

Como si una varita mágica lo hubiera tocado, la guirnalda de rosas lo transformó en una imagen de belleza oriental. Tenía las mejillas del color de la uva prensada y sus ojos oscuros brillaban como el fuego que languidece.

—*Sapristi!*⁶² —exclamó Arobin.

Pero la Sra. Highcamp tenía una pincelada más que añadir a la escena. Cogió del respaldo de su silla un pañuelo blanco de seda con el que se había

cubierto los hombros a primeras horas de la tarde, y lo colocó alrededor del muchacho en graciosos pliegues, de tal forma que cubría su traje negro convencional. A él no parecía importarle lo que le había hecho la señora, tan solo sonreía, mostrándole el débil brillo de sus blancos dientes, mientras contemplaba la luz a través de la copa de champán con los ojos medio cerrados.

—¡Oh, poder pintar con colores en vez de con palabras! —exclamó la Srta. Mayblunt, mirándolo extasiada mientras se perdía en un sueño rapsódico.

«Había una imagen grabada de deseo
pintada en rojo sangre sobre fondo dorado»⁶³,

susurró Gouvernail.

Los efectos del vino en Víctor habían tornado su habitual locuacidad en silencio. Parecía haberse abandonado a un ensueño y a ver visiones agradables en las burbujas ambarinas.

—Cante —rogó la Sra. Highcamp—. ¿No quiere cantar para nosotros?

—Déjelo tranquilo —dijo Arobin.

—Está posando —sugirió el Sr. Merriman —; dejen que se le pase.

—Creo que está paralizado —dijo riendo la Sra. Merriman. E inclinándose sobre la silla del joven, cogió el vaso de su mano y se lo acercó a los labios. Sorbió el vino lentamente y, cuando terminó la copa, ella la dejó sobre la masa y le secó los labios con su vaporoso pañuelo.

—Sí, cantaré para usted —dijo Víctor, volviendo la silla hacia la Sra. Highcamp. Juntó las manos por detrás de la cabeza y, mirando al techo, empezó a tatarrear un poco, probando su voz, como un músico afina un instrumento. Después, mirando a Edna, empezó a cantar:

*«Ah! Si tu savais!»*⁶⁴.

—¡Cállese! —gritó ella—. No cante eso. No quiero que lo cante —y dejó el vaso sobre la mesa de forma tan impetuosa y a ciegas que lo hizo añicos contra una frasca. El vino se derramó sobre las piernas de Arobin y goteó un poco sobre el vestido de gasa negra de la Srta. Highcamp. Víctor había perdido la noción de la cortesía o pensó que su anfitriona no se lo tomaba muy

en serio porque continuó riéndose y cantando:

*«Ah! Si tu savais
Ce que tes yeux me disent»⁶⁵.*

—¡Oh, no puede hacerlo, no debe! —exclamó Edna y, empujando su silla hacia atrás, se levantó y le tapó la boca con la mano. Él le besó la suave palma de la mano que le apretaba los labios.

—No, no lo haré, Sra. Pontellier. No creía que lo dijera en serio —dijo, mirándola con ojos lisonjeros. El tacto de sus labios era como una agradable picadura en la mano. Levantó la guirnalda de rosas de su cabeza y la lanzó al otro lado de la habitación.

—Vamos, Víctor, ya has posado bastante tiempo. Devuélvele el pañuelo a la Sra. Highcamp.

La Sra. Highcamp desenrolló el pañuelo del cuerpo con sus propias manos. La Srta. Mayblunt y el Sr. Gouvernail pensaron que era el momento de despedirse. Y el Sr. y la Sra. Merriman se preguntaban cómo podía ser tan tarde.

Antes de despedirse de Víctor, la Sra. Highcamp le invitó a ponerse en contacto con su hija porque estaba segura de que le encantaría conocerlo para hablar francés y cantar canciones francesas con él. Víctor expresó su deseo e intención de llamar a la Srta. Highcamp a la primera oportunidad que tuviera. Le preguntó si Arobin llevaba el mismo camino que él, pero Arobin iba en otra dirección.

Los intérpretes de mandolina hacía mucho rato que se habían escabullido. Un profundo silencio había caído sobre la amplia y hermosa calle. Las voces chillonas de los invitados de Edna eran la nota discordante en la tranquila armonía de la noche.

XXXI

—¿Y bien? —preguntó Arobin, que había permanecido con Edna después de que los otros se hubieran ido.

—Bien —respondió Edna, deteniéndose y estirando los brazos ante la necesidad de relajar los músculos después de haber estado sentada durante tanto tiempo.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—Todos los sirvientes se han marchado. Se fueron con los músicos. Los he despedido. Hay que cerrar la casa y echar las llaves; yo iré andando hasta el palomar y enviaré a la anciana Célestine por la mañana para arreglar las cosas.

Arobin miró a su alrededor y empezó a apagar algunas luces.

—¿Qué hacemos con la parte de arriba? —preguntó.

—Creo que todo está en orden, pero debe de haber una o dos ventanas sin cerrar. Será mejor que lo comprobemos; debería coger una vela y mirar. Tráigame el chal y el sombrero que están a los pies de la cama de la habitación del centro.

Arobin subió con la vela, y Edna empezó a cerrar puertas y ventanas. Le resultaba desagradable cerrarlas sin haber aireado el humo y los vapores del vino. Arobin encontró la capa y el sombrero, los bajó y la ayudó a ponérselos.

Cuando estuvo todo bien cerrado y las luces apagadas, salieron por la puerta principal. Arobin cerró y le llevó la llave a Edna. Después la ayudó a bajar las escaleras.

—¿Quiere una ramita de jazmín? —preguntó él, mientras partía algunos brotes al pasar.

—No, no quiero nada.

Parecía descorazonada y sin nada que decir. Edna le cogió del brazo que él le ofrecía y con la otra mano sostenía la cola del vestido de satén. Miró hacia abajo y se dio cuenta de cómo la línea negra de la pierna de Arobin se movía hacia dentro y hacia afuera muy cerca de ella y contra el destello amarillo de su vestido. A lo lejos se escuchaban el pitido del tren y las campanadas de media noche. No se encontraron con nadie durante el corto paseo.

El «palomar» se levantaba detrás de una verja cerrada con llave y de un parterre llano que estaba descuidado. Había un pequeño porche delantero sobre el que se abrían una ventana alargada y la puerta principal. La puerta daba directamente al recibidor; no había entrada lateral. En la parte trasera del patio estaba la habitación del servicio en la que la anciana Célestine estaba

instalada.

Edna había dejado una lámpara de luz tenue sobre la mesa, consiguiendo de esta forma que la habitación resultase habitable y hogareña. Había unos cuantos libros sobre la mesa y un sofá a mano. En el suelo había esteras nuevas cubiertas por una o dos alfombras; y en las paredes colgaban unos pocos cuadros de buen gusto. La habitación estaba llena de flores y para Edna fue una auténtica sorpresa. Arobin las había enviado y había ordenado a Célestine que las distribuyese mientras Edna estaba ausente. Su dormitorio estaba al lado y por un pasillo corto se llegaba al comedor y la cocina.

Edna se sentó con aire de total desasosiego.

—¿Estás cansada? —preguntó él.

—Sí, tengo escalofríos y estoy triste. Siento como si me hubieran dado demasiada cuerda y algo dentro de mí se hubiera roto por la tensión. Descansó la cabeza sobre su brazo desnudo.

—Necesita descansar —dijo él—. Y estar tranquila. Me voy. Me marcho y la dejo descansar.

—Sí —contestó Edna.

Arobin permaneció junto a ella y le pasó su mano magnética por el cabello. Su tacto le transmitió un cierto bienestar físico. Incluso se podría haber quedado dormida allí, si él hubiera continuado pasándole la mano por el cabello. Después se lo cepilló desde la nuca hacia arriba.

—Espero que por la mañana se sienta mejor y más feliz —le dijo él—. Ha intentado hacer demasiadas cosas en estos últimos días. La cena ya fue lo último. Debería haber prescindido del evento.

—Sí —reconoció Edna—. Fue una estupidez.

—No, fue una delicia, pero la ha agotado.

Sus manos se perdieron por los hermosos hombros de Edna y él sentía la respuesta de su piel al tacto. Se sentó detrás de ella y la besó suavemente en el hombro.

—Creí que se iba a marchar —dijo ella, en un tono de voz irregular.

—Me iré en cuanto le desee las buenas noches.

—Buenas noches —murmuró ella.

Él no respondió, y continuó acariciándola. No le dio las buenas noches hasta que ella se entregó a la agradable seducción de sus ruegos.

XXXII

Cuando el Sr. Pontellier se enteró de las intenciones de su esposa de abandonar la casa y cambiar de residencia a otro lugar, le escribió de inmediato una carta de total desaprobación y protesta. Ella le había dado razones que él no estaba dispuesto a considerar válidas. Esperaba que ella no hubiese actuado bajo el influjo del impulso; y le suplicó que considerase, en primer lugar y sobre todas las cosas, lo que la gente diría. Cuando le hizo esta advertencia, no estaba pensando en el escándalo, eso es algo que no se le hubiera pasado por la cabeza, tratándose del nombre de su esposa o del suyo. Simplemente estaba pensando en su bienestar económico. Podría correrse la voz de que los Pontellier tenían dificultades económicas y ello les obligaría a administrar su hogar de manera más humilde que hasta entonces. Podría causarles un daño incalculable a las posibilidades de negocios en el futuro.

Pero al recordar los caprichosos cambios de opinión en los últimos tiempos y al considerar que pudiera haber actuado siguiendo sus decisiones impulsivas, se hizo cargo de la situación con su habitual rapidez y la manejó con su consabido tacto y habilidad para los negocios.

El mismo correo que le llevó a Edna su carta de desaprobación también llevaba instrucciones —órdenes precisas— a un famoso arquitecto concernientes a la remodelación y cambios que él había pensado desde hacía mucho tiempo y que deseaba llevar a cabo durante su ausencia temporal.

El Sr. Pontellier contrató una compañía de mudanzas solvente para transportar los muebles, las alfombras y los cuadros; en resumen, todo lo que se podía mover a un lugar seguro. Y en un tiempo increíblemente corto, la casa de los Pontellier fue tomada por los artesanos. Había que hacer algunos cambios, como pintar frescos y poner tarima en algunas habitaciones que todavía no tenían estas mejoras. Además, en uno de los periódicos diarios apareció una breve nota en la que se informaba de que el Sr. y la Sra. Pontellier iban a residir en el extranjero durante el verano, y que durante ese periodo iban a hacer suntuosas reformas en su lujosa residencia en la calle Esplanade y no estaría lista para ocuparse hasta su vuelta. ¡El Sr. Pontellier había guardado las apariencias!

Edna reconoció la habilidad de esta maniobra y evitó frustrar los planes de

Léonce. Cuando la situación divulgada por el Sr. Pontellier se aceptó y se dio por hecha, a Edna le pareció bien que las cosas se hubieran hecho de ese modo.

El palomar le gustaba. Tardó muy poco tiempo en tener el aspecto de un hogar, ya que ella lo revestía de un encanto que emitía un cálido resplandor. Tenía la sensación de haber descendido en la escala social, pero al mismo tiempo de haber ascendido en el ámbito espiritual. Cada paso que daba para desprenderse de obligaciones incidía en su fuerza y desarrollo como individuo. Comenzó a mirar con sus propios ojos para ver y percibir las corrientes ocultas de la vida. Ya no se conformaba con las opiniones de los demás porque en su ánimo estaba ser independiente.

Poco tiempo después, al cabo de unos días, Edna pasó una semana con los niños en Iberville. Fueron unos días de febrero maravillosos con todas las expectativas del verano, flotando en el aire.

¡Estaba feliz de ver a los niños! Lloró de placer cuando sintió sus bracitos abrazándola; sus fuertes y sonrojadas mejillas apretadas contra las suyas. Miraba sus rostros con ojos hambrientos que no se satisfacían solo con contemplarlos. ¡Y cuántas historias tenían que contarle a su madre! ¡De los cerdos, las vacas, las mulas! De cómo habían ido al molino detrás de Guglu; y cómo habían pescado en el lago con su tío Jasper; cómo habían recogido nueces de pacana con la nidada negra de Lidie y llevado ramas en su vagón de juguete. Era mil veces más divertido acarrear ramas de verdad para el fuego de Susie, la anciana inválida, que llevar bloques de madera pintada en la acera de la calle Esplanade.

Edna fue con ellos para ver a los cerdos, las vacas y a los negros cuando cortaban la caña; a varear los nogales de pacana y pescar en el lago de detrás de la casa. Pasó con sus hijos una semana entera, entregándose por completo a ellos, recogiendo y llenándose de su vitalidad juvenil. Ellos escuchaban, sin respirar, cuando les contó que la casa de la calle Esplanade estaba llena de trabajadores que daban martillazos, clavaban, cortaban y llenaban el lugar de ruido. Querían saber dónde irían sus camas; lo que habían hecho con su caballo balancín, dónde dormía Joe, y dónde se habían ido Ellen y la cocinera. Pero, sobre todo, estaban como locos por ver la casita a la vuelta de la manzana. ¿Había algún lugar para jugar? ¿Había niños en la vecindad? Raoul

tuvo un presentimiento negativo porque estaba convencido de que solo había niñas. ¿Dónde dormirían y dónde dormiría papá? Edna les dijo que las hadas lo arreglarían todo.

La abuela estaba encantada con la visita de Edna y se deshacía en atenciones hacia ella. Estaba muy contenta de saber que la casa de la calle Esplanade estaba desmantelada por las obras, porque este era el pretexto perfecto y la posibilidad de quedarse con los niños indefinidamente.

Edna sintió un gran dolor cuando tuvo que dejar a sus hijos. Se llevó con ella el sonido de sus voces y el tacto de sus mejillas. Durante todo el camino de vuelta, su presencia permaneció con ella, como el recuerdo de una dulce canción. Pero cuando llegó a la ciudad, la canción ya no resonaba en su alma. De nuevo estaba sola.

XXXIII

Cuando Edna iba a visitar a Mademoiselle Reisz, la pequeña pianista a veces no estaba porque o bien estaba dando una clase o haciendo las compras necesarias para la casa. Siempre dejaba la llave escondida en la entrada, en un lugar secreto que Edna conocía. Si daba la causalidad de que Mademoiselle estaba fuera, Edna entraba y esperaba a que volviese.

Una tarde, Edna llamó a la puerta de Mademoiselle, pero no recibió respuesta; así que, como de costumbre, abrió la puerta, entró y, tal como esperaba, encontró el apartamento vacío. El día había sido bastante completo y deseaba encontrar a su amiga para refugiarse en ella y hablar de Robert.

Había estado trabajando toda la mañana en un lienzo, el estudio de un joven personaje italiano sin un modelo. La mañana había transcurrido con muchas interrupciones, pequeños incidentes domésticos y otros de carácter social.

Madame Ratignolle se había acercado a duras penas a su casa, evitando las calles más transitadas, según dijo. Se quejaba de que Edna la hubiese abandonado últimamente. Además, la consumía la curiosidad por ver la casita y cómo la estaba arreglando. Quería saber todo lo concerniente a la fiesta, ya que el Sr. Ratignolle se había ido muy pronto. ¿Qué había ocurrido después de que él se marchó? El champán y las uvas que Edna le envió estaban

deliciosos. Tenía tan poco apetito que le habían entonado y refrescado el estómago. ¿Cómo diablos iba a meter al Sr. Pontellier y a los niños en la casita? Y después le hizo prometer a Edna que iría a su lado cuando llegase «la hora de la verdad».

—A cualquier hora, en cualquier momento de día o de noche, querida —le aseguró Edna.

Antes de marchar, Madame Ratignolle le dijo:

—En cierto modo, pareces una niña, Edna. Creo que actúas sin la prudencia necesaria en la vida. Esa es la razón por la cual me gustaría aconsejarte que tengas cuidado cuando vivas aquí sola. ¿Por qué no le pides a alguien que se quede contigo? ¿No le gustaría venir a Mademoiselle Reisz?

—No; ella no querría venir, y a mí no me gustaría tenerla siempre a mi lado.

—Bien, te lo digo porque, ya sabes lo mal pensada que es la gente; hay quienes dicen que Alcée Arobin suele visitarte. Desde luego que no tendría la menor importancia si el Sr. Arobin no tuviera tan mala reputación. Monsieur Ratignolle me estaba diciendo que solo sus atenciones son motivo suficiente como para poner en entredicho la reputación de cualquier mujer.

—¿Se vanagloria de sus éxitos? —preguntó Edna con indiferencia, mirando un cuadro.

—No, creo que no. Considero que es un tipo decente a ese respecto. Pero su forma de ser es bien conocida entre los hombres. No podré venir a verla otra vez; fue muy, pero que muy imprudente haber venido hoy.

—¡Ten cuidado con el escalón! —gritó Edna.

—No me abandones —suplicó Madame Ratignolle—. Y no tengas en cuenta lo que te he dicho sobre Arobin o que alguien viniese a vivir aquí.

—Por supuesto que no —contestó riendo Edna—. Puedes decirme lo que quieras.

Se dieron un beso de despedida. Madame Ratignolle no tenía que ir muy lejos, y Edna se quedó en el porche durante un rato para mirarla mientras bajaba calle abajo.

Después, por la tarde, la Sra. Merriman y la Sra. Highcamp le hicieron una visita. Edna pensó que se podían haber evitado la formalidad. También habían venido para invitarla a jugar a las *ving-et-un*⁶⁶ una tarde en casa de la Sra.

Merriman. Le pidieron que fuera pronto a cenar y que el Sr. Merriman o el Sr. Arobin la acompañarían a casa. Edna aceptó sin mucho entusiasmo. A veces, no le apetecía la compañía de las Sras. Highcamp y Merriman.

Más tarde buscó refugio en casa de Mademoiselle Reisz y allí estaba sola, esperándola mientras sentía una sensación de descanso en aquella destartada y poco pretenciosa habitación.

Edna se sentó junto a la ventana desde la que se divisaban las azoteas de los edificios y el río. El marco de la ventana estaba lleno de macetas con flores y Edna se dedicó a quitar las hojas secas de un geranio rosa. El día era cálido y la brisa que soplaba desde el río era muy agradable. Se quitó el sombrero y lo dejó en el piano. Continuó quitando las hojas y ahuecando la tierra con el alfiler de su sombrero. En cierto momento, le pareció escuchar que Mademoiselle Reisz llegaba. Pero era una joven negra que entró con un fardo de ropa de la lavandería que depositó en la habitación contigua y se marchó.

Edna se sentó al piano y comenzó a tocar con una mano los compases de una partitura abierta ante ella. Pasó una media hora. De vez en cuando, se escuchaba a la gente entrando y saliendo en el vestíbulo de abajo. Estaba enfrascada intentando tocar el aria, cuando llamaron por segunda vez a la puerta. Se preguntó qué solía hacer la gente cuando se encontraban la puerta de Mademoiselle Reisz cerrada.

—Pase —dijo, volviendo la cara hacia la puerta. Y esta vez era Robert Lebrun quien se presentó. Intentó levantarse; pero no podía hacerlo sin revelar la conmoción que sintió al verlo, así que se replegó sobre la banqueta del piano y exclamó:

—¡Vaya! ¡Robert!

Él se le acercó y le dio la mano sin saber aparentemente lo que decía ni lo que hacía.

—¡Sra. Pontellier! ¡Pero cómo es que estás...! ¡Oh, qué buen aspecto tienes! ¿No está Mademoiselle Reisz? Nunca hubiera imaginado encontrarte aquí.

—¿Cuándo has regresado? —preguntó Edna con voz temblorosa, secándose la cara con el pañuelo. Parecía estar un poco incómoda en la banqueta del piano y él le pidió que se sentara en la silla junto a la ventana. Ella lo hizo mecánicamente, mientras él se sentaba en la banqueta.

—Regresé anteayer —le respondió él, apoyando el brazo sobre las teclas y produciendo un estrepitoso sonido discordante.

—¡Anteayer! —repitió ella en voz alta, y siguió pensando para sí «anteayer», con aire de no entender.

Ella se había imaginado que la buscaría nada más llegar, y él llevaba viviendo bajo el mismo cielo desde anteayer, y solo por casualidad había tropezado con ella. Mademoiselle debía de haber mentido cuando dijo: «Pobre infeliz, está enamorado de usted».

—Anteayer —repitió Edna, rompiendo un brote del geranio de Mademoiselle—. Entonces, si no me hubieras encontrado hoy aquí, no hubieses... cuándo... En fin, ¿no tenías intención de venir a verme?

—Por supuesto que hubiera ido a verte. Había tantas cosas que... —volvió las hojas de la partitura de Mademoiselle con nerviosismo—. Ayer mismo comencé a trabajar en mi antigua empresa. Con todo, hay tantas oportunidades aquí para mí como las que había allí. Y, además, los mexicanos no son muy simpáticos.

Así que había vuelto porque los mexicanos no eran simpáticos; porque los negocios eran igualmente rentables aquí que allí; por cualquier razón y no porque le importase estar cerca de ella. Recordó el día en el que, sentada en el suelo, recorría las páginas de su carta, buscando las razones que no le había dado.

No se había fijado en el aspecto que tenía Robert; solo sentía su presencia; pero ahora se volvió deliberadamente para observarlo. Después de todo, solo había estado fuera unos pocos meses y no había cambiado. El cabello, del mismo color que el de ella, se le ondulaba hacia atrás, justo en las sienes, del mismo modo que antes. No tenía la piel más morena que en Grand Isle; y, al observarlo en silencio, encontró en sus ojos la misma mirada sensible, como una caricia, aunque ahora descubrió en ellos una calidez y una súplica que antes no existían; la misma mirada que había penetrado en los lugares dormidos de su espíritu y los había despertado.

Edna había fantaseado con el regreso de Robert cientos de veces y se había imaginado su primer encuentro. Casi siempre tenía lugar en su casa, donde él seguro que la habría buscado. Se lo imaginaba declarándole su amor o revelándole sus sentimientos. Y la realidad era que allí estaban sentados a

diez pies de distancia, ella junto a la ventana, aplastando hojas de geranio con las manos, oliéndolas, y él dando vueltas en la banqueta del piano, diciendo:

—Me sorprendió mucho escuchar que el Sr. Pontellier no estaba; me extraña que Mademoiselle Reisz no me lo dijera; y que, además, te mudaras de casa, según me contó mi madre ayer. Creo que deberías haberte ido a Nueva York con él o a Iberville con los niños, en vez de quedarte aquí preocupada con las tareas de ama de casa. Y también he oído que te vas al extranjero. Ya no estarás en Grand Isle el próximo verano; no será.... En fin, ¿ves a menudo a Mademoiselle Reisz? Me hablaba mucho de ti en las pocas cartas que me escribió.

—¿Recuerdas que, cuando te fuiste, me prometiste que escribirías?

Las palabras de Edna le hicieron sonrojarse.

—No creía que mis cartas tuvieran el más mínimo interés para ti.

—Eso es una excusa; no es verdad.

Edna cogió su sombrero del piano, se lo puso, colocándose el alfiler para recoger en un moño su gran mata de pelo.

—¿No vas a esperar a Mademoiselle Reisz? —preguntó Robert.

—No; me he dado cuenta de que cuando está fuera tanto tiempo, es muy probable que no regrese hasta muy tarde —se enfundó los guantes y Robert cogió su sombrero.

—¿No la vas a esperar? —preguntó Edna.

—No, si crees que volverá tarde.

Y como si de repente hubiera sido consciente de cierta descortesía en su lenguaje, añadió:

—No debería perderme el placer de acompañarte a casa.

Edna cerró la puerta con llave y la puso en el escondite de costumbre. Fueron juntos, caminando con cuidado por las calles embarradas y por las aceras repletas de puestos con las baratijas de los pequeños comerciantes. Hicieron parte del trayecto en coche, y después de bajar, pasaron por delante de la mansión de los Pontellier, que tenía la pinta de estar desvencijada y dividida en dos. Robert nunca había visto la casa y la miró con interés.

—Nunca te vi en tu hogar —puntualizó.

—Me alegro de que no lo hicieras.

—¿Por qué? Ella no contestó. Dieron la vuelta a la esquina y, cuando él

entró con ella en la casita, parecía como si, finalmente, los sueños de Edna se hubiesen hecho realidad.

—Tienes que quedarte a cenar conmigo, Robert. Ya ves que estoy sola y, además, hace mucho tiempo que no te veo. Hay tantas cosas que quiero preguntarte.

Edna se quitó el sombrero y los guantes. Él se quedó de pie, indeciso, disculpándose porque su madre lo esperaba; incluso murmuró algo sobre un compromiso. Cogió una cerilla para encender la lámpara de la mesa; estaba anocheciendo. Cuando vio el rostro afligido de Edna a la luz de la lámpara, con todas sus suaves líneas faciales desdibujadas, dejó el sombrero y se sentó.

—Ya sabes que quiero quedarme, si me lo permites —exclamó. Toda la delicadeza volvió de nuevo. Ella sonrió dirigiéndose a él y le puso la mano sobre el hombro.

—Esta es la primera vez en que te pareces al Robert de antes. Iré a decírselo a Célestine.

Salió corriendo a avisarla para que preparase otro cubierto. Incluso le pidió que comprara algunas exquisiteces en las que ella no había pensado. Y le advirtió que tuviera cuidado al colar el café y que tuviera la tortilla preparada a tiempo.

Cuando volvió a entrar, Robert estaba revolviendo las revistas, dibujos y otras cosas que estaban desordenadas en la mesa. Cogió una fotografía y exclamó:

—¡Alcée Arobin! ¿Qué diablos hace esta foto aquí?

—Un día intenté hacer un dibujo de su cabeza —contestó Edna—, y él pensó que una fotografía me ayudaría. Estaba en la otra casa y creí que se había quedado allí. La debí de embalar con el resto de mis materiales de dibujo.

—Deberías devolvérsela, si ya has acabado el dibujo.

—Oh, tengo un montón de estas fotografías. Y nunca he pensado en devolverlas. No tiene mayor importancia.

Robert continuó mirándola.

—Me parece que... ¿Crees que merece la pena dibujar su cabeza? ¿Es amigo del Sr. Pontellier? No me dijo nunca que lo conociera.

—No es amigo del Sr. Pontellier; es mi amigo. Lo conozco desde hace

mucho tiempo, pero recientemente lo he conocido mejor. Pero preferiría hablar de ti y saber lo que has visto, hecho y sentido en México.

Robert apartó la foto.

—He estado viendo las olas y las playas blancas de Grand Isle; el silencioso camino de hierba de *Chênrière Caminada*; el antiguo y soleado fuerte de Grande Terre. He estado trabajando como una máquina y sintiéndome como un alma en pena. No pasó nada interesante.

Edna se puso la mano en la cabeza para proteger los ojos de la luz.

—Y ¿qué has estado haciendo? ¿Qué has visto y qué has sentido durante todo este tiempo? —preguntó él.

—He estado viendo las olas y las playas blancas de Grand Isle; el silencioso camino de hierba de *Chênrière Caminada*; el antiguo y soleado fuerte de Grande Terre. He estado trabajando como una máquina y sintiéndome como un alma en pena. No pasó nada interesante.

—Sra. Pontellier, eres cruel —dijo emocionado, cerrando los ojos y descansando la cabeza en la silla. Permanecieron en silencio hasta que la anciana Célestine anunció la cena.

XXXIV

El comedor era muy pequeño. Los muebles de caoba de Edna casi lo llenaban del todo. Tal y como estaban colocados, había tan solo uno o dos pasos entre la mesita y la cocina, a la chimenea, al pequeño aparador y a la puerta lateral que daba a un patio estrecho de baldosas.

Cuando se anunció la cena, se respiraba un cierto grado de ceremonia. No volvieron a referirse a temas personales. Robert contó episodios de su estancia en México y Edna habló de cosas que habían ocurrido durante su ausencia y que seguro le interesaban. La cena fue normal y corriente como la de cualquier noche a excepción de algunos manjares que Edna había mandado a comprar. La anciana Célestine, con un pañuelo alrededor de la cabeza que le recogía un moño, renqueaba de aquí para allá, interesándose por todo; y deteniéndose de vez en cuando para hablar patois⁶⁷ con Robert a quien conocía desde niño.

Robert salió a comprar papel de liar tabaco a un estanco cercano y cuando volvió se encontró que Célestine había servido el café negro en el salón.

—Tal vez no debería haber vuelto —dijo él—. Cuando te canses de mí, dímelo.

—Tú nunca me cansas. Debes de haber olvidado las horas y horas que pasamos juntos en Grand Isle durante las que nos acostumbramos el uno al otro.

—No he olvidado nada de Grand Isle —dijo sin mirarla, liando un cigarrillo. La tabaquera que había dejado sobre la mesa era una estupenda obra bordada en seda, fruto de la maestría de una mujer.

—Solías llevar el tabaco en una bolsa de caucho —dijo Edna, cogiéndola y examinando el bordado.

—Sí, se me perdió.

—¿Dónde compraste esta? ¿En México?

—Me la dio una muchacha de Veracruz; son muy generosas —contestó, encendiendo un cigarrillo.

—Supongo que las mujeres mexicanas son muy guapas; muy exóticas, con sus ojos negros y sus pañuelos de encaje.

—Algunas sí lo son, otras son horrorosas. Como en todas partes.

—¿Por qué te dio la tabaquera? La debes de haber conocido muy bien.

—Era una mujer corriente. No tuvo la más mínima importancia. Sí, la conocía bastante bien.

—¿Ibas a visitarla a su casa? ¿Era un lugar agradable? Me gustaría que me contaras cosas sobre la gente que conociste y la impresión que te causó.

—Hay gente que te deja tan poca huella como el rastro de un remo en el agua.

—¿Fue aquella muchacha una de esas?

—No sería generoso si admitiera que ella era de ese tipo y clase.

Se metió la tabaquera en el bolsillo para terminar con el tema, tal y como ese acto insignificante lo había iniciado.

Arobin apareció con un mensaje de la Sra. Merriman para decir que la partida de cartas se había pospuesto debido a la enfermedad de uno de los niños.

—¿Cómo está Arobin? —dijo Robert, saliendo de la oscuridad.

—¡Oh, Lebrun, de modo que es usted! Oí decir ayer que había vuelto. ¿Cómo lo trataron en México?

—Muy bien.

—Pero no lo bastante bien como para quedarse. ¡Qué despampanantes son las muchachas mexicanas! Pensé que nunca me iba a marchar de Veracruz cuando estuve allí hace dos años.

—¿Le bordaron las zapatillas, las tabaqueras, las cintas del sombrero y otras cosas? —preguntó Edna.

—¡Qué va! No me hicieron mucho caso. Me temo que ellas me impresionaron más a mí que yo a ellas.

—Entonces fue menos afortunado que Robert.

—Yo siempre soy menos afortunado que Robert. ¿Le ha hecho confidencias sobre algún asunto delicado?

—Bueno, creo ya he molestado demasiado tiempo —dijo Robert, levantándose y dándole la mano a Edna—. Por favor, transmítele mis saludos al Sr. Pontellier cuando le escribas.

Dio la mano a Arobin y se marchó.

—Un tipo encantador, este Lebrun —dijo Arobin cuando Robert ya se había marchado—. Nunca la oí hablar de él.

—Lo conocí el verano pasado en Grand Isle —contestó ella—. Aquí tiene esta fotografía. ¿No la quiere?

—¿Para qué la quiero? Tírela. Edna la volvió a dejar sobre la mesa.

—No voy a ir a casa de la Sra. Merriman; si la ve, dígaselo; pero tal vez sea mejor que le escriba una nota. Creo que se la escribiré para decirle que siento que el niño esté enfermo y que no cuenten conmigo.

—Es un buen plan —comentó Arobin—. No la culpo. ¡Menudo montón de estúpidos!

Edna abrió la carpeta, cogió papel y pluma, y empezó a escribir la nota. Arobin encendió un puro y empezó a leer el periódico vespertino que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Edna—. ¿Quiere ponerme esto en el correo cuando salga?

—Por supuesto. Él le iba leyendo fragmentos del periódico, mientras ella ordenaba las cosas que había sobre la mesa.

—¿Qué le apetece hacer? —preguntó él, dejando a un lado el periódico—. ¿Quiere pasear, dar una vuelta en coche, o cualquier otra cosa? Hace una noche estupenda para ir en coche.

—No, no quiero nada más que estar tranquila. Salga y diviértase; no se quede.

—Me iré, si no me queda más remedio; pero no me divertiré. Ya sabe que solo vivo cuando estoy cerca de usted.

Se levantó para darle las buenas noches.

—¿Es eso lo que siempre les dice a las mujeres?

—Lo he dicho otras veces, pero no creo que jamás fuera tan cierto como en esta ocasión —contestó con una sonrisa.

No había calidez en sus ojos. Tan solo una mirada ausente y soñadora.

—Buenas noches. La adoro. Duerma bien —dijo él. Le besó la mano y salió.

Edna permaneció sola en una especie de ensueño, como aletargada. Revivió paso a paso cada momento que había estado con Robert desde que entró por la puerta de Mademoiselle Reisz. Rememoró sus palabras, sus miradas. ¡Qué escasas y poco satisfactorias habían sido para su ávido corazón! La visión seductora de una muchacha mexicana ante ella desató un ataque de celos. Se preguntó cuándo volvería a verlo. No había dicho que volvería. Edna había estado con él, había oído su voz y tocado su mano. Sin embargo, lo sentía mucho más lejano que cuando estaba en México.

XXXV

La mañana estaba llena a rebosar de luz y esperanza. No había expectativas negativas ante ella, solo promesas de felicidad. Permaneció en la cama despierta, con ojos brillantes y expectantes. «Robert la ama, pobre infeliz». Si pudiera lograr que esa certeza se afianzara en su mente, ¿qué importaba el resto? Se había dado cuenta de lo infantil y necia que había sido la noche anterior al entregarse al desaliento. Repasó los motivos por los que Robert se mostró tan reservado. No eran obstáculos insuperables, no lo serían si él realmente la amara, no se mantendrían frente a la pasión que ella sentía y de la

que él se daría cuenta con el tiempo. Se lo imaginó de camino a su negocio por la mañana. Incluso visualizó cómo iba vestido; cómo bajaba por una calle y daba la vuelta a la esquina; lo vio inclinándose sobre su mesa, hablando con la gente que entraba en la oficina, yendo a comer y, tal vez, buscándola en la calle. Por la tarde o al anochecer iría a verla, se sentaría a liar un cigarrillo, hablarían un poco y se iría, tal y como había hecho la noche pasada. ¡Pero qué maravilloso sería que estuviera allí con ella! No se lamentaría, no intentaría penetrar en su mundo interior, en el caso de que todavía lo tuviera.

Edna se tomó el desayuno a medio vestir. La doncella le llevó unos garabatos preciosos de Raoul, expresándole su amor y pidiéndole que le enviara bombones y contándole que aquella mañana habían encontrado diez cerditos colocados en fila junto a la gran cerda blanca de Lidie.

También llegó una carta de su marido en la que le decía que esperaba estar de vuelta a principios de marzo, y entonces sería el momento adecuado para iniciar el viaje al extranjero que tanto le había prometido y que ahora podría costear; viajarían, por fin, como se merecían, sin escatimar en gastos, gracias a sus últimos negocios especulativos en Wall Street.

Para su sorpresa, recibió una nota escrita a media noche desde el club. Le decía buenos días y esperaba que hubiera dormido bien, reafirmando su devoción hacia ella y confiando en ser correspondido.

Todas las cartas le agradaron. Contestó a los niños en tono alegre, prometiéndoles los bombones y felicitándolos por el hallazgo de los cerditos.

Le contestó a su marido con cariñosas evasivas, no con la intención de engañarlo, sino porque el más mínimo sentido de la realidad había desaparecido de su vida; se había abandonado al Destino y esperaba las consecuencias sin importarle lo más mínimo.

No contestó la nota de Arobin. La echó al fuego de la cocina de Célestine.

Edna trabajaba varias horas al día con mucho ánimo. No vio a nadie, salvo a un marchante de cuadros que le preguntó si era cierto que se iba a estudiar a París.

Edna le respondió que posiblemente se iría y el marchante le encargó que pintara unos cuadros de París para venderlos en las navidades.

Robert no vino aquel día. Edna estaba profundamente desilusionada. Tampoco vino al día siguiente, ni al otro. Cada mañana se despertaba con la

esperanza y cada noche era presa de la decepción. Sentía la tentación de buscarlo. Sin embargo, lejos de dejarse llevar por el impulso, evitaba cualquier ocasión que pudiera llevarla a cruzarse en el camino de Robert. No se pasó por la casa de Mademoiselle Reisz ni por la de Madame Lebrun, como hubiera hecho si él estuviera todavía en México.

Cuando Arobin le pidió una noche que lo acompañara en su coche de caballos, se dirigieron al lago por el camino de Shell. Los caballos eran impetuosos e incluso un poco difíciles de controlar. A Edna le gustaba el trote veloz, y el rápido y cortante sonido de los cascos sobre el firme. No pararon a comer ni a beber. Arobin no era imprudente. Pero cuando llegaron al atardecer, comieron y bebieron en el pequeño comedor de Edna.

Era ya tarde cuando él se marchó. La insistencia de Arobin por verla y estar junto a ella se estaba convirtiendo en algo más que en un capricho pasajero. Él había detectado en ella una sensualidad latente y aletargada que se abría como una flor ardiente y delicada cuando, con su fina intuición, satisfacía las necesidades propias del carácter de Edna.

Cuando se quedó dormida aquella noche, no había desaliento en ella; ni tampoco había esperanza cuando despertó por la mañana.

XXXVI

Había un jardín en los suburbios; un rinconcito frondoso con unas pocas mesas verdes bajo los naranjos. Una gata vieja dormitaba al sol todo el día sobre un escalón de piedra y una anciana *mulatresse*⁶⁸ se pasaba las horas, durmiendo en una silla junto a la ventana abierta hasta que alguien golpeaba en una de las mesas verdes. Vendía leche, queso fresco, pan y mantequilla. No había nadie que hiciera un café mejor que ella ni un pollo frito tan dorado.

El lugar era demasiado modesto para atraer la atención de la gente elegante, y lo suficientemente tranquilo como para pasar inadvertido a aquellos que iban buscando diversión y placer. Edna lo descubrió por casualidad, un día en que el portón de tablones estaba entreabierto. Podía ver una mesita verde pintada a cuadritos por el sol que se filtraba entre las hojas temblorosas. Allí se encontró a la somnolienta *mulatresse*, a la gata

adormilada y un vaso de leche que le recordó al que había probado en Iberville.

A menudo paraba por allí durante sus paseos; a veces se llevaba un libro y se sentaba una o dos horas bajo los árboles cuando encontraba el lugar desierto. Allí había cenado sola en dos ocasiones, después de avisar a Célestine que no preparara cena en casa. Desde luego, era el último lugar en la ciudad en el que hubiera esperado encontrarse a algún conocido.

Sin embargo, no se sorprendió cuando un día al atardecer, mientras tomaba una cena sencilla, hojeando un libro y acariciando a la gata que se había hecho muy amiga suya, vio entrar a Robert por la puerta alta del jardín.

—Estoy predestinada a encontrarme contigo por casualidad —dijo Edna, empujando a la gata fuera de la silla que tenía al lado. Él se sorprendió, estaba incómodo y un poco violento ante el inesperado encuentro.

—¿Vienes aquí a menudo? —preguntó.

—Casi vivo aquí —respondió ella.

—Yo solía venir aquí con frecuencia para tomar una taza del buen café de Catiche. Esta es la primera vez que vengo desde que regresé.

—Te traerá un plato y compartiremos mi cena. Siempre hay bastante para dos, incluso para tres.

Edna intentaba mostrarse indiferente y tan reservada como él; había tomado esa decisión, tras un laborioso proceso de razonamientos que acompañaba a sus momentos de abatimiento. Pero sus propósitos se diluyeron cuando lo vio ante ella, sentado a su lado en el jardincillo, como si el designio divino lo hubiera puesto en su camino.

—¿Por qué te has mantenido alejado de mí, Robert? —preguntó, cerrando el libro que estaba sobre la mesa.

—¿Por qué eres tan directa, Sra. Pontellier? ¿Por qué me obligas a utilizar subterfugios estúpidos? —exclamó él con afecto repentino.

—Supongo que no sirve de nada decirte que he estado muy ocupado o que he estado enfermo o que fui a verte y no te encontré en casa. Por favor, no me obligues a darte una de estas excusas.

—Eres la personificación del egoísmo —dijo Edna—. Te guardas algo para ti mismo, no sé lo que es, pero hay algún motivo egoísta; y por no reparar, ni siquiera consideras, aunque sea por un instante, lo que pienso o cómo

percibo tu abandono e indiferencia. Supongo que considerarás esto impropio de una mujer, pero ahora tengo la costumbre de decir lo que pienso. Puedes considerar que soy poco femenina, pero no me importa.

—No, lo único que pienso es que eres cruel, como ya te dije el otro día. Tal vez no lo haces a propósito, pero parece como si quisieras obligarme a hacer revelaciones que no servirían para nada; como si quisieras abrir una herida por el placer de contemplarla sin la intención ni el poder de curarla.

—Te estoy estropeando la cena, Robert; no tomes en cuenta lo que digo. No has probado bocado.

—Tan solo vine a tomar una taza de café.

Su rostro delicado se estaba desfigurando con la agitación.

—¿Verdad que es un sitio encantador? —observó ella—. Estoy tan contenta de que no lo hayan descubierto. Se está tan tranquilo y es tan agradable este lugar. ¿Te has dado cuenta de que no se escucha ni un ruido? Está alejado del camino y desde el coche de caballos hay un buen paseo. Sin embargo, a mí no me importa caminar. Siempre me han dado pena las mujeres a las que no les gusta andar. Se pierden tantas cosas, tantos pequeños detalles de la vida y las mujeres aprendemos tan poco de la vida en general. El café de Catiche está siempre caliente. No sé cómo se las arregla aquí, al aire libre. El café de Célestine se enfría mientras lo trae de la cocina al salón. ¡Tres terrones! ¿Cómo te lo puedes beber tan dulce? Sírrete unos berros con la chuleta, están tan tiernos y frescos. Además, este lugar tiene la ventaja de que puedes fumar mientras te tomas el café aquí afuera. Ahora, en la ciudad ¿no vas a fumar?

—Dentro de un rato —dijo él, poniendo un puro sobre la mesa.

—¿Quién te lo ha dado? —dijo ella, riendo.

—Lo compré. Supongo que me estoy convirtiendo en un insensato; me compré una caja entera.

Edna estaba decidida a no volver a hablar de cuestiones personales y ponerlo en una situación comprometida.

La gata se hizo amiga de Robert y se le subió al regazo mientras fumaba un puro. Acariciaba su suave pelaje y le hablaba. Miró el libro de Edna que ya había leído y le contó el final para ahorrarle el trabajo de terminarlo, según le comentó.

La acompañó otra vez a su casa y ya había anochecido cuando llegaron al

pequeño «palomar». Edna no le pidió que se quedara, algo que él agradeció porque le permitía quedarse sin la incomodidad de tener que meter la pata con una excusa que no tenía la intención de inventar. Robert la ayudó a encender la lámpara y ella se dirigió a su habitación para quitarse el sombrero y refrescarse la cara y las manos.

Cuando volvió, Robert no estaba mirando ni los cuadros ni hojeando las revistas como en la ocasión anterior; se sentó en la penumbra, apoyando la cabeza en la silla como si estuviera absorto en una ensoñación. Edna se puso a arreglar los libros de la mesa. Después se dirigió hacia donde él estaba sentado. Se inclinó sobre el brazo de la silla y lo llamó.

—Robert —dijo—. ¿Estás dormido?

—No —contestó él, mirándola.

Se inclinó y le dio un beso suave, fresco y delicado cuya seducción voluptuosa penetró todo su ser. Después se alejó de él. Robert la siguió y la cogió entre sus brazos, reteniéndola junto a él. Edna acarició su rostro y apretó su mejilla contra la suya. El momento estaba lleno de amor y de ternura. Robert buscó sus labios otra vez. Después la atrajo hacia el sofá, junto a él y mantuvo la mano de Edna entre las suyas.

—Ahora ya lo sabes —dijo él—; ahora ya sabes contra lo que he estado luchando desde el verano pasado en Grand Isle; lo que me alejó de este lugar y lo que me ha hecho volver de nuevo.

—¿Por qué has estado luchando contra esto? —preguntó ella. Su rostro irradiaba luz.

—¿Por qué? Porque no eras libre; eras la esposa de Léonce Pontellier. No podría evitar amarte aunque fueras diez veces su esposa, pero mientras me mantuviera alejado de ti podía evitar decírtelo.

Edna puso la otra mano en su hombro y le acarició la mejilla suavemente. Robert la volvió a besar. Su rostro estaba cálido y sonrojado.

—Durante todo ese tiempo en México estuve pensando en ti y deseándote.

—Pero no me escribiste —le interrumpió ella.

—Se me metió en la cabeza que tú sentías algo por mí, y perdí el sentido; me olvidé de todo, salvo del enloquecido deseo de que llegaras a ser mi esposa.

—¡Tu esposa!

—Religión, lealtad, todo desaparecería, si tú me quisieras.

—Entonces olvidaste que era la esposa de Léonce Pontellier.

—Oh, sí; debí de volverme loco, soñando con locuras imposibles, recordando a hombres que habían dejado en libertad a sus esposas y de otras cosas de las que todos hemos oído hablar.

—Sí, todos hemos oído hablar de cosas similares.

—Volví lleno de ideas confusas y disparatadas. Pero cuando llegué aquí...

—¡Cuando llegaste aquí ni siquiera te acercaste a mí! —Edna continuaba acariciándole la mejilla.

—Me di cuenta de que era un auténtico bellaco al soñar algo así, incluso aunque hubieras estado dispuesta.

Edna le cogió el rostro entre las manos y lo miró fijamente, como si jamás fuera a dejar de mirarlo. Le besó la frente, los ojos, las mejillas y los labios.

—¡Has sido un chico muy, muy tonto al perder el tiempo en ensoñaciones imposibles cuando imaginabas que el Sr. Pontellier podría dejarme en libertad! Ya no soy una de las posesiones del Sr. Pontellier para que pudiera disponer o no de mí. Me entrego donde y a quien yo elijo. Si él dijera: «Aquí la tienes, Robert, llévatela y hazla feliz; es tuya», me reiría de vosotros dos.

Robert palideció ligeramente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Llamaron a la puerta. La anciana Célestine entró a decirle que la criada de Madame Ratignolle había venido con un mensaje de Madame en el que decía que estaba enferma y le rogaba que fuera junto a ella lo antes posible.

—Sí, sí —dijo Edna, levantándose—; se lo prometí. Dígale que sí, que me espere. Iré con ella.

—Déjame que te acompañe —le dijo Robert.

—No —dijo ella—. Iré con la criada.

Se fue a la habitación para ponerse el sombrero y cuando volvió se sentó una vez más en el sillón que había al lado de Robert. No se había movido. Edna lo abrazó.

—Adiós, mi dulce Robert. Dime adiós. Él la besó con la pasión que nunca había puesto en sus caricias y la apretó fuertemente contra él.

—Te quiero —susurró ella—. Sólo tú y nada más que tú. Fuiste tú el que me despertó el pasado verano de un sueño estúpido que había durado toda una

vida. ¡Me has hecho tan infeliz con tu indiferencia! ¡He sufrido, he sufrido tanto! Ahora que estás aquí nos podríamos amar, mi Robert. Seremos todo el uno para el otro. Nada en el mundo tiene más importancia. Debo marcharme con mi amiga, pero, ¿me esperarás? No importa lo tarde que sea, ¿me esperarás, Robert?

—¡No te vayas, no te vayas! ¡Oh! Edna, quédate conmigo —le rogó Robert.

—¿Por qué habría de irme?

Quédate conmigo, quédate conmigo.

—Volveré tan pronto como pueda y te encontraré aquí. Edna ocultó el rostro en su cuello y se despidió otra vez. Su voz seductora había cautivado a Robert, quien sentía un profundo amor por ella que le empujaba con un deseo vehemente a besarla y retenerla junto a él.

XXXVII

Edna miró dentro de la farmacia. Monsieur Ratignolle estaba preparando una fórmula con mucho cuidado, vertiendo un líquido rojo en un minúsculo vaso. Estaba agradecido a Edna por haber venido; su presencia sería de gran alivio para su mujer. La hermana de Madame Ratignolle, que había estado junto a ella en estos momentos difíciles, no había podido venir desde la plantación y Adèle estaba desconsolada, hasta que la Sra. Pontellier le prometió, amablemente, acudir a su lado. La enfermera se había quedado a dormir la semana anterior, ya que vivía muy lejos de allí. Y el Dr. Mandelet había estado yendo y viniendo toda la tarde. Estaban esperándolo en cualquier momento.

Edna subió a toda prisa por una escalera particular que llevaba desde la parte trasera de la tienda a las dependencias de arriba. Todos los niños estaban durmiendo en una habitación de la parte trasera de la casa. Madame Ratignolle estaba en el salón donde se había instalado debido a la ansiedad provocada por el sufrimiento. Vestía una amplia bata blanca y estaba sentada en el sofá, agarrando un pañuelo fuertemente y con claros signos de nerviosismo. Tenía el rostro demacrado, ojeroso y tenso; sus dulces ojos azules habían perdido el brillo habitual. La hermosa cabellera estaba recogida

en una larga trenza que descansaba sobre el cojín del sofá, enrollada como una serpiente dorada. La enfermera, una mujer *griffe*⁶⁹ de aspecto agradable, llevaba delantal y cofia blanca, y le rogaba que regresara a su habitación.

—No tiene ningún sentido, no lo tiene —le dijo enseguida a Edna—. Tenemos que librarnos de Mandelet; se está haciendo demasiado viejo y descuidado. Dijo que estaría aquí a las siete y media; y ya deben de ser casi las ocho. Mira a ver qué hora es, Josephine.

La enfermera era de carácter alegre y no tenía la intención de tomarse estas situaciones muy en serio, en especial, una que le resultaba tan familiar. Le rogaba a Madame que fuera valiente y tuviera paciencia. Pero Madame se mordía los labios con fuerza y Edna veía las gotas de sudor correr por su blanca frente. Pasado un rato, lanzó un profundo suspiro y se enjugó el rostro con el pañuelo hecho una bola. Parecía exhausta. La enfermera le dio un pañuelo limpio, rociado con agua de colonia.

—¡Esto es demasiado! —gritó—. ¡Habría que matar a Mandelet! ¿Dónde está Alphonse? ¿Es posible que todos me abandonen y me desatiendan en estos momentos?

—¿Desatendida? —exclamó la enfermera. ¿Acaso no estaba ella allí? ¿Y no había venido la Sra. Pontellier para atenderla, en vez de pasar una tarde agradable en su casa, dedicándose a sí misma? ¿Y no estaba entrando Monsieur Ratignolle por el recibidor en ese mismo instante? Incluso Josephine estaba casi segura de que había escuchado el cupé del doctor Mandelet.

Adèle accedió a volver al dormitorio. Se sentó en el borde de un pequeño sofá, junto a la cama.

El doctor Mandelet no prestó mucha atención a los reproches de Madame Ratignolle. Estaba acostumbrado a ellos en esos momentos y estaba absolutamente convencido de su lealtad como para dudar de Adèle.

Se alegró de ver a Edna y quería que lo acompañase al salón para hacerle compañía. Pero Madame Ratignolle no iba a permitir que Edna la dejase ni por un instante. Entre un dolor y otro, charlaba un poquito y, según decía, eso la ayudaba a evadirse de su sufrimiento.

Edna empezó a sentirse incómoda. La embargaba una difusa sensación de miedo. Sus propias experiencias parecían lejanas, irreales y no las recordaba del todo. Apenas las podía rememorar entre el éxtasis de dolor, el fuerte olor a

cloroformo, el aletargamiento que amortiguaba la sensación y, al despertar, el encuentro con una nueva vida pequeñita a la que ella había dado su ser, y que se sumaba a la incontable multitud de almas que iban y venían.

Empezó a desear no haber venido; su presencia no era necesaria. Podía haberse inventado un pretexto para quedarse al margen, para irse. Pero Edna no se marchó. Presenció la escena de la tortura con desesperado dolor interior, con el deseo claro y directo de sublevarse en contra de los métodos de la Naturaleza.

Aún estaba aturdida y enmudecida por la emoción, cuando se inclinó sobre su amiga para besarla y decirle adiós suavemente. Adèle, presionando su mejilla, le susurró con voz exhausta:

—¡Piensa en los niños, Edna! ¡Piensa en los niños! ¡Acuérdate de ellos!

XXXVIII

Edna se sentía todavía un poco aturdida cuando salió al aire libre. El cupé⁷⁰ estaba esperando al doctor ante la *porte cochère*⁷¹. Ella no quería montarse en el cupé y le dijo al doctor Mandelet que prefería andar; no tenía miedo, volvería sola. Él dio órdenes para que el carruaje lo recogiera en casa de la Sra. Pontellier y la acompañó.

En lo alto, sobre la calle estrecha y entre las casas más altas, resplandecían las estrellas. El suave aire acariciaba, pero era fresco con el aliento nocturno de la primavera. Paseaban lentamente, el doctor con un paso grave, acompasado y las manos en la espalda; Edna, absorta, como si estuviera paseando en Grand Isle y sus pensamientos fueran por delante e intentara alcanzarlos.

—No debería haber venido, Sra. Pontellier —dijo él—. No es un lugar adecuado para usted. Adèle se vuelve muy caprichosa en esos momentos. Había unas doce mujeres que podrían haber estado con ella, mujeres del montón. Creo que fue cruel, muy cruel. No debería haber ido.

—¡Bueno! —contestó ella, con indiferencia—. Después de todo, no sé qué importancia tiene. Hay que pensar en los niños en un momento u otro. Cuanto antes mejor.

—¿Cuándo vuelve Léonce?

—Muy pronto. En marzo.

—¿Y piensan marcharse al extranjero?

—Tal vez... no, no pienso ir. No me quiero sentir obligada a hacer cosas que no quiero. No deseo ir al extranjero. Quiero que me dejen en paz. Nadie tiene derecho, excepto quizás los niños, e incluso, en ese caso, me parece o me parecía...

Notó que sus palabras delataban la incoherencia de su pensamiento y se detuvo bruscamente.

—El problema es —suspiró el doctor, intuyendo lo que Edna quería decir, que la juventud se entrega a las ilusiones. Parece como si fuera una estrategia de la Naturaleza, un señuelo para asegurar madres a la estirpe humana. La Naturaleza no tiene en cuenta las consecuencias morales, ni la arbitrariedad de nuestros actos que después nos sentimos obligados a cumplir a cualquier precio.

—Sí —dijo ella—. Los años que se fueron parecen un sueño, y si uno pudiese continuar durmiendo y soñando... pero al despertar nos encontramos... ¡Bueno! Tal vez es mejor despertarse, incluso para sufrir, que ser víctima de una ilusión toda la vida.

—Me parece, mi querida niña —dijo el doctor, mientras se iba y sostenía la mano de Edna—, me parece que tiene problemas. No le voy a pedir que se sincere. Tan solo le diré que cuando tenga necesidad de confiarse a alguien, tal vez podría ayudarla. Estoy convencido de que la entendería, y le puedo asegurar que no hay muchos que lo harían. No hay muchos, querida.

—Por algún motivo, no tiendo a hablar de lo que me preocupa. No piense que soy desagradecida o que no valoro su interés. Es que hay períodos en mi vida en los que el abatimiento y el sufrimiento se apoderan de mí. Y, sin embargo, tan solo deseo seguir mi propio camino. Por supuesto que eso es desear demasiado, en especial cuando se trata de herir las vidas, los corazones y los prejuicios de los demás, pero, desde luego, no quisiera afectar la vida de los pequeños. ¡Oh! No sé lo que digo, doctor. Buenas noches. No lo tenga en cuenta.

—Sí que lo voy a tener, si no viene usted a verme pronto. Hablaremos de cosas que usted nunca imaginó que se pudiese hablar. Nos vendrá muy bien a

los dos. No quiero que se eche la culpa por cualquier cosa. Buenas noches, querida.

Cruzó la puerta, pero en vez de entrar, se sentó en el escalón del porche. La noche estaba en calma y en silencio. Toda la desgarradora emoción de las últimas horas parecía desvanecerse, como un atuendo sombrío e incómodo que se tenía que aflojar para poder desprenderse de él. Revivió los momentos previos a la llegada del mensaje de Adèle; sus sentidos se reavivaron al pensar en las palabras de Robert, la presión de sus brazos, y la sensación de sus labios en los de ella. Podía imaginarse que no existía mayor bendición en la tierra que la de poseer al amado. Al manifestarle su amor, Robert ya le había hecho entrega en parte de esa bendición. Cuando pensaba que lo tenía ahí, al alcance de la mano, esperándola, sentía que se le paralizaba el cuerpo con la ilusión de la espera. Era muy tarde y quizás se habría quedado dormido. Lo despertaría con un beso. Esperaba que estuviese dormido para poder despertar su deseo⁷² con caricias.

Todavía recordaba la voz de Adèle, susurrándole «piensa en los niños; piensa en ellos». Tenía la intención de pensar en ellos; era una decisión que se le había metido en el corazón como una herida mortal, pero no esa noche. Mañana sería el momento para pensar en todo.

Robert no la estaba esperando en el saloncito. No se le veía por ninguna parte. La casa estaba vacía. Pero había escrito en un papel que estaba bajo la lámpara:

«Te quiero. Adiós —porque te quiero».

Edna se mareó cuando leyó aquellas palabras. Se sentó en el sofá. Luego se tendió allí mismo, sin pronunciar palabra. No durmió. No se metió en la cama. La lámpara chisporroteó y se apagó. Aún seguía despierta por la mañana, cuando Célestine abrió la puerta de la cocina y entró para encender el fuego.

XXXIX

Víctor estaba arreglando la esquina de una de las galerías con trozos de madera, clavos y martillo. Mariequita, sentada a su lado, balanceaba las piernas y lo veía trabajar mientras le pasaba los clavos de la caja de

herramientas. El sol caía con fuerza sobre ellos. La muchacha se había cubierto la cabeza con el delantal doblado en forma de cuadrado. Llevaban hablando alrededor de una hora o más. Ella nunca se cansaba de escuchar a Víctor describir la cena en la casa de la Sra. Pontellier. Exageraba cada detalle para que se pareciese a un auténtico banquete luculiano⁷³. Decía que había flores en enormes macetas. Se bebía el champán en grandes copas doradas. Ni siquiera Venus, surgiendo de la espuma, hubiera ofrecido un espectáculo tan fascinante, como el de la Sra. Pontellier, pletórica de belleza y diamantes, presidiendo la reunión, mientras las otras mujeres eran todas ellas jóvenes huríes que poseían incomparables encantos.

A Mariequita se le metió en la cabeza que Víctor estaba enamorado de la Sra. Pontellier y él, por su parte, respondía con evasivas que a ella le confirmaban sus sospechas. La muchacha se fue poniendo de mal humor y lloró un poquito, amenazando con marcharse y dejarlo con aquellas damas elegantes. En *Chênrière* había alrededor de doce hombres que estaban locos por ella; y como estaba de moda enamorarse de gente casada, por qué no se podía ella escapar a Nueva Orleans con el esposo de Céline en cualquier momento.

El esposo de Céline era un idiota, un cobarde y un cerdo, y para demostrárselo, Víctor tenía la intención de machacarle la cabeza a martillazos la próxima vez que se lo encontrara. Esta convicción resultó ser muy tranquilizadora para Mariequita. Se le secaron los ojos y se puso muy contenta con esta posibilidad alentadora.

Todavía estaban hablando sobre la cena y los encantos de la vida en la ciudad, cuando la misma Sra. Pontellier apareció por la esquina de la casa. Los jóvenes se quedaron mudos del asombro ante lo que creyeron era una aparición. Pero lo cierto es que era ella en carne y hueso, cansada y un poco desaliñada por el viaje.

—He subido caminando desde el embarcadero —dijo ella—, y escuché el martilleo. Supuse que era usted, arreglando el porche. Es una estupenda idea. Siempre me tropezaba con esas tablas sueltas el pasado verano. ¡Qué deprimente y solitario está todo!

A Víctor le llevó un tiempo darse cuenta de que había llegado en el lugar de Beaufort, sola y sin otro propósito que el de descansar.

—Como ve, todavía no hay nada preparado. Le dejaré mi habitación; es el único sitio.

—Cualquier rincón me servirá —le aseguró ella.

—Eso, si puede soportar la cocina de Philomel —continuó diciendo Víctor—, aunque también podría intentar que viniera su madre el tiempo que usted se quede. ¿Crees que vendría? —dijo, volviéndose hacia Mariequita.

Mariequita pensó que quizás la madre de Philomel podría venir por unos días, si hubiera suficiente dinero.

Al ver aparecer a la Sra. Pontellier, la muchacha sospechó que se trataba de un encuentro de enamorados. Pero la sorpresa de Víctor era tan auténtica y la indiferencia de la Sra. Pontellier resultaba tan evidente, que la inquietante sospecha no permaneció mucho tiempo en su cabeza. Contemplaba con gran admiración a la mujer que organizaba las cenas más suntuosas de los Estados Unidos y tenía a todos los hombres de Nueva Orleans a sus pies.

—¿A qué hora se cena? —preguntó Edna—. Tengo un hambre tremenda; pero no preparen nada extraordinario.

—La cena estará preparada dentro de muy poco —dijo él, dándose prisa para recoger sus herramientas—. Puede ir a mi habitación a arreglarse y descansar. Mariequita le enseñará dónde está.

—Gracias —dijo Edna—. Pero ¿sabe una cosa? Tengo la idea de bajar a la playa a darme un buen baño e incluso nadar un poco antes de la cena.

—¡El agua está muy fría! —exclamaron los dos—. Ni se le ocurra.

—Bueno, puedo bajar y probar con la punta de los dedos. Lo cierto es que el sol calienta lo suficiente como para haber caldeado las mismísimas profundidades marinas. ¿Me podría dar un par de toallas? Más vale que me marche cuanto antes para poder volver a tiempo. Si espero hasta la tarde, podría hacer demasiado fresco.

Mariequita corrió a la habitación de Víctor y volvió con unas toallas que le entregó a Edna.

—Espero que haya pescado para cenar —dijo Edna mientras empezaba a alejarse—, pero no preparen nada fuera de lo normal, si no lo tienen.

—Corre a buscar a la madre de Philomel —ordenó Víctor a la muchacha—. Yo iré a la cocina a ver qué puedo hacer. ¡Caramba! ¡Las mujeres no tienen ninguna consideración! Me podría haber avisado que venía.

Edna caminó hasta la playa de forma automática, sin percibir nada en especial, salvo el calor del sol. Nada le rondaba por la cabeza. Lo que tenía que pensar, ya lo había pensado tras la marcha de Robert, cuando se quedó despierta en el sofá hasta el amanecer.

Se había repetido una y otra vez a sí misma: «Hoy es Arobin. Mañana será cualquier otro. Para mí no hay ninguna diferencia. Tampoco la hay con Léonce Pontellier. ¡Sin embargo, Raoul y Étienne!». Ahora entendía con claridad lo que le dijo hacía mucho tiempo a Adèle Ratignolle cuando le comentó que dejaría todo lo superfluo, pero que nunca se sacrificaría por los niños.

El abatimiento la había invadido aquella noche que pasó en vela y nunca más la abandonó. No deseaba nada de este mundo, ni a ningún otro ser humano a su lado que no fuera Robert. Pero también se dio cuenta de que llegaría el día en el que también él se desvanecería de su pensamiento y de su vida, dejándola sola. Los niños aparecían ante ella como auténticos contrincantes que la habían derrotado y agotado sus fuerzas, que la arrastraban hacia la esclavitud de su alma para el resto de sus días. Pero sabía una manera de evitarlos. No quería pensar en esas cuestiones mientras caminaba hacia la playa.

El agua del golfo se extendía ante ella con millones de destellos solares. La voz del mar seductora e incesante, susurraba clamorosa, murmuradora, invitando al alma a vagar sin rumbo por los abismos de la soledad. No había señales de ningún ser vivo a la vista a lo largo de la playa blanca. Un pájaro con el ala rota batía el aire, daba vueltas, volvía a revolotear e, incapaz de remontar el vuelo, se precipitó en círculos hacia el agua.

Edna había encontrado su viejo traje de baño descolorido, colgando de la misma percha.

Se lo puso y dejó la ropa en la caseta. Pero cuando se encontró al lado del mar, absolutamente sola, se despojó de aquella desagradable prenda que le rozaba la piel y, por primera vez en su vida, se quedó desnuda al aire libre, a merced del sol, de la brisa que movía su cuerpo y de las olas que la agasajaban.

¡Qué excepcional e impresionante resultaba estar desnuda bajo el cielo! ¡Qué delicia! Se sentía como una criatura recién nacida, abriendo los ojos en un mundo familiar que, sin embargo, le era desconocido.

Las olas espumosas se ondulaban alrededor de sus pies blancos, enroscándose en sus tobillos como serpientes. Empezó a caminar. El agua estaba fría, pero siguió hacia adelante. El mar era profundo, pero alzó su cuerpo blanco y nadó con amplias y largas brazadas. El tacto del mar es sensual, envuelve el cuerpo con su suave y firme abrazo.

Siguió y siguió avanzando. Recordaba la noche que nadó mucho más lejos y revivió el pavor que sintió ante la posibilidad de no poder alcanzar la orilla. Esta vez no volvió la vista atrás: siguió y siguió, pensando en aquel prado de hierba azul que había atravesado cuando era niña, creyendo que no tenía ni principio ni final.

Los brazos y las piernas se le estaban cansando.

Pensó en Léonce y los niños. Eran parte de su vida. Sin embargo, no debían haber creído que podían poseerla en cuerpo y alma. ¡Cómo se habría reído Mademoiselle Reisz, incluso con desprecio, si lo hubiera sabido! «¡Y te crees que eres una artista! ¡Qué pretensiones, Madame! Una artista debe ser dueña de un alma valiente, dispuesta a desafiar y a cuestionar».

El agotamiento la estaba debilitando poco a poco, dejándola sin fuerzas.

«Adiós —porque te quiero». Él no sabía, no entendía nada. Nunca entendería. Quizás el Doctor Mandelet lo habría entendido, si ella hubiera ido a verlo; pero era demasiado tarde: la orilla estaba muy lejos, y no le quedaban fuerzas.

Miró a lo lejos y aquel antiguo miedo se alzó por un instante para volver a descender de nuevo. Edna escuchó la voz de su padre, la de su hermana Margaret y el ladrido de un perro viejo atado a un sicomoro. Las espuelas del oficial de caballería sonaban mientras caminaba por el porche. Había un zumbido de abejas y un intenso aroma a almizcle de las clavellinas impregnaba el aire.

¹ «¡Vete! ¡Vete! ¡Caramba!». Mantenemos en cursiva las palabras en francés en el original.

² Se trata de una isla a cincuenta kilómetros de Nueva Orleans, entre el golfo de México y la bahía de Caminada. A finales del siglo XIX era un centro de vacaciones de los criollos.

³ «Zampa o la novia de mármol» es una ópera cómica del compositor francés Ferdinand

Louis Joseph Hérold (1791-1833).

[4](#) Un lugre es una embarcación pequeña, con tres palos, velas al tercio y gaviás volantes.

[5](#) En el original se emplea el término «quadroon» que significa una persona con una cuarta parte de sangre negra. El tema de la raza y el mestizaje es muy relevante en el sur de los Estados Unidos y en esta novela en particular, tal y como se ha señalado en la Introducción.

[6](#) Opereta del compositor austriaco Franz von Suppé (1819-1885).

[7](#) El barrio francés o Vieux Carré, la llamada parte antigua de Nueva Orleans, fue fundado por los franceses a principios de 1700 y era el hogar de la mayoría de la población criolla en el siglo XIX.

[8](#) En el original en inglés «blue-grass» (*poa pratensis*) hace referencia a un tipo de hierba cuyos brotes tienen un color azul intenso que crece en las grandes llanuras del estado de Kentucky. Desde la distancia se produce un característico efecto visual de verde azulado y por eso se la llama hierba azul o «blue-grass». Es muy apreciada como forraje para los caballos. La abundancia de estos pastos en Kentucky ha hecho que se le denomine, desde 1872, como «the blue-grass state», es decir, el estado de la hierba azul.

[9](#) Bata, albornoz.

[10](#) Esta calle de Nueva Orleans equivale a la Wall Street de Nueva York. Todo lo concerniente al comercio del algodón y su cotización se negociaba en esta calle. De hecho, Oscar Chopin, marido de Kate Chopin, se dedicaba al negocio del algodón y tenía su despacho en la calle Carondelet. Como ya se ha señalado en la Introducción, las alusiones biográficas son abundantes en toda la novela.

[11](#) Los criollos eran las personas descendientes de los españoles y franceses que habitaban Nueva Orleans. Se suponía que tenían cierta aristocracia, aunque solo fuera por su arraigo al lugar o por su notable posición social.

[12](#) Alphonse Daudet (1840-1887), novelista francés del movimiento naturalista.

[13](#) «¡Pasa! ¡Adiós! ¡Venga! ¡Vete!».

[14](#) «¡Bromista, payaso, tonto, venga ya!».

[15](#) «¡No está nada mal! Sabe lo que hace, tiene talento».

[16](#) Querida.

[17](#) Pobrecilla.

[18](#) «¡Toma ya! ¡Madame Ratignolle está celosa!».

[19](#) Bromista.

[20](#) ¡Por Dios!

[21](#) La ópera francesa era una de las compañías de ópera más distinguidas de Nueva Orleans.

[22](#) Adiós.

[23](#) Un libro del escritor francés naturalista Edmond Goncourt (1822-1896).

[24](#) Un carácter impulsivo.

[25](#) Es un tipo de tarta que alterna capas de crema pastelera blanca y amarilla. El nombre en inglés, «gold and silver cake», describe precisamente esta peculiaridad.

[26](#) Parece ser que el título original de *El despertar* era «Un espíritu solitario», según apuntan las anotaciones que hizo Kate Chopin en su cuaderno de notas. De hecho, uno de los biógrafos de la escritora, Per Seyersted, sugiere que incluso deseaba incluir «Un espíritu solitario» como subtítulo de la novela. Por otro lado, también hay que señalar que Kate Chopin, admiradora del escritor francés Guy de Maupassant, tradujo, entre otros relatos, «Soledad» (1884) del que hay ecos en las reflexiones de Edna Pontellier a lo largo de la novela. *El despertar* es una novela sobre la soledad de su protagonista ante la vida y la muerte.

[27](#) Frédéric Chopin (1810-1849) fue un compositor y pianista polaco romántico que dejó una ingente obra para piano que forma parte del repertorio habitual de los virtuosos de este instrumento.

[28](#) El musgo español es una planta que cuelga de los árboles como si fuera una larga cabellera. Toma los nutrientes y el agua del aire, a través de las hojas. Su hábitat natural se extiende por el sur de los Estados Unidos hasta la Patagonia.

[29](#) Grande Terre es una isla adyacente a Grand Isle.

[30](#) Bayou Brulow es una zona cercana a Grand Isle con una serie de pueblos construidos sobre plataformas encima de las zonas pantanosas de la bahía.

[31](#) Los acadianos son descendientes de los franco-canadienses que fueron expulsados de Acadia o Nueva Escocia por los británicos en 1755 y que buscaron refugio en otras colonias francesas. La diáspora llevó a los acadianos a establecer asentamientos en la costa de Luisiana, donde conservaron la lengua francesa.

[32](#) Polvos de arroz.

[33](#) Los piratas de Barataria, en especial el famoso Jean Lafitte, tenían como base de operaciones la isla de Barataria, que es una zona de tierras e islas pantanosas que se extiende desde sesenta millas al sur de Nueva Orleans hasta la Bahía de Barataria y el Golfo de México.

[34](#) El compositor y barítono irlandés Michael William Balfe (1808-1870) compuso una canción con este título «Si supieras», pero parece ser que Frédéric Chopin utilizó el título para el estribillo.

[35](#) Un sanatorio psiquiátrico.

[36](#) Caldo de pescado.

[37](#) Véase nota 9.

[38](#) En la zona de la calle Esplanade vivía la aristocracia criolla de Nueva Orleans. Era un área muy exclusiva de residencias palaciegas rodeadas de robles, palmeras y magnolios.

[39](#) Según los manuales de etiqueta de la época en Estados Unidos, las damas de cierta posición social debían tener un día dedicado en exclusiva a las visitas. Durante esa jornada, las damas no se debían ausentar bajo ningún concepto, porque era considerado como una descortesía.

[40](#) Las convenciones sociales.

[41](#) Puerta de carruajes.

[42](#) El pensamiento de Edna proviene de una cita bíblica de Proverbios 15, 17 que dice: «Mejor es la comida de legumbres donde hay amor, que no de buey engordado donde hay odio».

[43](#) Como una buena ama de casa.

[44](#) Habitaciones amuebladas.

[45](#) El impromptu es una composición pianística muy común en el siglo XIX que tiene como fin crear la ilusión de una improvisación espontánea. Otras formas musicales con estas mismas características son la fantasía, el capricho y la bagatela. Al parecer, el pianista polaco Frédéric Chopin compuso tres impromptus durante los años de su apasionada relación con la escritora francesa George Sand.

[46](#) La canción *Liebestod* (amor-muerte) de Isolda es una de las árias más famosas de la ópera *Tristán e Isolda* de Richard Wagner. Basada en una leyenda medieval sobre un amor malogrado, Isolda canta en brazos de su amado la despedida de su amor y de la vida.

[47](#) ¡Pues claro!

[48](#) Como un amigo.

[49](#) Hasta el jueves.

[50](#) Postre a base de castañas glaseadas con azúcar.

[51](#) Ralph Waldo Emerson (1803-1882) fue un filósofo, ensayista y poeta norteamericano e influyente pensador del movimiento social y reformista del trascendentalismo.

[52](#) Dante Alighieri (1265-1321), poeta italiano y autor de *La divina comedia*.

[53](#) Edvard Grieg (1843-1907), compositor y director de orquesta noruego que perteneció al movimiento romántico nacionalista y es conocido principalmente por la *Suite Peer Gynt*.

[54](#) Ludwig van Beethoven (1770-1827), compositor romántico alemán y figura trascendental de la música decimonónica, en cuya extensa obra destacan las nueve sinfonías y su única ópera *Fidelio*.

[55](#) «No es una gran noticia, así es».

[56](#) Una gran inteligencia.

[57](#) Mi reina, querida.

[58](#) El golpe de estado.

[59](#) Pseudónimo.

[60](#) Muy enferma.

[61](#) «Buenas noches, mi reina, sea buena».

[62](#) ¡Caramba!

[63](#) Primeros dos versos del soneto «Un camafeo» del poeta inglés A. C. Swinburne (1837-1909). El poema es parte del poemario *Poems and Ballads* en el que se explora la actitud del hombre ante la muerte. En este sentido, Bernard Koloski sugiere que los versos inciden en el hecho de que la fiesta que ofrece Edna Pontellier es una puesta en escena, es un último cántico que, de alguna manera, anuncia su propia muerte. Bernard Koloski, «The Swinburne Lines in *The Awakening*», *American Literature* 45.4 (1974), 608-610.

[64](#) «¡Ah! ¡Si tú supieras!».

[65](#) «¡Ah! Si tú supieras lo que tus ojos me están diciendo».

[66](#) Las veintiuna es un juego de cartas.

[67](#) El *patois* es un francés arcaico mezclado con inglés, español, alemán y palabras amerindias que hablan los descendientes de los acadianos.

[68](#) Mulata.

[69](#) El término *griffe* designaba, dentro del complejo sistema racial de Luisiana, a aquellas personas que descendían de un progenitor mulato y otro negro. Es decir, una persona *griffe* no era completamente negra, sino que tenía una parte de sangre blanca.

[70](#) Cupé, coche de caballos cerrado, de dos asientos comúnmente.

[71](#) La puerta de la cochera.

[72](#) La escritora emplea el verbo «*to arouse*» que en inglés tiene las acepciones de despertar el interés, suscitar, levantar, pero también excitar sexualmente. Desde el punto de vista etimológico, a finales del siglo XIX ya se empezó a utilizar esta palabra con las connotaciones sexuales que se perciben en el texto. Así pues, no cabe duda de que Kate Chopin describe las fantasías de Edna Pontellier sobre un encuentro sexual con su amado Robert Lebrun. Ella desea despertarlo con un beso, pero al mismo tiempo le ofrece su propio despertar sensual y sexual como una suerte de agasajo. Agradezco desde estas líneas a la crítica norteamericana Heather Ostman, presidenta de la «Sociedad Internacional Kate Chopin», sus sugerentes y enriquecedoras observaciones sobre este momento de la novela.

[73](#) Se hace referencia en este momento de la narración a las fiestas y opíparos banquetes que organizaba el general y cónsul romano Lucio Licinio Lúculo (117 a.C.-ca. 56 a.C.). Este militar luchó contra Mirtrídates VI rey del Ponto y Tigranes, derrotando a este último en el año 69. En el año 66 se retiró a Roma y compró una suntuosa mansión con doce comedores en los que celebraba cenas que eran el epítome del lujo, el refinamiento, la elegancia y la exquisitez de la época. Víctor compara la cena ofrecida por Edna Pontellier con los banquetes luculianos para, precisamente, ensalzar la fastuosidad y el derroche de la dama de Nueva Orleans.

Título original: *The Awakening*

Edición en formato digital: 2016

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3647-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com